

DOS

ORILLAS

PARA UN

SUEÑO

Pedro Martínez Rayón

INTRODUCCIÓN

Una noche, escuchando la radio, oí la noticia de que durante la jornada anterior había sido detenido un total de ochenta y seis inmigrantes ilegales, la mayoría procedentes de Marruecos. Los arrestos se habían producido en las costas de Cádiz y Almería.

A la mañana siguiente, soleada y con agradable temperatura, decidí dar un paseo por el parque. Un poco de ejercicio y aire puro no me vendrían mal.

A mediodía, cansado de deambular bajo los árboles, tomé asiento en uno de los bancos alejados del bullicio y fuera del alcance de los ruidosos e inquietos chavales. Poco después, cuando me encontraba a punto de sucumbir a la placentera somnolencia propiciada por el pacífico ambiente y la tibia brisa otoñal, se me aproximó un hombre de prominente nariz aquilina, pobladas cejas y piel renegrida. Alto y delgadísimo, vestía una amplia zamarra de color indefinido y unos pantalones cuyas estrechas perneras apenas alcanzaban a cubrirle las canillas.

En la cabeza, medio ocultando las orejas, llevaba un gorro de lana de varios colores. Calzaba unas playeras enormes, de un blanco deslumbrante, totalmente nuevas, que contrastaban poderosamente con el resto de su ajado atuendo.

Cuando estuvo ante mí se detuvo y, con un elocuente ademán, pidió permiso para sentarse.

Con una cabezada afirmativa accedí a lo que solicitaba pero, pareciéndome poco cortés mi gesto, amplíe la autorización diciendo:

- Siéntese; hay bastante sitio para los dos.

El joven, la distancia que nos separaba en aquel momento me permitía calcularle una edad no superior a los veinticinco años, se sentó haciéndolo como si temiera romperse en trozos. Luego me miró y, con media sonrisa y un acento inconfundiblemente marroquí, dijo:

- En muchas ocasiones no es cuestión de sitio.

- No le entiendo -respondí a sabiendas de que mentía.

- Quiero decir que hay personas que no desean tener a su lado un “maldito moro” como yo.

- Es cierto, y esa actitud me parece una auténtica necesidad.-Luego, tras una breve pausa, añadí- quizás me equivoque, pero tengo la impresión de que comprende usted mi lengua a la perfección.

- Es verdad. He tenido la suerte de que allá en mi país, Marruecos, siendo niño pude estudiarla. Mi madre estuvo en España varios años y a su vuelta -que se produjo de forma involuntaria- me enseñó el idioma. Ya sé que no lo empleo correctamente, pero me las arreglo para hacerme entender.

- Sí, sí. Se maneja usted muy bien. Ya quisiera yo hablar así el árabe. Y ¿cómo se las ingenia para salir adelante? Quiero decir ¿a qué se dedica usted? Espero que no tome a mal mis preguntas.

- No me molesta usted; y comprendo su curiosidad. Pues voy viviendo de milagro. Tan pronto vendo alfombras, como baratijas de cuero y alambre que yo mismo fabrico. Algunas veces vendo pañuelos de papel en los semáforos, otras descargo camiones. A primeros de mes suelen darme trabajo en un garaje; como lavacoches. Cualquier cosa es mejor que lo que hacía en mi tierra, en Tinerhir, al pie del Atlas. Allí cuidaba ovejas y cabras, hasta que me harté y me fui. Como mi padre y, antes, como mi abuelo. Es una historia, mejor dicho, son tres historias muy largas y aburridas que le dormirían de pie. Las tres están basadas en el deseo de prosperar, de huir de la miseria.

El marroquí permaneció en silencio unos instantes, luego, con la mirada perdida en el cielo azul en el que navegaban algunas nubecillas de un blanco algodonoso, volvió a tomar la palabra:

- Sí, a pesar de la inseguridad en que me encuentro, sin documentación, permiso de trabajo o residencia, prefiero esto. Cuando pienso que en cualquier momento pueden ponerme en la frontera...

- ¿Y no hay forma de regularizar su situación?

- Es posible que la haya, pero yo no la encuentro. He dado más vueltas que una noria y no consigo nada. He estado en un montón de organismos. En todos ellos me dan buenas palabras, pero sólo eso, palabras. Terminaré como mi abuelo y mi padre.

- ¿Qué les ha pasado?

- Lo peor. Un día les metieron en un barco, les hicieron cruzar el Estrecho y, de nuevo, a cuidar cabras. En fin, todo esto debe cansarle una barbaridad. Perdone que le haya dado la lata sin ninguna consideración.

- Está usted equivocado. Cuanto me está contando me interesa. Quisiera que siguiera relatándome cosas de su familia, de su vida allá en África y, de manera especial, de sus andanzas en España. Precisamente, desde hace algún tiempo, me ronda por el cerebro la idea de escribir algo sobre ustedes; algo que dé a conocer los motivos que les impulsan a abandonar su tierra, a lanzarse al mar en auténticos cascarones -las famosas pateras- y, en muchos casos, aunque no sea precisamente el suyo, venir a un país del que no conocen la lengua y donde, usted mismo lo ha confesado, se les acoge de mala manera y se les trata comoapestados. No me está usted molestando lo más mínimo. Por el contrario, me gustaría mucho que continuase usted hablando.

- Pues por mi parte, no existe ningún inconveniente. Creo que en las historias de mi abuelo, mi padre y en la mía propia hay material no sólo para escribir un libro sino para varios.

- Entonces, si le parece bien, como sería imposible que me contase todos sus recuerdos en unas horas y será tarea para varios días, incluso semanas, podría venir a mi casa y allí, con calma, reanudar su relato. Si no tiene inconveniente, podría hacerlo ante una grabadora, sin prisa.

- Si lo que voy a contarle sirve para ayudar a alguno de mis compatriotas que vienen a ciegas, creyendo que van a encontrar el paraíso y una vida fácil y cómoda... Antes le he dicho que cualquier cosa es preferible a la existencia de privaciones que llevamos allá; aquí, sólo hay algo casi imposible de resistir: me refiero a la actitud despectiva con que nos tratan algunas personas. Hay que tener una pelleja muy dura

para no padecer por ello. Y si únicamente fuese un sufrimiento mental... no, no quiero decir eso. Me refiero a que si el dolor se produjese sólo en el cerebro... Lo malo es que ese malestar en el espíritu, esa sensación de estar de más, de sobrar y estorbar, en ciertos casos va acompañado de dolor físico ya que no son raras las palizas y aún peor, las ejecuciones. Algunas veces la mayor o menor oscuridad de la piel puede representar la diferencia entre la condena o la absolución. Si insiste usted y quiere seguir adelante con el conocimiento de las peripecias de mi familia, verá como yo mismo he corrido aventuras para hartar al más atrevido.

- Es usted quien tiene que decidir si quiere continuar contándome su vida y la de su gente.

- Yo ya he resuelto hacerlo, así que no falta más que usted disponga cuándo y dónde empezamos.

- De acuerdo; entonces, dentro de veinticuatro horas en mi casa, ahora le daré una tarjeta. Si le va bien por la tarde, a partir de las seis. Tendré preparada la grabadora y un buen surtido de cintas.

- Me va muy bien esa hora. Mañana tengo un par de cosas que hacer a mediodía.

- Ah, antes de que lo olvide. Ya nos pondremos de acuerdo para fijar la cantidad que cobrará diariamente por su colaboración. No puedo consentir que trabaje usted gratis y encima que pierda la oportunidad de ganar algún dinero en otro sitio. Le vendrá bien. Sobre esto no admito discusiones.

- No habrá discusión. Mentiría si le dijera que no lo necesito. Así que encantado. Mañana no faltaré... a menos que me detengan antes.

El marroquí tomó la tarjeta de visita que le ofrecí, la guardó en uno de los numerosos bolsillos de la zamarra, dudó unos instantes y me alargó la mano que yo estreché. Luego se alejó con paso cansino. Entonces me di cuenta de un detalle que me había pasado inadvertido a su llegada. Cojeaba, casi imperceptiblemente, pero cojeaba. Al darme cuenta de aquella circunstancia, mi fantasía, casi siempre a punto de ebullición, se disparó. ¿Había quedado lisiado como consecuencia de alguna de aquellas

aventuras por el momento sólo sugeridas? Entonces recordé que al día siguiente tendría a mi disposición un cúmulo de datos que me permitirían el lujo de dejar de lado suposiciones, hipótesis y conjeturas. Conocería de primera mano hechos reales, lo que eliminaba los riesgos que se corren cuando uno escribe sobre algo basado en meras sospechas.

Poco después de la marcha de mi banco de datos ambulante, yo también me fui. Ardía en deseos de preparar el escenario donde esperaba iniciar la labor que me posibilitaría la introducción en el mundo de aquellos seres desgraciados que no sólo se jugaban la vida atravesando el Estrecho sobre un inseguro montón de tablas, sino que, de conseguir tocar tierra en la costa española y eludir la vigilancia de las autoridades, comenzaban una existencia llena de sobresaltos, vacía de afectos, en un mundo nuevo y hostil, aislados por el desconocimiento del idioma y los injustos prejuicios.

Cuando llegué a casa, antes de almorzar, pasé revista al material que iba a utilizar. Todo estaba en orden. Luego, con calma, tomaría nota de un montón de preguntas que deseaba ir formulando. Ya que tenía la oportunidad de documentarme a fondo, no podía desaprovechar la ocasión olvidando alguna cuestión que, más tarde, podría tener una importancia fundamental.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, sonó el timbre de la puerta y respiré aliviado. Hasta aquel momento la duda de que mi Scheherazade masculino hubiese olvidado la cita o, peor aún, que hubiese sido detenido y deportado, me había estado atormentando. En cambio, tan pronto como escuché el repiqueteo del llamador, tuve la certeza de que el marroquí, cuyo nombre todavía ignoraba, había llegado.

Abrí la puerta y, efectivamente, allí estaba. En el umbral de mi piso aún me pareció más alto y flaco que bajo los árboles del parque. Semejaba una reencarnación de don Quijote, más joven, sin barba y con playeras.

- Buenas tardes -dijo restregándose concienzudamente las suelas del calzado contra el felpudo.- ¿Es buena hora? -añadió.

- Excelente. Pase y sígame -respondí dirigiéndome a la habitación que en mi fuero interno, y a causa del extraordinario desorden reinante, denominaba “sala del

rompecabezas”. Allí, además de un montón impresionante de libros -alrededor de cuatro mil- colocados de cualquier manera, sin orden ni concierto, en las estanterías que iban del suelo al techo, disponía de una mesa escritorio siempre rebosante de papeles, una silla, dos confortables sillones y una mesita auxiliar con una ociosa máquina de escribir que jamás utilizaba.

- Siéntese, pero antes quítese la zamarra; estará más cómodo.

- Si no le importa, la dejaré puesta. En España siempre tengo frío.

- Como usted quiera. Y ahora, antes de empezar, vamos a ver si está conforme con lo que he pensado con respecto a nuestro acuerdo económico. ¿Qué le parecen... pesetas?- aquí mencioné la cantidad diaria que estaba dispuesto a entregarle como compensación por sus molestias y el ejercicio de sus facultades memorísticas.

- Es usted muy generoso. Mi único temor es que mis recuerdos y lo que puedo contarle de mi familia no tengan tanto valor.

- No se preocupe por eso. En cuanto al método que vamos a seguir, será muy sencillo; simplemente comenzará a contarme la vida de su abuelo. Cuando haya agotado el tema, seguirá con la de su padre y, finalmente, con la de usted. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

- Me llamo Hassan, mi padre Mohammed y mi abuelo Ibrahim.

- Muy bien. Entonces, empezaremos por la biografía de su abuelo Ibrahim. Voy a poner en marcha la grabadora pero usted hable como si el aparato no estuviera en esta habitación.

IBRAHIM

En la actualidad, Ibrahim es casi centenario, tiene noventa años, es decir, que nació en 1.905, bastante antes de que Marruecos lograra la independencia. Generaciones enteras de su familia vivieron en Tinerhir, en las estribaciones de la cordillera del Atlas. En realidad, decir que su hogar está en Tinerhir es exagerar un tanto. La modestísima casa donde nacen y mueren los Ben Aomar fue construida hace ya muchísimos años, con ladrillos de barro y paja, en las afueras, bastante lejos de los arrabales de la ciudad.

Ese tipo de viviendas tiene una ventaja indiscutible sobre las edificadas en Europa. En ellas, cuando aumenta la familia se añade una habitación más y todos contentos. Inconvenientes hay muchísimos; por ejemplo, el laberinto en que, con el paso del tiempo, se convierten estas residencias que crecen y estiran como si fuesen de goma. Otro, no pequeño, el enjambre de chiquillos que pululan por todas partes y no dan cuartel a los mayores, hasta que alcanzan la edad mínima para comenzar las labores de pastoreo.

Claro que la existencia es aún más complicada cuando uno se ve obligado a deambular de acá para allá en busca de alimento para las ovejas y cabras que constituyen todo el capital familiar.

En 1.925, cuando Ibrahim cumplió los veinte años, llevó a la práctica una idea que acariciaba desde hacía bastante tiempo. En 1.920 los españoles habían fundado el Tercio de Extranjeros. Por todo el país se rumoreaba que quienes se afiliaban tenían la oportunidad de disfrutar de buena comida, ropa, alojamiento, una soldada decente y la posibilidad de lograr ascensos. Se decía que los que se acercaban a los banderines de enganche con el deseo de ingresar en la Legión, no necesitaban demostrar su personalidad, edad o estado civil. Bastaba con que el reconocimiento médico indispensable pusiera de manifiesto que las condiciones físicas del aspirante eran las exigidas para la

dura vida que le aguardaba en aquel cuerpo de élite.

El que, con el paso del tiempo, habría de fundar una dinastía de aventureros e inconformistas, decidió que merecía la pena probar fortuna. Era imposible que su situación empeorase. Estaba hasta la coronilla de andar detrás de las cabras por tierras calcinadas y reseca. Allí no tenía porvenir. No había horizonte. Así que una madrugada, antes de que alguien se despertara, se levantó y se fue. Había elegido el momento con todo cuidado. Esperó hasta que el ganado se encontró en Tinerhir, en casa, a donde se le había conducido para el esquila. Confiaba en que la confusión reinante, el barullo organizado con la llegada de los rebaños, le permitiera poner tierra por medio antes de que se dieran cuenta de su desaparición. Tenía que llegar a Sidi Ifni, donde creía que estaba abierto un banderín de enganche.

Ibrahim no tenía más que una idea oscura y general del emplazamiento de Sidi Ifni -sólo sabía que se encontraba hacia el sur y en la costa atlántica, aunque ignoraba qué distancia tendría que recorrer- pero no se arredró. Empezó a caminar. No se detendría hasta el anochecer. En aquellos momentos lamentaba no haber sido más precavido en lo que se refería a dinero y alimento. Aparte de un odre con agua y una hogaza de pan no disponía absolutamente de nada. Debería haberlo pensado mejor, sopesando pros y contras; entonces, se hubiese atrevido a apropiarse de algún dinero, de lo poco que su madre guardaba entre un montón de trapos, en un agujero de la pared cerca del hogar abierto en el que preparaba las comidas. No quiso, porque aquello hubiese sido un robo. Ahora pensaba de manera distinta. Podría haberlo tomado como un préstamo a devolver tan pronto le fuese posible. ¡Qué bien le vendría disponer de alguna moneda que le permitiera adquirir algo más alimenticio que el pan! ¡Sería formidable tener a su alcance un buen trozo de carne y un pedazo de queso! Sólo de pensarlo se le hacía la boca agua.

Sin embargo, de nada serviría dejarse llevar por deseos irrealizables. Tenía que abstenerse de pensar y apretar el paso. Sin detenerse, echó un traguito de agua -debía administrarla con tacañería, pues ignoraba cuando podría volver a llenar el odre.

Afortunadamente, el camino descendía, lo que le confirmaba que iba en buena

dirección -el mar tenía que encontrarse en la zona más baja del país-. Aquella certeza le dio ánimos para seguir colocando un pie tras otro.

La caída del sol le sorprendió avanzando con tozudez. De todos modos, convenía hacer un alto para reponer fuerzas, pues no sabía cuantas jornadas le separaban de su objetivo y no podía permitirse el lujo de cometer excesos que tal vez pagase caros al final.

Con la mirada buscó un lugar donde ponerse a resguardo del frío que enseguida comenzaría a apretar. Hasta aquel momento el sol había calentado de firme, pero a partir de entonces se produciría un bajón de temperatura que podía descender hasta veinticinco o treinta grados.

Por suerte, en lo tocante a la ropa no había sido tan descuidado como con las provisiones de boca. Disponía de un largo abrigo de piel de oveja muy útil para combatir el frío que estaba seguro, por haberlo padecido en más de una ocasión, no tardaría en hacer acto de presencia.

No muy lejos de donde se encontraba, una depresión del terreno que no alcanzaba la categoría de cueva pero ofrecía cierta garantía de refugio, llamó su atención.

Sí, aquello serviría. Sería mucho mejor que dejarse caer en el santo suelo sin techo sobre la cabeza ni paredes a su alrededor. Cuando encendiese fuego con un montón de árgoma, abundante en la zona, resultaría un lugar casi confortable.

Cuando terminó de acondicionar un lecho y de reunir leña para alimentar la hoguera, antes de encender el fuego contempló un momento el cielo cuajado de estrellas. Era un espectáculo que siempre le había llamado la atención. De modo especial le intrigaban las fugaces que dejaban un largo rastro plateado. Algo muy hermoso, pero no para aquella noche. Se sentía derrengado y muerto de sueño. Notaba cómo le pesaban los párpados, cómo los ojos se le cerraban.

Despertó al amanecer. Estaba entumecido. La hoguera se había apagado. Las cenizas estaban frías. Un trago de agua y un bocado de pan fueron su desayuno. Minutos más tarde caminaba otra vez; al principio con dificultad, pues los músculos protestaban; poco después, con normalidad.

Sus pasos continuaban llevándole hacia abajo, hacia una llanura que aún no divisaba, pero que presentía. Cuando el sol alcanzó el punto más alto del firmamento, a mediodía, con un calor asfixiante, se dio cuenta de que pisaba una pista de tierra, construida por manos humanas, que se perdía de vista en dos direcciones opuestas.

Hasta aquellos instantes no se le había presentado ninguna duda. Pero entonces surgía una de importancia capital. ¿Qué rumbo seguir? ¿hacia la derecha o hacia la izquierda? El riesgo de tomar la dirección opuesta a la deseada, alejándose cada vez más de su destino, era evidente.

Resolvió entonces que, mientras decidía, podría sentarse un rato a descansar, aprovechando la ocasión para solicitar humildemente la poderosa intercesión de Alá.

Cuando, por la posición del sol, calculó que era mediodía y llevaba detenido cerca de dos horas a la relativa sombra de un peñasco, percibió a lo lejos una nube de polvo que se acercaba a buena velocidad.

“Quizás”, se dijo, “con esa polvareda llegue la solución a mi problema”.

Pronto vio que la tolvanera la causaba una ruidosa y desvencijada camioneta a cuyo conductor, mucho antes de que llegara a su altura, empezó a hacer frenéticas señales para que se detuviera.

El vehículo no debía de ir muy sobrado de frenos pues, aunque estaba claro que se había apercebido de sus indicaciones, recorrió cerca de doscientos metros antes de detenerse; para entonces, Ibrahim ya había perdido la esperanza de que lo hiciese.

Cuando, por fin, aquel trasto sobre ruedas se inmovilizó, el joven fugitivo se apresuró a acercarse. Por el contrario, el hombre que iba al volante no se dio ninguna prisa en bajar la ventanilla. Antes, en actitud desconfiada, le echó una escrutadora mirada con la que trataba de averiguar las intenciones de aquel individuo sucio y desgreñado que le atajaba en medio de ninguna parte.

- ¿De dónde demonios sales y qué quieres? -le preguntó de malos modos mientras blandía amenazadoramente la manivela de arranque.

- Sólo pretendo saber hacia donde está Sidi Ifni. ¿Del lado de donde viene o de la parte a donde va? -respondió el interrogado.

- ¿Y para qué quieres saberlo? -inquirió el camionero con expresión más tranquila.

- Porque necesito ir allí -contestó con firmeza Ibrahim.

- No me has dicho aún de donde sales. Por aquí no hay nada ni nadie. A esto le ha faltado muy poco, poquísimo, para ser incluido en los mapas como desierto.

- Es verdad, llevo día y medio caminando y no he visto un alma. Vengo de un lugar, también bastante solitario, llamado Tinerhir, allá en las montañas, muy arriba, en un sitio en el que no hay más que mucha piedra, poco pasto y algunas ovejas y cabras. Ah, también se ven gacelas, jabalíes y panteras. Hace un rato que he llegado aquí, a esta carretera...

- Alto -interrumpió el de la camioneta- no es necesario insultar a las carreteras. Esto, a todo tirar, es una mala pista. En la que no hay nada más que polvo; un polvo que se mete por todos los poros de la piel, que se mastica aunque no se quiera. Y menos mal si uno tiene la suerte de que su cacharro no le juegue una mala pasada estropeándose y dejándole tirado en la cuneta; bueno, en la cuneta no puede ser porque no hay. En fin, decías que hace poco has llegado aquí, a la pista. ¿Y qué más?

- Poco más. Que llegué aquí y ahora no sé que hacer. Si tomo el camino equivocado no haré más que alejarme del sitio a donde me dirijo. Vamos, hágame un favor. Dígame hacia donde debo ir. ¿A la derecha o a la izquierda?

- Te lo diré. Pero antes vamos a hacer una cosa. ¿Qué es lo que crees? ¿Cuál es tu opinión?

El aspirante a legionario reflexionó unos instantes y luego, sin vacilar, señaló la dirección de la que había llegado el ruinoso cuatro ruedas y dijo:

- Creo que es hacia allí. Usted viene de Sidi Ifni.

- Bueno, menos mal que yo estoy aquí para poner las cosas en claro. Voy a Sidi Ifni. Si no llegas a encontrarme, Alá sabe a donde irías a parar.

- Pues sí. He tenido suerte. Ahora lo único que necesito es que me permita acompañarle.

- Ya. Y seguro que no tienes dinero y estás a punto de agotar el agua y la comi-

da.

- Tiene razón en todo, menos en lo de la comida. La comida no puede agotarse porque cuando comencé a andar ya no la tenía.

- Entonces estás más loco de lo que creí. ¿Cómo se te ha ocurrido echarte al monte sin estar debidamente preparado? Vamos, sube ahí y arranquemos; ya hemos perdido bastante tiempo.

Sin más palabras, el chófer volvió a poner en marcha el vehículo que pareció quejarse con ruidosos estertores.

- Me llamo Muley -se presentó el camionero propinando un patadón al acelerador- ¿Y tú?

- Yo soy Ibrahim -respondió entre estornudos el pasajero.

- Ya te acostumbrarás al polvo -sentenció Muley-. Mientras tanto, ponte esto sobre la nariz -añadió entregándole un trapo que extrajo de la guantera.

Ibrahim comenzaba a notar los efectos de la caminata del día anterior y de la de aquella misma mañana. A pesar de la incomodidad del asiento, del sofocante calor y del vacío que advertía en el estómago reclamando con urgencia alimento sólido, le invadió un dulce sopor. Sentía cómo resbalaba hacia el fondo de un pozo hasta el cual no llegaban los traqueteos ni los ruidos del motor. Momentos después, dormía profundamente.

Cuando despertó era noche cerrada, pese a lo cual la camioneta seguía corriendo. La luz de los faros iluminaba la pista en la que nada se movía.

- No sé que es lo que necesito con más urgencia. Comer, beber o mear -dijo Ibrahim tras un sonoro bostezo.

- ¿Por fin has despertado? -inquirió el conductor-. Llevas un montón de horas durmiendo, así que no me extrañan tus dudas. Afortunadamente, estamos en condiciones de atender todas tus necesidades. ¿Por cual quieres empezar?

- La más urgente es orinar.

- Pues tienes a tu disposición un retrete descomunal. De momento, para ti solo -ofreció Muley al tiempo que detenía el vehículo al borde del camino-. Mientras te

despachas, aviaré la cena.

Al escuchar aquellas palabras, Ibrahim sintió cómo la boca se le humedecía pero, temiendo que se tratara de una broma, se abstuvo de hacer comentarios.

- Debías tener sueño atrasado -añadió el conductor- porque con la cantidad de tumbos que dimos no te enteraste de nada. Claro que tuve que enderezarte tres o cuatro veces porque te caías de cabeza. Y, ahora, si acabaste, sube a la caja; ahí, debajo de la lona verás una cesta con tapas; cógela y dámela. Ah, y trae también el bidón del agua.

Ibrahim obedeció preguntándose en qué consistiría la “cena”.

Pronto salió de dudas. Muley no parecía hombre dado a confiar en la providencia o en la casualidad. Su cesta contenía un amplio surtido de artículos comestibles entre los que el hambriento Ibrahim identificó enseguida cordero asado, tasajo de cabra, queso, pan, tortas de maíz y dátiles. Además, constató con sorpresa la presencia de una ristra de chorizos y un par de botellas de vino.

A la luz de la lámpara de petróleo que el previsor chófer había encendido con objeto de ahorrar batería, Muley observó el gesto de sorpresa de su invitado.

- Te extraña que coma cerdo y beba alcohol -dijo tranquilamente-. Lo comprendo. Soy, como tú, árabe, pero no mahometano. En realidad, no pertenezco a ninguna religión. Resulta muy cómodo.

- Pues no hace mucho rato invocó a Alá.

- Estás en un error. Puede que lo haya mencionado pero no invocado. Uno incluye en su conversación palabras que no tienen nada que ver con las creencias personales, ni con los conocimientos. Por ejemplo, sin ser médico podría mencionar la apendicitis.

- Tiene razón.

- Y volviendo a la comida, toma la que quieras y bebe tanta agua como desees. Hay de sobra para los dos.

- Muchas gracias. Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

- Las que quieras. Otra cosa es que esté en condiciones de contestarla.

- Supongo que sí. Es muy sencilla. ¿Cuándo llegaremos a Sidi Ifni?

- Otra vez te has equivocado. No puedo asegurar cuándo llegaremos. Ni siquiera si llegaremos algún día. Estamos en manos del azar. El motor puede fallar, a lo peor el gasoil se evapora -me refiero al que va en el depósito y al que llevo en el repuesto-, podemos tener un pinchazo múltiple, quizás se rompa un eje, es posible enfermarse o morir, etc., etc. ¿Tú sabes conducir?

- Sólo ovejas y cabras. Ah, también pollinos.

- Entonces, después de cenar y dormir unas horas, seguiré al volante, confiando en que no pasará nada y en que nuestra baraka nos llevará sanos y salvos a destino. A propósito, creo que aún no me has dicho a que se debe tu interés en llegar a Sidi Ifni.

- También yo creo que no se lo he dicho. Pues voy allá a sentar plaza, ¿se dice así?, en el Tercio de Extranjeros...

- Pero hombre, ¿tú sabes en lo que te vas a meter?

- Tengo entendido que allí llevan una vida muy dura, pero no lo será tanto como la que llevaba en Tinerhir. Comeré bien. Tendré ropa decente. Y sobre todo, voy a disponer de la oportunidad de practicar el idioma español... algo que me será muy útil cuando vaya a vivir a España.

- ¿Y para qué quieres vivir en España?

- Para no ser siempre un pobre diablo.

- ¿Crees que allí atan los perros con longaniza? Además, ¿no has pensado que no dejarás de ser un extranjero, a quien mirarán con desconfianza, sospechoso de todo lo malo que suceda a tu alrededor? Serás lo que llaman un puerco moro, un infiel.

- Sí, ya he pensado todo eso. Lo he hecho muchas veces pero, a pesar de todo, tengo que intentarlo. Correré todos los riesgos que tenga que correr.

- Bueno, bueno, ya veo que estás decidido. Adelante y buena suerte. Y ahora, si ya no quieres comer más, vamos a recoger todo esto y nos acostaremos. Yo en la cabina y tú en la caja. Como has venido durmiendo hasta hace poco, supongo que estarás fresco y descansado. ¿No?

- Sí, estoy muy bien.

- Entonces para evitar sorpresas desagradables, vamos a hacer dos turnos de

guardia. Empezarás tú. En el momento que la luna esté encima de aquel pico, me despiertas. Luego, tú dormirás y yo vigilaré hasta el amanecer. Claro que si durante tu guardia oyes o ves algo sospechoso, debes llamarme inmediatamente. Vale más que te equivoques y resulte una falsa alarma que despertar en el otro mundo con una tajada en el cuello. ¿Entendido?

- Sí. Puede dormir tranquilo. Lo que no comprendo es su temor a que nos maten. ¿Quién podría hacerlo?

- Hombre, no conozco los nombres de todos los ladrones y sinvergüenzas del país, pero me consta que hay muchos que darían una mano por apoderarse de un camión como el mío pese a su estado ruinoso. Si hay alguna novedad, despiértame. Debajo del asiento tengo un “ventilador” capaz de enfriar los ánimos a cualquier amigo de lo ajeno.

Muley puso el corcho a la segunda botella de vino de cuyo gollete había bebido directamente durante la cena, terminó de recoger las provisiones de boca y entregó la cesta a Ibrahim encargándole que lo dejara todo como lo había encontrado un rato antes. Luego, apagó la lámpara y con un bostezo, un mascullado “hasta luego” y un ruidoso portazo se fue a dormir.

Ahíto y descansado, el improvisado vigilante se quedó solo bajo la inmensidad del cielo nocturno en el que centelleaban millones de estrellas con un brillo un tanto apagado por el fulgor de la luna.

Reinaba un silencio absoluto, tan profundo que Ibrahim podía permitirse el lujo de escuchar los latidos de su propio corazón. Aquella experiencia, nueva por completo para él, le asustaba. Cuando allá arriba en la cordillera estaba solo, con la única compañía del rebaño y un par de perros, nunca se había sentido tan solitario. La razón le decía que a unos metros se encontraba Muley y, sin embargo, debía luchar contra la impresión de que él, Ibrahim, era el único hombre vivo sobre la tierra.

Hizo un esfuerzo y arrebujándose en su prenda de abrigo, se levantó de la piedra en que había estado sentado durante la cena. Empezaba a sentirse entumecido por el frío y la inactividad. Se movió con precaución, procurando no hacer ruido. Temía

despertar a su compañero de viaje y su “ventilador”. No sería difícil convertirse en blanco de una ráfaga disparada por un hombre medio dormido y un poquito achispado.

Se alejó del camión unos pasos y comenzó a caminar lentamente describiendo una circunferencia cuyo centro venía a ser el vehículo. Al mismo tiempo, procuraba llevar los ojos bien abiertos para que no se le pasara inadvertida la llegada de nadie; aunque se acercara con sigilo.

El tiempo transcurrió con lentitud, tan despacio que causaba la impresión de haberse detenido. La luna también parecía estar quieta, colgada allá arriba, dispuesta a no llegar al punto a partir del cual podría llamar a su relevo.

Todo estaba inmóvil a su alrededor. Hasta el aire se había aquietado. De pronto, le pareció escuchar a lo lejos, viniendo de la misma dirección que Muley, una serie de ruidos metálicos y repetidos. Al principio, muy tenues, tanto que se confundían con los que se producían dentro de su pecho. Después, mucho más fuertes y acompañados de una luz que iluminaba una enorme extensión de la pista. Se trataba de una motocicleta que se acercaba a gran velocidad.

Para Ibrahim aquello constituía un dilema. Nada se había hablado del paso de posibles viajeros. ¿Cómo iba a determinar si el hombre de la moto representaba un peligro o se trataba de alguien totalmente inofensivo? Ciertamente Muley había dicho que era preferible pasarse que quedarse corto. Pero seguro que debía haber un límite para la sospecha. Tenía que tomar una rápida decisión porque la moto y su ocupante - ahora ya podía ver que era uno solo- ya no estaban muy lejos.

De aquella desagradable indecisión vino a sacarle la voz de su compañero que decía:

- Ven acá, Ibrahim. Túmbate aquí, a mi lado, debajo del camión. Quédate quieto y callado. Si el tío de la moto quiere algo, va a encontrarse con una buena sorpresa.

Mientras decía esto, el receloso chófer había quitado la funda al arma de aspecto amenazador que manejaba con sumo cuidado y con movimientos expertos.

Para cuando el motorista pasó como una exhalación, en medio de una nube de polvo y haciendo un ruido infernal, Muley tenía la metralleta dispuesta para hacer fue-

go.

Sin embargo, no fue necesario. El viajero, la polvareda y el estruendo que le acompañaban se perdieron a lo lejos.

- Vamos a esperar un poco, por si las moscas -aconsejó el suspicaz camionero-. De todas maneras -añadió- si vienen con malas intenciones no hacen tanto ruido.

Pocos minutos más tarde, cuando ya ni se oía ni se veía nada que recordase el paso del visitante nocturno, Muley concedió su visto bueno.

- Bueno, creo que ha sido una falsa alarma. Como me he espabilado y la luna está alcanzando el punto de que te había hablado, vamos a hacer el cambio de guardia. Tú duermes y yo vigilo. Puedes meterte en la caja. Prepárate un camastro con las lonas. Tienes suerte de que voy de vacío. Si notas que el camión se mueve, no te alarmes y continúa durmiendo. A lo mejor me canso de no hacer nada y seguimos viaje.

- Por mí no hay inconveniente. De todas maneras, si quiere hablar deme una voz y paso a su lado.

- Conforme.

- Antes de irme a dormir me gustaría hacerle una pregunta. ¿No le parecerá mal?

- Tendrás que arriesgarte. No puedo saber de antemano si me va a gustar o no; tú pregunta. Adelante.

- Allá va. ¿Cómo es que tiene una camioneta y no tiene un reloj? No lo entiendo.

- Lo entenderás cuando te lo explique. Es por algo muy sencillo. Pero hablaremos de ello mañana. Ahora, vete a dormir. Ah, se me había pasado. No vuelvas a tratarme de usted. Con el tú basta y sobra. Soy enemigo de los formalismos. ¿Entendido?

- Sí, desde luego.

- Pues venga; a dormir se ha dicho.

A la luz de la luna, Ibrahim se las arregló para colocar la cesta de las provisiones y el bidón del agua en el mismo lugar que ocupaban antes de la cena. Luego, acondicionó un comfortable lecho con ayuda de varias lonas dobladas y unos sacos

vacíos. Apenas había tenido tiempo para introducirse entre las improvisadas mantas cuando un fuerte golpe en la parte trasera de la cabina precedió al aviso de que el camión iba a ponerse en marcha.

- Autobús de lujo con destino a Sidi Ifni, efectuará su salida ahora mismo. Allá vamos.

Inmediatamente, en medio de gemidos y ruidos de protesta, el “pullman” inició la que Ibrahim deseaba fervientemente fuese la última etapa hasta su destino. Instantes más tarde, a pesar de todo lo que había dormido el día anterior, volvió a caer en un profundo sueño del que vinieron a sacarle, bastantes horas después, las enérgicas sacudidas propinadas por las manos de Muley.

- Arriba, perezoso. ¿No tienes hambre? Yo sí, así que sal de la cama y saca la cesta y el agua. Ah, busca por ahí el infiernillo. Hoy vamos a tomar té. ¿No te apetece?

- Sí, claro que me apetece.

- Pues venga.

Mientras tomaban el té con menta, acompañado de cosas más nutritivas, Muley recordó la pregunta formulada la víspera por su acompañante y declaró:

- Ayer insinuaste que no entendías como era posible que pudiera permitirme la compra de un vehículo y no la de un reloj. Te prometí que hoy te lo explicaría, aunque, en realidad, todo es tan simple que casi no precisa aclaración alguna. Para ir de un lado a otro y para ganarme la vida en el proceso tengo que contar con un camión; en cambio el reloj no me es imprescindible. Voy y vengo cuando quiero, sin preocuparme de la hora en que llego a donde voy. Cuando contrato el transporte de materiales de construcción, sacos de harina o ganado, jamás me comprometo a hacer las entregas a una hora determinada. Quienes negocian conmigo ya me conocen y están al cabo de la calle de mis manías. Una de ellas es considerar al reloj como un tirano insoportable. En una palabra, que no tengo ese aparato de medir el tiempo porque no me da la gana. ¿Responde esto a tu pregunta?

- Desde luego que sí.

- Pues ahora voy a contestarte otra que ya me hiciste el primer día que viajamos

juntos. Creo que, si no hay novedades, si todo continúa como hasta la fecha, mañana llegaremos a Sidi Ifni.

- ¿Por la mañana o por la noche?

- No tengo ni idea pero, en realidad, ¿qué más te da que sea a una hora que a otra?

- Prefiero llegar temprano para tener tiempo de encontrar el banderín de enganche.

- No sé por qué me da en la nariz que te va a resultar más fácil entrar en el Tercio que salir de él. Y ya está bien; basta de conversación. Si no quieres comer nada más, ni otra taza de té, vámonos.

- No, gracias; no quiero nada más, aunque lo cierto es que lo haces riquísimo. Me recuerda el que prepara mi madre.

- Sí, es una de mis especialidades.

- Bueno, en un momento recogeré todo esto.

Diez minutos más tarde, dejaban atrás el lugar en que habían desayunado y a la velocidad máxima que Muley, conocedor de las peculiaridades de su camión, podía obtener de éste, avanzaban por la pista polvorienta que les conducía a Sidi Ifni.

Aquella noche, como la anterior, hicieron alto para cenar -hasta aquel momento sólo se detuvieron unos instantes para llenar de gasoil el depósito utilizando el de reserva- y repitieron la rutina que comenzaba a ser bien conocida por Ibrahim. Con la excepción de la alarma causada por el motorista, todo fue exactamente igual.

A la mañana siguiente comenzaron a observarse algunos detalles que indicaban la cercanía de algún centro habitado. A partir de las tres de la tarde, después de haber pasado cerca de varias intersecciones con indicadores de dirección, la circulación se hizo más intensa, lo que trajo consigo el incremento del polvo. Hasta aquel momento la mayor parte del que levantaban iba siendo dejado atrás pero, desde entonces, cada vez que se cruzaban con un vehículo, cosa que sucedía con mayor asiduidad, se les venía encima.

Al anochecer llegaron a Sidi Ifni. Ni siquiera Ibrahim, el cual no estaba preci-

samente habituado a caminar por grandes ciudades, podía considerar aquel poblachón como una urbe importante. A aquella hora se veía poca gente por las calles y los escasos transeúntes caminaban presurosos seguramente en busca de sus hogares y la cena que les aguardaría en ellos.

En el único lugar en que se advertía cierta animación era en el puerto. A él fueron a parar en busca del almacén al que Muley debía acudir a retirar una partida de baldosas para la casa que un ricacho se estaba construyendo en Agadir.

Era ya muy tarde para tratar de localizar la situación del local, cuartel o punto donde realizaba su actividad el banderín de enganche si, en realidad, se había establecido allí. Así pues, Ibrahim, que no disponía de un solo dirham, se vio en la necesidad de rogar a su compañero de viaje que le permitiera dormir en la parte trasera del camión una noche más.

- No sólo te facilitaré cama -accedió Muley- sino también la cena. Vamos a repartirnos las guardias como hicimos hasta ahora, pues yo también voy a dormir en el camión. Tampoco me fío de la gente que vimos al llegar. Este almacén tiene una cerradura que se podría abrir con un trozo de alambre. Mañana será otro día. Yo mismo te ayudaré a encontrar lo que buscas con tanto ahínco.

La noche transcurrió sin sobresaltos y, a la mañana siguiente, después de un copioso desayuno que dejó prácticamente agotadas las reservas alimenticias de la cesta que Ibrahim casi empezaba a considerar como suya, se lanzaron a la calle, tras encarregar al que parecía el jefe del almacén el especial cuidado del vehículo.

- Si cuando vuelva noto que alguien ha manipulado en el interior de la cabina, tú pagarás el pato. Para empezar, te corto los cojones y se los regalo a los perros; luego ya veremos lo que hago. Te recomiendo que abras bien los ojos.

El encargado, un vejete encorvado y con una pierna más corta que la otra, juró por las barbas de Mahoma que no perdería de vista el vehículo ni un segundo. Lo último que le oyeron decir fue que lo cuidaría mejor que si fuese suyo.

- Más te vale -remachó Muley.

Encontrar el lugar en que se había establecido el banderín de enganche no fue

difícil. La primera persona a quien preguntaron no se tomó la molestia de responder con palabras. Se limitó a extender el brazo y apuntar con un dedo índice rígido y bastante sucio un edificio un tanto abandonado sobre cuya puerta de entrada campeaba un letrero que, bajo una modesta bandera española, decía: Tercio de Extranjeros.

- Ahí lo tienes -señaló Muley-. Trabajo te ha costado dar con él. ¿Habrá merecido la pena?

- Supongo que sí, pero hasta más adelante no lo sabré seguro. Bueno, creo que nuestros caminos se desvían aquí. Tú te irás a Agadir y yo a donde disponga el Profeta. Antes de que te vayas, quiero darte las gracias por todas tus bondades, por tu compañía, tu comida y tu agua. Eres una persona excelente a la que no olvidaré nunca. Has sido un compañero que no merezco. Te recordaré siempre y me gustaría muchísimo volver a verte. ¿Qué más podría decirte?

- Ya has dicho demasiado. Lo que he hecho no tiene ningún mérito; no iba a dejarte morir de asco allá donde me detuviste. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Los dos hombres, más conmovidos de lo que se traslucía, se dieron un fuerte abrazo y se separaron. Antes de entrar, desde el último peldaño de la escalera que conducía a la puerta de entrada, Ibrahim pudo ver como Muley, a punto de desaparecer al volver una esquina, miraba atrás y se detenía para hacerle un ademán de despedida.

Obedeciendo la primera orden que le transmitía el Tercio -conocido más tarde como Legión Extranjera- por medio de un cartel colocado bien a la vista, el aspirante a legionario pasó sin llamar.

En el interior, una habitación de techo alto, sumida en una agradable penumbra para quienes procedían del deslumbrante exterior, un hombre vestido de uniforme, luciendo unos galones dorados cuyo significado era un misterio para el neófito, preguntó con voz ronca sin moverse del puesto que ocupaba tras una mesa escritorio.

- ¿Qué es lo que quieres?

- Vengo a apuntarme al Tercio.

- Eso está bien -aprobó dejando sobre la mesa los papeles que examinaba-; muy bien- repitió mientras contemplaba con aire de duda al solicitante-. De todas maneras

la última palabra la tiene el tebib -agregó.

Después se levantó y salió de detrás del mostrador, se acercó a Ibrahim y ordenó:

- Abre la boca y enséñame los dientes-. Luego, con una soltura que evidenciaba su pericia en aquellas prácticas, le palpó los músculos de brazos y piernas.

- Sí, creo que servirás... a menos que estés hecho un desastre por dentro. Esta tarde el doctor te verá y dirá lo que hay. Ahora lo mejor que puedes hacer es ir a dar una vuelta hasta la hora de comer... ¿tienes dinero? -preguntó al observar la expresión que se dibujaba en el rostro de su visitante.

- Ni un solo dirham.

- En ese caso, como de verdad creo que no vas a tener dificultades para ingresar, vamos a ir adelantando un poco las cosas. Cubriremos los primeros papeles; no es que haya un exceso de documentación, pero aún así... Vamos a ver, ¿cómo te gustaría que te llamásemos?

- Por mi nombre, claro. Me llamo Ibrahim Ben Aomar, tengo veinte años y vengo de Tinerhir, allá arriba en el At...

- Basta, basta -interrumpió el encargado de la oficina de reclutamiento-. ¿Por cuanto tiempo quieres comprometerte?

- No tengo ni idea de cuántos años son el mínimo y cuántos el máximo.

- Tres años mínimo y cinco máximo. Claro que la prima que percibirías, caso de que no haya problemas sanitarios, sería proporcional al tiempo de servicio.

- Pues entonces firmaría por tres años.

- Está bien. Lo primero que debes conocer es mi nombre y graduación: me llamo Rachid y soy sargento. Ya sabes, sargento Rachid. Y ahora conviene que aprendas a rehuir la posibilidad de buscarte líos. Como uno podría venirte de la edad, en realidad aún eres menor, lo mejor que puedes hacer es decir que tienes veintitrés años. Así nadie podrá decirte nada, ni pedirte que lo demuestres documentalmente. ¿Entendido?

- Lo entendí tan bien que acabo de recordar que la semana pasada cumplí veintitrés años.

- Veo que aprendes rápido. Así que vas a echar una firma en este papel. ¿Sabes leer y escribir?

- Leo y escribo árabe. El español sólo lo chapurreo un poco, como el francés.

- ¿Quién te enseñó? No es frecuente que a tu edad -la de verdad- se cuente con esos conocimientos.

- Fue mi madre.

- Eso todavía es más extraño.

- La historia de la vida de mi madre está llena de hechos sorprendentes.

- Tú mismo eres un saco de sorpresas. No hablas como una persona vulgar. ¿A qué te dedicabas antes de venir aquí?, cuando vivías en ¿cómo has dicho?

- En Tinerhir. Era pastor de cabras en las faldas de la cordillera del Atlas.

- Es una lástima que no disponga de más tiempo; me gustaría que me hablaras de tu familia. En fin, vamos a lo nuestro. Firma aquí; dice que estás conforme en ingresar en el Tercio de Extranjeros de España, en el que prestarás servicio por un período de tres años, etc., etc. Como estás sin blanca, te voy a adelantar un poco de dinero, poca cosa pero lo suficiente para que te vayas apañando. Mañana, si el tebib te da de paso, liquidaremos la prima de enganche. Esta noche, para que no te metas en líos, dormirás aquí. En el piso de arriba tenemos media docena de catres. No tienes más que elegir entre los cinco desocupados. En esta misma calle, en la acera de enfrente, hay un figón donde se come bastante bien y no muy caro. Anda, si estás decidido, pon ahí debajo tu firma.

Ibrahim no lo pensó dos veces, tomó la pluma que le ofrecía el sargento y firmó con el garabato que pasaba por su firma. Luego, se hizo cargo de los billetes que Rachid sacó del cajón de la mesa ante la que se sentaba. Después de preguntar a qué hora debía estar de vuelta por la noche, se fue. Sin embargo antes de que llegase a la puerta, Rachid repitió:

- A las nueve en punto -. Y añadió- Mañana, antes de que te vayas, liquidaremos cuentas, ya sabes: tu prima de enganche y lo que te he adelantado. Ah, y te advierto que si se te ocurre desaparecer, te buscaré y te sacaré las tripas.

- Descuide, sargento. Cenaré temprano y mucho antes de esa hora estaré aquí.

Al día siguiente, el doctor, un hombre que parecía estar hecho de sebosos círculos concéntricos, realizó un rápido pero concienzudo reconocimiento del aspirante a miembro del Tercio y pronunció un lacónico veredicto:

- Apto para toda clase de servicios.

Dicho aquello, el médico estrechó la mano a Rachid y se fue sin una nueva mirada a Ibrahim. Debía considerar que ya le había visto lo suficiente.

- Tendrás que pernoctar un día más aquí. Hasta mañana por la mañana, a las siete, no sale el autobús público que va directamente hasta Agadir, pasando por Tiznit e Inezgan. Luego, como tienes que presentarte en el acuartelamiento de Ceuta y hasta allí el viaje por carretera es interminable y el ferrocarril sólo existe a trozos, lo mejor que puedes hacer es tomar el barco que va bordeando la costa. Hace escala en Casablanca. En resumidas cuentas, vas a ver mundo, no te va a costar un céntimo y encima, ganarás dinero.

Para Ibrahim, el cual no conocía a nadie en Sidi Ifni y no tenía nada absolutamente que hacer, el tiempo pasó con una lentitud desesperante. Pero por fin, se encontró sentado en el interior del vehículo que le llevaría a Agadir. El sargento le había acompañado hasta el lugar de donde hacía su salida y estuvo aguardando a pie firme hasta que, tras dos sonoros toques de claxon, el autocar arrancó emprendiendo el trayecto.

Antes, en el despacho de la oficina, Rachid, sin duda animado de los mejores deseos y obedeciendo a su sentido del deber, pronunció unas pocas palabras animando al recluta a cumplir cuanto se le ordenase.

- Te prohíbo -le dijo para finalizar- que la cagues manchando la limpia ejecutoria del cuerpo, no por corta menos brillante.

Sin duda se refería al escaso tiempo transcurrido desde el año 1.920 en que se había fundado el Tercio de Extranjeros.

La figura del sargento se fue empequeñeciendo hasta que el autobús dobló por una calle transversal y desapareció de su vista.

El viaje no tuvo historia. Resultó un calco del realizado en compañía de Muley y hubiese sido exactamente igual si la velocidad se hubiera parecido. Afortunadamente, la carretera casi era digna de su nombre y el autobús se encontraba en mejor estado que el camión de su amigo. Por ello era fácil viajar con mayor rapidez.

Ibrahim pasó por las poblaciones de Tiznit e Inezgan casi sin enterarse. Medio dormido y cansado de soportar un muelle que, saliéndose del respaldo, se le clavaba en una paletilla no veía el momento de abandonar aquel endemoniado artefacto rebosante de humanidad y malos olores. Si, para evitar éstos, alguien abría las ventanillas, por los huecos se colaba un calor sofocante acompañado de espesas nubes de polvo que cegaban y obligaban a estornudar.

La primera vez que trató de levantar su ventanal estuvo a punto de herniarse. La segunda, algo le estalló a la altura del omóplato derecho. Después de aquello, tomó la determinación de dejar las cosas como estaban, no sin decirse que, por fortuna, el reconocimiento médico había sido pasado antes de su enfrentamiento con la terca ventanilla.

Las paradas, bastante breves por cierto, en aquellos dos centros urbanos fueron aprovechadas por la mayoría de los viajeros para reponer las provisiones y el líquido que se consumiría sobre la marcha, en el mismo vehículo. En su interior, con la excepción de evacuar aguas mayores o menores, todo el mundo hacía lo que le venía en gana. Ibrahim no era una excepción.

Cuando se detenían, el conductor del autocar se cuidaba de advertir a los pasajeros que debían aprovechar la pausa para atender a sus necesidades mayores pues, cuando reanudara la marcha, no volvería a hacer alto hasta que lo exigiese el autobús, no los viajeros.

Por fin, cuando Ibrahim se decía que por dura que fuese la vida en el Tercio de Extranjeros no podría serlo tanto como aquel viaje, el chófer gritó:

- Si no hay novedad, dentro de un rato llegaremos.

En realidad, aquel rato fue el más largo que el joven había vivido, pero al fin, perdida ya toda esperanza de verse alguna vez en Agadir, el autocar se detuvo en me-

dio de una ciudad, o por lo menos, lo que para aquel novato podía pasar como tal. La primera parte de su viaje hacia Ceuta había concluido.

El sargento le había dado instrucciones; pocas pero concretas:

- Cuando llegues a Agadir pregunta dónde está el puerto. No tiene pérdida. Cualquiera te lo dirá. Allí te enteras de qué muelle sale el barco que va a Ceuta. Buscas el consignatario y le entregas estos papeles -había dicho Rachid poniendo en sus manos unos documentos con aspecto oficial-. No tienes que pagar. Hay un acuerdo entre el mando del Tercio y el armador del barco. Ah, hablando del barco -añadió el sargento- no esperes un crucero de lujo ni nada parecido. Se trata sólo de un trasto viejo, mixto, o sea de pasaje y carga, que llega a puerto siempre, pero después de dar más tumbos que una peonza. Supongo que te marearás de lo lindo. Claro que eso tiene la ventaja de que te alegrarás de pisar tierra firme aunque en ella te hagan mil perrerías cada día.

Aquella parrafada sirvió más que nada para despertar los recelos de Ibrahim. Sin embargo, empujado por los deseos de convertir en realidad sus sueños, no perdió tiempo y preguntó al primer transeúnte con el que se topó hacia donde se encontraba el puerto.

Lo que buscaba estaba bastante cerca. Se trataba de un lugar muy animado, repleto de pescadores vocingleros que entraban y salían, cargados de cajas de pescado, de los numerosos barquitos amarrados a los dos únicos muelles que constituían el embarcadero.

Allí mismo, sentados en el suelo o sobre los omnipresentes y malolientes cajones, un puñado de astrosos marineros, la mayoría de una edad indefinible pero ciertamente avanzada, remendaba, con habilidad y sin dejar de hablar a gritos, las redes sin las que su oficio es imposible.

Tras varios inútiles intentos, Ibrahim logró que uno de los atareados trabajadores del mar le indicara cual era el barco que buscaba y dónde podía localizar al patrón.

La visión del cascarón que allí denominaban barco, no mucho mayor que los

dedicados a la pesca, herrumbroso y a punto de caerse a pedazos, llenó de temor su corazón. El nuevo miembro del Tercio tuvo que realizar un esfuerzo para arrancarse a la contemplación de aquel montón de chatarra a bordo del cual, si Alá no disponía otra cosa, debería embarcar muy pronto.

La percepción del señor de la nave tampoco le dejó mucho más tranquilo. Si Ibrahim hubiera tenido la oportunidad de leer relatos de piratas, posiblemente le hubiese identificado con alguno de los corsarios berberiscos que asolaban nave que se ponía a tiro y costa indefensa en la que recalaban. Pero como el inexperto viajero no había trabado conocimiento con bucanero alguno, ni siquiera a través de los libros, su recelo no pasó de ser el normal ante aquella conjunción alarmante de nave y capitán. Este, que terminaba su almuerzo en una posada frente a la cual estaba fondeado el “Yasmina II”, era un individuo esquelético, con la piel del rostro tirante sobre los pómulos, diminutos ojillos y el turbante verde que proclamaba que, por lo menos una vez, había peregrinado a La Meca.

Cuando Ismail, así dijo llamarse, se enteró de que Ibrahim iba a ser su pasajero hasta Ceuta y conoció el motivo de su viaje, se limitó a inquirir:

- Traerás algún papel, ¿no?

- Sí, en Sidi Ifni el sargento Rachid me ha dado varios. Aquí los tengo -añadió pasándoselos al patrón.

- Está bien -afirmó éste después de ojearlos distraídamente-. Al anochecer, con la marea, salimos. ¿Sabes cuál es el barco?

- Sí, ya lo he visto. Está ahí enfrente. ¿Tardaremos mucho tiempo en llegar a Ceuta?

- Atracaremos cuando Alá disponga y la mar y la máquina nos lo permitan. De todas maneras, teniendo en cuenta que entre Agadir y Ceuta hay aproximadamente cuatrocientas millas y que vamos a hacer escala en Casablanca -aunque allí no nos vamos a detener mucho tiempo-, podemos decir que estaremos allá dentro de un mínimo de dos días y un máximo de cuatro. Eso si no se presentan problemas. ¿Tienes mucha prisa?

- Hombre, mi prisa es relativa.

- Mejor será que lo tomes con calma. Me refiero a lo de tu incorporación al Tercio. He hablado con algunos de los que van a ser tus compañeros y todos coinciden en jurar y perjurar que la vida que se lleva allí no es nada fácil ...

- También yo lo he oído, pero quiero probar.

- Bueno, pues al anochecer ya sabes donde tienes que estar. Entretanto, si no comiste, aquí no se hace demasiado mal. Te recomiendo un plato de “harira”; no le ponen demasiadas especias. La que acabo de comer estaba sabrosísima y las legumbres, el tomate y la carne, en su punto. Además, no cobran tanto como en otros sitios. Y basta de charla; tengo que preparar algunas cosas a bordo. Me quedo con tus papeles. Hasta luego.

Cuando Ismail se puso en pie para irse, Ibrahim tuvo la oportunidad de comprobar la exagerada estatura del capitán. Debía andar muy cerca de los dos metros veinte centímetros; su paso por la vida no podía ser fácil. En especial cruzar bajo los marcos de las puertas, sin duda calculados para personas de menor tamaño, sería a menudo bastante doloroso.

Una vez solo, Ibrahim, cuyo apetito había sido estimulado por los agradables efluvios de la cercana cocina, tomó asiento en el lugar dejado vacante por el patrón del “Yasmina II”.

Como surgido de la nada, al costado derecho del famélico hijo de Tinerhir, se materializó un chicuelo de ocho o diez años tocado con un fez y secándose las manos en el enorme mandil que casi le llegaba a los pies.

- ¿Qué quiere tomar? -preguntó afectando aires de veterano.

- Voy a comer “harira”; luego veremos.

Ismail se había quedado corto cuando afirmó que allí no se comía mal. A pesar de que Ibrahim se sentía totalmente vacío al dar comienzo a la humeante fuente de fragante “harira”, no tardó en notar que su hambre se iba saciando. Aquella sopa espesa, especiada y cremosa, condimentada a base de carne, legumbres y tomate, poseía un evidente poder nutritivo. Pensando en que quizás tardara en presentársele una ocasión

parecida de alimentarse de manera tan satisfactoria, Ibrahim hizo un esfuerzo y dio fin a cuanto le habían servido.

Después de dar orden al jovencísimo camarero de que no le sirviese nada más, con la única excepción de un nuevo vaso de té, apoyó los codos en la mesa y se quedó plácidamente dormido, con un sueño tan profundo que ni siquiera la llegada del empleado de la casa le despertó. Una hora más tarde, sobresaltado, espabiló, se echó al coleteo el vaso de té, para entonces ya frío, pagó el importe de su almuerzo y se fue a dar un paseo por el puerto.

Reinaba la misma animación que en el momento en que contempló la escena algún tiempo antes. Si acaso, el ambiente era aún más ruidoso. Se detuvo unos minutos con la mirada fija en el “Yasmina II”. No quería pensar demasiado en los riesgos que iba a correr en cuanto pusiera los pies en aquella ruina evidente. Prefería soñar en lo que podría hacer a partir del momento en que, transcurridos los tres años de su vida que debía dedicar al Tercio, fuese libre para emplear todas las energías a la tarea de cruzar el estrecho de Gibraltar y encontrar la manera de quedarse en España para siempre.

España había estado siempre en su mente. Ya desde niño, cuando su madre avivó su fantasía, contándole cosas de aquel país tan lejano y tan cercano a la vez, de aquella tierra en la que su raza había echado raíces permanentemente vivas, de aquel paraje de ensueño donde los jardines y el agua brotaban sin apenas esfuerzo humano, que conservaba todavía el nombre de Al-Andalus que “nosotros” le hemos dado.

Su madre, Meriem, que procedía de Ceuta, había estado empleada durante varios años en la casa del Alto Comisario español. En ella había conocido al que había de ser el padre de Ibrahim. Allí aprendió español y francés y, pasado el tiempo, emprendió el viaje que ahora, en la dirección opuesta, acababa de realizar la reciente adquisición del Tercio. Pero antes, cuando el Comisario fue relevado de su cargo y trasladado a la península, ella, junto con el resto del personal, le acompañó y en Málaga residió hasta su vuelta definitiva a Marruecos y su establecimiento en Tinerhir.

Meriem nunca olvidó “Al-Andalus”. Siempre había considerado España como

su segunda patria y, mediante una inconsciente transferencia de sentimientos llegó a transmitir a su hijo el cálido afecto que éste, pasados los años, llegaría a sus descendientes.

El abstraído Ibrahim realizó un considerable esfuerzo y, mentalmente, regresó a la actualidad. Dentro de escasas horas embarcaría en aquella bañera oxidada y pocos días más tarde, con suerte, llegaría al puerto de Ceuta. A partir de allí, no se atrevía a vaticinar nada porque no tenía ni idea de lo que le aguardaba. Sin embargo, confiaba en que la dura vida que había llevado hasta entonces le permitiera afrontar lo que viniese.

- ¿No está usted cansado? -pregunté a Hassan-. Son más de las diez. Lleva hablando más de cuatro horas; sin parar. Debe tener la boca tan seca como el esparto.

- Cansado no. Pero tengo sed, sí.

- Perdóneme que no me haya dado cuenta antes. Voy a traerle algo. ¿Quiere un refresco o prefiere agua?

- El agua me irá bien.

Instantes después, Hassan bebía con avidez, sin apenas detenerse para respirar. Cuando acabó con el vaso que le había servido, dijo mirando la jarra llena:

- ¿Puedo?

- Claro -autoricé, llenando otro.

Hassan también apuró el segundo, si bien aquél lo bebió con más calma.

- Sigo pensando que quizás esto que le cuento no le vale para nada -opinó a media voz el marroquí, como si hablara para sí mismo.

- Claro que me sirve. Usted no se preocupe. Ahora vamos a dejarlo y mañana continuaremos. Pero antes de que se marche, voy a entregarle la cantidad que hemos convenido. Tome -añadí sacando la cartera y dándole algún dinero-. Ahora escucharé todo lo grabado por si he de hacerle alguna pregunta sobre lo hablado. ¿Le parece bien que mañana continuemos a la misma hora?

- Por mí no hay inconveniente. Y muchas gracias -declaró Hassan levantándose del sillón que ocupaba-. Hasta mañana, entonces.

- Hasta mañana -repetí encaminándome hacia la puerta.

- Buenas noches -saludó ya en el rellano de la escalera.

- Tan pronto como el rumor de sus pisadas se perdió a lo lejos, volví al despacho, rebobiné las cintas -habíamos grabado tres- y comencé a escuchar. Las grabaciones eran buenas. Dos o tres veces detuve el aparato para tomar breves notas. El material era interesante, al menos a mí me lo parecía y, además, con pequeñas modificaciones en la cronología era válido para ser transcrito tal cual. Si el resto de lo que tenía que contar Hassan poseía por lo menos la misma calidad ...

Aquella noche dormí poco y mal. Para empezar, me fui a la cama tardísimo; durante mucho tiempo me revolqué entre las sábanas intentando colocar a renglón seguido de las palabras de mi narrador africano un colofón lógico. Después, cuando al fin concilié el sueño, caminé de pesadilla en pesadilla de modo que, al despertar, vuelto al mundo de los vivos por la caída de algo muy pesado en el piso de arriba, experimenté un enorme alivio. Luego, antes de levantarme, estuve reprochándome no haber preguntado a Hassan dónde podía encontrarlo si le necesitaba para algo.

Sin embargo, no era preciso que me acusara de nada pues, a las seis en punto, sonó el timbre de la puerta y allí, tan alto y flaco como la jornada anterior, se encontraba mi amigo marroquí.

Mi visitante venía dispuesto a no perder tiempo pues, tan pronto como estuvimos acomodados en los lugares ocupados la tarde anterior, cogió el hilo del relato y continuó diciendo:

El impaciente Ibrahim, a quien el paso del tiempo se le antojaba lentísimo, anduvo deambulando por el puerto sin rumbo fijo. Sin tener conciencia de que lo hacía y caminando con parsimonia, dejó atrás el lugar en que se fabricaban alfombras y tallas en madera, y fue ascendiendo por una serpenteante carretera hasta llegar a la alcazaba, desafortunadamente en estado ruinoso, en cuya entrada aún podía verse una inscripción holandesa del siglo XVIII.

Tras unos minutos aprovechados para contemplar el puerto desde aquella atalaya, una enorme y solitaria playa y, prácticamente, toda la ciudad, Ibrahim desanduvo

el camino que le había conducido hasta allá arriba.

El que había de ser mi abuelo tenía un carácter impaciente que no le permitía estar muchas horas ocioso y en el mismo lugar. Por eso, aquella espera forzosa, mano sobre mano, con el único entretenimiento de ver cómo la gente se afanaba a su alrededor, le producía una gran desazón.

No teniendo nada que hacer, se encaminó al lugar donde se encontraba atracado el Yasmina II. Por nada del mundo se arriesgaría a que el barco zarpara sin él.

Por fin, desde cubierta, Ismail le hizo señas de que subiera. Sin esperar a que las repitiera, el aburrido Ibrahim ascendió la corta pasarela y, por primera vez en su vida, sintió bajo los pies la bamboleante superficie de la cubierta de un barco.

“Así que era aquello”, se dijo. “¿Cómo será en alta mar cuando las olas lo sacudan?”

Ibrahim no tuvo demasiado tiempo para responder a su propia pregunta pues, el patrón le llamó a su lado e inquirió:

- ¿Navegaste alguna vez?

- No -contestó con un hilo de voz-. ¿Por qué?

- Por nada en particular. De todos modos -continuó- cuando salgamos del puerto colócate a favor del viento; ya te explicaré luego. Dentro de un momento nos vamos.

Efectivamente, no transcurrió mucho rato sin que el maderamen del barco comenzara a trepidar en medio del ronco ruido de un motor asmático. Luego, lentamente, el Yasmina II comenzó a separarse del muelle dirigiéndose hacia la bocana del puerto.

De momento, Ibrahim, distraído por el animado espectáculo que se manifestaba ante sus ojos, permanecía ajeno a su físico. Sin embargo, no tardó mucho en experimentar un extraño malestar que comenzaba en las piernas, continuaba en el estómago y se fijaba en la cabeza. Cuando una abundante vomitona le privó de la riquísima “harira” con la que tanto había disfrutado en la comida de mediodía, comprendió el significado de las palabras del capitán y, obedientemente, fue a situarse a la otra banda.

La estancia de mi abuelo a bordo del Yasmina -dijo Hassan- fue una sucesión ininterrumpida de arcadas, náuseas y mareos que le dejaron hecho unos zorros, a pesar de que, según el patrón, al mar no podía pedírsele mayor mansedumbre en aquella época del año.

De la escala de dos días en Casablanca, Ibrahim apenas fue consciente. Aunque Ismail, apiadado de su infeliz pasajero, se empeñó en que le acompañase en calidad de invitado a uno cualquiera de las decenas de burdeles que pueblan Dar el Beida (Casa Blanca), no encontró nunca más que negativas en redondo. Su estado de salud le impedía hasta asistir como simple espectador pasivo a una exhibición de danza del vientre.

Así pues, cuando el barco se hizo de nuevo a la mar, aquel desanimado viajero que no había dispuesto de tiempo suficiente para reponerse, volvió a pasar por las mismas agotadoras pruebas. Cada vez que extendía sobre cubierta la alfombrilla de las oraciones y se volvía hacia el lugar en que el capitán le había dicho que se encontraba la Meca, suplicaba al misericordioso Alá que se apiadase y le restituyera la salud que le había quitado.

No se sabe si merced a las oraciones, al hábito o, simplemente, a que Ibrahim ya no tenía nada más que devolver, lo cierto fue que la última mañana del viaje, cuando al doblar el extremo superior del país, dejando el puerto de Tánger por estribor y ya muy cerca de su destino, el atribulado mercenario advirtió que no se encontraba tan desesperadamente mal como hasta la fecha.

Después de aquel repentino cambio, la mejoría se produjo con rapidez y sin altibajos. Desde el momento en que puso pie en Ceuta, Ibrahim fue otro hombre.

Al acercarse a la ciudad, próximos a puerto, los ojos del recién llegado no sabían a dónde mirar. ¡Eran tantas cosas nuevas! El segundo oficial, que había sentido por él desde el primer momento una especial simpatía y le trataba como a un hijo, le había llamado a su lado y le iba señalando todo lo que consideraba digno de mención.

- Mira, ese faro en el cerro de los Mosqueros está a 180 metros sobre el nivel del mar y su luz puede distinguirse a 23 millas de distancia. En realidad, Ceuta es co-

mo una isla, ya te darás cuenta. Tiene tres recintos amurallados; el primero está formado por las fortificaciones del Monte Acho, el segundo en el espacio que hay entre la falda de ese monte y el foso de Almina y el tercero, míralo, está más hacia allá, hacia el oeste, en el antiguo “campo neutral”, en lo que se llama Ceuta la Vieja. En esas fortificaciones, construidas por los españoles, hay una batería de cañones con piezas de 24 centímetros. Bueno, de esto todavía no sabes nada, pero te aseguro que, si el proyectil de uno de esos cañones o de cualquiera de los del Acho toca este montón de chatarra, no tardaríamos dos minutos en irnos al fondo. ¿Ves aquel fortín?, es el del Serrallo; ahí reside el Gobernador. No me hagas mucho caso, pero creo que Ceuta fue romana, holandesa, francesa, portuguesa, española -no sé si precisamente en ese orden y, naturalmente, árabe. Se dice que aquí fue donde se estableció la primera industria manufacturera de papel del mundo occidental. Lo hizo uno de mis compatriotas que trajo el procedimiento de China. Y volviendo a los cañones, además de los que ya te dije, hay otros mayores todavía en los fuertes de Molino y del Pintor; mira, allí. En el fuerte del Acho está instalado el Presidio, ya sabes, una prisión muy grande, a la que los españoles traen de la península a delincuentes peligrosos para que cumplan sus condenas. A unos siete kilómetros de distancia están las canteras de las que se saca piedra para la construcción de edificios. Se trabaja a más de ochenta metros de altura; yo lo hice un par de años, hasta que lo dejé para dedicarme al mar. Aquello me asustaba más que la galerna.

Hasta que el barco quedó atracado, el segundo de Ismail -el cual no confiaba más que en él mismo para realizar aquella delicada operación- fue poniendo al corriente a Ibrahim de todo lo que se alcanzaba a ver desde el puente.

Cuando el soldado de fortuna se hubo despedido del capitán y su segundo, después de haber recuperado parte de los documentos -aquéllos que debería entregar en el acuartelamiento del Tercio- descendió la pasarela y puso pie en tierra firme, diciéndose que, en la medida que de él dependiera, no volvería a pisar la cubierta de un barco. No tenía inconveniente en confesar que lo había pasado muy mal.

En el muelle preguntó a la primera persona que se le puso delante dónde se en-

contraba el acuartelamiento del Tercio. La respuesta disipó sus dudas sobre la eventualidad de una noche al sereno.

- A cien metros de aquí, en esta misma acera, hay una oficina de reclutamiento del Tercio. Vete allí y ya te dirán.

La información era correcta. En la oficina o banderín de enganche se hicieron cargo de su documentación y le dijeron que se sentara en un duro banco de madera arrimado contra la pared que hacía de respaldo. Debía aguardar la llegada de un vehículo que pasaría a recogerle a él -el cabo segundo Carlos- para llevarle al acuartelamiento. Podía acompañarle.

Tres horas más tarde se escuchó una fuerte conmoción en el exterior y el cabo se levantó de la silla que ocupaba tras una mesa rebosante de folletos y documentos, se aproximó a Ibrahim y le dijo:

- Vamos. Ya han llegado.

En la calle sin asfaltar, paralela al muelle principal, en medio de los remolinos de polvo que levantaban dos mulas encabritadas, enganchadas a un carromato de madera pintado de un desvaído color verdoso, aguardaba el “vehículo”.

- Venga, sube ya. No pretenderás que te ayude yo, ¿eh? -profirió el cabo Carlos.

El mercenario obedeció en silencio y fue a sentarse en un banco hermano gemelo de aquél cuya dureza había tenido ocasión de comprobar en la oficina. En equilibrio precario, sujetándose como podía, recorrió durante largo rato caminos irregulares por una zona prácticamente deshabitada y casi desértica que había empezado a elevarse casi tan pronto como dejaron atrás las últimas casas de Ceuta.

Pese a las violentas sacudidas del carro, Ibrahim, que había terminado por sentarse en el suelo, estaba a punto de dormirse cuando el cabo, desde el lugar que ocupaba en el pescante, al lado del hombre que llevaba las riendas, gritó:

- ¡Ya llegamos, montón de mierda!

Aquel insultante modo de hablar sorprendió al recluta que, si bien llegaba dispuesto a no dejarse intimidar ni asombrar por nada, forzosamente tenía que sentirse desorientado. En especial cuando el comportamiento del cabo chocaba frontalmente

con las ideas que Meriem, su madre, había ido implantando en su mente a lo largo de los años acerca de la caballerosidad de los españoles, del amor por la justicia y de la pasión por defender a los débiles.

A lo largo de los tres años siguientes, Ibrahim dispuso de infinidad de oportunidades de comprobar que su madre sólo había conocido una clase de españoles. Afortunadamente para ella, la mejor.

Por desdicha, el hijo de Meriem había caído en poder de una plétora de tiranos que engordaban ejerciendo el despotismo más irracional. En especial, las arbitrariedades cometidas de continuo por los más pequeños, por los de menor categoría, con el fin de hacerse notar, eran absolutamente insoportables.

En cuanto a los más altos en la jerarquía, parecían no enterarse de nada y, de hacerlo, se encontraban satisfechos con aquel estado de cosas que, si protegía la integridad de los grados inferiores, garantizaba la absoluta intangibilidad de los más encumbrados.

Naturalmente, no se negaba a admitir la existencia de personas dignas del mayor respeto entre quienes formaban parte integrante del Tercio, pero no podía perder el tiempo tratando de dar con ellas; estaba demasiado ocupado buscando la manera de pasar desapercibido para quienes disfrutaban pisoteando al prójimo.

De todos modos, en honor a la verdad, debía reconocer que aquel cuerpo de mercenarios contaba con cierto número de individuos merecedores de su consideración: los pobres diablos que, como él, habían buscado una vida mejor en sus filas.

No transcurrieron muchas semanas sin que Ibrahim comenzara a reprocharse no haber elegido con más tiento el medio de trasladar su residencia a la península. ¡Tenía que existir una solución más inteligente y menos dificultosa que la que había adoptado!

Pronto inició el estudio de los distintos métodos que, a su juicio, podrían conducirlo a la libertad, al abandono del uniforme que, al principio, tantos atractivos parecía encerrar y ahora odiaba como símbolo del abuso y la opresión. No en vano lo vestían quienes en nombre de un reglamento muchas veces absurdo, actuaban de forma

caprichosa y cruel.

Enseguida comprendió que no encontraría un procedimiento legal para abandonar el Tercio sin aguardar a que finalizase el período de tiempo para el cual había prestado su conformidad. Cuanto antes se habituase a la idea de que aquella singular forma de esclavitud no se extinguiría hasta que transcurriesen tres años, mejor sería para su salud mental.

Los mil noventa y cinco días que hubieron de pasar hasta el momento en que el subteniente pagador le llamó a su despacho y le preguntó si deseaba reengancharse por una nueva etapa, fueron otros tantos tormentos. Cada uno de ellos trajo su particular padecimiento.

El hecho de que no todos transcurrieran en el mismo lugar no facilitó las cosas. Había viajado a Melilla, Nador y otras poblaciones del interior y de la costa, en camiones y, en ocasiones, en carromatos militares como el que le había llevado desde Ceuta, y la mayor parte de las veces andando cargado como un mulo. Tenía entendido que aquellas caminatas de cincuenta o sesenta kilómetros, llevando a cuestas la dotación completa bajo un sol de justicia que elevaba la temperatura hasta más allá de los cuarenta y cinco grados, “se realizaba por su bien...” Al menos, el mando afirmaba que aquel era el único sistema que garantizaba el absoluto endurecimiento del ser humano y que, cuando se estuviera bajo el fuego enemigo, ningún miembro del Tercio volvería la espalda.

Ibrahim se prometió solemnemente que, cuando pasaran los años, -por supuesto, si salía entero de aquello- dejaría de pensar en el tiempo tirado por la borda de tan mala manera. Hablaría lo menos posible de aquella experiencia y trataría de considerarla como una espantosa pesadilla.

- De acuerdo con lo que me contó mi madre -dijo Hassan- mi abuelo debió haberlo pasado muy mal durante su estancia en el Tercio. Lo probaba el hecho de que jamás habló voluntariamente de aquella fase de su vida; sólo accedía de muy mala gana y después de hacerse de rogar durante mucho rato. Por esta razón, los datos de que dispongo -añadió- son bastante escasos e inconexos.

Estaba claro que Ibrahim siempre había lamentado con amargura la ligereza con que actuó en relación con su ingreso en el cuerpo de mercenarios.

Por el contrario, Hassan disponía de numerosas informaciones acerca de las andanzas de su abuelo a partir del momento en que, finalizado su compromiso con el Tercio, inició la realización de su proyecto de traslado a la península.

En las palabras de mi informador creí advertir un apenado tono de disculpa que me apresuré a neutralizar.

- Precisamente -le tranquilicé- lo que más me interesa de la vida de los miembros de tu familia -vamos a tratarnos definitivamente de tú y a dejarnos de formalismos- es la parte que se relaciona con vuestra venida y estancia en este país. Todo lo que me has relatado hasta ahora, aunque en realidad poco tiene que ver con ese viaje, es interesante como antecedente, como testimonio del carácter y modo de pensar de tu abuelo Ibrahim; por esa razón no te he pedido que lo dejaras fuera. Así que, tranquilízate y continúa contando.

Hassan pareció recuperar la serenidad y, sin más dilaciones, reanudó el relato:

La fecha en que mi abuelo recibió la licencia, sería una jornada que no se borraría fácilmente de su memoria.

Entonces, Ibrahim llevaba algún tiempo en Melilla, a donde había sido destacado junto con otros veinte compañeros y un cabo que les había hecho la vida imposible durante el viaje desde Ceuta.

Cuando, por fin, se vio libre de ir y venir a su antojo, la libertad se le subió a la cabeza como un vino espumoso pero, en medio de su borrachera, encontró la serenidad suficiente para reflexionar. “No te precipites como hace tres años. Piensa lo que vas a hacer y los medios que vas a utilizar”, se dijo.

A su disposición estaban, allí mismo, las líneas directas Nador-Almería, Nador-Málaga o bien Punta Almina, en Ceuta, a Algeciras. Las dos primeras tenían la ventaja de que no le obligaban a viajar hasta el punto de salida, ya que se encontraba en él, poco más o menos. Sin embargo, en su contra tenían el mayor número de horas que debía pasar en el agua, por término medio seis horas y media para llegar a Almería y

siete y media a Málaga.

Aquellos datos, obtenidos de una guía publicada por una compañía naviera, no eran muy de fiar pues, en aquella época, se decía lo que cada cual entendía buenamente que resultaba favorable a sus intereses. De ello se desprendía que las citadas horas de travesía podían estar un tanto recortadas. Además, había otra cuestión muy digna de ser tenida en cuenta. Como su viaje a la península había de hacerse subrepticamente, el desembarco no podía realizarse de modo abierto en un puerto concurrido y a la luz del día. Tendría que ser por la noche y atracando en una playa desierta. Por otra parte, sus nulas condiciones como hombre de mar le obligaban a considerar de manera prioritaria el factor tiempo de navegación.

Cruzar el Estrecho de Gibraltar, desde Punta Almina, también de acuerdo con la misma guía, podía hacerse recalando en Algeciras en una hora y media, aproximadamente. Si tuviera la suerte de atravesarlo por su parte más estrecha, catorce kilómetros, aquello sería un juego de niños. Claro que, para iniciar la travesía desde aquella zona tan favorable, tenía que desplazarse hasta Ceuta, cosa que no le preocupaba en absoluto ya que el viaje sería por tierra.

Ocho días transcurrieron sin que Ibrahim tomase una decisión. Se debatía en un montón de dudas, sin que la toma de contacto realizada con individuos pertenecientes a una organización dedicada a proporcionar transporte a marroquíes y otros africanos deseosos de trasladarse a España, le hubiese servido para nada.

- ¿Por que vas a molestarte en ir hasta Ceuta? -le preguntaron-. Además, cruzar desde aquí te costará menos. Y luego debes pensar que las playas de Tarifa y Gibraltar están mucho más vigiladas que las que nosotros utilizamos. Dentro de poco sale una expedición en la que van a ir treinta y dos hombres en dos lanchas. Ahora tienes la oportunidad de viajar por poco dinero. Si te haces cargo de la entrega de un fardo de hachís, la “excursión” te va a salir por cuatro perras.

Cuando el ex-mercenario confesó que su preferencia por Punta Almina se debía únicamente a la mayor cercanía del lugar de llegada, uno de los hombres que le atendía afirmó que si, como parecía, no le hacía gracia el mar, podía tranquilizarse pues en

aquella época del año estaba tan quieto como un lago.

Aquella conversación se estaba celebrando en la bodega de un miserable cafetín de las afueras de Melilla y había comenzado tres días antes en otro no menos pobre situado en la zona más sórdida del puerto. Encontrar el primero de los puntos de reunión de los llamados desde siempre “pasadores” -en realidad contrabandistas de hombres además de droga- le había llevado una semana, pues el tema era considerado tabú y no apto para comentar con desconocidos.

La primera vez que se había entrevistado con aquella gente se habló exclusivamente de sus pretensiones, de su nombre y del lugar donde se le podía localizar. Pocos días después, un individuo astroso se hizo el encontradizo en plena calle y le citó para una hora del siguiente, en esta ocasión en el cafetucho del extrarradio.

La segunda cita finalizó muy rápidamente cuando Ibrahim solicitó que le concediesen un par de días para pensarlo.

- De acuerdo -accedieron-. Tienes hasta pasado mañana, a las nueve de la noche. después de esa hora, dispondremos de tu plaza. Las condiciones económicas ya las conoces. Si no es para decirnos que sí, no es necesario que nos visites en el café del puerto.

El exmiembro del Tercio se estrujó el magín intentando encontrar nuevos argumentos que le aconsejaran aceptar la oferta, pero siempre tropezaba con la razón suprema del mareo que le resultaba más fuerte que ninguna otra.

“Lo que no tiene vuelta de hoja”, se decía, “es que tengo más posibilidades de ponerme malo estando embarcado seis o siete horas que si estoy una o dos. Por otra parte, si me siento tan enfermo como durante la travesía de Agadir a Ceuta y cuando atraquemos en una playa tengo que correr para escapar de aduaneros, gendarmes, policías, o lo que sea, porque lo que está claro es que no van a estar esperándonos con una banda de música para darnos la bienvenida ...”

Ibrahim deseaba tomar una decisión definitiva pero de ella dependía mucho y, por esto, no se acababa de resolver. En un momento dado, harto ya de tanta vacilación, se puso en marcha hacia Ceuta. No quería perder un minuto más. En cuanto llegara

volvería a rondar por los bares y cafés del puerto donde, estaba convencido, encontraría alguna organización del mismo tipo que aquella con la que había entrado en contacto en Melilla.

Una circunstancia que le confería cierta serenidad de espíritu era el convencimiento de que poseía el dinero suficiente para hacer frente a las exigencias monetarias de los “tiburones” que coordinaban las operaciones de contrabando humano como la que le interesaba. Gracias a que durante sus tres años de mercenario no se había dejado seducir por ninguno de los vicios que desplumaban en poco tiempo a sus camaradas de armas, aún contaba con la prima de enganche y los sueldos casi íntegros.

Su segunda llegada a Ceuta le produjo la impresión engañosa del encuentro con algo sobradamente conocido. Se dio cuenta de su error tan pronto como inició la búsqueda de los contactos necesarios para lograr transporte hasta la costa española.

O había tenido mucha suerte en Melilla tropezando a las primeras de cambio con lo que buscaba, o aquí eran más desconfiados. Fuese como fuese, sería preciso no desanimarse; tarde o temprano daría con alguien suelto de lengua.

Por fin, cuatro días después de su llegada, tras muchas consultas, alguien le dijo en la calle que preguntara por un tal Alí Moktar, en el café Kamra (luna), en el puerto. Tenía que ser después de las diez de aquella noche. El informador, un hombre gordo y cojo que llevaba gafas con cristales muy gruesos, desapareció entre la gente tan pronto como transmitió el mensaje. Aquella forma de actuar sólo podía significar que un grupo, enterado de sus pretensiones, estaba dispuesto a entrar en tratos.

Ibrahim, con el corazón desbocado, acudió al café Kamra un poco antes de la hora señalada. El local estaba atestado, pese a lo cual tuvo ocasión de vislumbrar entre el espeso velo de humo que lo cubría todo la cara de globo del hombre de las gafas que le había citado allí. Aquel individuo también le vio a él pero, de alguna manera, logró transmitirle la impresión de que no deseaba ser abordado.

No había una sola mesa libre; entonces, se acercó a la concurrida barra donde pidió le sirviesen un té con menta que comenzó a beber con parsimonia. Los parroquianos entraban y salían continuamente y el ansioso exlegionario pudo estudiar una

enorme variedad de tipos que hubiesen llamado la atención en cualquier otro lugar.

De pronto, un sujeto bajito cuya negra barba casi le llegaba hasta la cintura, el cual se había situado a su lado ocupando una plaza recién dejada libre, consiguió hacerse oír por encima del tumulto. Quería que le siguiese a la calle un ratito después de que él se hubiese ido.

Ibrahim asintió con una inclinación de cabeza. En aquel ambiente no se sentía muy tranquilo pero no le quedaba otro remedio que obedecer. Durante su permanencia en el Tercio no había entrado en fuego nunca. Ciertamente que en varias ocasiones tuvo la oportunidad de escuchar detonaciones cercanas pero ni una sola vez se vio obligado a disparar contra un ser humano.

En cambio, se había encontrado mezclado en riñas y peleas que finalizaron de mala manera. Sin embargo, siempre tuvo la fortuna de escapar ileso y, lo que era tan importante como aquello, de que nadie le exigiese responsabilidades por su intervención.

Segundos después de que el individuo de la barba descomunal desapareciera como engullido por la humareda, Ibrahim dejó unas monedas en la palma de la mano del encargado de la tetera y salió a escape. Su contacto le esperaba fuera.

- Sígueme -se limitó a decir cuando le tuvo a su altura.

A unos cien metros del café, el guía se detuvo y luego dobló hacia la derecha. Enseguida, penetró en una casucha de planta baja y aspecto ruinoso en la que les aguardaban dos hombres.

- ¿Tienes dinero? -inquirió uno de ellos con voz ronca y un tono que de ninguna manera podía ser calificado de desinteresado.

- Aquí no -respondió el exmiembro del Tercio que había previsto la posibilidad de que pretendieran desplumarle-. Además, ¿de cuánto dinero se trata?

- Eso depende de ti mismo -intervino el individuo hasta entonces silencioso-. Sabemos que eres de confianza. Te hemos investigado desde que llegaste haciendo preguntas a diestro y siniestro. Dejaste un rastro tan claro como el de una manada de elefantes.

- Vamos a lo nuestro -interrumpió el que había hablado en primer lugar-. Nos consta que eres trigo limpio, que estuviste tres años en el Tercio, que anduviste por Nador y Melilla y que allí te habían ofrecido la posibilidad de hacerte cargo del transporte de cierta mercancía.

- Sí, es verdad.

- Nos gustaría saber por qué no aceptaste. Suponemos que no habrá sido porque te entró el canguelo.

- En cierto modo, sí, tuve miedo; pero no miedo a llevar aquel encargo. Fue pánico al mar. La primera vez -y la única hasta ahora- que estuve en un barco me faltó poco para vomitar las tripas. Nunca me sentí peor. Por esa razón vine aquí; porque esto está más cerca de España que aquello. Desde aquí se tarda bastante menos en cruzar el Estrecho.

- Bueno, pues estás de suerte. Pasado mañana, por la noche, nos vamos de “paseo”. La mar está calma. No habrá luna. Si te decides y quieres responsabilizarte de un fardo, por nosotros no hay inconveniente. Además, así el “pasaje” te saldrá muy económico, casi gratis.

- ¿Cuánto? -inquirió Ibrahim deseoso de salir de dudas.

- Por ser para ti y, teniendo en cuenta lo del paquete, tanto -dijo el que llevaba la cuestión económica mencionando una cantidad ahora ridícula y entonces exorbitante.

- Conforme. ¿Cuándo nos vamos?

- Espera, hombre, espera. No seas precipitado. Ya te hemos dicho que pasado mañana por la noche. Ven a esta misma casa a las once. Desde aquí iremos al sitio desde donde sale la patera. No vayas a creer que es un barco como ese que dices que te sentó tan mal. Trae el dinero; el pago es por adelantado, antes de zarpar. Además, aunque la travesía es corta, por si las moscas, no olvides un par de bocadillos -envueltos en un pedazo de lona- y una cantimplora o un odre con agua potable.

- ¿Qué quieres decir con eso de las moscas?

- Pues que, a pesar de que el momento es bueno y sopla el poniente, el Estrecho

es el Estrecho y la corriente puede jugarnos una mala pasada.

- ¿Y eso del poniente?

- Pues que cuando el viento viene de poniente el mar está como un plato; creí que ya lo sabías.

- No tenía ni idea -confesó Ibrahim, algo más tranquilo-. ¿Tenéis algo nuevo que decirme? -preguntó.

- Sólo que no te olvides del dinero.

- Eso no es nuevo -corrigió antes de irse.

Una vez en el exterior, mi abuelo -dijo Hassan tan pronto como procedí a introducir otra cinta virgen en el magnetófono -encaminó sus pasos hacia el café de Kamra. Confiaba en que, desde allí, le sería más fácil volver a encontrar el “mel-lah”, el barrio judío, donde había alquilado una habitación el día de su llegada a Ceuta.

Efectivamente, tras varios errores que le obligaron a retroceder y avanzar titubeante como un ciego, dio con la calle en que se hospedaba. Antes de recogerse en el diminuto tabuco en que dormía, entró en un establecimiento dedicado a servir comidas a gente de paso, como él mismo. El lugar ya le resultaba conocido, no era excesivamente caro y, cosa extraña en aquella zona, estaba siempre limpiísimo.

La seguridad de que su largo peregrinar hacia España estaba a punto de dar fin, le había abierto el apetito. Con rapidez, aunque saboreando lo que consumía, despachó una abundante cena iniciada con una ensalada de lechuga y tomate, seguida de “tayín” (estofado de carne) y finalizada con un postre de dátiles.

Se notaba cansado, probablemente a causa de la tensión nerviosa a que estaba sometido desde tiempo atrás. Por ello, aún consciente del peligro de no pegar ojo acostándose tan pronto después de aquella copiosa cena, se fue a la cama.

A pesar de sus lógicos temores, ni el “tayín” ni la delgadez e incomodidad de la colchoneta pudieron con su fatiga. Durmió profundamente hasta bien entrada la mañana.

Luego, cuando ya despierto por completo, volvió a considerar los acontecimientos de la noche anterior y comenzó la espera del momento en que, de nuevo, se sentiría

a merced del mar, las dudas invadieron su mente.

¿Qué pasaría si, en el instante de tocar tierra, su estado físico no le permitía estar a la altura de las circunstancias?

Mejor no pensar de aquella manera. Lo que convenía era mentalizarse para hacer frente al futuro. Si había salido airoso de la prueba del Tercio no existía razón alguna para no aguardar confiadamente el porvenir, ya tan próximo. Lo importante, se repitió por enésima vez, era resistir aquellas horas que faltaban; pocas, pero interminables.

Finalmente, la hora de regresar a la casucha donde se había entrevistado con quienes le iban a conducir a la costa española, llegó. En el último segundo, cuando habiendo introducido en un morral los bocadillos y la cantimplora llena, abandonó la habitación que le había servido de hogar aquellos días, le asaltó la incertidumbre.

¿Qué ocurriría si era incapaz de dar con el lugar de la cita?

La respuesta la tuvo tan pronto como descendió el último peldaño de la empinada escalera que conducía a la calle. En el portal le aguardaba el mismo hombre gordo con gafas encargado de darle el mensaje referente al café Kamra. Como en aquella ocasión, no hizo otra cosa que decirle:

- Sígueme.

Luego, cojeando ostensiblemente, le condujo a la casa y después se fue.

En aquella oportunidad el lugar estaba más concurrido que cuando lo había visitado la primera vez. Otros ocho individuos, con la ansiedad pintada en sus rostros - como se figuraba que lo estaría en el suyo- aguardaban y, mientras tanto, conversaban en voz baja.

De pronto, se abrió la puerta que daba a una habitación interior y entró el sujeto aparentemente encargado de las finanzas de la organización.

- ¿Habéis traído el dinero? ¿Todos? -soltó como único saludo.

Las respuestas fueron unánimes, aunque no todas formuladas del mismo modo. Hubo tres o cuatro síes, un par de claros y algunas cabezadas afirmativas.

- Entonces podéis ir soltando la pasta.

Como corderos, los hombres fueron acercándose a la mesa de madera de pino sin desbatar tras la que había tomado asiento el “recaudador” y, uno después de otro, fueron entregando lo convenido.

Tan pronto como la colecta hubo terminado, el que la había realizado, se puso en pie y, dirigiéndose a la salida, se detuvo un instante para decir:

- Vamos. Afuera uno de mis compañeros os espera en una camioneta que os llevará a la playa desde la que saldréis para España. Buena suerte.

Efectivamente, delante de la puerta aguardaba un vehículo que a Ibrahim le recordó el que le había llevado hasta Sidi Ifni. Tan maltratado como aquél, estaba movido por un motor igual de robusto que hacía un ruido parecidísimo.

Siguiendo instrucciones del chófer que se había apeado brevemente, fueron subiendo a la parte trasera en la que se acomodaron lo mejor que pudieron. Los más prácticos se sentaron en el suelo con las espaldas apoyadas en los laterales de madera.

El viaje no duró mucho tiempo. Después de lo que se les antojó media hora dejaron atrás el Embalse del Renegado -al menos, eso dijo uno de los compañeros que, por estar ya medio mareado, iba asomando la cabeza- y luego, por la carretera de la costa llegaron a Punta Leona. A partir de allí, por infames caminos vecinales, dando tumbos, entre quejidos de la camioneta que parecían presagiar su inminente desfondamiento, se detuvieron en una cala desierta a corta distancia de la isla del Perejil, donde ya se encontraba la lancha que debía cruzar el Estrecho.

No se perdió mucho tiempo en formalidades. La camioneta que les había traído dio media vuelta y se marchó por donde había venido; a poco, sus luces se perdieron en una revuelta del camino y la oscuridad se adueñó de la diminuta ensenada.

Sin embargo, el cielo les proporcionaba cierta claridad que les permitió sentarse en los lugares que les señaló uno de los dos individuos que les acompañarían en la travesía.

La embarcación, una lancha con muy poca estabilidad, del tipo conocido por el nombre de patera, aunque con alguna modificación, tenía sus bordas un poco más altas de lo que era normal en aquella clase de barcas -una característica que Ibrahim agrade-

ció cuando uno de sus copasajeros se lo hizo notar- describió una graciosa curva e impulsada por su gangoso motor, se hizo a la mar.

Afortunadamente, el agua estaba tan quieta como los organizadores del viaje habían pronosticado. Antes de zarpar, aquellos pasajeros conformes con responsabilizarse de los fardos de hachís, se hicieron cargo de los mismos. En realidad, la tarea no era difícil. Se trataba únicamente de no perderlos de vista durante el trayecto -para lo cual cada uno iba sentado sobre el suyo- y, al llegar, entregarlos a las personas que vinieran a recogerlos. Nadie habló de lo que pasaría si, por alguna circunstancia no prevista, nadie reclamaba los paquetes e Ibrahim prefirió no hacer preguntas. En el Tercio había aprendido que tan mala es la falta de información como el exceso de ella.

Lo peor para el exmercenario fueron los primeros momentos. Tan asustado iba que casi no se atrevía a respirar con normalidad. Temía que, en un descuido, la embarcación volcase precipitándolos al agua. Poco a poco, al ver que no sucedía nada, fue ganando confianza.

De pronto, un rumor que se acercaba por momentos, le sobresaltó. Se trataba de un mercante que, a no mucha velocidad, navegaba en dirección al Mediterráneo viniendo del Atlántico. Sus luces de posición indicaban que iba a pasar muy lejos de la patera. Casi de inmediato otro ronroneo, seguido de varios más procedentes de la dirección contraria, vinieron a sumarse al que se había escuchado en primer lugar.

- No hay por qué asustarse -gritó uno de los responsables de la expedición-. Estamos a medio camino. Pronto habremos cruzado la ruta de los barcos.

La información actuó como un bálsamo en los atemorizados pasajeros de la embarcación. Durante unos momentos, la tranquilidad fue la tónica general, pero cuando el bamboleo producido por las estelas combinadas de los buques que se cruzaban a proa y poca alcanzó la lancha sacudiéndola como un corcho, muy pocos hombres se libraron del mareo y la vomitona correspondientes.

Uno de los que soportaron con estoicismo y el estómago en su sitio el desagradable batido fue Ibrahim. Estaba muy asustado pero, de alguna manera, la visión de la lejana luz parpadeante del faro de Tarifa le sirvió de consuelo.

Luego, cuando los barcos se apartaron de la ruta que llevaban, el mar volvió a adquirir aquella serenidad que para todos traía la calma. Durante un buen rato reinó el silencio roto únicamente por el latido asmático de su propio motor.

Más tarde, en el momento en que Ibrahim iniciaba la lenta entrada en un sopor que podía hacerle caer de cabeza al agua, el guía más silencioso de los dos que les acompañaban, dijo:

- Bueno, ya falta muy poco. ¿No veis la playa?

- Sí, la veo -respondió uno de los camaradas de aventura.

El encargado de la navegación debió de manipular en las entrañas de la lancha, pues ésta disminuyó su velocidad y el murmullo que producía cambió de cadencia.

Aún era de noche, pero una especie de fosforescencia en el agua, la claridad de las estrellas y el periódico brillo de la luz del faro de Tarifa permitían ver con nitidez la arena de la playa en que iban a atracar. Estaban muy cerca.

Sin embargo, un nuevo cambio en el ritmo de los latidos del motor, anunciaron una alteración en los planes del viaje.

- Maldita sea la hora... estamos en la ensenada del Tolmo -murmuró el maquinista- Esto está lleno de viviendas. Tenemos que atracar en alguna parte entre Punta Acebuche y Punta del Fraile, más al norte. Menos mal que no nos desviamos demasiado.

No mucho más tarde, la patera que últimamente había venido costeando con lentitud, se dirigió a tierra ya con el motor apagado y, minutos después, con un siseo producido por el fondo plano de la embarcación al rozar con la arena, encalló.

Tan pronto como tocaron tierra, los hombres saltaron al agua que cubría sólo hasta la rodilla y vadearon el metro y medio que les separaba de la arena seca. Quienes debían hacerlo llevaban auestas los fardos de hachís, pero no tuvieron que soportar la carga mucha distancia pues, de entre los árboles próximos, surgieron media docena de individuos que se ocuparon de los paquetes.

- Nuestra parte ha sido realizada como estaba convenido -observó el encargado de la parte mecánica del viaje-. Desde ahora -añadió deteniéndose unos momentos an-

tes de reunirse con los nuevos porteadores de los bultos que se habían parado en la línea de árboles- dependéis de vosotros mismos. Os deseo buena suerte. Y si queréis escuchar un par de consejos, os los daré absolutamente gratis: No conviene que viajéis en grupo, como máximo de dos en dos; debéis moveros durante la noche y descansar de día, por lo menos hasta que estéis bien lejos de la costa.

La breve plática había sido sostenida en español pero luego, sin duda para evitar malos entendidos, la repitió en árabe. A continuación, habló en voz baja con quienes habían asumido la responsabilidad de la droga, a grandes trancos de dirigió a la lancha, le propinó un fuerte empujón y embarcó. Inmediatamente, se escuchó el apagado murmullo de la hélice al batir el agua y la patera se apartó de la playa. Muy pronto era un borroso punto casi imposible de distinguir en las tinieblas.

Ibrahim, cuyo carácter reservado y su hábito de vivir solo le aconsejaban la máxima independencia, hizo cuanto estuvo en su poder para ir apartándose de quienes le precedían. Subían una pendiente bastante pronunciada que les llevaba, insensible pero continuamente, hacia la cumbre de una colina y él fue acortando el paso hasta quedarse el último.

Al llegar arriba, el exmercenario se ocultó bajo unos arbustos que asemejaban al “argana”, el árbol típico de Marruecos, si bien éste era más bajo y achaparrado. Recordaba con desagrado los tres años transcurridos en poder del Tercio, durante los cuales no había disfrutado un solo momento de intimidad; haría cuanto pudiera por ir a su aire, sin tener que preocuparse de nadie. Además, muy poco antes, alguien, que debía saber lo que decía, les había apuntado la conveniencia de moverse en grupos poco numerosos. “El menos numeroso que conozco”, se dijo, “es el que sólo está formado por una persona”. Y para dar mayor verosimilitud a su propósito de soledad, se hundió más profundamente en la espesura de matorrales.

Ibrahim, a quien su experiencia de la caminata desde Tinerhir hasta el punto en que se topó con Muley, el camionero salvador, sirvió para seguir la advertencia brindada por la organización encargada de traerle a España, cumplió las instrucciones pero no al pie de la letra; le dijeron que acudiera provisto de un par de bocadillos y se llevó

seis. Además, antes de presentarse en el punto de reunión, consumió una abundante cena; en realidad, comió hasta hartarse pensando que Alá sabía cuándo volvería a hacerlo, pero él no tenía ni idea.

Para colmar su buena suerte, en el transcurso de la travesía no sintió el menor malestar y, como consecuencia de aquel excelente estado de salud, mantenía en el estómago todo lo que le había proporcionado antes de embarcar.

Así que allí, sentado en el suelo, sobre el abrigo de piel de oveja -del que no estaba dispuesto a separarse-, con la espalda apoyada confortablemente en el tronco de un arbusto, Ibrahim, satisfecho, reflexionó.

Hacía rato que no escuchaba el rumor de los pasos de sus camaradas de exilio; nada, ni un murmullo. La playa quedaba bastante lejos de su escondite. El mar estaba tan tranquilo que era imposible adivinar su presencia. Antes de introducirse bajo los matorrales, en aquella selva en miniatura, y desde lo alto de la colina, había tratado de localizar alguna señal de presencia humana, pero sin resultado. Si existían viviendas en las cercanías tenían que estar bastante retiradas o sus habitantes se hubieran apercebido de la llegada de la patera y sus tripulantes.

Tranquilizado al respecto, Ibrahim sacó del zurrón el paquete envuelto en tela embreada y de él los bocadillos. Se encontraban en perfecto estado. Incapaz de resistir la tentación y diciéndose que debía mantener las fuerzas para hacer frente al futuro, comió dos bocadillos de carne de cordero. “Son los primeros que se estropearían”, murmuró. Luego, bebió un largo trago de agua del odre repleto. “Me quedan aún cuatro”, calculó pensando en los cuatro panecillos y otros tantos trozos de queso contenidos en el envoltorio. “Y tengo pesetas con las que podré adquirir más cuando acabe con las existencias. Me voy a quedar aquí hasta mañana por la noche; de esta forma, tendré la seguridad de que no me tropezaré con alguno de mis compañeros de fatigas”.

El último pensamiento consciente del cansado emigrante fue para felicitarse por haber cambiado en Ceuta todos sus dirhams por pesetas. En el momento de proceder al trueque pensó que el individuo con quien había hecho el negocio era un auténtico ladrón. Ahora no estaba tan seguro.

Despertó muy temprano. Al amanecer. Estaba completamente entumecido y muerto de sueño. Tenía frío a pesar de estar envuelto en la prenda de piel. ¡Cuánto daría por una humeante taza de té o de café!

Como permanecer allí en el suelo, tumbado e inmóvil, no le produciría más que otra ración de frío, se levantó, hizo algunos ejercicios pertenecientes a la tabla de gimnasia aprendida durante sus años en el Tercio y, gradualmente, fue entrando en calor y sintiéndose más animado. Desayunó un trozo de queso y un bollo de pan, coronado con un sorbo de agua. Todo estaba sabrosísimo.

Ahora debería armarse de paciencia y aguardar la noche para ponerse en camino. “¿Hacia dónde?”, se preguntó. “Ha llegado el momento de utilizar el mapa”, afirmó para su coleteo. “¿Para qué diablos lo has comprado?”, añadió enfadado consigo mismo y en voz alta.

Inmediatamente, rebuscó en el morral. Con dedos nerviosos revolvió todo el contenido pero el dichoso mapa no aparecía. Entonces recordó que, no deseando poner todos los huevos en la misma cesta, antes de embarcarse, había colocado las provisiones en el zurrón y el mapa en un gran bolsillo interior del abrigo, a salvo de las inclemencias del tiempo.

Sí, allí estaba. Era un buen mapa de España. En él figuraban todas las carreteras construidas hasta el año anterior. Era bastante caro, al menos eso había pensado cuando lo compró en Ceuta, pero ahora sería rentable.

Deseando localizar en la carta el lugar a que había venido a parar, limpió de palitroques y piedrecillas un espacio del suelo próximo al sitio donde había dormido y, sobre él, extendió el plano. Pronto descubrió Ceuta en la costa africana y, enseguida, la isla del Perejil y Punta Leona. Desde allí había zarpado la lancha. Luego, recordó los nombres mencionados por uno de los hombres que les acompañaron; se trataba de la ensenada del Tolmo, Punta del Fraile y Punta Acebuche. Sí, allí estaban los tres; en la costa española. Pues él se encontraba en una colina situada entre las dos últimas Puntas. Debía ser la señalada con el nombre de Canillas y la mención de 259 que, probablemente, aludiese a su altura en metros sobre el nivel del mar.

Por supuesto, Ibrahim no era un experto en cartografía pero algo había aprendido mientras estuvo seis meses destinado en la Plana Mayor del Tercio, en Melilla.

Con independencia de lo que pudiera ver en el mapa, su sentido común le decía que, cuanto mayor fuese el tamaño del pueblo o la ciudad a la que se dirigiese, más posibilidades tendría de pasar desapercibido. La falta de documentación le aconsejaba ocultarse en el anonimato ofrecido por una gran ciudad. Y, a propósito de grandes ciudades, en cuanto llegase a la primera que la fortuna pusiera a su alcance, tendría que deshacerse del gabán. Aquella prenda era el colmo de lo confortable, pero al propio tiempo ponía en evidencia a quien la vistiese. Algo le decía que allí, en España, no sería frecuente encontrarse con gente luciendo indumentarias como la suya.

Ibrahim dejó de razonar y volvió al mapa. La primera y más cercana ciudad importante que figuraba en él era Algeciras, al este de donde se encontraba en aquel momento. En dirección contraria, es decir, al oeste, Barbate. Sin embargo, además de ser localidades costeras, cosa que en principio no le parecía conveniente, ninguna de las dos contaba con más de cien mil habitantes.

Después de un largo rato dedicado al estudio comparativo de distintos núcleos urbanos, llegó a la conclusión de que, para lo que pretendía, la ciudad menos lejana de allí, más apartada del mar y con un buen puñado de vecinos era Sevilla.

Claro que no tenía instrumentos para calcular la distancia exacta que le separaba de la capital andaluza pero, teniendo en cuenta que de Cádiz a Sevilla había ciento veinticinco kilómetros, según la tabla de distancias incluida en la propia carta y, aproximadamente, desde donde estaba a Cádiz podría haber unos ciento cincuenta, el total que debería recorrer para llegar a Sevilla vendría a ser de doscientos setenta y cinco / trescientos kilómetros. En el peor de los casos, se dijo, tendría que andar aquel trecho que, sin darse prisa, estaba en condiciones de cubrir en cinco o seis días. Debía hacer una media de unos cincuenta kilómetros por jornada. Poco tiempo antes, con mucho más calor del que notaba en España y cargado como una acémila, los había hecho en su país. Quizás, pensó con optimismo, cuando se hubiese alejado lo bastante de la costa para no llamar la atención, diese con un camionero tan comprensivo como

Muley...

Con cavilaciones como éstas, Ibrahim fue dejando pasar las horas de luz. Transcurrían muy lentamente. Demasiado para su gusto y para la impaciencia que le consumía. Cuando observó en el firmamento las primeras señales de que se acercaba el anochecer, hizo un breve reconocimiento de los alrededores. Quería tener una idea de lo que le aguardaba en el camino en dirección a Tarifa. Debía dirigirse hacia el oeste y, al llegar a San Fernando, enderezar al norte, a la búsqueda de Puerto Real, Jerez de la Frontera, Cabezas de San Juan, Dos Hermanas y Sevilla.

Decididamente, la adquisición del mapa había sido un acierto, aunque en él, no se indicase cómo se las tendría que arreglar si algún policía receloso le pedía una documentación de la que carecía. Como permitir que sus pensamientos se deslizaran por aquellos derroteros no le traería ninguna solución práctica, hizo un esfuerzo y los condujo hacia otros rumbos.

Desde donde se encontraba, en la parte más alta de la colina y en el borde mismo de la línea de árboles, alcanzaba a ver una vereda que moría en un camino vecinal no incluido en el mapa pero que corría de este a oeste y se perdía de vista tras unas lomas lejanas y reaparecía casi en el horizonte. Vereda y camino parecían solitarios y en ninguna parte se veían rastros de habitación humana.

De todos modos, Ibrahim decidió tener en consideración el consejo de su cicerone. “Procurad andar de noche y descansar de día”. Dentro de unas horas, pocas ya, se pondría en marcha. Entretanto, acumularía fuerzas para cuando las necesitara.

Tan pronto como cayó la noche, una noche estrellada y fresca, ideal para caminar, el impaciente hijo de Marruecos se puso en marcha. Adoptó un paso ni largo ni corto, que le constaba era capaz de sostener durante horas sin el menor indicio de fatiga. La claridad del firmamento alumbraba lo bastante para ver donde ponía los pies.

Cuando llevaba andando lo que a ojo de buen cubero debía ser hora y media divisó una señal indicando que aquel era el Puerto del Cabrito. Recordaba haberlo visto en el mapa, a más de medio camino entre Punta Acebuche y Tarifa.

Después de haber agradecido a Alá que su madre le hubiese enseñado a leer

español y a su suerte haberle empujado en la buena dirección, reanudó el camino. Este era cada vez más fácil pues todo él discurría hacia abajo. Todavía de noche y sin que en el firmamento apareciesen indicios de que el amanecer estuviese próximo, dejó atrás Tarifa y emprendió camino en dirección a San Fernando.

Marchaba por una carretera en bastante buen estado, poco transitada - seguramente por lo intempestivo de la hora- cuando a lo lejos se escuchó el murmullo producido por otro camión.

En aquella ocasión, quizás impulsado por una corazonada, no hizo lo que venía haciendo cada vez que se aproximaba un vehículo; es decir, no se arrojó de cabeza a la cuneta. Por el contrario, salió al medio de la carretera y, agitando ambos brazos, hizo señas para que quien fuese se detuviera. Inmediatamente, estuvo a punto de echar a correr pues aquella manera de actuar iba contra las instrucciones recibidas y sus intenciones más íntimas. Pero ya era tarde. El camión, un enorme artefacto, el más grande que había contemplado en su vida, se detuvo entre agudos chillidos de los frenos.

- ¿Qué tripa se te rompió? -inquirió de mal humor una voz aguardentosa desde lo alto de la cabina-. Vamos, contesta de una vez, que tengo prisa -agregó casi rugiendo.

- Usted perdone -respondió Ibrahim-. Ya veo que le he molestado. Lo siento mucho.

- Bueno, ¿me dirás de una vez para qué me has parado? Supongo que no sería para decirme que lo siento mucho.

- No, claro que no. Ha sido para pedirle que me permitiera subir al camión y acompañarle. Pero ya veo que está usted de mal humor y no deseo molestarle más. Adiós y, de nuevo, perdón.

- Aguarda. ¿Quién te dijo que estoy de mal humor? Al contrario, estoy contentísimo. Estaba celebrando el tercer cumpleaños de mi séptimo nieto cuando vinieron a avisarme de que tenía que llevar este trasto desde Málaga, donde vivo cuando no estoy trasladando el circo de acá para allá, hasta Sevilla pasando por Cádiz para recoger los trebejos del hombre bala.

El conductor, un hombre de mediana edad, pelo ensortijado y muy abundante, como Ibrahim pudo comprobar a la escasa luz del salpicadero, se rascó la cabeza con dedos tan gruesos como salchichas y, después de meditar unos instantes, continuó con su monólogo.

- Así que querías subir al camión, ¿eh? Y ¿a dónde pretendes ir? , si se puede saber.

- A Sevilla, precisamente; como usted.

- Pues, en realidad, va a ser imposible que te lleve. La compañía nos tiene prohibido que cojamos pasajeros por el camino... Claro que yo les tengo prohibido que me den la lata cuando estoy de descanso y maldito el caso que me hacen. Así que a la compañía que le den por el culo. Venga, sube aquí, a mi lado.

Ibrahim no se hizo de rogar. En un abrir y cerrar de ojos se encaramó en el alto asiento del camión y éste, con un poderoso rugido del motor, se puso en marcha.

No transcurrió mucho tiempo sin que el chófer, que dijo llamarse Tomás, y el caminante recogido sobre la marcha, conversaron amigablemente, como si su conocimiento datara de varios años atrás.

- Tú ya sabes a dónde voy y a qué voy -dijo Tomás-. En cambio, yo sólo sé a donde te encaminas pero no a qué.

- Pues se lo diré; en realidad, no es ningún secreto. Voy a Sevilla a buscar trabajo.

- ¿Y qué sabes hacer? -inquirió el conductor.

- Todo y nada. Pero tengo una ventaja sobre mucha gente de mi edad, de más edad y de menos edad. Aprendo muy rápido.

- Sí que es una ventaja -concedió el camionero.

- Además soy fuerte, trabajo duro y no tengo vicios.

- También esas son ventajas que un patrono listo debería apreciar. Se me está ocurriendo algo que quizás te interese. Te lo voy a decir y tú decides sin ningún compromiso por tu parte. Antes, cuando te hablé de la compañía, no me refería a una compañía de transportes, sino a una de circo. Como cuando subiste al camión era de noche,

no pudiste ver los letreros que lleva. Luego, al parar para desayunar, los verás. Se trata del “Circo Romano”.

- Pero tú crees que en ese circo...

- No corras, hombre. Yo lo único que sé es que en cualquier circo -y más todavía en uno tan importante como éste- se producen constantemente altas y bajas, tienen un montón de personal, para montar y desmontar la carpa...

- Perdón, Tomás, ¿qué es una carpa?

- Ah sí. Una carpa es como una tienda de campaña enorme...

-Ah. Ya sé, ya sé.

- Bueno pues sigo. Cuidar de los aparatos, los distintos aparatos que utilizan los artistas, alimentar a los animales, limpiar sus jaulas, etc. etc. En un circo hay siempre mucho que hacer. Lo que se me ha ocurrido es que, si estás interesado, al llegar a Sevilla, donde ahora está el “Circo Romano”, te presento al encargado de personal y, si llegáis a un acuerdo, pasas a formar parte del equipo de empleados; como yo. No es necesario que tomes una decisión ahora mismo. Piénsalo hasta que lleguemos a Sevilla; de momento, ¿cómo te suena?

- Me suena muy bien pero hay un inconveniente. No para mí, sino para la compañía. No sé cual es la razón, pero apostaría la cabeza a que eres una persona de fiar y por esto voy a ponerme en tus manos. Si cuando conozcas lo que te voy a contar quieres que desaparezca, no tienes más que decirlo. Me voy y a otra cosa.

- Puedes hablar con tranquilidad.

- Pues allá va. Hace tres días yo estaba en Ceuta, en Marruecos, donde nací y viví siempre. Me llamo Ibrahim ben Aomar y la única documentación que tengo en mi poder es el certificado de licencia del Tercio donde estuve durante tres años.

- Caray -respondió Tomás-. Ya había supuesto algo parecido. Tienes un acento especial, pero hablas español muy bien. ¿Dónde lo aprendiste?

- En casa; mi madre me lo enseñó. También hablo un poco de francés y, naturalmente, el árabe.

- Vamos, que eres una joya -afirmó en tono de broma el chófer.

- Sí, una joya que no va a encontrar trabajo por falta de papeles.

- Si no me equivoco y los del “Romano” son como yo creo, lo que a ti te parece un inconveniente, para ellos será una bendición porque, aprovechando esa circunstancia, te pagarán menos que si estuvieras dentro de la ley. Así que si te resignas a ser infravalorado, creo que dentro de poco tiempo nos explotarán los mismos patronos.

- ¿Pero también se aprovechan de ti?

- No seas ingenuo, Ibrahim. Así me dijiste que te llamas, ¿no?

- Sí.

Sumido en profundas cavilaciones el marroquí guardó silencio durante un buen rato. Hacía tiempo que el día había ahuyentado las sombras de la noche y el vehículo del “Circo Romano” corría bajo una luz solar deslumbradora. Tomás respetaba el mutismo de su compañero de viaje y también callaba.

En un lugar llamado Chiclana de la Frontera se detuvieron para desayunar. Lo hicieron copiosamente y cada uno pagó lo suyo, aunque Ibrahim estaba empeñado en hacerse cargo del total de la factura, a lo que Tomás se negó en redondo.

Luego, no volvieron a detenerse hasta llegar a Cádiz. Allí recogieron lo que el chófer llamaba “los trebejos del hombre bala”. De nuevo en la carretera, el posible empleado del “Romano”, comentó con su valedor.

- Aunque no sea más que por tener ocasión de ver al hombre bala, merece la pena aceptar tu ofrecimiento; por probar no se pierde nada.

- Claro que no -respondió Tomás acelerando.

Ya no quedaba mucho pues se encontraban no muy lejos de Jerez de la Frontera.

El resto del camino hasta llegar a Sevilla fue literalmente devorado por el veloz camión que se detuvo tan sólo al entrar en un suburbio de la ciudad, allí donde, junto a otras barracas, tiouvivos y casetas propias de las ferias, había plantado sus reales el gran “Circo Romano”.

- Aguarda aquí -rogó Tomás.- Prefiero hablar yo solo con el jefe de personal. Lo haré mientras descargan el camión. Vete enterándote de cómo se hace. Puede que

antes de mucho tengas que echar una mano.

La espera no fue excesivamente larga; menos de diez minutos. Al cabo, el patrocinador surgió con una sonrisa que le distendía los labios de oreja a oreja. Parecía satisfecho.

- Ya puedes pasar. Ven conmigo y te presentaré al señor Trabuquelli.

El hombre que salió de detrás de la mesa situada en el extremo opuesto a la puerta de la caravana que hacía las veces de oficina, dormitorio y taquilla para la venta de los boletos de entrada, era un individuo diminuto, picado de viruela y bigotudo cuyo cráneo, absolutamente desprovisto de pelo, ostentaba un subido tono rosado.

- Estoy al cabo de la calle de tu apurada situación. Tomás me ha puesto al corriente. El gran "Circo Romano" está dispuesto a correr el riesgo de que las autoridades nos metan un paquete por darte trabajo. Comprenderás que aventurar la licencia merece toda tu colaboración. Y te preguntarás como puedes colaborar. La respuesta es sencilla: simplemente con tu conformidad a recibir unos emolumentos... ¿sabes lo que son los emolumentos?

- Se trata de dinero, ¿no?

- Exacto. Pues sigo con lo que estaba diciendo, unos emolumentos un poquito inferiores a los de tus iguales. ¿Estamos?

- Estamos -respondió Ibrahim, en tono serio.

- O sea que te das cuenta de que no estás en condiciones de exigir nada.

- Me la doy.

- Sin embargo, no temas. No pretendemos ni matarte de hambre, ni con un exceso de trabajo. Comerás en el comedor general de la compañía, como todos los empleados y los artistas que lo desean, que son casi todos. Como es natural, el importe de tu alimentación será descontado de lo que vas a ganar. ¿Estás conforme?

- Sí, señor.

- ¿Cuándo puedes empezar?

- Ahora mismo.

- Eso me agrada. ¿Sabes leer y escribir?

- Sí, señor.

- Entonces firma ahí debajo. Pero antes, lee lo que vas a firmar.

- ¿Para qué? Creo que usted ya me ha dicho todo lo que tenía que saber.

- Creo -dijo el señor Trabuquelli con un vozarrón inapropiado para tan frágil anatomía- que nos vamos a entender de maravilla. Entonces, después de firmar este contrato, por supuesto privado, busca por ahí a Androwsky; es el encargado. Alguien sabrá por donde anda. Pregunta sobre todo en la cafetería. El te dirá lo que tienes que hacer. Dile que vas de parte mía.

- ¿Algo más?

- No; puedes irte.

Ibrahim y Tomás, que no había abierto la boca desde la presentación, abandonaron juntos el despacho. El primero a la búsqueda de la cafetería y el segundo a comprobar si el camión había sido descargado o aún faltaba mucho. Recordaba que, tan pronto como estuviera vacío, debía llevarlo a revisar. Lo cuidaba casi tanto como a sus nietos y, últimamente, en tercera velocidad hacía un ruido que no le gustaba.

Antes de despedirse, Tomás facilitó al marroquí una pista que pudiera resultarle útil.

- Te habrás fijado en el cráneo de Trabuquelli, ¿no? Pues si alguna vez tienes que hablar con él, antes de hacerlo comprueba de qué color está. Si lo ves como hoy, es decir color rosa, no hay peligro; pero si adviertes que se le ha puesto pálido, blancuzco, busca una disculpa y lárgate. Es un tío tan bruto que sería capaz de atizarte con una silla o con lo que tenga más a mano. En cuanto a Androwsky, no te será difícil de manejar. Aparte de que trabajes a conciencia, lo único que va a exigirte es que no te burles de su enorme narizota. Si no se la miras con insistencia, no correrás peligro. En una ocasión molió a palos a un mozo de pista -uno de esos que ponen y quitan las alfombras- porque se enteró de que, a sus espaldas, le llamaba “chato”. Es un polaco chiflado. Quisiera decirte más cosas sobre los que van a ser tus compañeros pero ahora no puedo detenerme. Ya nos veremos mañana.

- Muchas gracias por todo, Tomás -respondió Ibrahim-. Sí, nos veremos maña-

na; yo también tengo prisa. He de encontrar a ese Androwsky.

Al nuevo empleado del “Circo Romano” no le llevó mucho tiempo dar con el encargado. Un enano que, junto con otros dos, se entrenaba haciendo juegos malabares con un montón de aros y pelotas, le informó de que la cafetería estaba montada en una gran tienda muy cerca de allí. No tenía pérdida; un letrero enorme proclamaba a qué se destinaba.

- ¿El señor Androwsky está aquí? -preguntó Ibrahim al hombre que atendía en el mostrador a los pocos parroquianos reunidos en el lugar.

- Sí, ahí lo tienes -respondió el interrogado señalando a uno de los presentes.

- Efectivamente, yo soy Androwsky -manifestó el encargado-. ¿Quién eres tú y qué quieres?

- Me llamo Ibrahim. El señor Trabuquelli me dijo que me presentase a usted de su parte. Que usted me diría lo que tengo que hacer.

- Ah, muy bien. Acompáñame a una mesa; vamos a sentarnos un momento y te diré cual va a ser tu trabajo. Empezaré diciéndote lo que no tienes que hacer.

Androwsky pronunció aquel no de manera tan explosiva que no había ninguna posibilidad de que la palabra fuera mal entendida o comprendida a medias.

- Lo primero que no deberás hacer nunca es mirarme fijamente la nariz.

La conversación fue interrumpida por la llegada del individuo del mostrador que se había acercado para limpiar con un paño húmedo la parte superior de la mesa.

- ¿Qué quieren tomar? -preguntó.

- Yo -respondió Androwsky- beberé una cerveza.

- Yo, un refresco cualquiera, sin alcohol -dijo Ibrahim.

- Está bien por esta única vez -añadió el encargado-. Porque nunca volveremos a beber juntos. No me gustan los negros, pero hoy haré de tripas corazón por tratarse de tu primer día de trabajo en la empresa.

- ¿Puedo decirle algo, señor Androwsky?

- Adelante, siempre que no sea demasiado largo.

- Es muy corto. Yo no soy negro; soy árabe.

- Para mí, toda persona que no sea blanca, es negra. Y supongo que no vas a negarme el derecho a clasificar los colores como me dé la gana.

- No, claro que no -concedió el marroquí.

- Bien, entonces continúo. La segunda cosa que no deberás hacer jamás es acercarte a mi hija. También trabaja en el Romano y comprenderás que si los negros no me gustáis como personas, mucha menos gracia me haréis como potenciales yernos. Así que ya sabes, mi hija Anouska, la “écuyère”, está para ti “off limits”. ¿Entendido?

Ibrahim se apresuró a contestar que sí, que había comprendido, aunque su afirmación no era totalmente exacta. Lo de écuyère lo entendía, pero lo de off limits era completamente nuevo para él. De todos modos, no deseaba prolongar aquella conversación más de lo que fuese necesario.

- Entonces -siguió el polaco- ahora pasaré a explicarte lo que sí debes hacer.

A renglón seguido, el encargado fue imponiendo al antiguo mercenario del alcance de sus obligaciones, extendiéndose hasta dejar perfectamente claros los cómo y porqués de cada tarea.

Terminada aquella inacabable perorata, Ibrahim tenía claro que debía levantarse al amanecer y, acompañado de otra media docena de desgraciados como él, se dedicaría a barrer las gradas y pasillos de la carpa, limpiar las jaulas de los animales, las cuerdas de los caballos, dar la comida a las fieras ayudando a los domadores, mantener en buen estado toda la parafernalia que diferencia un circo de cualquier otro espectáculo. Además, debería estar dispuesto a obedecer las órdenes de los artistas. Por la noche, si aún le quedaban fuerzas para arrastrarse hasta él, dormiría en un camastro instalado en la tienda en que se almacenaba heno, redes, trapecios y distintos útiles circenses.

La alimentación estaba prevista a horas fijas en un barracón de lona y madera en cuyo interior estaban dispuestas largas mesas rodeadas de bancos corridos.

- Si no quieres algo más -ofreció el encargado- vamos a ver por dónde puedes empezar. Claro que antes debes ponerte un buzo. Con un poco de suerte encontraremos alguno que te sirva -añadió entrando en un local señalado con un cartel que decía: Almacén.

Después de varios intentos fallidos, dieron con uno que, más o menos, se adaptaba a la alta estatura del nuevo empleado. Con él puesto sobre la ropa de calle, anduvieron de acá para allá hasta tropezarse con el equipo -en aquellos momentos dedicado a labores de limpieza- consagrado al grupo de nueve caballos que realizaban un número muy del agrado del público.

- ¿Cómo va eso? -preguntó Androwsky al que parecía el más viejo de todos ellos.

- Bien, estamos acabando -informó aquél.

- Bueno, pues aquí os traigo un refuerzo. ¿No os estáis quejando siempre de exceso de trabajo? Este es Ibrahim y, según creo, está deseando hacer algo. Encargaos de complacerle. Yo tengo que irme.

Sus nuevos compañeros no se tomaron la molestia de dejar por un minuto lo que estaban haciendo. Se limitaron a rezongar algo que en unos casos sonó como “hola”, en otros como “¿qué hay?” y en la mayoría sólo como un murmullo ininteligible.

El que había respondido a la cuestión planteada se acercó a Ibrahim en cuanto aquél se fue y, de mala gana, observó:

- Vaya, otro novato que no durará mucho. ¿Te gustan los caballos?

- Sí -se limitó a contestar.

- ¿Y sabes cómo hay que tratarlos? ¿Lo hiciste alguna vez?

- No.

- Está bien; entonces, para empezar, dedícate a sacar de ahí toda esa mierda. Hay bastante para entretenerse un rato. Coge allí una pala y una carretilla.

La desagradable labor le llevó todo el tiempo que quedaba hasta la hora del almuerzo. Cuando llegó ésta el propio Androwsky vino a avisar.

- Ya podéis ir al comedor -declaró-. Allí encontrarás dónde lavarte un poco -agregó en beneficio de Ibrahim.

Aquella primera comida pasaría a formar parte de los peores recuerdos del marroquí. Mal acostumbrado por la bondad natural de Tomás, había llegado a pensar que

todos los españoles se comportarían de igual modo. Cuando la actuación del encargado del personal le puso ante la dura realidad prefirió achacar la evidente prueba de racismo al hecho de que Androwsky era originario de Polonia y no de España.

Después, cuando el tipo de las malas maneras le había asignado la tarea más sucia y humillante, comenzó a sospechar que o su madre se equivocó al hablarle de los españoles o éstos habían experimentado un gran cambio.

Ibrahim, imitando a quienes le precedían en la cola formada ante las bandejas que contenían la cubertería y los vasos, había aguardado su turno. La espera fue muy breve pero todo el tiempo tuvo conciencia de las miradas de curiosidad y recelo de que era objeto.

Pronto se encontró ante un individuo semejante a una bola de grasa, tocado con un blanco gorro de cocinero que, sin decir palabra, sirvió en el primero de los compartimentos de la bandeja puesta ante él una generosa ración de carne con patatas, un trozo de pescado en salsa en el segundo y un pedazo de queso y otro de dulce de membrillo en el tercero. Por último, antes de retirarse, Ibrahim cogió un bollo de pan del cesto colocado al alcance de quienes habían aguardado la vez.

Luego, con la bandeja entre las manos y el paso indeciso, dirigió los ojos hacia las largas mesas. Disponía de suficientes sitios para elegir. Sin embargo, no se decidía por ninguno de ellos pues observó que los comensales, sin excepción bajaban la vista o miraban en otra dirección cuando él los examinaba. La cosa estaba clara; lo estaría incluso para alguien menos avisado que el marroquí. Nadie deseaba tenerle cerca.

El antiguo mercenario se encogió de hombros y fue a sentarse en el extremo de la mesa menos concurrida. Procuró actuar como si aquel desaire sin palabras no le afectara, como si no hubiese advertido nada anormal y fuese él quien procurara el aislamiento. Pero estaba preocupado y molesto; más de lo que estaría dispuesto a confesar. A juzgar por lo que había podido ver y sentir al entrar en el gran comedor del Circo Romano, en aquel lugar se daban cita muchos seres que comulgaban devotamente con las ideas aireadas pocas horas antes por el señor Androwsky.

La situación, dejando aparte la vejación que representaba para él y la injusticia

inherente, era ilógica. Durante su permanencia en el Tercio observó que en un conjunto como aquél en el que conviven varias razas y nacionalidades se otorga menos importancia al color de la piel y a las creencias religiosas o de cualquier otro tipo que si se tratara de un coto más cerrado. A mayor variedad, menor trascendencia se concede a las particularidades.

En cambio allí, en el Circo Romano, donde cohabitaban gigantes, enanos, chinos, europeos procedentes de los cuatro puntos cardinales, americanos del norte y del sur, consideraban a los negros -y a sus asimilables- individuos inferiores merecedores, por tanto, de un trato discriminatorio.

“Quizás”, pensó Ibrahim, “aquello era fruto del medio ambiente y no sucediese lo mismo fuera de allí”.

Por la noche, cuando dio fin a las tareas que le caían encima una tras otra, en el momento en que pudo introducirse bajo las mantas que añadían su olor a miseria a los que flotaban en la tienda -un conjunto que emanaba de la lona embreada, esparto y humedad rancia- tardó mucho tiempo en conciliar el sueño. Estaba excesivamente cansado y, por qué no decirlo, alarmado.

A la mañana siguiente, aún no había amanecido en el momento en que alguien a quien no pudo identificar le despertó por el procedimiento de sacudirle con más vigor del necesario. Después de desayunar, rápida pero abundantemente, le entregaron un escobón y le encomendaron el barrido de un sector de las gradas de la carpa principal. Más tarde, antes de pasar por el comedor donde se produciría una nueva sesión de silencioso ostracismo, le encomendaron la limpieza de las jaulas de los leones, seis grandes cajas dotadas de gruesos barrotes. Se empezaba desalojando a los animales, es decir, haciéndolos pasar, de uno en uno a las jaulas más reducidas donde aguardarían a que sus habitáculos quedasen limpios. Luego, había que obligarlos a regresar a sus domicilios habituales. Para ello se les hostigaba a través de los barrotes. La operación no encerraba mayor riesgo pero se realizaba en medio de un coro de rugidos que, la primera vez, no dejaba de inquietar.

Sucesivamente fue pasando de un trabajo a otro hasta completar el catálogo,

siempre cargando con los que no deseaba nadie y sin que ninguno de sus colegas se tomase la molestia de explicar la razón del tratamiento. Naturalmente, Ibrahim sabía a qué atenerse, si bien resultaba intolerable aquel mutismo sólo roto para darle órdenes o indicarle cómo debía realizar cada tarea.

En la tienda habilitada como dormitorio, compartido con otros empleados, le habían adjudicado el lugar menos apetecible, en el rincón más oscuro.

Una madrugada, aún más temprano que de costumbre, el señor Androwsky hizo las veces de despertador y le propinó los empujones de rigor.

- Arriba todo el mundo. Tú, negrito, vas a tener ocasión de aprender a desmontar un circo. Nos vamos de Sevilla. Esta noche, después de la última función, iniciamos la retirada.

Ibrahim no había tenido noticia de la marcha hasta aquel momento. Ignoraba hacia donde se dirigían pero se dijo que le daba absolutamente lo mismo. Había estado en Sevilla durante diez días y no conocía la ciudad; ni uno solo de sus rincones de los que escuchaba hablar a colegas más afortunados. Claro que para pasear libremente por las calles tendría que haber empezado por sentirse libre. El no poseía aquel sentimiento. La falta de documentación le obligaba a actuar como un evadido. Su situación irregular le impulsaba a salir corriendo cada vez que -cuando por imperativo de su trabajo iba de un lado a otro dentro del recinto del circo- veía, de cerca o de lejos, el uniforme de un policía. En momentos así tenía que realizar verdaderos esfuerzos para permanecer tranquilo y sólo el convencimiento de que su mejor defensa consistía en fingir despreocupación le ayudaba a superar trances de aquella clase.

Las horas que transcurrieron desde el final de la última función del día, aproximadamente a medianoche, hasta el instante en que todas las dependencias del circo, sus barracas y tiendas quedaron desmontadas y cargadas en los grandes camiones, fueron agotadoras.

De madrugada, allá hacia las cuatro y media, se hizo un alto para reparar fuerzas, comer unos bocadillos y beber humeantes tazones de café con leche. Después, con las energías restauradas, todo el mundo se lanzó de nuevo a la faena.

Según le dijo Tomás, con el que trabajó hombro con hombro, en el Circo Romano existía la tradición de que todo el personal -independientemente de cual fuese su categoría- echaba una mano e incluso las dos, colaborando en los traslados. Por el chófer se enteró del punto de destino. Viajarían a Madrid, en cuya población permanecerían alrededor de veinte días o más, dependiendo del éxito de su estancia.

En lo que se refería al viaje a la capital de España ante Ibrahim se abrían dos posibilidades. Podía elegir entre ir en tren, como la mayoría del personal o desplazarse en uno de los vehículos de la compañía. Después de hablarlo con Tomás, se decidió por el camión que ya conocía. El conductor se encargó de obtener la correspondiente autorización.

Durante el desplazamiento hablaron de todo, en especial del “tratamiento” aplicado al marroquí. “No sé si están contentos o no con mi modo de trabajar. No me han dicho absolutamente nada”, se quejó éste.

- En ese aspecto puedes estar tranquilo. Yo he preguntado y la respuesta ha sido que tu manera de actuar y de ser es satisfactoria. Me han dicho que no protestas nunca. Yo creo -añadió Tomás- que es cuestión de tiempo hasta que se den cuenta de que eres digno de confianza.

- Pues me temo que por muchos años que pasaran, ellos no se ganarían la mía. Sin embargo -a ti puedo decírtelo- no les daré la ocasión de demostrarles lo que siento. En cuanto lleguemos a Madrid, me largo. Estoy harto de hacer el papel de apestado.

- Te comprendo. A mí me pasaría lo mismo. Y ¿qué has pensado que vas a hacer allí? ¿A qué te vas a dedicar? La vida no es fácil en ninguna parte y, por desgracia, la gente aprovechada abunda. Cuando busques trabajo y confieses que careces de documentos, es posible que te lo den, pero ya sabes en qué condiciones.

- No, no tengo la más remota idea de lo que haré. Trataré de encontrar algo que no me obligue a convivir las veinticuatro horas con mis patronos. Cuanto menos tiempo mejor. De todas maneras, cualquier cosa será preferible al señor Androwsky, al señor Trabuquelli o algunos tipos como los de mi equipo. Estos casi resultan los peores.

Para Ibrahim, los quinientos y pico kilómetros que separan a Madrid de Sevilla

fueron recorridos en un soplo. La conversación de Tomás y la cálida compañía de éste resultaron un bálsamo para el hijo del Atlas que durante su estancia en la capital andaluza se había sentido más solitario que cuando apacentaba las cabras en el monte. Estas, al menos, no le miraban por “encima del hombro”.

Al llegar a Madrid, se dirigieron en derechura al barrio de Carabanchel. Allí Ibrahim colaboró activamente en la instalación del circo. Hubiera preferido abandonar la compañía de inmediato, pero la prudencia le aconsejó posponer la partida hasta un día después de aquel en que se procedía al cobro de los salarios. Todavía conservaba en su poder algún dinero pero no era cosa de renunciar a lo que había ganado con tanto esfuerzo. Además, nada le aseguraba que encontraría trabajo en un plazo breve.

El momento de despedirse de Tomás llegó como llega todo. Fue algo muy penoso; aquel hombre al que no le unían lazos familiares de ningún tipo, sólo conocido poco tiempo antes, había mostrado tantos rasgos de humanidad que, sin duda, venía a ser el prototipo del español aludido constantemente por su madre allá lejos, en Tinerhir.

- No sé cuando volveremos a vernos; ni siquiera si lo haremos alguna vez. De todos modos, el Romano va a estar aquí por lo menos quince días. Yo también. Si durante este tiempo quieres algo, ya sabes donde encontrarme. Ven y pregunta por mí. En cualquier caso si me necesitas busca el circo. Yo andaré cerca.

Ibrahim estaba demasiado emocionado para hacer algo más que estrechar fuertemente a su amigo entre los brazos. Luego, sin volver la mirada, comenzó a caminar hacia un grupo de edificios en construcción ante el que había pasado el día de su llegada. Entonces iba a bordo del camión del Circo Romano.

En poco tiempo llegó al lugar que buscaba. No tenía pérdida porque los edificios, prácticamente torres, asomaban muy por encima de las casas que los rodeaban. Se acercó y preguntó al primer obrero que pasó a su lado dónde podría encontrar el capataz.

- Es aquél que viene por allí. El de la chaqueta de cuero y el casco -contestó el hombre.

El responsable, un individuo cuyos rasgos más sobresalientes eran la oscilante barriga y un bigotillo tan fino como el trazo de un tiralíneas, se detuvo al ser interpelado, acomodó bajo el brazo izquierdo unos rollos de papel cebolla y, después de atusarse el conato de mostacho, preguntó con voz chillona:

- ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Vamos, responde rápido; no tengo tiempo que perder.

- Busco trabajo.

- Por lo menos no te andas por las ramas. Ven, acompáñame a la oficina.

El local, pomposamente denominado oficina, era una habitación desnuda sin encallar, cuyo único mobiliario consistía en un teléfono de pared, una mesa de cocina, tres sillas de tijera, un archivador de acero y un pupitre inclinado para el estudio de planos. Sobre la mesa, dos ceniceros repletos de colillas esperaban una mano que los vaciase.

- Vamos a ver -declaró el de la voz rechinante-, ¿qué decías de trabajar?

- Que busco trabajo -repitió pacientemente Ibrahim.

- Muy bien, aunque eso ya lo has dicho antes. Lo que quiero es que me pongas al corriente de lo que sabes hacer. ¿Eres especialista en algo? Por ejemplo, en albañilería, fontanería, carpintería, encofrado, etc.

- No, no soy especialista en ninguna de esas cosas.

- Entonces, ¿eres solador, baldosista? ¿qué demonios sabes hacer?

El marroquí volvió a utilizar el mismo recurso que le había dado resultado en una ocasión anterior.

- Sé hacer todo y nada. Quiero decir que aprendo muy aprisa.

- Algo es algo -concedió el encargado-. Pues verás, ahora recuerdo que necesitamos un ayudante, la verdad, un peón de albañil para echar una mano al tío que atiende una mezcladora de cemento. ¿Sabes de qué estoy hablando?

- Francamente, no. Pero vuelvo a decirle que aprendo a toda velocidad.

- Bueno, bueno. Vamos a probar. Por hacerlo no perdemos nada. Dame tu documentación para incluirte en el registro.

Ibrahim rebuscó entre la media docena de papeles que llevaba en la billetera y eligió el correspondiente a la licencia del Tercio y una especie de cédula personal expedida por el Ministerio del Interior de Marruecos.

- ¿Qué diablos es esto ? -articuló el barrigudo representante de la empresa dando vueltas entre las manos a los documentos que su interlocutor le presentaba-. ¿No tienes nada más?

El marroquí fue explicando pacientemente sus circunstancias personales que el otro escuchó con una mirada de recelo a la que, al final, vino a unirse otra de codicia.

- De manera que -resumió el capataz- has entrado en España sin pasaporte y no tienes permiso de residencia ni de trabajo.

- Sí -fue la concisa respuesta.

- Y a pesar de todo no tienes inconveniente en pedirme trabajo ¿eh?

La única contestación posible era tan evidente que Ibrahim no se tomó la molestia de vocalizarla.

El español permaneció unos segundos en silencio. Luego, lanzó un suspiro y, meneando pausadamente la cabeza, insinuó algo que el africano hacía rato había adivinado.

- A pesar de todo, podría arreglarse; por supuesto, más que nada por echarte una mano; me figuro que no estarás en una situación muy boyante. Si alguien se fuera de la lengua, el que se la cargaría sería yo. En fin, hoy por ti, mañana por mí. Claro que ya comprenderás ... tu salario experimentaría algún recorte ... Naturalmente, se te compensaría permitiéndote dormir en el barracón de almacenamiento. Allí no se está mal; se puede hacer fuego y no te costará una peseta. Si te quedas compartirás tu refugio con dos senegaleses que están aquí desde que comenzamos las obras.

El trabajador clandestino no quiso escuchar nada más. Dijo amén a todo. Dio su conformidad a cuanto aquel sinvergüenza le propuso, al mísero alojamiento y a la paupérrima soldada.

Por su parte, el capataz caradura llevó su desfachatez hasta el punto de ofrecerle una tarjeta de visita en la que, bajo su nombre, Rafael Cercós Arcón, figuraba su cate-

goría profesional: aparejador.

Nunca resignado a su suerte, Ibrahim permaneció en aquella empresa unos ocho meses, el período de tiempo que se tardó en dar fin a los edificios que formaban la urbanización. Poco antes, el aparejador le pidió que pasase por la oficina, en aquellos momentos un confortable e irreconocible despacho. Tenían que hablar de algo que quizás le interesara.

A aquellas alturas, el emigrante que con el correr de los años habría de ser mi abuelo, estaba de vuelta de casi todo. Lo de que el objeto de la conversación pudiera interesarle era muy posible. Únicamente faltaba, para que fuese totalmente cierto, señalar con exactitud quién iba a ser el beneficiario de cuanto se hablase en la reunión.

“De todos modos”, pensó Ibrahim, “charlar nunca hizo daño a nadie”. Así que, al término de la inacabable jornada laboral, se dirigió a los dominios del señor Cercós y haciendo uso del “adelante” proferido a gritos en respuesta a su llamada en la puerta, penetró en el escritorio.

- ¿Cuánto hace que estás con nosotros? -inquirió con un acento amistoso cuya falsedad podía detectarse desde el último piso.

- Siete meses y veinte días -contestó con presteza.

Caramba, parece disponer de una máquina de calcular. Bueno, vamos a lo nuestro. Durante todo este tiempo no nos has defraudado ni una sola vez. Has trabajado como un negro ..., vaya, no he querido decir eso.

- Ya sé lo que ha querido decir y lo que ha dicho; lo mismo que murmuran a mi e;omo

- No, nunca.

- Por otro lado, la vida te sería más fácil allí pues en aquella zona, al lado del Mediterráneo, no hay prácticamente invierno. Ya he visto como tiemblos cuando aprieta el frío. Si te decides, viajaremos juntos en una de las furgonetas de la empresa. Ahora puedes irte; medítalo unos días y cuando hayas decidido, ven a verme. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. Lo pensaré.

Las confidencias y recuerdos que Hassan había ido desgranando para mí, agotaban ya la capacidad de cuatro cintas magnetofónicas. En cambio, la memoria del joven africano producía la sensación de no tener fondo. Lógicamente, en el momento en que me pusiese a transcribir aquel material -y el que, a no dudar, vendría a continuación- habría de seleccionar los fragmentos más significativos e interesantes. Lo que estaba suficientemente claro era que, a menos que Hassan sufriese una repentina e inesperada amnesia, dispondría de elementos suficientes para escribir el libro que me rondaba por el cerebro.

Mi futuro abuelo Ibrahim aceptó la propuesta del capataz. Cómo no iba a hacerlo. Representaba un aumento de haberes, el disfrute de un clima más apetecible y la conservación del empleo. Además, aunque la actitud de sus colegas en La Manga fuese la misma que la padecida en todas partes desde que abandonó Marruecos, no quería ni podía rendirse. Después de todo Tomás, el bendito conductor del Circo Romano, no tenía por qué ser el único español decente. Debía haber otros. A lo mejor en Murcia, con un clima más benigno, la bondad y la dignidad eran más frecuentes.

Cuando en el punto más elevado del tejado de la última torre construida por la empresa se instaló el ramo -en realidad una gran rama de árbol que indicaba la finalización de la obra- se celebró la fiesta tradicional en casos semejantes. Asistieron cuantos habían tomado parte en la faena. Todos menos Ibrahim. Este había hecho acto de presencia, pero al advertir los maliciosos codazos y las miradas preñadas de animosidad, antes de que le hiciesen el vacío usual, se había alejado para ir a acostarse. En el barracón que hacía las veces de dormitorio se había dado de bruces con sus dos com-

pañeros de infortunio: los dos senegaleses, borrachos como cubas pues preferían buscar consuelo para sus cuitas en el vino en vez de en el Corán.

Dos días después de la fiesta, don Rafael al volante de una furgoneta, con el emigrante norteafricano en la plaza de pasajero, conducía en dirección a Murcia. El último se pasó los poco más de cuatrocientos kilómetros dormido como un leño. Su asiento era bastante más cómodo que el camastro usufructuado en Madrid durante los ocho últimos meses. En cuanto a los dos senegaleses, viajaban en la parte posterior del vehículo. Aún no estaban totalmente repuestos de la orgía celebrada cuarenta y ocho horas antes.

La Manga del Mar Menor era un lugar paradisíaco. El capataz no le había engañado; por lo menos en aquello.

- Yo -afirmó Hassan haciendo un inciso en su relato- conocí el lugar años después, pero entonces se había convertido en un enorme amasijo de edificios desperdigados sin orden ni concierto al borde del agua; casitas de una sola planta al lado de torres de dieciocho pisos. Y, como consecuencia, gente por todas partes; un verdadero hormiguero. De todos modos, aún en aquella época podía hacerse uno la idea de como había sido antes del inicio de la especulación y el loco crecimiento.

La empresa en la que Ibrahim prestaba sus servicios había conseguido varias contratas para construir diferentes edificios, urbanizaciones enteras que incluían piscinas, comercios, pistas de baile, cines al aire libre, canchas de tenis, etc. La bonanza en los negocios y las oportunidades ofrecidas a las más decididas de las compañías presentes trajo consigo la posibilidad de que quienes pertenecían a éstas experimentaran la consiguiente mejora en sus expectativas.

Transcurrió el tiempo y coincidiendo con el quinto aniversario de su cruce del Estrecho, el marroquí realizó un amplio balance de su situación. Tenía veintiocho años; llevaba ocho rodando por el mundo. Desde el punto de vista económico poco tenía que pedir. La empresa aún se aprovechaba de su condición de ilegal, pese a lo cual, le pagaba lo bastante para vivir con desahogo, enviar periódicamente a su familia una cantidad no despreciable y ahorrar otra. Las remesas de fondos debían ser realiza-

das, siempre igual, sin la absoluta certeza de que llegarían a sus destinatarios -a causa de su carencia de documentos, las hacía por correo normal- aunque lo cierto era que ninguna de ellas se extravió por el camino. De su casa le escribían dirigiendo las misivas a I.B.A. (sus iniciales) poniendo como dirección la de la empresa; en ésta, el aparejador se las recogía y se las entregaba.

Aparentemente, todo iba sobre ruedas. Sin embargo, pese a que en el trabajo se le consideraba y había ascendido de categoría tres o cuatro veces -entonces había alcanzado la de especialista de primera clase- continuaba siendo un individuo de color, indigno de confianza, con quien no se hablaba a menos que fuese necesario.

La situación había ido deteriorándose progresivamente hasta llegar a un punto explosivo. Entre quienes trabajaban con Ibrahim se encontraban individuos que lo miraban con sentimientos mezclados. Tener ante sus ojos un ser al que consideraban inferior, y saber, al propio tiempo, que ganaba más dinero y disfrutaba de una categoría más elevada, se estaba convirtiendo en algo insoportable.

Al principio, con la mentalidad peculiar de quienes en su fuero interno saben que no tienen razón, se habían limitado a lanzar pullas, sin decidirse a un enfrentamiento real. Después, las palabras fueron más directas, insultantes y amenazadoras.

“Negro asqueroso, te vamos a cortar los cojones”, le gritaron una noche. Se trataba de un grupo de cinco o seis hombres amparados en la obscuridad.

De momento, Ibrahim no supo como reaccionar. Todo aquello era injusto y desconcertante. Minutos más tarde, cuando los individuos se habían evaporado y el lugar -una plazoleta situada entre cuatro altas torres a medio construir- quedó solitario y silencioso, tuvo que tomar asiento sobre un montón de losetas. La indignación le hacía temblar como una hoja.

A partir de aquel momento, las agresiones verbales se multiplicaron. Estaba claro que si no reaccionaba pronto aquellos miserables pasarían de las palabras a los hechos.

Ibrahim tenía el convencimiento de que se encontraba en una encrucijada. Si hacía oídos sordos, los provocadores se envalentonarían y únicamente Alá sabía hasta

donde llegarían. Si, por el contrario, les hacía frente, el problema degeneraría en una riña de consecuencias imprevisibles. Lo único que estaba claro era que si el enfrentamiento terminaba en pelea, lo normal sería que interviniese la policía.

El marroquí llevaba ocho años evitando ser conducido ante las autoridades pues, le constaba que, en sus circunstancias, ello representaría una pronta repatriación. Los días de forzada reclusión, procurando no acudir a sitio alguno en que existiese la más mínima posibilidad de verse mezclado en una gresca, estaban a punto de concluir.

Efectivamente, la cuestión se resolvió poco tiempo después. Una noche, cuando regresaba de cenar en el cercano establecimiento donde solía hacer sus comidas, media docena de hombres le atacó. Primero de palabra; luego, pasaron a los hechos. A la escasa luz de una bombilla polvorienta pudo ver a los energúmenos que venían a por él, armados con palos y navajas. Gritaban como si quisieran darse el valor que les faltaba. Habían elegido bien el sitio; solitario y oscuro; una zona aún despoblada, con varios edificios en construcción. Estaría de suerte si algún vigilante nocturno escuchaba la algarabía y estaba lo suficientemente loco como para intervenir.

Los acontecimientos se precipitaban. No había tiempo para más cavilaciones. El primer golpe llegó como llovido del cielo. Propinado con una gruesa estaca, le alcanzó en el hombro izquierdo obligándole a lanzar un grito de dolor. Lo que Ibrahim hizo a continuación, probablemente le salvó la vida. Saltó hacia atrás, atrapó del montón de desechos cercano un trozo de madera como de un metro de longitud y retrocedió ágilmente hasta apoyar la espalda en el ángulo formado por dos paredes.

Desconcertados por la rapidez de reacción de su víctima, los atacantes se detuvieron sin dejar por ello de proferir insultos y amenazas. De éstas, la favorita y más repetida era la de:

- Te vamos a cortar los cojones, negro de mierda.

Ibrahim guardaba silencio. Reservaba las fuerzas para lo que sabía había de venir a continuación. En los breves instantes de tregua que siguieron, echó de menos un lugar elevado con mejores posibilidades de defensa. Allí, donde se había refugiado, tenía la ventaja de que las acometidas únicamente serían frontales. La desventaja resi-

día en que, al estar arrinconado, no contaba con espacio suficiente para manejar adecuadamente el arma improvisada.

Los agresores no le concedieron demasiado tiempo para autocondolerse. En cuestión de segundos, una lluvia de garrotazos que no tenía posibilidad de evitar, pues todos sus atacantes golpeaban a la vez, le pusieron al borde del desfallecimiento.

Sin embargo, el convencimiento de que si perdía el sentido las navajas que había visto brillar acabarían con él, le prestó fuerza para resistir. Incluso, haciendo un esfuerzo, logró dejar fuera de combate a uno de los asaltantes utilizando como un sable el madero que empuñaba. No obstante, la posición que se vio obligado a adoptar le dejó al descubierto y aquello se convirtió en el principio del fin.

Horas más tarde, Ibrahim despertó del sueño en que lo había sumido la paliza propinada por aquel rebaño de salvajes. Se encontraba en una cama del hospital a donde le trasladó la ambulancia solicitada por un vigilante, el cual, sabedor de lo que arriesgaba, no se dejó ver.

Los médicos diagnosticaron fractura de clavícula y tres costillas, así como severa conmoción cerebral. Antes de salir del quirófano, le aplicaron catorce puntos de sutura en el cráneo, cuatro en el brazo izquierdo, cerca de la axila, y otros seis en la herida del abdomen que, afortunadamente, no interesaba órganos internos. En general, todos coincidieron en afirmar que era un hombre de suerte; otros con menos, estarían en el camposanto. Hasta era muy posible, aventuró el oftalmólogo, que no perdiera toda la visión del ojo derecho, aunque quizás nunca la recobrase por completo.

El marroquí permaneció acostado muchos días. Luego, de pronto, comenzó a notar que recuperaba las fuerzas a marchas forzadas. Este hallazgo coincidió con el descubrimiento de un policía sentado ante la puerta de su habitación.

Así que aquellos animales, además de estar a punto de terminar con su vida, habían conseguido que las autoridades tomaran cartas en el asunto. En un primer momento, la rabia no le consentía razonar. Todo lo que deseaba era impedir el triunfo de sus perseguidores; sobre todo, al principio. Más tarde, a medida que el dolor de las heridas se iba atenuando, el sentido común volvió a asentarse en su cerebro. Pero con

él llegaba la amargura de tener que admitir cuánto de utópico tenía su ilusión. Había sido únicamente una engañosa quimera, un loco sueño, lo que le impulsó a intentar unir las dos orillas del Mediterráneo por medio de un instrumento tan inadecuado y endeble como una patera.

A partir de aquel instante, le invadió la resignación. La España de la que hablaba su madre quizás fuese la auténtica, pero una parte considerable de quienes la habitaban había cambiado. En el momento actual la mezquindad sustituía a la generosidad, el egoísmo a la hospitalidad y la dureza de corazón a los buenos sentimientos.

Decididamente, la situación no le agradaba. Estaría preparado para lo que viniera. Y lo primero que vino fue una visita. La del aparejador. El señor Cercós debía haber hecho milagros para conseguir la autorización necesaria, sin correr el riesgo de comprometerse. Al fin y al cabo, el marroquí era un extranjero que residía ilegalmente en el país y aguardaba el alta médica para ser puesto “de patitas en la calle”.

Don Rafael vino a decirle eso mismo, aunque con otras palabras, tan pronto los dejó solos el enfermero que le sirvió de cicerone.

- Te he traído el dinero que me habías confiado. Toma; ahí lo tienes todo. Cuéntalo.

- No necesito hacerlo. Usted, cuando me engaña, me lo dice.

El aparejador “encajó” la andanada con sonrisa de conejo. Luego agregó:

- No sabes cuanto siento lo que te ha pasado. Poco ha faltado para que terminasen contigo. Y eso no es todo...

- Sí, ya sé lo que falta; ahora, vamos, dentro de unos días, cuando me encuentre lo suficientemente fuerte para ponerme en camino, me mandarán a casa.

- De verdad que lo lamento. Hasta ahora nuestra asociación funcionó a la perfección. Es una pena tener que romperla.

- Para usted sí. Para mí, no tanto. Yo casi me alegro. No puede uno vivir eternamente en el filo de la navaja. Me gustaría que antes de irse me hiciera un favor. ¿Es posible?

- Depende de qué se trate.

- Es algo muy sencillo y no le costará dinero. Quisiera que respondiera, sin rodeos, a la siguiente pregunta: ¿cree usted que hay razas inferiores?, por ejemplo, para usted ¿los negros son -y digo son porque yo no lo soy- más

Después de pronunciar este largo párrafo, el aparejador permaneció silencioso durante unos segundos. Luego hizo un esfuerzo para salir de su ensimismamiento y añadió:

- No sé que más puedo decirte. Que siento no haberte tratado de otra forma, es poco. Quisiera no volver a actuar así, pero seré realista y confesaré que, si mañana u otro día cualquiera, viene a verme otro chico en tu situación, lo más probable es que me olvide de todo y aproveche la oportunidad de ganar unas pesetas a su costa. ¿Y sabes por qué? Claro que lo sabes, pues no tienes un pelo de tonto. Por el cochino egoísmo.

Ibrahim guardó silencio. ¿Qué podía responder ante aquella muestra de sinceridad?

- Bueno, tengo que irme. Creo que está dicho todo. Aunque no; algo me falta. Quiero que me des tu dirección allá en Marruecos. Si aquí cambiaran las cosas, si hubiera forma de que pudieras volver a entrar legalmente a trabajar para mí y, por supuesto, si estás interesado, te escribiría. ¿Qué te parece?

- Bien -respondió después de pensar unos instantes-. Ahí va. Apúntela.

- Ya está -dijo Rafael poniéndose en pie y alargando la mano para estrechar la de su interlocutor-. Deseo que no me guardes rencor.

- No lo haré, si no aprieta demasiado. Aún estoy bastante dolorido.

La visita de un funcionario del Juzgado de San Pedro del Pinatar, acompañado de otro policía que no vestía uniforme, fue la segunda que recibió durante su estancia en el hospital. Las formalidades resultaron bastante breves, reduciéndose, en primer lugar, a la identificación de los representantes de la autoridad; después a la lectura de un par de documentos. Uno de ellos, el oficio del juez en el que se le comunicaba que, a menos que pudiera demostrar fehacientemente por medio de la documentación precisa -permiso de residencia y contrato de trabajo-, que se encontraba en el país de manera legal, se vería obligado a salir de él en el plazo de cuarenta y ocho horas después de recibir el alta médica.

- ¿Disponía de las credenciales reseñadas? -preguntó el representante del señor

juez.

- No -respondió Ibrahim.

El otro papel, de aspecto formidable y también lleno de sellos y firmas, certificaba el nulo resultado obtenido en las diligencias practicadas con el fin de identificar al o a los agresores que habían atentado contra la vida del llamado Ibrahim ben Aomar, natural de Tinerhir, Marruecos. La inexistencia de testigos, la nocturnidad con que se había producido el hecho y lo apartado del lugar del atentado, obligaban a calificarlo como “cometido por persona o personas desconocidas”.

- ¿Sabes leer y escribir? -inquirió el funcionario.

- Sí -contestó la víctima del delito.

- Entonces firma aquí, después de haber leído. Sólo son tus declaraciones dándote por enterado de la orden de repatriación y de la celebración del juicio de faltas al que no pudiste asistir por imposibilidad física. Habrás visto que tienes un policía de plantón; no lo tomes a mal. Sólo tratamos de protegerte contra otro ataque como el del otro día.

- Y, de paso, impedirme desaparecer si tuviera esa tentación.

- Sabemos que eres una persona razonable y que, cuando llegue el momento, te irás sin montar el espectáculo -intervino el que se había identificado como policía gubernativo.

Obedientemente, Ibrahim firmó como le pedían. Los dos visitantes, cortésmente, se despidieron deseándole una pronta y completa mejoría. Luego se fueron no sin informarle de que, oportunamente, le comunicarían la fecha de su repatriación.

Al quedarse solo, surgieron en su mente varios interrogantes, alguno de los cuales era la primera vez que se los planteaba. Entre éstos destacaba el referente a quienes habían cruzado el Estrecho en su compañía. “¿Qué les habría sucedido? ¿Estarían todavía en España o, por el contrario, ya habrían vuelto a hacer la travesía en sentido opuesto? Durante su estancia en aquella tierra, ¿se sentirían tan humillados como yo?”, se preguntaba.

Aquellas cuestiones nunca serían contestadas pues, aunque se produjese el

hecho improbable de que en el futuro coincidiese con alguno de sus compañeros de odisea, no los reconocería. La noche en que habían navegado juntos era demasiado oscura, y la preocupación por los resultados inmediatos de lo que estaban realizando no permitía un exceso de curiosidad.

Ahora que lo pensaba, le hubiera gustado saber desde dónde partiría y a qué lugar se dirigiría el barco. Aunque nada de esto tenía mucha importancia. Qué más daba una cosa que otra. Claro que, como poco tenía que hacer, en algo debía gastar el tiempo que le sobraba.

A ratos le daba por fantasear sobre su hipotética evasión del hospital, dejando con un palmo de narices al guardia encargado de su custodia. Le constaba que aquellas ideas no tenían lógica alguna y eran producto de una mente todavía un poquito ofuscada por los dolorosos acontecimientos vividos últimamente.

Aún en el mejor de los casos, si pudiera dar esquinazo a su cancerbero, debería arreglarse para descolgarse a la calle, tres pisos más abajo. Tenía dinero, pero carecía de ropa pues no podía denominarse así lo que poseía: el pijama y el batín. Por si esto fuese poco, desconocía por completo el lugar donde se encontraba. Sabía que en los mapas figuraba con el nombre de San Pedro del Pinatar, pero eso era todo. En fin, como entretenimiento para pasar el tiempo sin aburrirse mortalmente...

Una semana después de ser puesto al corriente de lo que debía esperar, cuando hacía días que paseaba con normalidad por los pasillos del centro médico -siempre seguido por el policía de turno-, el mismo funcionario que ya le había visitado acudió de nuevo.

En aquella ocasión fue más explícito y detalló con pelos y señales cómo se produciría su expulsión del país, el nombre del barco en que volvería a casa, los puertos de embarque y atraque y, por supuesto, la fecha en que tendría lugar su marcha. Falaban seis días.

Ibrahim estaba más que harto de su situación. Hubiera dado cuanto poseía, no demasiado ciertamente, por encontrarse en Tinerhir. “A partir de entonces, el tiempo se iba a hacer interminable”, pensó con tristeza. Recordaba la impaciencia con que

veía pasar los días cuando, en el Atlas, esperaba el instante de dejar atrás cabras y ovejas para iniciar una vida diferente, plena de posibilidades. Si tuviera que responder a la pregunta que últimamente se formulaba cada vez con más frecuencia -¿ha merecido la pena?- se vería en un auténtico aprieto.

En términos de experiencia, de sabiduría en una palabra, la contestación sería afirmativa; aunque algunas de las cosas aprendidas no le proporcionasen satisfacción alguna. Había visto mundo, conocido gente y pasado por situaciones nuevas. Todo esto contribuía a que el Ibrahim que su madre, Meriem, vería entrar en el hogar familiar no se pareciese demasiado al que lo había abandonado.

Finalmente, los seis días pasaron y el marroquí se encontró dentro de un automóvil grande y en bastante buen estado que había ido a recogerle al hospital. Viajaría sentado en el asiento trasero, entre dos policías desconocidos. Delante, junto al conductor, con las manos sujetas por esposas, iba un individuo de pelo ensortijado y piel tan negra como el carbón que durante todo el tiempo que duró el viaje hasta Almería no pronunció una sola palabra. Llegados a su destino, la cárcel para el ocupante del asiento vecino al del conductor, Ibrahim observó que el detenido también llevaba grilletes en los pies.

Desde la prisión, el coche fue directamente al puerto. Dentro de pocas horas, alrededor de cuatro, el “Paciente”, un nombre muy apropiado para la situación que atravesaba el recuperado especialista de primera, zarparía rumbo a Melilla. La travesía, salvo imprevistos, duraría entre seis y siete horas.

En el momento en que sus dos escoltas iban a alejarse tras hacer entrega de Ibrahim al primer oficial, aquél les dijo:

- ¿Puedo hacerles una pregunta?

- Sí, claro; pero luego veremos si nos es posible contestarla -respondió uno de sus custodios.

- ¿Qué hizo nuestro compañero de viaje? Debe ser un hombre peligroso para traerlo tan atado como un fardo.

- Sí, podemos satisfacer tu curiosidad. Es un elemento peligroso. Está convicto

y confeso de haber matado a un hombre.

- ¿Puedo hacerles otra pregunta?

- Por hacerla que no quede.

- ¿La víctima era blanca o negra?

- No sé que importancia puede tener ese detalle, pero te lo diré: el muerto era tan negro como su asesino.

A la hora fijada, el barco, un navío bastante grande que hacía aquella travesía una vez por jornada en cada sentido, despegó del muelle y, lentamente, salió de la dársena. Únicamente el leve cabeceo indicaba que estaban en mar abierto. De pronto, también aquel movimiento dejó de notarse. Eran las doce de una noche en la que la luna, un enorme globo rojizo, parecía ir a desplomarse sobre el mar.

“Hoy no importa que la luna nos alumbre”, se dijo Ibrahim. “Mi salida de España ha sido bendecida por las autoridades. Se acabaron las clandestinidades”.

A su debido tiempo, el “Paciente”, que había navegado por un mar sereno, sin una ola, atracó en el puerto de Melilla. Para el ojo expectante del que regresaba nada había cambiado.

Recordó que durante su última visita, un nutrido grupo de personas, en el que predominaban los chiquillos, rodeaba un cofrade “chiragua” que ejecutaba su número de encantador de serpientes, sentado en cuclillas ante un cesto cuya tapa comenzaba a levantarse lentamente.

También hoy, como si pretendiera darle la bienvenida, otro “chiragua” hacía las delicias de su público entre las notas dulzonas de una flauta.

Tan pronto como el “Paciente” tendió la pasarela, el primer oficial acompañado de Ibrahim descendió al muelle. Tenía prisa por prescindir de la obligada compañía impuesta por la policía del otro lado del Estrecho. Apresuradamente, se dirigió al despacho de la máxima autoridad portuaria. En él hizo entrega del deportado, consiguió la firma y el sello en el documento oportuno que entregaría a su regreso a Almería y, con un distraído y breve adiós a Ibrahim, se fue.

Las actividades del puerto se realizaban entonces bajo la jurisdicción militar, así

que el desconcertado marroquí ignoraba el procedimiento a seguir y, cuando se encontró ante un coronel del ejército español, de pelo blanco, tieso como una baqueta y con cara de pocos amigos, sólo se atrevió a decir con voz vacilante:

- ¿Y ahora qué?

- Ahora ¿qué qué? -respondió también en español.

- Quiero decir que ahora qué tengo que hacer.

- A mí que me registren -contestó el militar poniendo al descubierto su vena humorística-. Me refiero a que lo que hagas ahora no es cosa mía -añadió al advertir la expresión de sorpresa de su visitante-. La policía de la península no tenía nada contra ti, pero como te encontrabas allí sin documentación válida para permanecer indefinidamente, se han limitado a trasladarte a tu tierra. Concretamente, ¿de dónde eres? ¿dónde está tu casa?

- Soy de Tinerhir y allí, en el Atlas, están mi casa y mi familia.

- Pues mi consejo es que vuelvas allí, a menos que prefieras otro período de tres años en el Tercio. Ya he visto en los papeles que trajo el oficial del “Paciente” que eres un antiguo miembro.

- Sí, mi coronel -afirmó Ibrahim recordando sus buenas maneras-. Si usía no ordena nada, me voy.

- Muy bien. Vete y no te metas en líos. Ah, -agregó el militar- ¿tienes dinero?

- Sí, muchas gracias, mi coronel. Lo suficiente para llegar a casa.

- Espera un momento. Vamos a ver dónde queda tu pueblo. Acércate al mapa.

El coronel tardó unos instantes en localizar en el gran mapa mural fijado tras su mesa de escritorio, el lugar que buscaba.

- Atiza -exclamó poniendo el dedo índice sobre la palabra Tinerhir-. Eso queda bastante lejos. ¿Eres buen marinero? -inquirió.

- Suelo marearme sólo con ver el agua, aunque la travesía desde la península no me afectó esta vez.

- Entonces te aconsejo que utilices el tren mientras puedas y cuando se acaben las vías férreas, que tomes el autobús.

- Muchas gracias por todo. ¿Manda usía alguna cosa?

Como el coronel no mandaba nada nuevo, Ibrahim recogió su equipaje consistente en una manta vieja que envolvía una pastilla de jabón, un par de mudas, dos trozos de peine y un cepillo de dientes, permaneció rígidamente en posición de firmes durante diez segundos y, en vista de que el militar parecía haberle olvidado, dio media vuelta con garbo y salió del despacho.

A partir de aquel momento, como espoleado por una energía inagotable no se concedió punto de reposo. Tenía Tinerhir en su punto de mira y prácticamente no se detuvo hasta que ocho días después de su llegada a Melilla, utilizando distintos medios de locomoción entre los cuales únicamente no se incluyeron el avión, el camello y el caballo, llegó a su casa.

Una de las primeras cosas que observó fue que todo parecía haber disminuido de tamaño. Meriem, su madre, siempre activa, daba la sensación de tomar las cosas con más calma, aunque continuaba sin perder el brío con que defendía su derecho a tener nietos.

- Tienes que casarte; y sin perder tiempo. Casi eres un viejo y no tienes pensado nada. Mañana mismo voy a ir a hablar con Naima, la casamentera.

- Pero madre; déjame descansar. Vengo muy fatigado. Ya hablaremos de eso.

- Cualquiera diría que te pido que te cases con tres o cuatro mujeres, aunque ya sabes que el Corán te permite hacerlo. Tampoco te estoy pidiendo que vayas a Larache a la feria anual, aunque allí podrías escoger entre unas cuantas. Nada, nada, mañana voy a buscar a Naima.

- Yo -dijo Hassan- no llegué a conocer a la madre de mi abuelo Ibrahim, pero éste me habló más de una vez de su carácter. Parece que cuando se empeñaba en hacer algo, no había poder humano que la disuadiera de ello.

Así que el hijo pródigo, muy contra su voluntad, terminó por acatar la voluntad de su madre y, primero habló con la casamentera, luego le hizo los regalos habituales y, finalmente, en 1.936, se casó con una joven, casi una niña, de un pueblo vecino. Tuvo suerte pues su esposa, además de ser una auténtica belleza, poseía un excelente

carácter. Antes de la boda, celebrada por todo lo alto, la familia colaboró en la ampliación de la vivienda, construyendo la habitación destinada al reciente matrimonio e iniciando las labores para la edificación de la que, andando el tiempo, ocuparían los hijos que Alá, siempre generoso en aquel apartado, tuviese a bien enviar.

Transcurrieron los días velozmente y con su paso llegaron los vástagos. El primero de ellos fue el que había de ser mi padre, Mohammed. Habían de seguirle cinco más.

En cuanto a Ibrahim, saciado de aventuras, se encontraba plenamente satisfecho con la clase de existencia que llevaba en Tinerhir, no se alejó de su hogar más que lo imprescindible para que el rebaño tras el que caminaba dispusiera de pastos y agua abundantes y frescos.

- ¿Cree usted -me preguntó Hassan levantándose con suma prudencia, como si temiera fracturarse algún hueso- que lo que le llevo contado tendrá interés para alguien? Se lo digo porque algunos días, cuando me voy después de haber aceptado el dinero que usted me ofrece, no puedo dejar de decirme que le estoy robando.

- Pues siento defraudarte -respondí con sinceridad-. Por lo menos, para mí tiene interés. Así que, mañana, si no hay inconveniente y si has finalizado con la historia de tu abuelo, puedes comenzar con la de tu padre.

- En lo que no tienes arreglo es con la supresión del tratamiento -me lamenté-. Te he pedido más de una vez y de cuatro que me trates de tú, como yo a ti...

- Tiene usted razón. Pero le aseguro que aunque lo he intentado repetidamente, no consigo hacerlo. De todos modos, teniendo en cuenta que los dos sentimos escaso respeto por los formulismos -que la mayor parte de las ocasiones no significan nada-, debemos tratarnos tranquilamente como queramos y podamos. ¿Qué le parece?

- ¿Qué quieres que me parezca? No me parece sino que estoy convencido de tu mejor sentido. Así que vamos a dejar de preocuparnos por cosa tan tonta como esa. Y tú olvida los temores acerca del interés o desinterés que la crónica de los ben Aomar puedan despertar. ¿Mañana a la misma hora?

- Muy bien. Le diré lo mismo que vengo diciendo desde el principio. Mañana a

la misma hora, si la policía no me trata lo mismo que hace años a mi abuelo. Si nos vemos, le hablaré de mi padre. Es una historia que tiene muchos puntos en común aunque, por supuesto, es completamente diferente. Hasta mañana... “Insha- Alá”.

MOHAMMED

Mi padre, altísimo y muy flaco como la mayoría de los ben Aomar, era un hombre taciturno, de pocas palabras y extraordinariamente apegado a la vida familiar que nunca había manifestado el menor interés en abandonar Tinerhir; al menos, yo jamás le oí quejarse de su situación.

Por eso cuando en 1.975, a los treinta y ocho años -un buen número de ellos felizmente casado- y con tres hijos (uno de ellos yo), anunció su proyecto de marcharse a España, la sorpresa fue mayúscula. Aquella determinación repentina nos cogió a todos desprevenidos. Nadie se lo esperaba. Las aventuras de aquel estilo, impropias de una persona dueña de un carácter como el de Mohammed, parecían estar reservadas para individuos un poquito alocados y, desde luego, más jóvenes y sin ataduras.

Mi abuelo, al igual que el resto de la familia, trató de convencerle de lo disparatado de la idea. “Allí es difícil, muy difícil conseguir una posición desahogada”, le decía. “Recuerda lo que me pasó a mí. Y ahora, las cosas se han puesto bastante peor que entonces. Desde nuestra independencia, en 1.956, tenemos más problemas para conseguir trabajo. Y, para colmo, ha aumentado el número de las personas que quieren hacer lo mismo que tú.”

»- ¿Has pensado -continuó Ibrahim- en la distancia que hay desde aquí a la costa? ¿Cómo vas a cruzar el Estrecho? ¿Te das cuenta de que si llegas allá vas a encontrarte en un país desconocido? Poder desenvolverse en su idioma no es todo. Serás un extranjero que intenta quitarles parte del poco trabajo que hay. Lo menos grave será que te mirarán por encima del hombro; lo probable, como estoy cansado de deciros, que te maten de una paliza o de una cuchillada.

- Sí, he pensado en todo. He estado ahorrando un poco y no me iré con los bolsillos vacíos. Igual que tú hiciste hace años, yo también deseo probar suerte. ¿Qué hay de malo en ello?

- Cuando yo me fui, no tenía mujer ni hijos. Tú sí. Además, ¿en qué te vas a ocupar? Supongo que no querrás dedicarte a cuidar un rebaño de ovejas. ¿Qué otra cosa sabes hacer?

- Desde hace tiempo vengo enterándome de cuestiones agrícolas. Siempre que tengo un rato libre leo algo sobre floricultura.

- ¿Y para qué va a servirte eso?

- Aquí, posiblemente, para nada. Allí, por lo que he podido saber, para encontrar trabajo.

- ¡Floricultura! -repitió mi abuelo en un tono en que se mezclaban el escepticismo y la burla en proporciones semejantes-. ¿Es que vas a ponerte a vender flores? -continuó con acento zumbón.

- A venderlas no. A cultivarlas -respondió Mohammed sin alterarse.

- ¿Y cómo te propones trasladarte a España? ¿Dónde vas a instalarte? ¿Crees que te van a dar la oportunidad de comprar el terreno necesario? Eso suponiendo que dispongas del dinero suficiente.

- De momento -contestó mi padre, sin perder el aplomo- no pretendo comprar nada. Os contaré mis proyectos y así veréis que no estoy tan loco como suponéis.

En aquella época la familia estaba al completo. Nos habíamos reunido todos para colaborar, cada uno en la medida de sus posibilidades, en la tarea del esquila.

- Cuando terminemos la labor -continuó Mohammed-, cuando hayamos esquilado la última oveja, en uno de los camiones que se llevan el ganado que vendemos, iré yo. El año pasado me puse al habla con el jefe de los compradores. Me prometió que no habría inconvenientes. Con ellos puedo ir hasta Casablanca. Quizás llegue a Rabat y a Kenitra. Desde allí ya falta menos para llegar a Cataluña, a la comarca del Maresme ...

- ¿Pero tú sabes dónde está eso? -interrumpió mi abuelo-. Tendrás que cruzar prácticamente toda España.

- Lo sé -respondió mi padre-. Lo he localizado en el mapa que trajiste a tu vuelta. La comarca del Maresme está situada casi a igual distancia de Mataró, al este, Mo-

llet del Vallés, al oeste, Premiá de Mar, al sur y Granollers, al norte. Hasta que lo intente no podré descansar tranquilo. Me doy cuenta de que lo más probable es que nunca consiga nada de lo que sueño, pero hay algo que me empuja a probar y tengo la certeza de que si no me voy, no me lo perdonaré nunca.

- Es casi seguro que ustedes -hizo un inciso en su relato Hassan, el narrador- no entiendan muy bien como un esposo y padre puede anunciar con toda tranquilidad que se va de casa, sin que la esposa ponga el grito en el cielo. Eso a pesar de que este país no es precisamente un modelo de trato considerado con la mujer. Sin embargo, allí, en mi tierra, aún es peor. Mi madre se limitó a hacer lo que haría cualquiera de sus congéneres marroquíes en situación parecida. Elevó los ojos al cielo y permaneció en silencio.

- En la zona a la que pretendo viajar, se dan muy bien los viñedos y las flores, sobre todo las clavellinas, una variedad de la que ya estoy bastante enterado. He leído mucho acerca de estas flores. Sólo me falta la práctica de su cultivo.

- ¿A ti te parece lógico -inquirió Ibrahim- que llegues allí, si consigues llegar, y que con informar al propietario de un campo de flores de que deseas practicar el cultivo de clavellinas, va a decirte: “ah, sí, sí, precisamente estaba esperando tu llegada? ¿Cuánto deseas ganar? ¿Qué días prefieres descansar a la semana? ¿Dónde te agradaría que estuviese tu dormitorio? ¿En el segundo o en el tercer piso?”

- No es preciso que te burles -contestó mi padre-. Te creí cuando, a tu pesar, contabas lo que has penado en España. No hay razón para que a mí me traten de distinta manera que a ti. Lo extraño sería que aquello haya cambiado. De haberlo hecho será para peor. Así que estoy preparado para hacer frente a lo que venga. A lo que no estoy dispuesto es a pasarme la vida preguntándome qué hubiera sucedido de haberme decidido a probar fortuna. No quiero morirme de viejo sin intentar perder de vista las ovejas y los pastos.

Mi abuelo debió comprender las razones aducidas por su hijo -al fin y al cabo, las mismas que le habían impulsado en su día a dar un paso semejante- pues, a partir de aquel momento, comenzó a enfocar el asunto desde el ángulo práctico abandonando

el tono hiriente y burlón utilizado hasta entonces.

- Tenemos que estudiar con calma el itinerario -le dijo-. Ya que dispones de tiempo, no es cosa de lanzarse con los ojos cerrados.

- No tengo tanto tiempo como parece. Como máximo, unos veinte días. Eso es lo que debe faltar para terminar la esquila. Pero con eso y tus consejos creo que será suficiente.

A mí no me agradaba interrumpir las reminiscencias de Hassan pero, en aquel preciso instante, acudió a mi mente una cuestión que no quise correr el riesgo de relegar al olvido.

- ¿Y tú qué pensabas de aquella aventura?

- Entonces no le concedí demasiada importancia. Sólo tenía once años y mis preocupaciones iban por otros derroteros. No obstante, el paso del tiempo fue haciéndome ver las cosas con una nueva perspectiva. Llegué a estar muy preocupado; sobre todo, la falta de noticias, a veces durante meses, era algo que me ponía enfermo. De nada valía que mi abuelo me tratase de animar diciendo eso de que “las malas nuevas vuelan más velozmente que cualquier pájaro”. Yo comprendía lo razonable del refrán pero era incapaz de sacarle provecho.

»- Es posible -volvió Hassan a reanudar su relato- que los días transcurriesen con lentitud para mi padre, pero para mí -y supongo que también para mi abuelo- corrían como potros desbocados.

Por fin, la última oveja fue despojada de su vellón. Al día siguiente, después de cargar en los camiones la lana y cierto número de corderos, mi padre se iría. Únicamente Alá sabía si y cuándo volvería a verle.

Recuerdo que aquella noche apenas pegué ojo. Con la falta de lógica propia de los de mi edad llegué a plantearme la posibilidad de incendiar lana, ovejas y vehículos. Así mi padre tendría que suspender el viaje. Naturalmente, el resto de buen juicio que aún me quedaba se impuso y no hubo quema. A la mañana siguiente asistí impotente a la partida de Mohammed, el cual, antes de irse, nos encomendó a mí y a mis hermanos, la máxima cooperación en el cuidado de mi madre, casa y ganado.

Lo que viene ahora lo he sabido a través de los relatos hechos por mi padre que, al contrario que mi abuelo, precisaba muy poco acicate para explayarse acerca de su viaje y andanzas en España.

La duración del desplazamiento de Mohammed desde Tinerhir hasta Kenitra resultó desproporcionadamente larga a causa de las continuas detenciones y retrasos que la codicia del jefe de la expedición originaba. Ben Yassine era incapaz de pasar a un par de kilómetros de un poblado por miserable que pareciese, sin intentar la venta de la mercancía que sus cuatro camiones transportaban. Cuando iniciaba uno de los interminables regateos de que estuvo salpicado el viaje, no encontraba el momento de decidir que en aquella oportunidad las posturas de comprador y vendedor estaban demasiado alejadas para encontrarse en algún punto intermedio.

En especial, cuando visitaban localidades importantes, ciudades grandes como Marraquech, Casablanca o Rabat, mi padre, que ardía en deseos de desplazarse con rapidez, espoleaba a Ben Yassine exagerando los precios que podría obtener en Kenitra.

Sin embargo, el comerciante no se dejaba convencer y hasta que había hablado con el último de los tratantes de cada lugar por el que pasaban no se daba por vencido y con auténtico dolor daba la orden de partida.

Mohammed había tratado de activar por distintos medios aquella desesperante manera de viajar, pero sólo obtuvo un relativo éxito cuando comentó con Ben Yassine el alto precio que la alimentación de las ovejas iría adquiriendo al tener que atenderlas durante un tiempo tan prolongado. Además, el problema se complicaba si se tenía en cuenta que, de escatimarles el sustento, los corderos perderían peso y, en su momento, se vería obligado a venderlos por lo que los compradores quisieran.

A pesar de todo, el comerciante, aún siendo consciente de lo razonable de aquellos argumentos, se sentía atrapado por el vicio del regateo. Para él, la victoria alcanzada en un tira y afloja sin fin no podía medirse en términos de dirhams. En realidad, aquello era lo de menos. Lo verdaderamente significativo era pronunciar la última palabra.

Un día, después de treinta y dos jornadas de incesantes puestas en camino y paradas inútiles, Ben Yassine dijo, poniendo una huesuda mano sobre el hombro derecho de Mohammed:

- Mira, ahí tienes tu anhelada Kenitra.

Mi padre iba sentado en la cabina de uno de los camiones, entre el comerciante en ovejas y lana y el chófer, un individuo silencioso y huraño que exhalaba un acre olor a sudor atrasado.

A través del parabrisas cubierto de polvo y restos de mosquitos, el impaciente Mohammed vislumbró a duras penas una ciudad grande en cuyas calles tuvo ocasión de observar la superabundancia de uniformes militares. De su breve estancia en la zona, únicamente conservaba el recuerdo nítido de la hermosa alcazaba de Mehdiya en la boca del río Sebú.

También guardaba memoria de Kenitra porque, a punto de entrar en ella, el comerciante le proporcionó una gratísima sorpresa al proponerle, de pronto y sin previo aviso, continuar en su compañía hasta Tánger.

- En caso de que la cantidad que haya de pagarte por la ampliación del viaje no sea exageradamente elevada y no pretendas eternizarte como hasta aquí, sí; te acompañaré hasta Tánger. Hablemos de dinero. ¿Cuánto pretendes cobrarme?

- Por el transporte, ni un solo dirham. Pagarás sólo el importe de lo que comas.

- Si es así, conforme. Ahora quisiera que me dijeras un par de cosas.

- Adelante; si puedo ...

- Primera, ¿cuánto tiempo piensas perder aquí?

- Ninguno. Pasaremos la noche en Kenitra y mañana, bien temprano, nos largamos con viento fresco. Hoy ya es demasiado tarde. ¿Y cuál es la otra pregunta?

- No es que no me agrade, pero ¿a qué se debe tanta prisa repentina?

- Hace mucho rato recordé que la última vez que traté de negociar con unos mercaderes de esta ciudad me engañaron miserablemente. Son unos auténticos sinvergüenzas. Y ahora que caigo en ello, es posible que mi repugnancia a llegar aquí se debiera al temor a meterme en líos si volviera a tener ante los ojos a esa pandilla de

aprovechados. Y ya que hablamos de viajes, aún no me has dicho, o al menos no me parece habértelo oído, cuál es la causa de que hayas comenzado una excursión tan larga. ¡De Tinerhir a Tánger!

- No, todavía más -observó Mohammed-. No pienso quedarme en Tánger. Seguiré hasta España, del lado de allá del Estrecho de Gibraltar.

- Es decir -señaló Ben Yassine- que te ha atacado el mismo microbio que a tu padre. Conozco a los Ben Aomar desde hace muchos años y las andanzas de Ibrahim me resultan familiares. La única diferencia entre vosotros dos es que él se fue a los veinte y tú a los treinta y pico.

- Sí, a los treinta y ocho.

- Bueno; nunca es tarde para intentar mejorar en la vida. ¿Y a qué te vas a dedicar? No tienes idea de lo mal que está aquello para trabajar. Me consta que todos vosotros os desenvolvéis bastante bien en español y en francés. A pesar de todo, hay mucha competencia.

- He pensado en ello; le he dado muchas vueltas y por esa razón no quise ponerme en marcha hasta disponer de algo que me diferenciase de los demás. Hace mucho tiempo que comencé a estudiar todos los libros que pude conseguir en relación con el cultivo de las flores; en especial de las clavellinas.

- ¿Y para qué diablos quieres saber eso? -se extrañó el comerciante que no comprendía semejante pérdida de tiempo.

- Mi destino final en España es una zona llamada “comarca del Maresme”, en Cataluña. Allí, según he podido saber, se han especializado en el laboreo de las flores. Les ayuda el clima benigno y la calidad de la tierra ...

- Y has creído que cuando llegues te estarán esperando con los brazos abiertos - interrumpió sin miramientos el tratante de ovejas.

- Ni abiertos, ni cerrados. No me esperarán, ya lo sé. Pero supongo que si necesitan operarios, preferirán a quienes entiendan de qué va la cosa.

- Es cierto; a menos que sean tontos o locos. Cataluña, has dicho. Me parece

que eso queda hacia arriba y al este. ¿Y por dónde te propones cruzar el Estrecho?

- No tengo ni idea -admitió Mohammed.- Cuando llegemos a Tánger decidiré lo más conveniente. Tengo tiempo para sopesar pros y contras.

- Lo preguntaba -explicó Ben Yassine en un arranque de sinceridad- porque si vas a embarcar en Tánger podría echarte una mano. Ya sabes que mi gente está metida en un montón de negocios. Entre ellos en el de las pateras.

- Hace años que oí comentar algo sobre ese asunto, pero uno nunca puede fiarse de rumores.

- Pues en este caso es cierto. No sólo tenemos intereses en el puerto de Tánger, sino también en Ceuta, en Melilla y, sobre todo, en Nador. Claro que este último ya queda un poco lejos, aunque, por otro lado, está más cerca de tu destino en Cataluña. Mira, seré totalmente franco contigo y espero que olvides lo que vas a oír. En Nador, mi familia y unos pocos amigos hemos organizado una sociedad que se dedica a pasar contrabando a la península, a España. Es algo bastante peligroso pero ... es tan rentable que cuando has ganado tus primeros dirhams te olvidas de los riesgos para pensar sólo en el dinero. Ah, el género más provechoso, ya te lo habrás figurado, es el hachís.

- Sí, lo suponía. En cuanto a lo que quieres que olvide, puedes estar tranquilo; tengo tan mala memoria que ya no recuerdo que es lo que debo olvidar.

- Sabía que podía confiar en ti. Por lo que se refiere a tu paso del Estrecho, vete pensándolo. Ten en cuenta que si sales de Tánger, vamos, de alguna de sus playas cercanas, en hora y media o dos horas estarás del otro lado. Eso es una ventaja, pero te encontrarás con el inconveniente de tener que atravesar media España. En cambio, si hicieses la travesía, no en patera -como parece preferir- sino en un barco disfrazado de pesquero, harías un viaje más cómodo y seguro, desembarcarías más cerca del Maresme. Por otra parte, en vez de pagar tu pasaje cobrarías un dinero que te vendría de perlas. Claro que no quiero engañarte; si en un momento dado, al partir o al llegar, los agentes de la Aduana, la policía o quien tenga autoridad para hacerlo, detiene el barco y encuentra lo que lleva, eso significa la cárcel ...

- Ya me lo figuro. En fin, lo pensaré.

Aquella noche en Kenitra transcurrió como las que la habían precedido. Sin embargo, algo hacía que se diferenciase de ellas. La conversación mantenida con el comerciante y contrabandista poco antes de retirarse a dormir, obligó a Mohammed a permanecer desvelado casi hasta el amanecer. Lo peor era que, cuando se durmió, aún no había alcanzado ninguna decisión respecto a qué puerto sería el más conveniente para iniciar su aventura. ¿Tánger o Nador? Mañana decidiré. Y si no, como todavía faltan algunas jornadas para llegar a Tánger, ya veremos.

Los días que aún habían de transcurrir pasaron velozmente y cuando, dejando atrás Kenitra, Ksar el Kebir, Larache y Asilah, la pequeña expedición se vio a las puertas de Tánger, mi padre -dijo Hassan- también llegó a la conclusión de que su impaciencia le desaconsejaba alargar aún más el viaje ampliándolo hasta Nador. Ardía en deseos de verse en el mar.

De manera que tan pronto como encontró la ocasión de hablar a solas con Ben Yassine le comunicó que había decidido aprovechar la primera oportunidad que surgiese para ocupar plaza en una patera que pusiera rumbo a España. Si el comerciante en lana y ovejas le podía orientar en aquel mundo desconocido para él, se lo agradecería. Caso contrario, intentaría hacerlo por sí mismo.

La respuesta no pudo ser más alentadora. Cuando se produjo se encontraban ambos sentados en un café a la entrada del Gran Zoco tangerino. Bebían aromático té a la menta. Habían llegado allí desde el recinto, muy próximo al puerto, donde quedaban encerrados vehículos, lana y ovejas. Ascendieron durante unos treinta minutos por callejas estrechas y retorcidas. Caminaron en dirección al centro de la ciudad en un relativo silencio. Al volver un recodo se vieron rodeados por un numeroso grupo de pille-tes con las sucias manos extendidas pidiendo limosna en nombre de Alá el compasivo, el benefactor de los creyentes. Más allá, sin que nada lo hiciese presentir, empezó a percibirse el murmullo de la gente. En aquel momento, desde el lugar que habían ocupado a la sombra podían ver la entrada al mercado hacia la que se dirigían campesinas procedentes de las colinas próximas, vestidas con sus faldas rojas cortadas por franjas blancas, llevando enormes bultos. Mezclándose con los insistentes bocinazos de los

automóviles, obligados a circular lentamente entre la multitud que impedía el paso, se escuchaban incansables pregones de los tenderos que, a pie firme, junto a sus puestos de venta ofrecían especias y hierbas curativas para todos los males que aquejan a la humanidad. Allí mismo, a dos pasos de aquella barahúnda, sentados en el suelo, la mirada perdida, ancianos con aspecto de ruinas venerables aprovechaban los más distintos lugares al abrigo del sol.

Muy cerca se encontraba la entrada del mercado propiamente dicho que, en realidad, estaba constituido por todo un barrio de calles y pasadizos retorcidos que descendía nuevamente en dirección al puerto viejo. Sobre una colina, a la izquierda, dominándolo todo, el palacio del Sultán.

Luego, aún más allá, estaba el sector francés con sus villas elegantes, tiendas, bancos y oficinas. Finalmente, el concurrido mercado de artículos comestibles sobre el que flotaba una mezcla de olores de queso, aceitunas, fruta y pan que, no se sabía muy bien por qué razón, lograba que el aire, ya de por sí irrespirable y ardiente, lo pareciera aún más.

Pasado el bullicioso distrito del mercado, comenzaba la zona residencial más importante desparramándose, en torno a la curva dibujada por la bahía, hacia el mar.

Ben Yassine se detuvo unos instantes, como bebiendo la espléndida belleza ofrecida a sus ojos y haciendo un visible esfuerzo propuso a Mohammed:

- Si lo deseas, podemos detenernos un momento a hablar con uno de mis asociados. Es muy cerca de aquí. Como, a causa de un accidente, está impedido, lo más probable es que esté en casa. ¿Qué te parece?

- Me parece muy bien. Ya te he dicho que quiero irme tan pronto como tenga ocasión.

- Pues vamos allá. Mira, es ahí.

“Ahí”, como decía el comerciante de ovejas y de cuanto se le pusiese a tiro, era una mansión impresionante rodeada por altos muros cubiertos de enredaderas y flores blancas que embalsamaban el ambiente.

Mohammed se aproximó a la verja de hierro forjado, también medio oculta por

una cortina de buganvillas, y tiró de una cadenita metálica apenas visible.

Segundos más tarde, la puerta se abrió sin ruido; un mozalbete de doce o catorce años les franqueó el paso y, por señas, les indicó que le siguiesen.

Mi padre -dijo Hassan cortando el hilo de su relato- nos confió a su vuelta que hasta aquel momento de su vida nunca había visto tantas muestras de riqueza. Se manifestaba hasta en la vestimenta del criado mudo que les había recibido y que, aparentemente, debía estar aguardando su llegada.

Caminando por senderos enarenados, los dos visitantes fueron conducidos a la casa, dejando atrás cuidados estanques, jardines floridos y un elevado número de surtidores.

Tarik El Nausim, como Ben Yassine presentó al dueño de todo aquello, era un hombre de unos setenta años. Debía haber sido persona muy fuerte. Todavía entonces, a pesar de los estragos causados por el accidente que le había dejado parálítico de las dos piernas, sin posibilidad alguna de que la cirugía tuviese algo que decir, en la energía que traslucían sus rasgos faciales, la decisión reflejada en su mirada, la anchura de sus hombros y la reciedumbre de su voz se evidenciaba el vigor que aún le animaba.

Entre Ben Yassine y Tarik debía existir gran confianza y amistad pues el primero, finalizadas las amenidades de rigor en situaciones como aquélla, no se anduvo por las ramas.

- Necesito que me ayudes a complacer a Mohammed, el cual desea cruzar el Estrecho lo antes posible.

- ¿Será bastante pronto dentro de tres días? -se limitó a inquirir Tarik.

- Sería estupendo -respondió Mohammed.

- Entonces no es preciso que dediquemos más tiempo a este asunto; únicamente añadiré que hoy mismo debéis ir a hablar con Alí Moktar. Tú ya le conoces -añadió mirando a su socio-. El os pondrá al corriente de todo lo que necesitáis saber al respecto.

Cuando los visitantes de Tarik abandonaron la casa de éste, el sol había comenzado a ponerse aunque, a juzgar por el calor reinante, nadie lo diría. Aparte del bo-

chorno, en aquellos momentos los olores a basura fermentada y el más dulzón y penetrante del hachís se habían multiplicado, produciendo la sensación de que uno nunca podría evadirse de ellos por más esfuerzos que hiciese.

- Cuanto antes nos entrevistemos con Alí Moktar, mejor. Ya sabes que las pateras, o mejor dicho, las plazas disponibles tienen un gran pedido.

- Pues, por mí, ahora mejor que luego. ¿Sabes dónde le podremos encontrar?

- Claro. A estas horas casi siempre está en el puerto; en un cafetín desde el que dirige las distintas operaciones en que Tarik y otros socios andamos metidos.

Lo que en un alarde imaginativo pudiera denominarse “oficinas generales” de la organización, no pasaba de ser un tugurio miserable en el que, efectivamente, el lugarteniente del inválido reinaba haciendo gala de un benigno despotismo.

El chamizo estaba situado en la calle Es Siaghin, no muy lejos del Pequeño Zoco, una zona que concentraba todas las actividades rayanas con lo inmoral.

La entrevista fue brevísima; no duró más de diez minutos, al cabo de los cuales Mohammed estaba al cabo de la calle de lo que se esperaba de él y de lo que él podía aguardar de aquella clandestina agencia de viajes.

Dos noches más tarde mi padre debía encontrarse, preparado para hacerse a la mar, en una de las pequeñas calas situadas al sur de las Cuevas de Hércules, en las proximidades del cabo Espartel.

- Y ahora -observó Ben Yassine- te estarás rompiendo el cráneo preguntándote de qué forma te vas a arreglar para estar en el momento oportuno en el lugar exacto para embarcar en la patera y largarte con viento fresco. Pues no quieras saber lo que pensarías si conocieses el número de calas casi iguales que existen en el área. Tranquilízate. Pasado mañana, a mediodía, volveremos a ver a Alí Moktar. El mismo, que cuida personalmente de los más pequeños detalles, irá a dar la salida a la expedición. Viajará en un viejo Mercedes en el que dispone de sitio para ti. Si no hubieras estado tan abstraído contemplando el lujo de que se rodea Tarik El Nausim, te habrías enterado de todo. Así que ya sabes, dentro de día y medio, hacia las doce de la mañana, nos veremos en la “oficina” de Alí Moktar -así le agrada llamarla-. Hasta entonces, me voy.

Tengo varias cosas que hacer.

Mohammed se quedó solo en aquella ciudad grande y desconocida. Tendría que espabilarse y aprender a valerse por sus propios medios. Si las cosas salían como deseaba, en el plazo de tres días se encontraría muy lejos de allí, en una tierra extraña, utilizando un idioma que dominaba hasta cierto punto pero que no usaba con frecuencia. De todas maneras, su sueño estaba a punto de convertirse en realidad. Al menos, a partir de allí ya podía decirse que él había puesto de su parte cuanto había sido necesario. Si la suerte le volvía la espalda y se veía obligado a abandonar ... No, no quería pensar de aquella forma.

El tiempo, contrariamente a lo que suele suceder en casos como aquél, transcurrió velozmente y Mohammed se encontró una noche oscura sin luna ni estrellas, embarcado en una vieja patera pintada de negro para dificultar su localización, navegando hacia las costas de España.

Habían salido al mismo tiempo tres lanchones ocupados por un total de cuarenta y cinco viajeros entre los que se incluían seis miembros de la organización y dos chicos de corta edad.

Mi padre -dijo Hassan- me confesó a su vuelta que en el último minuto, después de liquidar sus cuentas con Tarik El Nausim, experimentó un ataque de remordimientos; dudó un momento de lo acertado y cuerdo del paso que estaba a punto de dar. Sin embargo, terminó por obedecer al impulso que le ordenaba desde hacía años abandonar familia y tierra lanzándose a una aventura cuyo final no había modo de conocer anticipadamente. Tendría que recorrer todo el camino y al llegar a término prescindir de reproches si los resultados conseguidos no se parecían a los deseados.

Aunque Mohammed tenía una gran semejanza con el autor de sus días, era lo bastante afortunado para no contar con similitud alguna en lo referente a las condiciones marineras otorgadas por la naturaleza. Lo agitado del mar, encrespado por el fuerte ventarrón y revuelto por el oleaje que causaba el frecuente cruce de todo tipo de barcos, cuyo tamaño sólo podían colegir por la altura a que brillaban sus luces de situación, no hizo mella alguna en el estado físico del viajero procedente de Tinerhir. A

pesar de que la mayoría de sus acompañantes devolvían al mar lo ingerido en tierra, él, como si la cosa le fuese ajena, permanecía tranquilo y dueño de sus actos.

Hubo un momento en que la situación adquirió tintes de gravedad; a las malas condiciones del Estrecho había venido a sumarse un violento chaparrón capaz, por sí solo, de llenar de agua la patera.

Los dos miembros de la tripulación -el encargado del motor y el del timón- tuvieron que pedir la colaboración de los viajeros. Debían cooperar en la tarea de “achicar”. La mayor parte de aquéllos se sentían demasiado asustados y enfermos para prestar una ayuda efectiva. Por el contrario, Mohammed, en perfectas condiciones y haciendo gala de un estado de ánimo envidiable, se dedicó a manejar con entusiasmo el recipiente metálico utilizado en las pequeñas embarcaciones para restituir al mar el agua que pone en peligro su flotabilidad.

Afortunadamente, la lluvia torrencial no duró mucho tiempo. Pronto cesó de llover y el viento cambió de dirección. A medida que se aproximaban a tierra la situación se hizo más soportable hasta que el bamboleo, tan molesto hasta entonces, se convirtió en algo imperceptible.

A punto casi de tocar la costa, de improviso, apareció la luna permitiendo ver cómo las nubes se esfumaban velozmente y multitud de estrellas comenzaban a tachonar el firmamento. Prácticamente, disponían de tanta luz como durante el día.

- Sólo nos falta que nos aguarde una compañía de la Guardia Civil -se lamentó el encargado del timón.

- ¿Qué habrá sido de las otras dos pateras? -respondió el otro tripulante-. Las he perdido de vista casi tan pronto como zarpamos.

Mohammed observó que pese a las palabras de los dos hombres de la organización, en el fondo no parecía existir una auténtica preocupación. Debían estar habituados a peripecias como aquélla.

No mucho más tarde, atracada la patera en una playa solitaria en la que no se percibía rastro de presencia humana, los recién llegados se dispersaron siguiendo las instrucciones apresuradamente comunicadas por quienes, cumpliendo lo prometido en

Tánger, les habían conducido a través del Estrecho.

A partir de allí, cada uno era responsable de sí mismo. Desaparecía la posibilidad de formular reclamaciones.

Hassan hizo un alto para tomar resuello y beber un vaso de agua que aquella tarde me acordé de ofrecerle.

Mi padre -prosiguió el narrador- recordó entonces las recomendaciones hechas por el suyo antes de emprender viaje en compañía de Ben Yassine. “Procura andar de noche y dormir de día” había sido una de las más repetidas.

“Sí”, se dijo Mohammed, “pero lo primero que tengo que hacer es saber con exactitud dónde me encuentro de verdad”. Lo que les habían explicado sus acompañantes era tan inconcreto y tan vago que le había hecho sospechar que ellos mismos no estaban muy seguros de su información.

Así pues, comenzó a caminar con la esperanza de dar con algún indicador de dirección que le pusiera sobre la pista. Conocía de sobra la situación de la comarca que buscaba, poseía algún dinero y llevaba comida y agua suficiente para hacer frente a sus necesidades más apremiantes. Por aquel lado no tenía por qué sentir temor alguno.

Como una hora más tarde, otra vez bajo la lluvia, ésta más benigna que la sufrida en el mar, se dio cuenta de que estaba a punto de atravesar perpendicularmente una carretera. Decidió no hacerlo, sino seguirla con la ilusión de no volver la espalda a su destino.

En el cerebro, como marcada a fuego, tenía archivada una copia exacta del mapa de su padre, muchas veces estudiado con la esperanza de que algún día llegara el momento de utilizar los conocimientos que en aquellos momentos adquiría.

Le comenzaba a parecer extraño que, a pesar de lo temprano de la hora, por la carretera que seguía no circulase nadie, ni vehículos ni personas, cuando, a lo lejos vio una luz roja oscilante suspendida en el aire.

Al acercarse, comprendió la inexistencia de tráfico rodado. “Carretera cortada”, decía un letrero. “Desvío a 300 mts”, pudo leer en otro indicador.

Mohammed, confiando en que el rodeo de aquellos pocos metros le permitiera

ahorrar más adelante algunos kilómetros, se dirigió hacia la bifurcación.

Mientras caminaba cayó en la cuenta de que hacía rato que no escuchaba, como cuando emprendió la caminata que esperaba le llevase en la buena dirección, el rumor de pasos de sus compañeros de travesía. ¿Habrían emprendido otro rumbo distinto?

“Ahora no es el momento de formularse interrogantes sin respuesta posible. Además”, se dijo, “tampoco tiene la menor importancia. Cuando buscamos un cambio de fortuna por el procedimiento que elegimos nosotros, sabemos a qué nos arriesgamos”.

Mohammed apretó el paso decidido a continuar colocando un pie tras otro mientras tuviese la energía suficiente para hacerlo.

No transcurrió mucho tiempo sin advertir lo que a lo lejos brillaba con un reflejo acerado en dos líneas paralelas tendidas a nivel del suelo. Cuando estuvo más cerca comprendió que lo que tanto le había intrigado en un primer momento se trataba simplemente, de una vía férrea.

Mohammed, sin pizca de originalidad, se dijo que aquel camino tenía que llevar a alguna parte. Un rato más tarde, hizo otro descubrimiento, éste coincidente con la aparición de las primeras luces del día.

Al volver un recodo se encontró con un edificio en bastante mal estado, en cuya fachada principal campeaba un letrero que indicaba el destino a que se dedicaba en tiempos mejores “Apeadero del Envesprir”, se veía a la cansada luz de una bombilla polvorienta.

Aunque sus propósitos no tenían nada de pecaminoso y su estancia en el lugar podría ser explicada con razones más o menos verosímiles, la falta de documentación y la entrada subrepticia en el país le impelían a actuar de manera temerosa. Por esta causa, dispuesto a salir de estampida a la primera señal de alarma, se acercó a lo que parecía una sala de espera, abierta a todos los vientos, desierta por completo y en penumbra. Una de las paredes estaba coronada por un reloj de aspecto vetusto, bajo el cual vislumbró algo como un cuadro horario. Más abajo aún, se adivinaba una ventanilla con la indicación de “Despacho de billetes”.

Reinaba un silencio total y no se veía un alma. Sin embargo, tampoco podía decirse que la construcción pareciese abandonada por completo y en desuso definitivo.

- Mi padre -dijo Hassan interrumpiendo su relato unos instantes- decidió investigar a fondo las posibilidades que ofrecía aquella instalación ferroviaria. Si tenía la fortuna de que por allí pasaran trenes en dirección este, pudiera ser que, tarde o temprano, uno de ellos le acercase a Barcelona y su comarca. Las pesquisas tenían que comenzar tan pronto como terminara de amanecer.

Entretanto, Mohammed tomó asiento en el banco de madera que daba frente a la ventanilla de los billetes. De nada serviría la impaciencia. Aguardaría lo que fuese preciso.

Bastante tiempo después, cuando el absoluto silencio y el aburrimiento mortal estaban a punto de hacerle conciliar el sueño, un murmullo que fue convirtiéndose en el inconfundible sonido producido por un convoy aproximándose a buena velocidad, le devolvió al mundo de la realidad.

Para entonces, el sol había hecho acto de presencia y su salida no sólo venía a alumbrar un mundo de sombras sino a despejar sus dudas sobre el lugar exacto hacia donde había de dirigirse para llegar a Barcelona.

Mohammed estaba de suerte pues el convoy que se acercaba ahora con lentitud, procedía del oeste y se dirigía hacia el este. Tan pronto como estuvo convencido de ello, diciéndose que lo mejor que podía hacer en aquellos momentos era pasar desapercibido, retrocedió unos pasos y se ocultó bajo un espeso macizo de arbustos que, prácticamente, crecía junto a la puerta de la pequeña estación.

Desde allí pudo hacerse cargo de que se trataba de un tren de mercancías compuesto por buen número de unidades entre las que observó varios vagones abiertos, atiborrados de pacas de paja. Junto a éstos no faltaban otros cerrados y precintados que le hicieron suponer que transportaban un cargamento de valor.

Cuando, aproximadamente, la mitad de los vagones hubo pasado ante su observatorio, la máquina emitió dos o tres estridentes pitidos y, con un ruido estremecedor producido por los parachoques al golpearse entre sí, aquel medio de transporte que la

providencia ponía a su alcance se detuvo.

Mohammed hizo un esfuerzo que le permitió resistir la tentación de salir de su escondite a la carrera para ir a ocultarse entre las balas de forraje. Especialmente, cuando casi al alcance de su mano, a la luz de los primeros rayos del sol que nacía, pudo ver una palabra escrita con tiza sobre la chapa del vagón. Sólo eran tres sílabas pero significaban una enormidad de cosas para el marroquí ansioso de seguridades. Decía, con grandes letras mayúsculas, MATARÓ.

El vocablo estaba repetido en diez unidades, tres de ellas sin techo, y parecía haber sido anotado recientemente pues aún no había comenzado a desdibujarse.

“Mataró”, se dijo complacido el hijo de Tinerhir, “es una ciudad muy cercana a Barcelona. Está situada al norte de la capital catalana”.

En aquel momento, con un tren como el que tenía ante sus ojos y a su alcance, mi padre -recordó Hassan- experimentaba el temor de que, de pronto, despertaría para encontrarse en el oscilante camión en el que había viajado con el traficante de ovejas, hachís y hombres.

Por esa razón y sólo por ella decidió aguardar al último momento, cuando el convoy reanudara la marcha, para cruzar la corta distancia que le separaba de uno de los vagones descubiertos y señalado con las tres sílabas de la buena suerte. Las que a sus ojos producían igual efecto tranquilizador que la visión de su hogar o el rostro de su madre.

Pronto comprobó cuán acertada había sido su decisión de tomar las cosas con calma pues instantes más tarde se abrió la puerta corredera de una de las unidades y descendieron al andén cuatro hombres armados con amenazadores mazos de hierro que, a buen paso, recorrieron todo el convoy golpeando las ruedas de los vagones.

Entretanto, el maquinista y su ayudante llenaron el depósito de agua de la caldera utilizando la gran manguera dispuesta a muy corta distancia del escondite de Mohammed.

No transcurrió mucho tiempo sin que, tras repetidos bufidos de la máquina y nuevos pitidos del silbato, los cuatro hombres que realizaron la incomprensible tarea

de los martillazos fueran a encerrarse en su vagón. Antes, dos de ellos pasaron a menos de medio metro del furtivo, el cual pudo escuchar un retazo de su conversación:

- No vuelvas a dejar que te zampen el tres -dijo uno de ellos de evidente mal humor.

- Y tú -respondió el otro- si quieres que no perdamos hasta la camisa, no me lées con las señas. Los naipes no se pueden tomar a broma.

Para el marroquí, que tenía muchas cosas en qué pensar, aquellas palabras constituían un verdadero misterio. Ignoraba, por el momento al menos, cuál podía ser la relación entre el número tres que, por supuesto no era comestible, una camisa y las señas.

Pero lo dejaría para mejor ocasión. Trataría de desvelar aquellos enigmas otro día pues, en aquel preciso momento, la interminable fila de vagones se puso en movimiento entre los estertores de la máquina y el estrépito de los topes.

Como, con una última mirada a los alrededores, uno de los empleados del ferrocarril había cerrado la puerta donde pronto se reanudaría la partida de cartas y era muy difícil que algún observador casual pudiese ver lo que se proponía hacer, Mohammed salió corriendo de su escondrijo, se agarró a lo primero que pudo y, a fuerza de puños, se izó a bordo de uno de los vagones descubiertos, uno cualquiera, sí, pero de los señalados con la leyenda Mataró.

Tan pronto como se encontró arriba se aplastó contra la acogedora paja y dejó transcurrir unos minutos sin moverse. Los suficientes para que los desbocados latidos de su corazón adquiriesen un ritmo normal.

Luego, cuando el convoy corría a toda velocidad atravesando una llanura desprovista de viviendas, arrojó al talud cuatro balas. Después, con toda calma y aprovechando el hueco dejado por los fardos, se construyó un refugio cubierto con el abundante material suministrado por la paja.

En aquel agujero Mohammed pasó seis días durante los cuales, aparte de rogar a Alá no ser descubierto en una de las inspecciones rutinarias y de preguntarse cómo podría reponer los alimentos que comenzaban a escasear, no tenía otra cosa que hacer

que dormir. Por las noches, cuando el tren realizaba una de las inacabables paradas en estaciones y apeaderos tan aparentemente abandonados como aquel en que tomó el primer contacto con el largo convoy, aprovechaba para lavotearse de mala manera y, sobre todo, para llenar de agua fresca la gran cantimplora que se había convertido en una impagable herramienta auxiliar en su carrera hacia el Maresme.

Sólo en una ocasión había estado a punto de ser sorprendido en su cómodo abrigo. Fue la tarde en que comenzaron a escucharse sordos truenos. La tormenta estaba lejos pero el tren corría en derechura hacia ella. Muy pronto, al rumor que apagaba el ruido de la máquina y de las ruedas metálicas sobre los raíles se unieron los fogonazos de los relámpagos. Había comenzado a oscurecer y, al poco tiempo, cayeron las primeras gotas de una lluvia que amenazaba convertirse en diluvio. Pero antes, Mohammed tuvo la oportunidad de comprobar cómo dos hombres que parecían surgir de la nada, extendían sobre la carga una gruesa lona. Uno de los ferroviarios estuvo a punto de introducir un pie en el escondite del marroquí, pero todo quedó en un buen susto.

A partir de aquel momento, y hasta la llegada a las cercanías de Mataró, el viaje se distinguió sólo por la absoluta falta de problemas e incidentes. Fue una excursión rutinaria.

Y cuando la última noche que, aún lo ignoraba, iba a pasar en su confortable refugio de paja y tela, pudo ver al cruzar un paso a nivel el cartel que indicaba “a Mataró quince Km.”, anheló fervientemente que lo que hubiera de venir, lo que el destino le reservase para el futuro, no fuese peor que lo vivido hasta el momento.

El mismo deseo formuló en su interior cuando, poco más tarde, aprovechando el instante en que, con un estrépito infernal, los vagones entraron en agujas y la velocidad se hizo sensiblemente más lenta, él abandonó el medio de transporte que tan excelente servicio le había prestado.

Una vez sobre las dos piernas, caminando con el paso incierto que la larga y forzada inmovilidad le obligaba a adoptar, vio cómo, entre jadeos y pitidos, el tren se perdía a lo lejos.

“Ahora” se dijo Mohammed, “lo que más me urge es reponer la despensa. Esta noche tengo que conformarme con migajas, aunque mañana me daré un banquete. Celebraré haber llegado tan lejos”.

“Como sería estúpido que, tan cerca de mi destino final me fuesen a deportar” continuó reflexionando “he de encontrar un lugar a cubierto de miradas indiscretas para echar un sueñecito”.

Aquel debía ser su día de suerte pues, no lejos de allí, mi padre -siguió relatando Hassan- encontró un destartalado establo en el que todavía reinaba el inconfundible olor a ganado vacuno. Allí, preparándose un comfortable lecho de fragante heno, el aspirante a floricultor hizo planes y se quedó apaciblemente dormido sin haber pasado de los más inmediatos.

La jornada siguiente comenzó bruscamente cuando alguien, de muy malos modos, le propinó una patada donde la espalda pierde su casto nombre. El fuerte golpe fue acompañado por ciertas palabras incomprensibles pronunciadas con un fuerte acento. Sin embargo, si el significado de los vocablos resultaba oscuro, la cox sólo podía ser interpretada de una manera: “levántate de ahí y lárgate”, quería decir.

Así que Mohammed satisfecho en el fondo porque su primer contacto con la realidad no tuviese mayor trascendencia, se levantó a toda prisa y abandonó el establo.

A corta distancia de la vía férrea nacía una senda que desembocaba en una carretera en bastante mal estado que, a su vez, confluía en otra en perfectas condiciones. Siguiendo esta última, el recién llegado fue a parar a un pueblo importante, a juzgar por su tamaño.

Caminando por aquellas calles se dio cuenta de que su presencia no parecía despertar la curiosidad de nadie. Pronto comprendió la razón de la extraña indiferencia hacia su aspecto y apariencia. Al volver la primera esquina se encontró en una amplia plazoleta y en ella, frente a frente, con un grupo de ocho o diez africanos como él mismo.

Todos tenían en común el oscuro color de piel y lo ensortijado del crespo cabello negro. Además, se dedicaban a idéntica ocupación: la venta de pulseras, collares,

pendientes y cinturones de cobre, latón y cuero.

Sus puestos de exhibición tenían la ventaja de ocupar poco espacio y podían ser instalados y recogidos en pocos minutos. Un soporte de madera con patas cruzadas en equis bajo una bandeja dividida en varios compartimentos era todo lo que precisaban para abrir el negocio.

Aparentemente, el grupo de vendedores contaba con la simpatía de las fuerzas de orden público pues aunque Mohammed tuvo la oportunidad de comprobar como una pareja de guardias urbanos hacía su ronda por la plaza en la que se celebraba el mercadillo, no pudo ver ninguna muestra de hostilidad.

Según le confirmaron los propios interesados, en aquella parte del país el problema no residía, por el momento al menos, en la posesión o carencia de documentos y permisos. Las dificultades comenzaban cuando los extranjeros, especialmente los de piel oscura, trataban de conseguir un contrato de trabajo equitativo o el alquiler de un piso. Allí, de igual modo que en otros países, lo habitual era confesarse no racista y actuar como redomados e hipócritas seleccionadores de personal. Sin embargo, si quien se comportase de esta manera fuese recriminado, seguramente negaría toda concomitancia con el racismo.

Mohammed sabía a qué atenerse pues su padre había sufrido en propia carne incontables y amargas experiencias, pero jamás supuso por las que él mismo tendría que pasar. De momento, aquellos vendedores ambulantes le suministraron abundante información entre la que sobresalían dos datos valiosos: uno cuya comprobación podía esperar y otro que no admitía demora. El primero se refería a la localización exacta de los campos de cultivo de flores -en especial de las clavellinas-; el segundo qué vendedor de artículos comestibles le robaría menos descaradamente cuando adquiriese los que necesitara.

El marroquí, satisfecho al encontrarse entre iguales, camaradas de infortunio, se dijo que quizás su caso fuese distinto al de los demás, la excepción que no haría sino confirmar la regla. Además, él partía con cierta ventaja pues no sólo poseía un conocimiento más que aceptable del español -si bien en la zona se hablaba el catalán más

que el castellano- sino también dominaba a la perfección las distintas fases y pasos de la floricultura. ¿Cuántos de aquéllos que emigraban empujados por la necesidad más acuciante estaban en sus mismas condiciones?

Siguiendo las informaciones de un tangerino locuaz y bien informado, el de Tinerhir adquirió, en un tenderete cercano, todo lo que creyó necesario para atender las, cada vez más insistentes reclamaciones de un estómago vacío.

Luego de ofrecer algo a cada uno de los presentes -que por cierto no fue aceptado más que por alguien que afirmó haber llegado de Nador-, Mohammed procedió metódicamente a desquitarse del ayuno forzoso a que se había visto sometido. Cuando atiborrado, incapaz de ingerir un solo bocado más, echó un vistazo retrospectivo a los últimos días comprendió lo diferente que puede llegar a ser el estado mental de una misma persona si cavila con el buche repleto o desocupado.

El optimismo que le invadió al ingerir las vituallas de que tan necesitado estaba le animó a trasladarse al próximo pueblo, del que le separaban únicamente cinco kilómetros. Allí, según los datos facilitados por el vecino de Nador, existían varias haciendas dedicadas exclusivamente al laboreo de las flores. Lo más probable era que alguna de ellas se ocupara de las clavellinas. El procedimiento más cómodo, barato y rápido para trasladarse a aquella zona lo encontraría a su disposición en la estación del ferrocarril junto a la que había abandonado el tren. A ella se desplazaban frecuentemente camiones dedicados a transportar flores a los mercados de Barcelona. “No tienes más que decir a uno de los conductores que deseas trabajar en lo de las flores y te llevará sin hacerte preguntas. Lo que ya no resulta tan sencillo es conseguir un buen jornal y, menos aún, alojamiento decente”, concluyó con una sonrisa torcida.

Todo salió como aseguraba el enterado informante. El viaje, a bordo de una camioneta vacía y aún fragante por el aroma de las flores fue rápido y breve. En cuanto a emolumentos y albergue, Mohammed hubo de admitir, tan pronto como se encontró ante el encargado y escuchó sus primeras palabras que el banco humano de datos que le había puesto al corriente estaba al día: el salario resultaba de auténtica miseria y el alojamiento consistía en varios barracones con tres pisos de literas en las que se

dormía por turno, de modo que el que se acostaba aún encontraba la colchoneta y las malolientes mantas tibias por el calor que les había prestado el ocupante anterior.

Las letrinas, zanjas hediondas, casi a las puertas de las barracas-dormitorio, no recibían más atenciones sanitarias que las ocasionales paletadas de tierra mezclada con cal viva que los usuarios arrojaban encima cuando ya no podían resistir el olor y las nubes de moscas.

Pese a todo, a las duras condiciones de vida y a la práctica imposibilidad de escapar de aquel infernal círculo de trabajo agotador, escaso descanso, exiguos ingresos y carísimos precios de los artículos de todas clases que estaban obligados a adquirir en los almacenes de la empresa, Mohammed confiaba en un repentino cambio de suerte. “Cuando se den cuenta de que valgo para bastante más de lo que al principio tendré que hacer, me encomendarán otra tarea mejor pagada y, sobre todo, dejarán de mirarme y tratarme como un insecto al que ni siquiera se logra ver por muchos esfuerzos que se realicen”.

El individuo hacia el que fue encaminado Mohammed por el conductor del camión era, sin duda, un hombre admirable. Una vez repuesto del asombro que le había causado encontrarse ante aquella auténtica montaña de grasa, el marroquí prestó atención al sermón que, con voz tan pronto grave como aguda, pretendía introducir en su dura mollera.

Tenía que tratarse de un ser dotado de condiciones especialísimas que le permitían, basándose en una primera impresión tras una sumaria ojeada, juzgar la inteligencia, disposición para el trabajo y honradez de quienes iban a parar a su presencia.

- Serás como todos los morenitos -tronó con timbre de bajo cantante que casi de inmediato pasó al tono agudo de tiple cómica-. Sí, tienes la misma pinta que todos tus hermanos de raza: sucio, vago y, en cuanto te creas a salvo de vigilancia, ladrón. Sí, como todos. pero escúchame bien, si entiendes lo que estoy diciendo ...

- Le comprendo perfectamente, pero ...

- Habla sólo cuando te lo ordene. De todas formas, tienes permiso para considerarte un fenómeno, algo así como un mono que habla y se cree autorizado a poner re-

paros. Veremos cómo te desenvuelves con las tareas que te encargue. Apostaría triple contra sencillo a que en cuanto empieces a trabajar lamentarás haber caído aquí y estarás todo el santo día pensando cuánto mejor hubieses hecho quedándote en tu tierra. Y a propósito, ¿qué hacías allá donde fuese?

- Cuidaba ovejas y cabras -respondió Mohammed con un inesperado tono de orgullo que a él mismo sorprendió.

El obeso capataz soltó una estentórea carcajada y palmoteándose ruidosamente los rollizos muslos completó la, para él, satisfactoria entrevista con unas palabras que repitió saboreándolas como si se tratara de una letanía.

- Ovejas y cabras, ovejas y cabras ... y ahora flores. Es una buena mezcolanza. Y dime, ¿sabes algo de flores?

- De flores sé bastante. En realidad, de clavellinas, sé todo lo que hay que saber.

- ¡Qué carajo vas a saber! ¿No decías que andabas entre cabras y ovejas?

- Las dos cosas son ciertas. Cuidaba el rebaño pero estudié una pila de libros y en ellos aprendí un montón de cosas.

- Eso es otra cosa. Tenías que haber empezado por ahí -afirmó el encargado con un brillo malicioso en los ojos que no auguraban nada bueno para su interlocutor.- Está bien -añadió.- En vista de tus especiales características y de tu preparación vas a ocuparte de algo que irá de perlas con tus merecimientos. Pero antes, dime si estás conforme con las condiciones que te he dicho.

- Sí -respondió escuetamente Mohammed, añadiendo para su sayo, “¡qué remedio!”.

- De acuerdo; acompáñame, entonces.

Con aquellas palabras el gordo cómitre se encaminó balanceándose como una ridícula oca hacia las naves próximas a los barracones, uno de los cuales sería su domicilio durante el tiempo que permaneciera en la plantación.

El edificio en que entraron, de planta baja, con techo y paredes de chapa ondulada, de cinc, parecía una sauna en la que un genio maléfico se hubiera complacido en concentrar los más mefíticos efluvios de las más hediondas charcas de la tierra. Aun-

que en todo el local reinaba el insoportable olor, éste parecía provenir del centro ocupado por varios montones piramidales de distintos colores de algo con aspecto arenoso.

- Es una pena -dijo el capataz, deteniéndose ante una ventana con los cristales cubiertos por dos dedos de polvo- el administrador tiene prohibido abrirlas. Dice que los abonos químicos son demasiado valiosos para dejar que se los lleve la corriente que se formaría. Claro que tú ya estás acostumbrado a los malos olores y no te importará mucho soportarlos mientras trabajas aquí dentro. Tendrás que mezclar abonos en la proporción que se te diga, y no en la que hayas leído en alguno de tus libros. Para hacer la amalgama, usarás aquellas medidas, las colocadas en el rincón. Por lo que respecta al calor, no me dirás que te preocupa, eh; mucho más habrás soportado en África, ¿no?

Mohammed llevaba un rato, exactamente desde que había entrado en la nave, que se sentía fatal. No sabía si era el calor, el olor o el exceso de comida después de varios días de escasez de alimentos, pero la cabeza le daba vueltas, experimentaba unos irrefrenables deseos de vomitar. Sin embargo, no estaba dispuesto a consentir que aquel animal grasiento con aspecto de eunuco se riese de él y le llamara blandengue. Así que, haciendo un esfuerzo decidió resistir hasta el final, dijo a todo que sí mientras rogaba a Alá que la prueba terminara.

Por fin, aquel sádico decidió que la tortura había dado de sí todo lo que era de esperar y le puso término después de acompañarle a ver el barracón y la litera en que podría acostarse tan pronto como se levantara el individuo que en aquel momento roncaba a pierna suelta con un reguero de saliva deslizándose con lentitud sotabarba abajo.

- A éste -dijo sin molestarse en bajar la voz- ya se le despertará cuando proceda. A propósito -agregó sin que viniese a cuento- me llamo Perfecció; y si sonrías te mato -. aquello si venía a cuento.

A punto de irse dejando a Mohammed sin saber qué hacer, se detuvo y comentó:

- A ti también te darán aviso cuando llegue la hora de que le levantes. Hasta entonces eres libre de hacer lo que te dé la gana. Mañana será otro día. Ya te enseñaremos dónde está el economato. Para ir al comedor no tienes más que seguir a los que van hacia allí; además está señalizado, quiero decir que tiene un letrero.

El marroquí salió del barracón pero, no deseando comenzar con mal pie en su jornada de trabajo, se quedó sentado en el suelo a la puerta por la que forzosamente, tendría que salir “cuando procediera” su coinquilino de litera. No tenía sueño, pero se dijo que cuanto antes iniciara

alambre sujetos unos a otros para disminuir el riesgo de vuelcos y batacazos colectivos.

En vista de que el problema parecía carecer de solución, el novato tomó la decisión de utilizar el catre más cercano. Si su determinación acarrearba consecuencias desagradables, les haría frente en el momento oportuno, “cuando procediese”, como diría el gordo Perfecció.

Así que, haciendo caso omiso a la inoportuna sensación de asco que despertaba en él el calorcillo aún presente en la manta con que se cubrió, el marroquí suspiró profundamente y, pese a que de manera consciente no tenía la sensación de experimentar sueño, se quedó dormido en cuestión de segundos.

Volvió al mundo de la realidad de modo brusco. En un instante pasó de la nada, del silencio absoluto a la vorágine y a la batahola que parecía ser el común denominador iniciado por la entrada en funcionamiento de la despiadada sirena.

Si la primera vez que había sido testigo de la actuación de tan refinado instrumento de tortura, lo odió con toda su alma, en aquel momento, la segunda, tuvo la absoluta certeza de que su vida ya no sería la misma; debería admitir que su existencia quedaba dividida en dos grandes períodos: uno desde su nacimiento, allá tan lejos en Tinerhir, hasta el instante antes de verse obligado a escuchar el pitido torturante. La otra etapa, desde que sus oídos captaron el tormento sonoro, en adelante.

De todos modos, no tenía tiempo que perder dedicándose a lamentaciones que a nada conducían. Así que, a grandes zancadas recorrió la corta distancia que le separaba de la nave visitada con el capataz. Una vez allí, vio con sorpresa que no era el único condenado a echar los bofes en la antesala del infierno dedicada a la mezcla de abonos. Otros dos desgraciados, por su aspecto africanos como él mismo, le acompañarían en la ingrata tarea.

Pocos minutos después de su precipitada llegada, se produjo la del mismísimo Perfecció el cual, sin perder tiempo en amenidades, señaló a Mohammed la forma en que debería realizar su labor, dónde, con qué utensilios y cómo tendría que hacer las mezclas y las proporciones de éstas.

- Tus compañeros de trabajo están al cabo de la calle de lo que hay que hacer, así que si no te ha quedado claro lo que acabo de decirte, pregúntales a ellos. Dentro de una hora pasará el primer camión a recoger el fruto de vuestro esfuerzo. Así que venga. Manos a la obra.

Con estas palabras, el gordinflón se fue bamboleándose con sus andares de pato mareado.

El nuevo empleado de la granja de flores imitó a sus compañeros, se desnudó de cintura para arriba e inició su primer día de trabajo.

La labor no tenía nada de particular en cuanto se refería al esfuerzo físico; el nivel de atención requerido tampoco resultaba nada especial; con el cerebro puesto a medias en lo que se hacía, Mohammed podía pensar perfectamente en cosas más agradables que lo que se le había encomendado.

Sin embargo, el sofocante calor que reinaba en el lugar, la continua presencia del polvillo en suspensión y la mezcolanza de olores que, quizás por separado no tuviesen nada especialmente fastidioso que reprocharse, en conjunto resultaba intolerable y constituía una combinación apenas concebible. La única forma de aproximarse a la ingrata realidad era pasar por ella. Y así y todo podía suceder que, como el propio Mohammed, se llegase a dudar de la verdad.

Los desdichados inquilinos de aquel averno se habían cubierto boca y narices con pañuelos que, aunque no en su totalidad, impedían en parte el paso de la polvareda. En cuanto a los ojos, de momento -se dijo el antiguo pastor- no se puede hacer nada pero, tan pronto como tenga ocasión trataré de comprar unas gafas de motorista o de piscina. Eso o resignarme a una rápida pérdida de visión.

Pronto, tal como había pronosticado Perfecció, apareció un individuo que, a gritos, informó de la llegada del camión. Había que darse prisa y cargar en él los sacos a los que había ido a parar la mayor parte del abono logrado en gracia a la frenética labor de Mohammed y sus compañeros.

Utilizando carretillas de mano las bolsas, hechas de papel fuerte como el utilizado para la fabricación de las que contienen cemento, fueron llevadas al vehículo jun-

to al que aguardaba el capataz.

- Vamos, no os quedéis ahí como pasmarotes -ordenó con dos o tres cambios de tono en la voz-. Cargad el camión. De prisa.

Cuando todos los sacos estuvieron a bordo y Mohammed, siguiendo a sus colegas, se disponía a penetrar de nuevo en la nave de las mezclas, una orden de Perfecció le detuvo en seco:

- ¿A dónde vas tú? ¿Quién te mandó irte?

- Creí que tenía que volver a las mezclas de abono ...

- Claro que tienes que volver, pero no antes que yo te lo ordene. Se ve que tienes prisa por continuar con este trabajo. ¿Te gusta tanto que no puedes resistir las ganas de verte otra vez entre los aromas y el polvo? A ver, dime, ¿te agrada tu trabajo?

- ¿Me pregunta para que le diga la verdad o para que le engañe?

- No me salgas con memeces. Quiero la verdad.

- Pues lo cierto es que me ha puesto usted una tarea auténticamente asquerosa. Sin embargo, si lo ha hecho para castigarme por haberle afirmado que entiendo de flores, no puedo negar que he dicho la verdad.

- Alto, no sigas -decretó el gordo mandón tan excitado que sus cambios de registro vocal experimentaron un verdadero paroxismo que dio la impresión de que se ahogaría de un momento a otro-. Acompáñame. Ahora vamos a ver cuánto sabes de floricultura.

La ridícula figura que apretaba el paso a su lado debería provocar las burlas de cuantos se cruzaban en su camino, pero nadie tuvo la osadía de permitirse la más leve sonrisa.

Tras unos minutos de apresurada marcha, Perfecció y su desconcertado acompañante salieron a lo que constituía el sector principal de la hacienda, aquel dedicado al cultivo de las flores.

Se trataba de una zona absolutamente llana, un amplio valle cruzado por numerosos senderos enarenados que se perdían de vista en dirección a las colinas difuminadas en la lejanía.

Perfecció no logró dominar su impaciencia durante mucho tiempo pues, tan pronto como alcanzaron los primeros bancales desde los que se podían contemplar cultivos de clavellinas en distintas fases, unos recién plantados y otros en avanzado estado, a punto de ser cosechados, se detuvo tan repentinamente y sin previo aviso que Mohammed estuvo a punto de tropezar con él.

- Vamos a ver, tío listo. ¿Cuánto tiempo hace que se plantó eso? ¿Tú qué dirías? -interrogó aquel montón de grasa.

Mohammed reflexionó unos instantes y diciéndose que ojalá hubiese tenido la oportunidad de estudiar plantaciones reales en vez de fotos y dibujos en sus libros, respondió:

- Es muy difícil sin conocer la calidad del terreno y las condiciones del clima durante los últimos días, incluso semanas. Pero me arriesgaré -. El marroquí se encomendó a Alá el compasivo y mencionó una cifra.

El capataz se le quedó mirando fijamente y luego, sin hacer comentario alguno, caminó varias decenas de metros, hizo alto de nuevo y volvió a preguntar señalando con el índice:

- ¿Crees que esas plantas están a punto para ser cortadas?

- No -respondió con seguridad en la voz.

Otra vez se puso en marcha el implacable examinador y, cuando dejó de avanzar, en esta ocasión a unos cien metros del lugar en que se había inmovilizado la segunda vez, inquirió con tono truculento.

- ¿Y qué me dices de esas otras? ¿Precisan poca o mucha agua? ¿Y cuándo deben ser regadas, al amanecer o al atardecer?

El marroquí se encontraba acorralado. Carecía de toda experiencia en aquel ámbito.

- Ya le he dicho que todo lo que sé lo aprendí en los libros y no he tenido ocasión de llevarlo a la práctica. Pero, si me permite acercarme un poco y tocar la tierra, trataré de responderle.

- Adelante -se limitó a decir Perfecció.

El párvulo, así se sentía en aquel momento el interrogado, se arrodilló en el suelo y cogió con una mano un puñado de tierra, la apretó entre los dedos de la otra, la olfateó unos segundos y después de devolverla a su sitio, opinó:

- Creo que hoy no necesitan ni poca ni mucha agua. En cuanto a su segunda pregunta, me parece que cuando se vaya a regar -mañana o pasado- debería hacerse al atardecer.

- ¿Por qué? -quiso saber el insaciable curioso.

- Porque por la mañana necesitarán menos agua ya que, si aquí también se produce el rocío, estarán más húmedas que por la tarde.

- No está mal -se humanizó un tanto el gordo-. Bueno, por hoy ya está bien. Vámonos. Te enseñaré lo que te falta por ver.

La desigual pareja, uno alto y delgado y el otro bajo y aparentemente hecho con una colección de círculos, abandonó lentamente los bancales acompañados de las miradas curiosas de los numerosos operarios que habían asistido de lejos a su llegada, actuación y marcha.

Aquella expedición tuvo insospechadas consecuencias para el marroquí pues al llegar al área administrativa de la hacienda, Perfecció le ordenó:

- Ven conmigo a la oficina -dijo señalando la construcción en que había sido recibido a su llegada-. Pasa -añadió-. Aquí no nos comemos a nadie. Es verdad que las condiciones de vida son duras pero qué quieres. Este mundo es así y si nos hacemos de miel nos comen las moscas. De todas maneras, al que trabaja, se deja de pendejadas y no se mete en follones, se le trata de forma especial. Tú pareces un tío serio que sabe de qué habla. Quizás me haya pasado antes y, como no me duelen prendas, lo reconozco. Se ve que estás enterado y además discurre bien. Vamos, por lo menos de momento, a dejar lo de la “mezcla” para los recalcitrantes, de los que aquí siempre hay abundantes existencias.

El orondo Perfecció soltó la larga andanada casi sin tomar aliento y sin prescindir de los desconcertantes cambios de inflexión tonal a los que Mohammed comenzaba a habituarse y que tanto le habían sorprendido en un principio.

- Y ahora, para demostrarte que me caes estupendamente, vamos a llegar a un acuerdo entre nosotros -siempre que prometas que la cosa no va a ser del dominio público- ...

Aquí el gordo administrativo hizo una pausa y miró a su empleado como exigiendo la más solemne conformidad.

- Lo prometo -intercaló aquél apresuradamente aún sin saber exactamente a qué estaba obligándose.

- Bien -reanudó su discurso- pues ahora vamos a ir a conocer el Economato, pero no te alarmes. Sólo se trata de una formalidad. No vas a estar forzado a comprar allí lo que necesites, como todos los demás. Cuando quieras algo, me acompañarás al pueblo en alguna de las salidas que hago con frecuencia y ya está. En cuanto a tu tarea, teniendo en cuenta lo que sabes, sería una pena para nuestra organización, y desde luego para ti, que perdieras el tiempo y la salud en aquella mierda de sala de mezclas. Eso quedará para los recalcitrantes -agregó, utilizando con fruición aquella palabra que le parecía encerraba una elevada dosis de encanto-, para esa gentuza de color que viene a robarnos cuanto puede. Perdona -añadió apresuradamente al ver que su interlocutor, inmóvil ante la mesa tras la que se ocultaba la voluminosa mole, involuntariamente cambiaba alternativamente el peso del cuerpo de un pie a otro-. Bueno, ¿qué te parece?

- Me parece muy bien, pero aún no me ha dicho en qué va a consistir mi labor.

- Ah, eso. Enseguida estarás al cabo de la calle. De momento, empezando mañana, vas a andar por la plantación viendo cómo hacemos las cosas, enterándote de todos los detalles, los procedimientos, etc. Luego, más adelante, cuando te pongas al día y adquieras un poco de práctica, ya hablaremos. Hay algo, sin embargo, que quiero proponerte ahora. Este mundo funciona a base de información. Quien dispone de más y mejor información, gobierna, tiene el poder. Como vas a andar todo el día de acá para allá, vas a tener la oportunidad de oír y ver cuanto se dice en la hacienda. Si aceptas ser mis ojos y mis oídos, no sólo mejoraremos tus emolumentos y condiciones generales, sino que, con el tiempo, y siempre que nos demuestres tu fidelidad, podremos

echarte una mano en la consecución de un permiso de trabajo, primero temporal y luego definitivo para quedarte en España. ¿Qué dices a eso?

- Pues que se lo agradezco de verdad, pero no puedo aceptar. Eso no va conmigo. Créame que siento no poder aceptar su ofrecimiento ...

- Yo lo siento más, no por ti, sino por mí aunque, en realidad, nuestra asociación sería rentable para los dos. De todas maneras, no creas que tu negativa va a conducirte otra vez a la sala de mezclas. Reconozco que, a la larga, vas a resultar más beneficioso haciendo otra cosa ... Aunque no me agrada mucho, he de admitir que tienes cojones y decencia; dos cosas difíciles de encontrar en estos tiempos y sobre todo en un sitio como éste. Anda, vamos a ver el Economato. Ya continuaremos hablando en otro momento.

Muy cerca de la oficina, en un barracón gemelo, estaba instalado el comercio en el que los obreros residentes podían adquirir la mayoría de los productos de primera necesidad, aunque no de muy buena calidad, lo que no constituía óbice para que les fuesen aplicados precios excesivamente elevados.

Naturalmente, la tienda funcionaba por gentil concesión de la empresa a la que, en realidad, pertenecía en su totalidad.

En el interior, que no tenía nada de particular, reinaba una semipenumbra muy agradable viniendo de un exterior cuya claridad hacía entrecerrar los párpados. Aquella tenue iluminación tenía la ventaja, para la empresa, naturalmente, de que los eventuales compradores no disponían de la oportunidad de estudiar detenidamente cómo era realmente el objeto de sus compra.

Siempre quedaba el recurso de intentar una reclamación o devolución si, al observar lo adquirido en lugar más iluminado, se llegaba al convencimiento de que aquello no era lo que se deseaba. Pero ninguna queja había dado resultado; nunca. Las negativas a atender las protestas de los empleados descontentos se basaban en un gran cartel que avisaba, sin faltar a la verdad, de que no se admitían devoluciones. Curiosamente, la advertencia se hallaba situada en el rincón más oscuro de la nave y estaba redactada en un tipo de letra diminuto.

Por otra parte, como la mayoría de los operarios de la hacienda eran emigrantes analfabetos o ignoraban el idioma, la Dirección podía haberse ahorrado la pérdida de tiempo representada por la confección y colocación del dichoso letrero.

Allí dentro, sin ninguna pretensión de llevarse el primer premio en un certamen de escaparates, mostradores o exhibidores, todo estaba desperdigado siguiendo un orden presidido por el desorden. El único sector donde imperaba cierta lógica era en el dedicado a la alimentación. Es decir, las latas de fabada no estaban mezcladas con el calzado, ni los melocotones con las camisas. Únicamente, podía observarse cierta promiscuidad en el revoltillo de conservas de bonito en escabeche con frascos de garbanzos precocinados.

Mohammed pasó sin prestar excesiva atención por entre todo aquel horror. Perfecció le había asegurado que cuando precisara adquirir alguna cosa podría hacerlo en el pueblo. El recuerdo de aquellas palabras lograba que los artículos que desfilaban ante sus ojos perdieran parte de su aspecto miserable.

De todas formas, cuando los visitantes de aquella cueva de Alí-Babá la abandonaron, el marroquí experimentó una sensación de alivio cuyo origen no podía explicarse.

- Ahora vamos a ver el comedor y los sanitarios -decretó el capataz con una inequívoca nota de orgullo en la tornadiza voz.

Aquella orden privaba a Mohammed de la posibilidad de investigar el origen de la causa del malestar que había sentido en el Economato.

El destino de la pareja se encontraba bastante cerca. Se trataba de dos naves que se daban frente. La primera, el comedor, era una espartana estancia en la que el único mobiliario consistía en una larguísima mesa corrida de extremo a extremo con bancos a ambos lados. No se veía nada más.

-Ahora, esto no es nada. Espera a que esté lleno y verás lo que es bueno. Platos y cubiertos se traen de las cocinas en carritos. Lo mismo que el pan y las perolas con la comida. Por cierto, ¿tienes buen diente?

El gordo no esperó la respuesta y encadenó innecesariamente:

- Yo sí. Confieso que como demasiado. Cuando pienso en la posibilidad de un infierno, me lo imagino como un lugar en que no es necesario comer. Ahora vamos a ver los sanitarios -dijo pasando de un asunto a otro casi sin transición, de nuevo con acento de orgullo.

El antiguo pastor de ovejas y cabras volvió otra vez a preguntarse el porqué de tanto interés en mostrarle lo que su cicerone denominaba los sanitarios. “A saber de qué se tratará”.

En dos pasos estuvieron en otra nave de igual tamaño que la que acababan de abandonar. En ésta, dividida en dos partes, se encontraban los retretes propiamente

mente inexplicables, pero nunca había presenciado cómo una persona perdía estatura ante sus asombrados ojos.

A la tímida llamada del capataz respondió desde más allá de la entrada una voz autoritaria, enérgica y viril que aprobaba el pase al despacho. Aquel no era un sonido indeciso, tan pronto agudo como grave, ahora suave y luego agresivo. No; se trataba del vozarrón de una persona habituada a dar órdenes, a ser obedecido sin dilación y sugería un gigantón rondando los dos metros.

El administrador era un hombrecillo diminuto de rostro cadavérico, cuya piel estaba cruzada por infinidad de venillas azuladas. El cráneo, ovoide, aparecía semicubierto por cabellos ralos de un rabioso tono rojizo, dispuestos cuidadosamente en un intento de ocultar el mayor espacio posible de cuero cabelludo.

Mohammed se vio obligado a realizar un poderoso esfuerzo para apartar la mirada de aquella muestra de paciencia peluqueril. Seguro que cada mañana, el señor administrador perdía un buen puñado de minutos ante el espejo, para conseguir aquella perfecta imitación del cordaje de un arpa..

- ¿Qué me traes aquí? -preguntó a Perfecció sin tomarse la molestia de echar una ojeada el marroquí:

- Se llama Mohammed -respondió el capataz como si en aquel nombre propio estuviesen encerradas todas las claves de la sabiduría.

- ¿Y?... - volvió a inquirir el señor administrador.

- Es el que se ha negado a colaborar con nosotros.

- ¿Y para esto vienes a darme la lata? Ya sabes lo que procede. Despídelo y santas pascuas. O, como parece hombre fuerte, destínalo a la sala de mezclas o a cargar y descargar camiones. En fin, tú sabrás...

El jerarca máximo de la hacienda dijo esto último tras clavar la mirada en Mohammed.

- Perdone, señor; éste no es un caso frecuente. No es fácil decidir y por esta razón me he atrevido a importunarle aún sabiendo lo valioso que es su tiempo.

- Mira, si tienes algo nuevo que añadir, hazlo y déjate de monsergas.

- Verá usted. Este hombre sabe más de floricultura que todos los expertos que tenemos en la empresa.

- ¿Estás seguro? -insistió desconfiado el administrador estudiando con más detenimiento al objeto de la conversación.

- Sí, señor. Me lo ha demostrado sin dejar lugar a dudas.

El recién llegado a la empresa asistía a aquel cruce de palabras experimentando la extraña sensación de que los dos jefes hablaban de un mueble del despacho y de ninguna manera de él mismo.

- Entonces, la cosa cambia -afirmó el señor Tomeu-. Aquí te trataremos bien. Podrás ganar algún dinerillo y, si no lo gastas a lo tonto, cuando te marches habrás reunido un buen calcetín.

Aquí el administrador hizo una pausa bastante larga y, luego, apoyando la barbilla sobre las puntas de los dedos con los que había formado una pirámide, suspiró profundamente y continuó hablando:

- Antes de que te vayas, me agradecería conocer la razón de que no aceptases la oferta de Perfecció. Lo que te propuso era algo muy sencillo, algo entre él y tú; los únicos enterados de nuestra colaboración seríamos nosotros tres. No suelo ser curioso, pero negativas como la tuya no se producen entre gente de tu clase.

- Llevo muy poco tiempo en este país -respondió Mohammed- y no sé muy bien qué es lo que se espera de mí ni lo que hacen ustedes en casos como éste. Así que no tengo más remedio que actuar de acuerdo con lo que haría allá en Marruecos si alguien me propusiera lo que me ofreció el señor Perfecció...

- No es lo mismo -interrumpió el señor Tomeu-. Esto no es África y vosotros, los que venís aquí a ganar el pan, no podéis andaros con remilgos; no pega una cosa con otra. Y tú, particularmente tú, cuanto antes comprendas que perteneces a una de las clases dependientes, a una raza inferior, a un mundo sin desarrollar y sin perspectivas ni a corto ni a largo plazo, te irá mejor. Que, tal como me ha informado el capataz, hayas logrado aprender de memoria cuatro cosas sobre floricultura no supone que, al mismo tiempo, haya brotado en tu interior conciencia de la dignidad. Y digo que no,

porque no he visto en el mucho tiempo que llevo metido en esto, una sola muestra de integridad. Los morenitos como tú, los procedentes de donde tú vienes, para qué andarnos con rodeos, sois seres inferiores, siempre lo habéis sido y sólo dejareis de serlo cuando os muráis Aunque entonces seréis muertos de segunda clase.

El marroquí escuchó en silencio la perorata de aquel ridículo engendro, odiándose por no atreverse a alzar la voz para informar a semejante ignorante de que en siglos pasados los árabes podían dar lecciones en casi todas las ramas del saber.

- Pero -continuó el administrador- aún no me has confesado el motivo de que no hayas acogido la proposición como lo que ha sido, es decir, como un verdadero regalo del cielo. Y, repito, quisiera conocerlo.

- Creo que con lo dicho es suficiente, pero trataré de aclararlo aún más. Si me hubiese prestado a ello sería incapaz de volver a afeitarme ante un espejo. Sentiría tal vergüenza de mí mismo que no me atrevería a mezclarme con las personas decentes. Podría decir todo esto de manera más suave y dando rodeos, aunque, en definitiva, se reduce a que los soplones, los chivatos y los individuos rastreros nunca me han caído bien.

- Vamos -declaró Tomeu- la dificultad reside en que tienes una epidermis excesivamente delicada, quizás porque aún no has comprendido que el hambre es incompatible con la integridad. Dime una cosa. La verdad, eh. ¿Has pasado hambre alguna vez? Auténtica hambre, quiero decir.

- Lo cierto es que hambre de esa no la he sentido nunca. Siempre he tenido algo, mejor o peor, que llevarme a la boca.

- Ahí lo tienes -remachó con acento de triunfo el administrador-. Cuando se pasan necesidades y, sobre todo, cuando se ve cómo los hijos tienen que apretarse el cinturón, los principios son lo primero que se tira por la borda. En realidad, tú nunca has llegado al extremo del camino, pero si le vieras las orejas al lobo serías como todos los demás. ¿Qué dices a esto?

- Nada; no puedo decir cómo actuaría en una situación desconocida.

- Tú no, pero yo sí. Os conozco demasiado bien. Sois blandos por naturaleza,

perezosos y sin cerebro. No niego que cuando se os mete en cintura sois capaces de realizar pequeñas tareas repetitivas, pero sin daros cuenta cabal de la finalidad de lo que se os encomienda. Carecéis de iniciativa. Para terminar, que esta conversación ya ha ido demasiado lejos, sois los primos más cercanos del mono y os parecéis a él como una gota de agua a otra.

Mohammed guardó silencio. Mantuvo la vista clavada en un punto imaginario situado unos centímetros por encima de la cabeza de aquel energúmeno cuya manera de pensar le recordaba la bárbara ideología que había tenido su más sincera manifestación en los hornos crematorios atizados por los nazis, de los que había oído hablar cuando aún era un niño.

- No quiero que te vayas -añadió el administrador- sin decirte claramente, para que no haya ninguna duda acerca de mi forma de ver las cosas, que tú y cuantos los alemanes llamaban “menschen”, es decir, antropomorfos o seres con forma humana, podéis y debéis ser tratados como lo que sois: como herramientas de trabajo. En cuanto a ti, Perfecció, llévatelo de aquí. No quiero saber nada más de este asunto. Haz lo que te parezca.

Mohammed abandonó el despacho siguiendo al capataz. Mientras se alejaban de allí se decía que el discurso de Tomeu, en especial las últimas frases, venían a confirmar su evocación de los nazis.

- Hasta mañana no comenzarás tus actividades como empleado de la plantación, así que vas a acompañarme al pueblo -dijo el gordo encargado dirigiendo sus oscilantes pasos hacia un pequeño edificio a través de cuyas puertas abiertas de par en par podía verse un reluciente automóvil junto a un polvoriento todo terreno.

- Es del señor administrador -informó innecesariamente el factótum fijando una admirativa mirada en el vehículo-. No es tan malo como parece -añadió sin precisar si se refería a su jefe o al coche de éste.

El marroquí, obedeciendo a una señal de su superior, se encaramó en el asiento contiguo al del conductor. “Abróchate el cinturón de seguridad. Espera; así no. Mira, tienes que poner este extremo aquí”.

Diciendo esto, Perfecció, con torpes dedos, acomodó el cinturón.

- Y ahora -anunció el gordo chófer- allá vamos. El motor de este trasto está preparado; puede ponerse a ciento noventa.

Debía ser cierto, pues apenas salieron a la carretera por la que Mohammed había llegado a la finca, aquel loco del volante propinó un pisotón al acelerador y el cuatro ruedas pareció pegar un salto hacia adelante. Aunque el piso se encontraba en razonable estado de conservación, la frenética velocidad a que viajaban, las reiteradas curvas y la estrechez de la ruta hicieron temer a Mohammed que un descuido del conductor, la aparición de otro vehículo o un repentino pinchazo pusieran término a la desenfrenada carrera.

- ¿Qué, te agrada esta manera de viajar? -preguntó Perfecció consiguiendo superar sus más altas cotas de diferencias tonales.

El ex-pastor de ovejas y cabras, demasiado asustado para responder con palabras, se limitó a dar una cabezada negativa.

- Pues haberlo dicho -espetó el exaltado auriga-. Iremos más despacio -prometió sin advertir que acababan de llegar al término de su excursión. Habían ido a parar a la misma plaza en que Mohammed tuvo ocasión de encontrar a otros emigrantes clandestinos como él.

El capataz aparcó el todo terreno donde le pareció oportuno. A aquella hora se veía muy poca gente. Habían desaparecido todos los tenderetes y de la animación reinante en el momento de la primera visita no quedaba ni rastro.

- Acompáñame -ordenó Perfecció-. Ya que hemos venido, aprovecharemos para tomar unas copas.

- Lo siento pero no puedo acompañarle. Mi religión me prohíbe consumir alcohol rechazó el marroquí.

- Me parece una auténtica estupidez, pero puedes beber un refresco. Supongo que así complacerás al Profeta; y a mí, de paso. ¿Conforme?

- Sí, desde luego.

La dispar pareja formada por el obeso encargado paticorto y el flaco y larguiru-

cho árabe cruzaron la plaza, salieron a una angosta calleja en cuyo extremo más lejano las parpadeantes luces de colores de un letrero anunciaban que en aquel establecimiento se expedían “BEGUDAS i MENJADAS”.

Tan pronto como cruzaron la puerta que daba acceso a lo que después de acostumbrar la visión a la penumbra reinante podría considerarse un bar de ínfima categoría, Mohammed sintió cómo una pesada mano iba a posarse en uno de sus hombros y le sacudía con rudeza.

- ¿A dónde crees que vas? -preguntó una voz ronca.

- Está bien, está bien. Viene conmigo -interpuso Perfecció.

- Ah, creí que era otro listillo; perdona. Adelante. No sé si vais a encontrar donde sentaros. Hoy le ha dado a todo el mundo por venir aquí. ¿Qué queréis tomar?

- A mí ponme un coñac, pero del bueno. No me vayas a servir un matarratas como la última vez que se te fue la mano. A mi amigo, nada de alcohol; un refresco especial de los tuyos.

- Ahora mismo. Acercaos a la barra.

Los ojos de Mohammed ya habían tenido tiempo a efectuar los ajustes necesarios y, por lo menos, en aquel momento podía vislumbrar, a través de la niebla rojiza producto de la combinación del humo de innumerables cigarrillos y la iluminación de la sala, un espacio libre delimitado por pequeñas mesitas ocupadas en su totalidad por hombres y mujeres que, de pronto, como movidos por un resorte, al escuchar los primeros acordes de una música estridente puesta a todo trapo y proveniente de varios altavoces, se apresuraron a ocupar la pista de baile en la que trataron en vano de moverse al ritmo de las notas lanzadas al aire como ráfagas de ametralladora.

Poco a poco, el marroquí fue viendo con mayor nitidez y llegó un momento en que fue consciente de que en aquel lugar no sólo se servían Begudas i Menjadas. Allí, a disposición de quien las deseara, había en existencia otra clase de cosas.

La desinhibición era general. Los únicos que parecían no tomar parte en aquel pandemónium eran los dos últimos llegados y el hombre de la barra. En la pista, atiborrada hasta el punto de que quienes habían logrado ocuparla no eran capaces de mover

los pies ni un milímetro, las parejas formadas indistintamente por hombres y hombres o mujeres y mujeres, permanecían inmóviles, como en trance.

Entre tanto, el encargado de la barra había atendido su petición y les había servido lo solicitado.

El capataz apuró el contenido de su copa en un ansioso trago y, con voz desigual, ordenó:

- Otra de lo mismo, pero doble. Y tú, ¿quieres otro refresco?

- No, gracias. Todavía no he acabado con este.

Mohammed se sentía a disgusto. Aquel ruido insoportable le producía dolor de cabeza. Experimentaba náuseas y tenía ganas de vomitar. Sólo pensar en terminar el contenido del vaso le enfermaba. “Menos mal”, pensó, “que ya quedaba menos de la mitad”.

Mucho tiempo después de que en su cerebro se formulase este pensamiento, el marroquí volvió a ser consciente. Durante varias horas había perdido toda noción de la realidad. Entre ambos momentos -aquél en que se había felicitado porque en el vaso ya quedaba menos de la mitad, y el otro en que recuperó la plena conciencia de su propio ser- había transcurrido un intervalo del que ignoraba la duración, en el que había estado fuera del mundo.

Lentamente y como a desgana comenzó a recordar algo de lo que “podía” haber sucedido durante aquel lapso. Como en un sueño en el que cada movimiento se produjese a costa de enormes esfuerzos, volvió a escuchar la voz desafinada del capataz que ordenaba a alguien, a quien no lograba ver con claridad, que le echara una mano. La pesadilla, si se trataba de algo así, continuaba con la sensación de que manos nada delicadas le aferraban por los sobacos y, medio arrastrando, le llevaban hasta el vehículo en que habían llegado al pueblo. Las mismas manos le arrojaron sin contemplaciones al interior del todo terreno, en la parte posterior y, afortunadamente, sobre unos sacos. Luego, tras unas palabras cuyo significado no consiguió descifrar, aunque sí su tono burlón, la puerta trasera fue cerrada violentamente, con tal estruendo que la cabeza pareció estallarle.

Después de un rato de silencio, el vehículo se había puesto en movimiento y el medio inconsciente pasajero había vuelto a perder la noción de las cosas.

Más tarde, ignoraba cuanto tiempo concretamente, despertó con la desagradable sensación de que se había caído a un pozo profundísimo y de que estaba a punto de tocar fondo; resignado a su mala suerte, Mohammed había regresado a la nada.

Por la mañana, a la luz del sol que entraba a raudales a través de una ventana con visillos, advirtió que se hallaba en una habitación desconocida, no llevaba encima ni una sola prenda de vestir y estaba confortablemente tendido en una amplísima cama. Muy cerca, bajo un extremo de la almohada, doblado con pulcritud, se encontraba un pijama de color rosa que, una vez desdoblado, permitió al desconcertado Mohammed llegar a la conclusión de que había pasado, al menos las últimas horas, en el lecho de Perfección.

Partiendo de aquellos hallazgos no era difícil encontrar explicación al extraño sabor del refresco tan generosamente ofrecido por el capataz, para la oferta de retirada de la sala de mezclas y la comparativa sinecura de una labor en los campos de cultivo.

Había llegado a este punto en el análisis de la situación cuando de la habitación contigua llegó a sus oídos el ruido de una puerta que se cerraba, luego rumor de pasos que se acercaban hasta detenerse ante la entrada de aquella y en la cerradura alguien introdujo una llave.

Antes de que la puerta se abriese por completo, el marroquí había saltado de la cama y, a punto de irse al suelo que parecía girar alocadamente, se había envuelto en una sábana y consiguió levantar por encima de la cabeza una pesada silla que formaba parte del mobiliario.

- Quieto, no vayas a hacer una barbaridad -chilló con una voz más destemplada que nunca el dueño del pijama.

- Te voy a partir la crisma, gordo maricón...

- Estás equivocado. Es cierto que las apariencias pueden... pero te juro que no te he tocado. Me he limitado a mirarte, pero nada más.

- ¿Entonces por qué me has desnudado y me has metido en tu cama, cerdo?

- Te he quitado la ropa porque estaba mojada; tú la mojaste al vomitar. En cuanto a lo de meterte en mi cama, no tuve más remedio; es la única que tengo en casa. ¿Hubieras preferido que te dejara pasar la noche en el suelo?

Mohammed, cuyos brazos comenzaban a resentirse por el peso del sillón, depositó éste en el suelo. Se encontraba un tanto débil y la postura mantenida durante el cruce de palabras había acabado por dejarle tembloroso; sudaba frío y se advertía en un estado a medias entre la indignación y el ridículo.

Lo único que le había impedido propinar un buen sillazo en el cráneo al responsable de aquella comedia fue la certeza de que no había sucedido nada irreparable. Estaba convencido de que el capataz era un genuino puerco, digno segundo del señor Tomeu, pero al mismo tiempo tenía que admitir que, aparte de las consecuencias aportadas por la porquería ingerida con el refresco, su cuerpo estaba en iguales condiciones que la tarde anterior; en otras palabras, Perfecció no había abusado sexualmente de su involuntario compañero de cama.

- Bueno, dejémonos de palabras. Tráeme la ropa. Me largo de aquí.

- Tendrás que esperar un poco. Te la he lavado y ya está seca, pero no he terminado de plancharla.

- No espero ni un minuto más. Dámela como esté.

- Pero ¿qué vas a hacer?

- Ya te lo he dicho. Me voy. Buscaré trabajo en otra plantación. Vamos, trae la ropa.

- Te juro que no he hecho más que mirarte. No te he puesto ni un dedo encima.

- Si tuviera la más mínima sospecha de lo contrario, te dejaba en el sitio. Tienes una silla que puede resultar muy útil.

- Mira, ¿por qué no lo piensas un poco? No hagas nada precipitado. Reconozco que me equivoqué contigo. A cualquiera puede pasarle. Quédate...

El capataz se interrumpió bruscamente al observar la mirada indignada con que Mohammed le observaba.

- No, no quiero decir aquí -continuó Perfecció-. Me refiero al barracón con los

otros. Es mucho más incómodo que esto, pero sobre gustos no hay nada escrito. Duermes allí esta noche y, mañana, sin prisas, comienzas a enterarte de cómo van las cosas aquí en la hacienda. Hazme el favor de olvidarte de esta noche. Al mismo tiempo, te lo haces a ti mismo. No te pido que decidas en este momento si te quedas o no; sólo que lo pienses un poco, en frío.

- La ropa -se limitó a responder el originario de Tinerhir que había comenzado a notar cómo su indignación empezaba a cambiar de dirección. “En realidad”, se dijo, “el único culpable de lo sucedido he sido yo. Debía haber sido más cauto y no meterme en la boca del lobo”.

- Ahí tienes; la camisa está un poco húmeda y el pantalón no está planchado por completo -se disculpó el obeso capataz.

- Es igual. Ahora haz el favor de dejarme solo. No me va el exhibicionismo.

Perfecció se apresuró a salir de la habitación con su corto paso de ánade.

- Espero fuera -anunció con su curioso tono de voz al que, desde hacía un rato, había ido a unirse una inesperada inflexión de disculpa.

Mohammed se desprendió de la sábana y, con rapidez, procedió a vestirse. Cada prenda que se echaba encima le restituía una dosis de seguridad en sí mismo. Cuando terminó, había tomado una decisión.

- Perfecció -llamó a través de la puerta-. Puedes pasar. He decidido probar y ver si aquí hay algo para mí. Quiero decir que, de momento, no me voy. Dormiré como y donde los demás. Ahora mismo comenzaré a hacer lo que tenga que hacer. Sin embargo, tiene que quedar claro que, que si vuelves a intentar algo parecido a lo de anoche, no vivirás para contarlo. ¿Enterado?

- Sí. Y te juro que ...

- Déjate de juramentos y acompáñame al sitio donde voy a comenzar.

- A estas horas no merece la pena. Dentro de un rato comerán los del primer turno de almuerzos, en el que has sido incluido y como ir y volver hasta el lugar por donde vas a empezar tu labor lleva más de una hora ... Lo mejor será que vayamos al comedor. Así principiarás por la tarde, con el estómago lleno. Anda, vamos.

Al llegar al barracón habilitado como refectorio, quedaban pocos espacios libres en los bancos de madera que rodeaban la larga mesa.

Cuando Mohammed se dio cuenta de que Perfecció, antes de tomar asiento, se hacía cargo de una bandeja dividida en varios departamentos, cogía un vaso y cubiertos, comprendió que el encargado se disponía a almorzar en compañía de sus subordinados pero supuso que su categoría le haría acreedor a un menú especial.

De momento, el marroquí, obedeciendo una seña del capataz, tomó del montón una bandeja y el resto de utensilios. Luego, fue a sentarse en el lugar que le indicaba el encargado.

Después, al ver que el gordo era servido de la misma marmita que los demás, experimentó la optimista sospecha de que el almuerzo iba a ser de buena calidad.

También en este caso se equivocó de medio a medio. El insípido potaje, una mezcla de patatas y coles en la que sobrenadaban minúsculos trozos de carne de inferior clase era indigno del nombre de comida.

El ex-pastor se dijo, apartando el plato con algo parecido al asco, que quizás, cuando tuviera suficiente hambre y el clamor que aún podía escuchar procedente del estómago revuelto se calmase, lograra enfrentarse a algo parecido a aquel mejunje. Suponía, sin embargo, que nunca lo haría con la evidente satisfacción de Perfecció.

Aquel individuo era un enigma. Lo elevado de su categoría en la empresa hacía sospechar que él, por lo menos él, gozaría de las ventajas de un buen sueldo y con éste la posibilidad de comer algo más apetecible y sabroso. Sin embargo, allí estaba, disfrutando con la inicua bazofia, de la que, cuando terminó el primer plato, se sirvió otro con el que se lió entusiasmado.

“No, Mohammed; vuelves a equivocarte. Este individuo no es un enigma. Es un cerdo, acertaste la primera vez”, se dijo.

Si el comestible hubiese sido medianamente comestible, la situación hubiera podido ser tolerable, pues era francamente abundante. Podían comerse dos y hasta tres raciones. Para compensar la generosa magnanimidad, no existía segundo plato. Sí había postre, consistente en un trozo de dulce de membrillo y una manzana por barba.

El pan, cortado en grandes trozos, también era susceptible de reenganche.

Finalizado el ágape, cada comensal recogió los trastos utilizados y los depositó en las enormes cajas enrejadas en las que esperarían la próxima utilización. Naturalmente, antes los habían fregoteado en las grandes cubas llenas de líquido jabonoso y habían procedido a su aclarado con el agua casi hirviendo y a presión que brotaba a chorro de una especie de cebolletas de ducha instaladas sobre larguísimas piletas.

Perfecció y Mohammed hicieron como todo el mundo, si bien el segundo se hizo la silenciosa reflexión de que, efectivamente, como había comentado el primero, en aquella empresa sentían un gran respeto por la higiene.

Desde allí se fueron hasta el garaje. En él, ocupando las mismas plazas que la tarde anterior, se encontraban el automóvil del administrador y el todo terreno que utilizaba el capataz.

- Sube; ya sabes cual es tu sitio -indicó este último.

- Sí, lo sé -respondió el marroquí-. Pero no hace falta que me ayudes a poner el cinturón de seguridad; ya me las arreglaré yo solito.

El pensamiento de que tenía que volver a viajar tan cerca de aquel individuo le producía náuseas y la idea de que sus manos podían tocarle le sublevaba.

Afortunadamente para el antiguo pastor, el vehículo era bastante ancho y cada pasajero podía ocupar su asiento sentado cómodamente sin tropezar con su vecino. De todas maneras, Mohammed, de forma instintiva se situó lo más ceñido que pudo a la puerta de entrada.

Aquella tarde el encargado no parecía encontrarse con ganas de broma y su forma de conducir había cambiado extraordinariamente. El cuatro ruedas se desplazaba a velocidad moderada, pese a lo cual pronto dejaron atrás la zona en que había tenido lugar el curioso examen acerca de floricultura.

Durante una media hora viajaron hacia las colinas, por carreteras de grava en las que a su paso, cada vez más lento, se levantaban nubes de polvo que iban dejando atrás.

Se veían numerosas cuadrillas de trabajadores, en las que destacaba claramente

uno que parecía dar ordenes.

Pronto llegaron a una serie de construcciones a las que el capataz se refirió como los almacenes y los talleres de empaquetado, “porque”, añadió con un inconfundible tonillo de orgullo en la tornadiza voz, “nuestras flores no llegan sólo hasta Barcelona, muchas siguen viaje en avión a distintos lugares de Europa. A la vuelta entraremos y verás lo que es bueno”.

Poco más allá, cuando Mohammed comenzaba a preguntarse hasta donde irían y en qué sitio terminaba aquella enorme plantación, Perfecció detuvo el vehículo, se apeó y dijo:

- Hemos llegado. Bájate. Quiero que veas prácticamente como hacemos las cosas, desde que empiezan hasta que terminan. Aquí y muy cerca de estos bancales puede verse todo el proceso.

Era cierto; allí mismo, al alcance de la mirada, tenía distintos sembrados en diferentes estados, desde las plantas más jóvenes, recién germinadas, hasta aquéllas ya a punto de ser recolectadas pasando por todas las fases intermedias.

Las plantaciones se extendían hasta perderse de vista. Durante más de dos horas recorrieron la zona deteniéndose de vez en cuando para escuchar las explicaciones provocadas por las pertinentes preguntas formuladas por Mohammed a los encargados de las cuadrillas.

Los grupos de trabajadores estaban formados por diez o doce individuos entre los cuales, además de africanos de piel oscura y cabellos tupidos y rizados, se veía cierto número de atezados rostros inequívocamente suramericanos, de pelo lacio y fosco.

“¿Cómo habrán venido a parar aquí estos infelices?”, se dijo Mohammed sin dejar de escuchar las explicaciones que le ofrecía el individuo que estaba al frente de la brigadilla ante la cual se habían detenido.

“Al fin y al cabo, yo no he tenido más que cruzar el Estrecho, pero ellos ...”

Cuando el marroquí comenzaba a preguntarse si aquella ronda de consultas, aquel interrogatorio no finalizaría nunca, un momento antes de que su cerebro se nega-

ra terminantemente a pensar en flores, en especial en las clavellinas, Perfecció dijo:

- Bueno, por hoy ya ha estado bien. Mañana continuaremos con esto. Ahora vamos a ver “almacenes y empaquetado”.

A continuación, con el cómico desplazamiento de mamá oca y su único polluelo, Mohammed, a remolque, se dirigió al vehículo que no se encontraba muy lejos.

Una vez a bordo del todo terreno y en uno de los cambios de humor que parecían ser su más característica marca de fábrica, como el ex-pastor tendría ocasión de comprobar, el encargado afirmó:

- En realidad “almacenes y empaquetado” no se van a ir de donde están, a menos que nos visite un tornado, así que vamos a dejarlo para otra ocasión. A cambio, vas a acompañarme a la oficina. Como supongo que tendrás un montón de preguntas que hacerme acerca de la empresa y, sobre todo, de tu relación con ella, hasta la hora de la cena puedes preguntar todo lo que se te ocurra.

Durante el breve espacio de tiempo que tardaron en regresar a la zona conocida como “administrativa”, Mohammed pensó que, efectivamente, sentía curiosidad por una serie de extremos sobre los que nada se había hablado a su llegada. Así que aquel era el momento de saciarla.

La pomposamente llamada oficina era un cuchitril de escasos dos metros cuadrados en el que se amontonaban una mesa, tres sillas y un fichero. Sobre la mesa un teléfono y cuatro papeles además de un bolígrafo con el incongruente anuncio de una funeraria conocida por el inesperado nombre de: “Exequias la Meticulosa. Mataró”.

El encargado, realizando complicadas contorsiones, logró introducir su voluminosa persona en el hueco existente entre el fichero y el borde de la mesa. Por fin, con un suspiro de satisfacción, se dejó caer en el amplio sillón tan diferente a las humildes sillas que le hacían frente.

- Bien, aquí estamos -señaló innecesariamente-. Ahora puedes preguntarme todo lo que quieras. Porque me figuro que querrás enterarte de algunas cosas. ¿No?

- Sí. Es cierto.

- Pues venga. No pierdas el tiempo y dispara ya.

- Muy bien. Allá van. Me interesaría mucho saber cómo es posible que nos hayamos reunido aquí un montón de personas -y cuando digo un montón, quiero decir un montón- tan faltas de papeles como yo, sin permisos de residencia ni de trabajo, como yo, a pesar de lo cual las autoridades no hacen nada ...

- Alto -cortó el encargado-. ¿Quién te dijo que “no hacen nada”? Claro que hacen. De vez en cuando viene la Inspección de Trabajo y alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores, creo que son. Si nos cazan, nos fríen a multas a nosotros, y a los interesados los ponen en la frontera. Por otra parte, ¿cómo sabes que todos los que trabajan aquí son indocumentados sin permiso?

- ¿Puedo hacer otra pregunta?

- Claro, pero eso no quiere decir que la vaya a responder. Te veo venir.

- Has dicho que “si os cazan ...” ¿Es que no os cazan cada vez que vienen?

- No. Y sobre este tema, nada más.

- También me gustaría saber cómo se arregla la empresa para que alguno no se largue sin pagar el alojamiento y la comida. No vi pagar a nadie después de comer.

- Claro que no. Eres un ingenuo. Aquí se llevan las cuentas de manera que los salarios se pagan semanalmente por el líquido que queda después de restar el importe de los alimentos, el alojamiento y lo comprado en el economato, si procediese.

- Pues yo no vi que en el comedor tomaran nota de que estuve allí. Nadie me preguntó nada.

- Tú no lo has visto -concedió el grueso capataz en tono satisfecho, pero todo está controlado. ¿Qué más quieres saber?

- Pues quisiera saber cómo se las arreglan las autoridades para ser tan torpes para no “cazar” a nadie cuando deciden hacer una inspección en un sitio como este.

- Ya te he dicho antes que sobre este tema no se admiten más preguntas. ¿Hay algo más que desees conocer?

- Sí. ¿Dónde puedo guardar el dinero que gane? No me atrevería a llevarlo siempre conmigo y lo de guardarlo debajo de la colchoneta no me parece recomendable.

- Claro que no lo es. Pero no te preocupes por eso; la empresa ha pensado en todo. La cantidad que se te pague semanalmente no tienes por que llevártela en el bolsillo. Puedes retirar lo que te parezca y el resto dejarlo en una cuenta hasta el momento de tu marcha.

- Me parece muy bien, aunque se me ocurre que si hay una inspección, me detienen, me llevan al puerto más cercano y me echan del país, ¿qué sucede con mi dinero?

- La vida es un continuo riesgo -filosofó Perfecció encogiéndose de hombros y poniendo los ojos en blanco-. Aunque he de admitir que también hemos previsto esa eventualidad. Los titulares de esas particulares cuentas disponen del plazo de un año, a partir de la fecha de expulsión, para personarse a reclamar lo que es legítimamente suyo. Claro que el sistema está basado en la mutua confianza; ya supondrás que todo eso no puede ser explicitado por escrito. De todos modos, debo reconocer que ni en el peor de los casos podría perderse una gran fortuna ...

Tras aquellas sinceras palabras, el capataz de la plantación permaneció en silencio unos segundos. Luego, como lamentando haber hecho gala de tamaña franqueza, reanudó el hilo de su discurso para afirmar que jamás admitiría haber dicho lo dicho, terminando por levantarse de su asiento después de varios intentos fallidos.

Por fin , de pie y con los cortos brazos en jarras, dio por terminada la entrevista declarando que, de todas maneras, si en cualquier momento deseaba saber algo más acerca de la empresa y sus métodos de trabajo, estaba a su entera disposición.

- Mientras estés aquí, con nosotros, nos veremos todos los días. Personalmente, seguiré muy de cerca las tareas que realices. Recuerda que, por el momento, tu única obligación es enterarte de cómo hacemos las cosas. Cada dos o tres días tendremos una entrevista y en ella me informarás ...no, no son esa clase de informes -aclaró Perfecció al advertir la expresión de Mohammed-. Me refiero a tus opiniones sobre el trabajo, tus sugerencias, si tienes alguna que hacer. Cosas así; ya sabes. Nada como lo otro a lo que te has negado. Ahora, puedes irte. Pronto sonará la hora de la cena. Recuerda que estás en la primera tanda. Ah, mañana, después del desayuno, pásate por aquí. Iremos

juntos al tajo.

La cena, la primera que el viajero de Tinerhir hizo en la plantación, fue una copia exacta del almuerzo; el mismo guisote desaborido del mediodía, consumido en medio de idéntico barullo. La única diferencia residía en que, quizás, el apetito despierto a consecuencia del paseo de la tarde le hizo olvidar los remilgos y le permitió embaular sin dilación lo que le sirvieron.

Después, siguiendo la corriente formada por los que necesitaban atender otra apremiante llamada de la naturaleza que reclamaba el descanso, se fue al dormitorio. Poco antes de llegar, el destemplado alarido de la sirena expulsó de sus lechos a los desgraciados cuyo turno de trabajo comenzaba inmediatamente.

Como unas horas antes, entre maldiciones y reniegos, los que tenían que dirigirse a puestos distantes se encaramaron a las cajas de los camiones que esperaban. Los vehículos arrancaron ruidosamente y desaparecieron entre nubes de polvo.

Mohammed encontró, seguramente merced a un milagro, el camastro en que había reposado un rato hacía unas horas - y si no era el mismo, se trataba de otro prácticamente igual, con el mismo calorcillo e idéntico olor- se quitó el calzado que puso bajo el cabezal para evitar a sus colegas la tentación de apropiarse de él y se acostó.

Durante un buen rato no pudo conciliar el sueño, primero a causa de los retrasados que, en un goteo interminable, iban acudiendo a sus lechos, sin la más mínima consideración con los que ya estaban acostados; después, por el batiburrillo reinante en su cerebro que trataba de procesar la gran cantidad de datos que el ambiente, el lugar y el propio Perfección se habían cuidado de proporcionarle.

En un espacio de tiempo relativamente breve habían sucedido demasiadas cosas, había pasado por un excesivo número de nuevas experiencias totalmente desconocidas e insospechadas.

Allá en Tinerhir todo era mucho más lento y, por supuesto, conocido. Cada cosa llegaba a su tiempo y la cadena de acontecimientos se sucedía a sí misma a un ritmo archisabido que no se rompía jamás.

Por supuesto, cuando había decidido venir a España sabía que se iba a encontrar

con un mundo nuevo para enfrentarse al cual carecía de toda experiencia. Sin embargo, eran demasiadas cosas; y todas a la vez.

No ignoraba que la falta de consideración, el desprecio absoluto a lo que cada emigrante representaba como ser humano distinto e igual a los demás estaría siempre presente. Se le juzgaría no por lo que hiciese o dejase de hacer, sino por el patrón que cada juez improvisado se hubiese forjado con anterioridad.

El irracional temor a lo desconocido y a lo diferente -piel, cabello, estatura, idioma, etc.- creaba un abismo de incompreensión muy difícil de superar si no se prescindía de prejuicios estúpidos carentes de toda base lógica.

Su padre se lo había dicho. El racismo no tiene explicación científica, pero ahí está, a la vuelta de la esquina, esperando una ocasión para manifestarse aún en las mejores personas, en aquellas de las que parece un pecado sospechar. En ciertos hombres es la autodefensa inconsciente de su propia inferioridad que busca la manera de afirmarse.

“La pequeñez de espíritu”, recordaba Mohammed haber escuchado a Ibrahim, “constituye un arma poderosa y traicionera capaz de destruir indiscriminadamente a quien la utiliza y a quien se pretende convertir en víctima”.

Mucho tiempo transcurrió sin que el marroquí lograra apartar de su mente aquel torbellino de ideas. Desechaba una y otra acudía a sustituirla. Además, en el barracón reinaba un ambiente sofocante que el aire de la noche, libre de entrar a través de las ventanas abiertas, era incapaz de refrescar.

Por otra parte, el coro de ronquidos, imprecaciones y quejas de quienes hablaban en sueños era una música de fondo imposible de evitar. Mohammed, habituado a pernoctar al sereno sin otros ruidos que los ocasionales ladridos de los perros guardianes o los balidos de las ovejas, ya encontraba difícil dormirse en su casa. Así que en aquellas condiciones tendría que hacer un esfuerzo extra para lograr aislarse. Aquel dormitorio era lo menos parecido al paraíso ofrecido por el compasivo Alá a los verdaderos creyentes.

Antes de dormirse, el novato empleado de la plantación todavía dedicó unos

minutos al moral y físicamente impresentable capataz. En relación con aquel tipo, al que sinceramente había llegado a compadecer, le parecía no pequeño castigo llamarse Perfecció y tener que andar por el mundo con tal pinta. Parte de lo que deseaba de Mohammed ya había sido puesto de manifiesto, pero tenía que haber algo más que, de momento, ignoraba.

¿Sería algo conectado con sus conocimientos sobre floricultura? Desde luego, allí había algo extraño. Que después de tratarlo con tal falta de respeto, haberle amenazado de muerte, emplear el tú en vez del usted y señor Perfecció, le hubiese destinado una tarea que podía ser considerada una auténtica sinecura, era algo verdaderamente raro. Y, por ello, debía extremar las precauciones y andar con pies de plomo. Al fin y al cabo, se trataba de uno de los jefes de la empresa y aunque el administrador no diese la sensación de tener en gran estima al rollo de carne que hacía las veces de encargado, como administrador tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana. El señor Tomeu era el señor Tomeu.

Aquella reflexión fue la última hecha antes de quedarse dormido, un rato después de que se calmaran los ánimos soliviantados tras una trifulca que degeneró en pelea entre seis y ocho indignados inquilinos. Todo había comenzado con las mutuas acusaciones del hurto de una pastilla de jabón.

- Cuando volvió a rugir la sirena, mi padre -explicó Hassan- estaba muerto de sueño y no tenía noción de donde se encontraba. Sin embargo, se fue al barracón de los lavabos, se aseó lo mejor que pudo -aquel era día de ducha- tras lo que pasó por el comedor, tomó una taza de té flojo y medio frío, comió una rebanada de pan y, al salir, preguntándose cómo podría encontrar a Perfecció, se dio de bruces con él. Parecía esperarle.

Pocos minutos más tarde, a bordo del todo terreno, salieron hacia los bancales. En aquella ocasión viajaron un buen rato en dirección a las colinas hasta detenerse. Aquel día Mohammed pudo darse cuenta cabal del tamaño de la hacienda. Era enorme. En sus tierras no sólo se cultivaban clavellinas, como erróneamente había creído a su llegada. Prácticamente, cada variedad de flor estaba representada. Además, de cuando

en cuando, como surgidos de la tierra, aparecían otros grupos de construcciones del estilo de las ya conocidas. Hasta aquel momento no se había fijado en ellas.

- No sé si habrás caído en la cuenta de que aquí lo que menos abunda son las clavellinas. Últimamente, hemos pensado que ha sido un error en vista de que tanto la tierra como el clima y la abundancia de espacio y agua nos permitirían obtener buen rendimiento. Ahora se ha pensado en que ha llegado el momento de hacer las cosas bien. Vamos a dedicarnos a las clavellinas en gran escala. Ahí es donde tú puedes desempeñar un papel importante. ¿Qué te parece? -preguntó el capataz deteniendo el vehículo.

- ¿Y qué importa lo que pueda parecerme a mí?

- Pues importa; y mucho. Me has demostrado que sabes de qué hablas cuando dices algo sobre el asunto. Así que, toma las cosas con calma, aguanta el infierno del barracón-dormitorio y espera que, o mucho me engaño, o llegarán tiempos mejores para ti. En cuanto a las cosas del señor Tomeu, procura olvidarlas. En el fondo, no es mala persona. Lo único que hace es hablar y hablar; ya sabes que las palabras no hacen mal a nadie. Jamás he visto a alguien herido, quiero decir sangrando como consecuencia de una conversación.

El marroquí no estaba conforme con aquella manera de pensar pero prefirió dejarlo pasar sin hacer comentarios.

- Si las cosas te salen bien, como espero, es muy posible que sin tardar mucho comiences a ganar más dinero -reconozco que los salarios que se sacan aquí no son para enriquecerse-. Podrías dormir en otro lugar. Que no, hombre, que no. Quiero decir en otro sitio más tranquilo, pero no en mi casa -añadió Perfecció-. También te recomiendo que olvides mi patinazo. Admito que he comenzado con mal pie. Te prometo que no se repetirá.

- Y ¿qué tendré que hacer?

- Nada especial. Simplemente poner en práctica tus conocimientos sobre floricultura. Para empezar, dentro de unos días, en cuanto se prepare la tierra, podrás iniciar la tarea en un sitio pequeño. Si el asunto da resultado, ampliaremos el número de

bancales y así sucesivamente hasta disponer de los sembrados suficientes para inundar el mercado con nuestras clavellinas cuya aceptación está experimentando enorme crecimiento. Pero, hombre, di algo. ¿Qué piensas de todo esto?

- Pues qué voy a pensar. Me parece demasiado hermoso para ser verdad. Se me ocurre que en algún sitio tiene que estar la trampa. ¿Qué pensarías tú en mi lugar? Llegar aquí, donde el capataz intenta abusar sexualmente de mí, para lo que casi me envenena. Una empresa en la que el jefe superior es un racista que siente un odio feroz hacia toda persona que no sea por lo menos tan blanca como él. No tener ni un maldito papel...

- Reconozco que tu situación no es, como la de la mayor parte de quienes han venido a parar aquí, para dar saltos de gusto, pero ya vendrán tiempos mejores, anunció el encargado con una verdadera floritura de fallos.

- No te entiendo. ¿Por qué dices la mayor parte? ¿No estamos todos igual? quiero decir ante la ley.

- Los que has visto hasta hoy, hasta ahora, los que duermen, comen y trabajan por donde tú has andado, sí. Están tan fuera de la ley como tú. Pero aquí hay gente que se encuentra legalmente en el país, personas a las que ningún policía puede reprochar nada. Unos son españoles y otros tienen permisos de residencia y trabajo. Si las cosas salen bien, y no hay por qué pensar que no sea así, pronto te trasladarás a otro dormitorio donde la gente es más civilizada y la vida te será menos insoportable. Con esto no quiero asegurarte que van a terminar radicalmente tus problemas, porque todavía tendrás que lidiar con unos cuantos energúmenos; sin embargo, en conjunto todo te será más fácil.

- Perdona mi desconfianza, pero todo eso ¿por qué?... Sigo preguntándome donde está la trampa. Tiene que haber una en alguna parte. Es rarísimo lo que me has dicho y lo que no me has dicho. Entre lo último puedo contar que no me hayas armado un lío a pesar de que, de pronto, te haya apeado el tratamiento de usted y comenzara a llamarte de tú.

- Todo tiene explicación y te la o las voy a dar. Lo de mejorar tus condiciones

de vida, sinceramente, ya comprenderás que no se trata de hacerte un favor por tu cara bonita. Nos interesa aumentar la rentabilidad de la explotación. Puede que tus conocimientos sobre el cultivo de la clavellina nos permitan lograrlo. Has llegado en el momento oportuno. El señor Tomeu es demasiado orgulloso para reconocerlo y con las ideas que tiene peor aún. Yo no soy igual y no me duelen prendas a la hora de decir lo que pienso. En cuanto a lo del tú o el usted, es algo que me la trae floja. Además, te debo algo por mi metedura de pata. Lo siento. Y ahora vamos a lo que cuenta.

Después de estas palabras el capataz descendió del vehículo y, con sus cómicos andares, se dirigió a un espacio de terreno que un grupo de operarios estaba desbrozando de acuerdo con las instrucciones que un jefe de cuadrilla impartía a grito pelado.

- Lucrecio -llamó Perfecció- ven acá. Mira, Lucrecio; este es Mohammed. Vais a trabajar al alimón, así que lo mejor será que colaboréis desde el primer momento, dejando de lado las piquillas y puñeterías. Tú, Lucrecio, sabes de cuestiones de tierra más que el que la inventó y tú, Mohammed, conoces las clavellinas como si las hubieses parido. Así que formáis un buen equipo que espero funcione como una máquina perfecta. No quiero problemas. ¿Entendido?

- Sí, señor -respondió Lucrecio, un individuo flaco, renegrido y picado de viruela.

- Sí -contestó Mohammed.

- Bien -prosiguió Perfecció-. Por el momento, Mohammed está aquí para ver cómo hacemos las cosas, qué procedimientos seguimos, etc. Cuando llegue la ocasión, más adelante, hablaremos y cambiaremos aquello que haya que cambiar si procede. ¿Entendido?

- Claro como el agua -respondió Lucrecio.

- Bueno; ahora tengo que irme. Antes de la hora del almuerzo vendré a recoger-te, Mohammed. Hasta luego.

El marroquí, un poco desconcertado ante la repentina marcha del encargado, se quedó contemplando a Lucrecio. Este parecía tan a disgusto como aquél.

- ¿Y de dónde sales tú? -interrogó el jefe de cuadrilla con un tono de voz en el

que no se traslucía animosidad alguna y sí una gran dosis de curiosidad.

- De Marruecos -fue la escueta respuesta.

- ¿Ahora mismo llegas de allá?

- No, hombre. Ya hace días que salí de mi tierra.

- Te compadezco si sientes tanta morriña como yo. ¿Sabes lo que es morriña?

- No, nunca oí esa palabra.

- Pues verás. Yo soy gallego -aclaró Lucrecio dejando a obscuras a su interlocutor-. Ya veo que no me entendiste. Sentir morriña es, cómo te diría, es recordar con tristeza el pueblo donde naciste, la gente que conoces y el acento con que allá se habla. ¿Te enteras ahora? Los gallegos padecemos morriña en cuanto nos alejamos un par de kilómetros de nuestra tierra; así que figúrate cómo me sentiré ahora tan lejos de Galicia. Mi pueblo, O Vicedo, está en el otro extremo de España. Claro que si vamos a hablar de distancias, tú estás mucho más lejos de casa. ¿La echas de menos?

- Naturalmente.

- Entonces te compadezco. Eh, vosotros dos -gritó de pronto dirigiéndose a un par de jornaleros que habían suspendido la tarea para encender sendos cigarrillos- ¿quién os ha dado permiso para hacer un alto? Venga, venga; seguid con lo vuestro. Pues sí, me das lástima de verdad -encadenó como si no se hubiera interrumpido-. Estar fuera de casa es una putada. Y peor en el caso tuyo, aunque tienes la suerte de hablar nuestro idioma. Figúrate que no lo entendieses.

Mohammed dio gracias a Alá por haber puesto en su camino a aquel hombre que parecía no conceder importancia alguna al color de la piel y a la raza del hombre que había venido de tan lejos a aumentar el número de los componentes de su equipo. Ojalá fuesen todos como él.

El tiempo hasta la vuelta de Perfecció transcurrió velozmente para el marroquí que escuchó ávidamente las detalladas explicaciones acerca de la preparación de la tierra, abono de la misma y otras particularidades sobre el cultivo de las flores en general y de la clavellina en particular.

Sin embargo, la atención prestada a las palabras del maestro no impedía que el

alumno advirtiese las miradas de que era objeto; curiosas unas y malevolentes otras. “Ya puedo andarme con cuidado”, pensó.

- ¿Qué tal con Lucrecio? -inquirió el encargado tan pronto como el todo terreno dejó atrás a los que aguardaban a ser recogidos por una de las camionetas que realizaban el transporte del personal por el interior de la hacienda.

- Muy bien. Creo que es una buena persona y que nos vamos a llevar de maravilla.

- Pues me alegro. Y ahora, antes de comer, vamos a ir a ver tu nuevo alojamiento; hoy todavía dormirás donde lo has hecho esta noche. Mañana ya vendrás a este otro. Hoy no puede ser. De todos modos, quiero que lo veas. Aquí tendrás una taquilla con candado para guardar tus cosas personales. Por cierto, ¿no tienes nada de ropa?

- Prácticamente, no tengo más que lo puesto. Salí de mi país con una mano delante y otra detrás. Ojalá cuando vuelva lo haga en mejores condiciones. Bueno, en realidad tengo algún dinero. Poco, pero creo que bastará para comprar lo más necesario.

- Muy bien, pero ya te he dicho que no entres en el economato. Un día de estos tengo que ir al pueblo. Vienes conmigo y haces tus compras allí, naturalmente sin pasar por el establecimiento del otro día. ¿Qué te parece?

- Me parece que hoy es mi día de suerte.

Con esto habían llegado a una serie de construcciones de parecido estilo a las que ya le resultaban conocidas, si bien éstas aún antes de entrar en ellas causaron en el marroquí bastante mejor impresión que las primeras. En realidad, las diferencias radicaban más bien en el estado de conservación y limpieza que en otra cosa. En los dormitorios existía un orden que en el ocupado aquella noche brillaba por su ausencia. Las literas eran sólo de dos pisos y mucho menos numerosas. Al pie de cada par de camastros había dos armarios metálicos lo suficientemente amplios para guardar ropa, calzado y alguna provisión de boca. En medio de la nave una gran mesa, con bancos adosados, que seguramente sería aprovechada para distintos usos. A aquella hora no se veía un alma en el barracón. Las ventanas estaban abiertas de par en par. El ambiente

era fresco. De trecho en trecho se veían lámparas con las bombillas limpias. En definitiva, aquello no se parecía en nada al lugar en que todavía aquella noche habría de intentar dormir.

También en la forma en que se organizaba y despachaba la comida de mediodía en el barracón comedor al que Perfecció acompañó a Mohammed, se advertían diferencias en relación con el de la otra zona. La gente con la que se vio mezclado parecía más pacífica, menos bullanguera y amiga de follones. Claro que aquella primera impresión podía resultar totalmente falsa. En cuanto a la comida, aunque tenía que admitir que estaba francamente inclinado a ver las cosas con cierto favoritismo hacia el almuerzo de aquel segundo día, debía reconocer que poca diferencia existía entre los dos. La misma abundancia, pero igual falta de calidad.

En el comedor, sentado entre el capataz y el jefe de cuadrilla, rodeado por varios de los trabajadores pertenecientes a aquélla, había tenido la oportunidad de observar el cruce de miradas maliciosas entre algunos de sus futuros compañeros de trabajo. En ciertos casos había más animosidad que curiosidad.

La tarde, después de consumir, sin el menor placer, otro guisote hermano del ya conocido, transcurrió como la mañana. Entre explicaciones y preguntas; las primeras por parte de Lucrecio, las cuestiones partían del marroquí.

Y siempre, tanto en el campo como en el barracón, las ojeadas de hostilidad y los cuchicheos que no conseguía apartar de su mente. En aquellos momentos comprendía a las mil maravillas las palabras de su padre cuando, hablando de su propia estancia en España y el calvario que había supuesto en muchas ocasiones el evidente desprecio de quienes le rodeaban, había dicho que aquello era mil veces peor que ser azotado con un látigo.

“Aquello” no había hecho más que empezar. Para que la cosa cambiara, si alguna vez lo hacía, antes tendría que empeorar bastante. Por el momento, no tenía la menor seguridad de que fuese a producirse algún cambio y, sin embargo, albergaba una fuerte sospecha de que la situación se agravaría. A su padre le había sucedido y él no tenía por qué constituir una excepción.

Por la noche, cuando se encontró en el camastro, preparado para una larga vigilia, la fortuna se apiadó de él y tuvo la deferencia de concederle un rápido sueño. No tuvo tiempo para dedicar unos minutos a volver sobre los acontecimientos del día. En unos segundos cayó en la inconsciencia reparadora y sin pesadillas de un descanso del que vino a sacarlo el alarido inclemente de la sirena que convocaba a un nuevo día de trabajo.

Cuando después del desayuno, aguardaba la llegada de Perfecció a la puerta del barracón comedor, Mohammed se preguntaba si el cambio de dormitorio, aparentemente beneficioso, no sería en el fondo algo que le proporcionaría un problema sobre otro.

En la brigadilla encabezada por Lucrecio no parecían muy satisfechos con su llegada y si, además de permanecer en su compañía durante las horas de trabajo, debían pasar las noches bajo el mismo techo, no tendría nada de extraño que sucediese algo grave.

El marroquí intentaba razonar diciéndose que quizás creyera estar viendo lo que no había y todo fuese producto de su imaginación. No obstante, como era mejor prevenir que curar, procuraría estar siempre al tanto por si las miradas se tornaban en algo más hiriente.

El claxon del todo terreno le devolvió al mundo de la realidad. El capataz le hacía señas de que subiese.

- ¿Llevas dinero encima? -le preguntó tan pronto estuvo a su lado-. Bueno, claro que lo tendrás; ¿dónde lo ibas a guardar? -se respondió a sí mismo-. Lo digo porque tengo que ir al pueblo y es una buena oportunidad para que compres lo que necesites. ¿Te parece?

- Sí, muy bien, pero ¿qué dirá Lucrecio cuando vea que no aparezco por el tajo?

- A Lucrecio déjame a mí.

- Creo que es una buena persona -opinó Mohammed resistiendo la tentación de afirmar lo contrario de los miembros de la cuadrilla.

- Sí -concedió Perfecció-. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de alguno

de sus compañeros de equipo. Aunque eres un hombre fuerte, te aconsejaría que te cuidases de ellos.

- Gracias por la advertencia. Ya había decidido no mezclarme en sus cosas. No me gusta nada su forma de mirarme. Hay dos o tres que parecen tener mal genio.

Poco después de este cambio de impresiones se hizo el silencio en el vehículo que, en esta ocasión, rodaba a velocidad moderada; pronto llegaron al pueblo. Como la vez anterior aparcaron en la plaza.

- Mientras yo hago un par de gestiones puedes quedarte por aquí. Vendré a recogerte cuando termine. Entretanto, vete pensando qué quieres comprar. Después, te acompañaré a un supermercado que no está mal. Hasta luego -se despidió con una serie de gallos que ya no causaban hilaridad al marroquí.

Este, que no tenía mejor cosa que hacer, comenzó a pasear lentamente entre los puestos instalados apiñadamente. Había mucha gente que hacía lo mismo que él. Caminaba sin rumbo fijo, deteniéndose aquí y allá para observar un artículo o preguntar un precio.

- Eh, tú -escuchó Mohammed.

Sí, era a él. El que lo saludaba de aquella manera era uno de los vendedores de baratijas con los que había hablado el día de su llegada.

- ¿Qué, cómo te tratan en la plantación? -quiso saber.

- Bueno, podía irme mejor, pero también podía irme peor; así que no me quejo. ¿Y a ti cómo te va? ¿Se hacen muchas ventas?

- Te contestaré como todos los comerciantes: hay una crisis tremenda. Así que es muy difícil salir adelante.

- Y ¿dónde están los otros? Me refiero a los que estaban contigo el otro día.

- Ah, éstos. Creen que en Francia las cosas están mejor y se han largado para allá. Bueno, dicen que una vez en la frontera podrán pasar; claro, con la ayuda de unos contrabandistas a los que hay que pagar. Yo no sé que hacer. Me apetece regresar a casa, pero después de haber llegado hasta aquí, volver con el rabo entre las piernas me da vergüenza. Hay días en que creo que estaría mejor donde tú estás, por lo menos

tendría un techo sobre la cabeza y una comida caliente. Esta es una vida de perros.

- Los perros son los que nos miran como si fuésemos gusanos.

- ¿Tan mal están las cosas?

- Sí y no. Por el momento se puede resistir, aunque me da en la nariz que van a empeorar a marchas forzadas.

Llevaban un rato intercambiando opiniones tan desalentadoras como éstas cuando, surgiendo de pronto a su lado, apareció el encargado de la hacienda.

- Veo que ya te has hecho con amigos -comentó en tono burlón-. Cuando quieras vamos al comercio de que te he hablado.

- Vamos allá. Hasta otro día -se despidió Mohammed.

Perfecció cumplió la palabra empeñada. Acompañó a su empleado hasta el supermercado donde éste encontró y adquirió a buen precio las cuatro cosas que necesitaba con más urgencia.

Después, regresaron a la plantación cada uno a su quehacer. Así comenzó un período de tiempo del que el de Tinerhir perdió la cuenta exacta. Un día sucedía a otro, tan parecidos que la única diferencia residía en el grado de menosprecio con que la mayor parte de los individuos que convivían y trabajaban con Mohammed le trataban.

La estancia en el nuevo dormitorio era menos conflictiva desde el punto de vista del descanso y la comodidad, pero más dura de soportar, ya que en el utilizado durante las dos primeras noches había más personas de su misma raza y, por tanto, el desdén y los desaires de los “blancos” estaban más repartidos.

En el barracón que le servía de residencia en aquel momento, él era el único árabe, así que todo aquel que deseaba hacer prácticas de racismo y demostrar cuanto ingenio llevaba en su interior disponía de una diana cercana, callada y discreta.

Una noche, cuando una mano vino a sacudirlo por un hombro mientras la otra le tapaba la boca para que no pudiese articular palabra, luchó como un desesperado hasta que reconoció la voz de Perfecció que trataba de despertarlo haciendo el menor ruido posible.

- Vamos, rápido. Vístete, ponte las botas y acompáñame -susurró el encargado.

- Pero, ¿qué pasa? -preguntó Mohammed.

- Ahora no. Ya te lo contaré luego.

Afuera, en una noche oscura y tormentosa con ráfagas de viento y violentos chaparrones, estaba el todo terreno del capataz.

- Antes que se me olvide; dame la llave de tu taquilla. Luego recogeré todo lo que tienes en ella y te lo guardaré hasta que vuelvas. Ahora te llevaré a uno de los camiones en que retiramos de la circulación a los que están como tú, sin documentación. Hemos sabido que mañana por la mañana recibiremos la visita de inspección. No les vamos a dar el gustazo de dejar que nos agarren con las manos en la masa, así que a todos los ilegales, que aquí llamamos “los fantasmas” porque aparecen y desaparecen, los sacamos de la hacienda, los tenemos alejados mientras dura la visita y volvemos a traerlos en cuanto no hay moros en la costa; ah, perdona -añadió apresuradamente al advertir su desliz.

Pronto llegaron a un lugar en que, detenidos en la carretera, aguardaban dos camiones en cuyas cajas se apretujaban sesenta o setenta hombres, aproximadamente. Eran los “fantasmas”, emigrantes dispuestos a todo antes que permitir que se les detuviera y expulsara con destino a sus países de origen.

Perfecció frenó, se apeó y cambió unas palabras con el conductor de uno de los camiones. Luego regresó e indicó a Mohammed que subiera a bordo del vehículo.

Como despedida, el encargado le recomendó que obedeciera las órdenes del jefe de expedición -el hombre que llevaba el volante- y añadió que lo más probable era que los de inspección, al no encontrar nada anormal, se marcharían mañana mismo.

- Vosotros volveréis pronto y, si no hay novedad, que no la habrá, la noche próxima dormiréis en vuestras literas como si no hubiera sucedido nada. La pequeña incomodidad de pasar lo que queda de esta noche en pie y debajo del toldo de lona, hacer una comida fría y andar de acá para allá en los camiones, queda compensada con la ventaja de que nadie da golpe hasta que todo vuelve a la normalidad. Mañana nos veremos -añadió antes de volver al todo terreno y marcharse por donde había venido.

Los dos camiones, formando una pequeña caravana, arrancaron y, lentamente,

comenzaron el viaje que, tal como el marroquí pudo comprobar más tarde, no los llevaba a ninguna parte.

Cuando, ya amanecido y sin lluvia, se detuvieron, habían llegado al límite más lejano de la hacienda. Desde el lugar en que estaban veía unos copudos árboles tras los cuales se iniciaban las primeras elevaciones de las colinas vislumbradas días antes. Entonces se encontraba en el extremo opuesto de la enorme propiedad.

- Podéis estirar las piernas un rato, pero no os alejéis demasiado. Dentro de una hora más o menos estarán preparados los bocadillos que nos servirán de desayuno. El que no esté aquí cuando empiece el reparto, se queda en ayunas. ¿Os habéis enterado?

Aparentemente, todo el mundo se había enterado, así que los camiones fueron desalojados en un momento y sus ocupantes se disgregaron lentamente, como a desgana. Posiblemente, la amenaza de perderse el desayuno era culpable de la visible morosidad.

En el momento en que Mohammed tuvo entre manos el enorme bocadillo, se dio cuenta de dos cosas. La primera, que desgraciadamente las visitas de la inspección de trabajo no se realizaban con la debida frecuencia. El tamaño del desayuno resarcía con creces las molestias que el precipitado abandono de las literas había causado. El segundo, que el tentempié era de chorizo, es decir, de cerdo. Su religión le prohibía terminantemente el consumo de aquel animal. El vacío que experimentaba bajo el cinturón le aconsejaba con apremio imitar a sus compañeros de éxodo, hincarle el diente y dejarse de escrúpulos. Mahoma no había dicho nunca que fuese inteligente dejarse morir de hambre. Y aunque era, quizás, un tanto exagerado pensar en un repentino fallecimiento por necesidad... El marroquí acabó comiendo a grandes bocados aquel regalo del cielo tras el cual se echó al colete un largo trago de agua. “Al fin y al cabo”, se dijo, “cómo sé yo de qué animal son los pellejos que nos ponen con las patatas del rancho. Lo que sí hago ahora mismo es jurar por las barbas del Profeta que cuando vuelva a casa jamás comeré carne de cerdo. Hasta entonces, como si estuviera en la guerra”.

Después del desayuno volvieron a ascender a los camiones y reanudaron la len-

ta marcha, esta vez hacia el este -inicialmente se dirigían al norte- hasta que a las tres de la tarde volvieron a hacer un alto para comer; también en esta ocasión otro bocadillo idéntico al primero, aunque sin aprensiones de conciencia.

Al llegar al que, a juicio de Mohammed, debía ser el extremo más al este de la propiedad, otra vez se detuvieron hasta que se produjo la llegada de Perfecció. Estaba obscureciendo.

- Tú, Mohammed, baja de ahí y ven aquí.

El marroquí obedeció entre las risotadas de sus compañeros de viaje. Aquello se estaba viendo venir. Todo el día había permanecido en silencio, como si se hubiera vuelto sordo, sin responder a las claras insinuaciones, primero, y a las claras y malévolas imputaciones de homosexualidad, después.

- Sí, palomita, vete con tu gavilán -gritó en árabe una voz anónima.

- ¿Qué ha dicho ése?

- No lo he oído bien -fue la respuesta del que, por prudencia, no deseaba empeorar la situación-. “Menos mal que ahora no tengo que pasar la noche al lado de éstos”, pensó a continuación. “De todos modos”, siguió reflexionando, “tampoco los otros son unos angelitos”.

Últimamente, y con frecuencia creciente, había comenzado a recordar a su familia, en especial las continuas advertencias de su padre. Se lo había dicho infinidad de veces: “te vas a encontrar en un medio extraño; en él no debes fiarte de nadie, en lo único que se pondrán de acuerdo acerca de ti es que eres una basura indigna de confianza; dejarán de luchar entre ellos sólo para unirse contra ti. Lo mejor que puedes hacer es tratar de pasar desapercibido. Te aseguro que es casi imposible lograrlo pues, de ninguna manera quieren desaprovechar la oportunidad de disponer de un ser inferior sobre el que pueden acumular cuantas injurias se les ocurran”.

Sí, su padre tenía razón, pero había venido para quedarse o tratar de quedarse, ganar dinero -cuanto más mejor- y luchar para que dentro de unos años sus hijos pudieran disfrutar de una existencia más cómoda y digna.

Hacía un rato que Perfecció hablaba y hablaba sin que el marroquí llegara a en-

tender el sentido de sus palabras.

- ... como siempre, mucho ruido y pocas nueces -decía en aquel momento-. Dieron más vueltas que una noria para nada. Ahora, hasta dentro de una temporada nos dejarán en paz; esperemos que la próxima vez tengan tanto éxito como ésta.

Aquella noche, de nuevo en el dormitorio de los “legales”, fue una verdadera tortura.

Alguien, con un sentido del humor verdaderamente retorcido, había derramado agua sobre la colchoneta y las mantas de la litera ocupada por Mohammed. Intentar dormir en aquel camastro inundado hubiera sido una clara invitación al reuma o algo peor, así que el originario del Magreb hizo de tripas corazón y se tumbó en el suelo, debajo de la mesa. Allí evitaría que alguien, voluntaria o inadvertidamente, lo pisara.

Por fortuna, no hacía frío, el piso era de madera, estaba seco y él ya había pasado por situaciones mucho peores. Poco después de haberse acomodado lo mejor que pudo, se quedó dormido. El cansancio triunfó sobre la incomodidad.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que estallara una bronca de las que, aparentemente sin motivo alguno, tenían lugar entre individuos como los que constituían sus vecinos de alojamiento.

Desde donde estaba, en una postura incomodísima, alcanzó a ver cómo cuatro hombres se atizaban golpes acompañados de rotundos tacos y maldiciones. La pelea estaba bastante igualada. Luchaban dos contra dos y la causa, según uno de los combatientes, era la desaparición de una toalla.

Cuando la gresca tenía todas las trazas de no terminar nunca, a menos que todos los contendientes perdieran el conocimiento simultáneamente, la puerta fue abierta de un puntapié y penetraron en el dormitorio dos sujetos corpulentos que, por el procedimiento de repartir estacazos indiscriminadamente, terminaron con el altercado en un momento.

Al día siguiente, el marroquí se enteraría de que los imparciales repartidores de leña de la noche anterior eran, en realidad, dos jefes de cuadrilla, entre cuyas obligaciones estaba la del mantenimiento del orden.

Cuando la trifulca finalizó y comenzó una vez más el coro de ronquidos intercalados de palabras incoherentes, Mohammed se preguntó si realmente merecería la pena el sacrificio que suponía una vida como la que se vería obligado a vivir en aquel lugar y, sobre, todo, si sería capaz de soportarlo.

Su existencia en la hacienda debería ser como la que los cristianos atribuyen a los condenados al infierno.

Entonces -dijo Hassan haciendo una de las infrecuentes pausas en su relato- mi padre ignoraba, no disponía de medio alguno que le permitiera saberlo, que en aquel lugar, padeciendo toda suerte de afrentas y humillaciones, había de pasar cerca de once años.

A paliar un poco tanta infelicidad, a poner un poquito de variedad en la monotonía de los días tan semejantes entre sí que sólo se distinguían por la variedad en los múltiples atropellos y abusos que se cometían contra él, había contribuido la amistad surgida entre Lucrecio y mi padre -había añadido el incansable narrador.

Sin embargo, el gallego no disponía de la autoridad ni la fuerza necesarias para prestar una ayuda efectiva. Él mismo, a causa de su bondad natural, se veía en más de un aprieto.

El propio Mohammed se había creído obligado a rogar a Lucrecio que no interviniese en su defensa. Hacerlo tenía la virtud de aumentar la rabia de los atacantes. La primera vez que reprochó a un par de frenéticos alborotadores el acoso a que sometían al árabe que no molestaba a nadie y se limitaba a hacer lo que le ordenaban, la respuesta fue elocuente: “si no te callas y dejas de meterte en lo que no te importa, te rompemos la cabeza”.

La segunda vez aún fue peor. El moro y el galaico se vieron obligados a defenderse del ataque combinado de media docena de bestias enfurecidas que no esperaban resistencia. De todos modos, la pareja llevaba la peor parte y su inferioridad numérica estuvo a punto de causarles un disgusto serio. Afortunadamente, los dos jefes de cuadrilla que con tanta eficacia habían restablecido el orden en el dormitorio acudieron al escuchar ruido de pelea y, sin contemplaciones, separaron a los contendientes por el

procedimiento sumaráisimo de sacudir la badana a todos ellos.

Después de aquella paliza, de resultas de la cual Mohammed y Lucrecio anduvieron más de una semana renqueantes y doloridos, aunque sin nada roto, el primero exigió al segundo que, en el futuro, se abstuviese de intervenir en casos semejantes.

Mohammed, a lo largo de los años que habrían de venir, se encontró mezclado en numerosas riñas en las que hubo de luchar poniendo en juego la enorme fuerza y resistencia con que una vida dura y sana había dotado a su cuerpo.

En especial, en los primeros tiempos de su estancia en la hacienda, cuando quienes buscaban pelea aún no habían comprendido que su naturaleza pacífica, y no la cobardía, era la causante de su silencio ante las ofensas, era raro el día en que no tenía que habérselas con algún valentón; a veces más de uno.

Más tarde, cuando la dureza de sus puños y la saña que ponía en los golpes propinados fueron del dominio público, las ocasiones en que no tenía otro remedio que enredarse con algún provocador fueron disminuyendo en número, aunque no por completo.

Sin embargo, el odio, el sentimiento que despertaba tanto entre los “fantasmas” como entre los que se encontraban en España legalmente, no disminuía; por el contrario, aumentaba sin cesar. Los primeros no podían ver con paciencia a uno de los suyos disfrutando de un régimen especial, que comía y dormía donde los legales. Éstos no entendían cómo aquel individuo, que se encontraba allí de extranjería, “disfrutaba de las ventajas” reservadas a quienes, como ellos, habían sido contratados dentro de la legalidad vigente.

Por otra parte, “fantasmas” y legales tenían en común la envidia producida por las frecuentes visitas de Perfecció, los desplazamientos de Mohammed en el jeep de aquél y la forma relajada en que el árabe se dirigía al encargado cuando respondía a las preguntas que, delante de todos, le dirigía.

Al principio, unos y otros achacaron la anormal situación a la archisabida homosexualidad del capataz que, sin duda, sería compartida por el marroquí.

Más tarde, cuando todo el mundo comprendió que Mohammed no era de la

misma cuerda -eso es algo que se advierte fácilmente-, la desorientación subió de punto al tiempo que aumentaba el rencor hacia aquella víctima del odio general que se permitía la libertad de privar a los atormentadores de un hermoso insulto: ya no podrían tacharle de maricón. Sería como si le llamasen marciano.

Entretanto, los cultivos de clavellinas continuaron su marcha normal. Si acaso, dos o tres años después de la llegada del antiguo pastor de ovejas, la producción experimentó un sensible aumento. Se recogieron cosechas abundantes, cada vez mayores, aunque el incremento se produjo tan paulatinamente que no llamó la atención de nadie, con excepción del encargado, que manifestó su satisfacción por la incorporación del marroquí. Este atribuía el fenómeno a la casualidad o un hecho natural.

- Hay años en que las cosechas son mejores que otros -afirmaba-. No se me puede colgar a mí como tampoco se me podría culpar de que la próxima sea un desastre. En realidad, los cambios que se hicieron desde que yo vine y empecé a tener algo que ver con la producción han sido poquísimos y casi sin importancia.

Fuese como fuese, el señor Tomeu, a través de Perfecció, ordenó que Mohammed pasara por Administración.

- Pero ¿qué pasa? -inquirió el requerido-. ¿Para qué quiere verme?

- No lo sé -respondió entre gallos y sonrisas- pero me lo figuro. De todos modos, pronto vas a enterarte porque ya sabes que las órdenes del señor administrador han de ser obedecidas sobre la marcha. Vamos allá ahora mismo.

En el tiempo transcurrido desde la primera visita y la actual, nada parecía haber cambiado en el despacho de la máxima autoridad de la empresa. Ni siquiera en el peinado del señor Tomeu debía haberse movido un solo pelo.

- Bueno, Mohammed. Parece que se te dan bien las clavellinas -fue el saludo y la bienvenida ofrecida por el jefe-. Me ha dicho el capataz que tus atinados consejos y observaciones han permitido obtener un aumento de producción. Te seré franco: cuando estuviste aquí la otra vez, ¿cuánto tiempo hace de eso, Perfecció?

- Unos dos años y medio, señor administrador -respondió el encargado.

- Continúo, entonces; cuando hace dos años y medio viniste a este despacho, no

creí posible obtener nada bueno de ti. Sin embargo, aunque me cueste admitirlo, parece que me equivoqué. Tengo entendido que merced a tu intervención ha comenzado a obtenerse un aumento en la producción de clavellinas así como una mejora de la calidad. No lo entiendo, pero incluso parece ser que ahora conservan su lozanía durante más tiempo. Esperemos que todo esto no sea preludio de una plaga que termine con nuestra hacienda. En fin, como me desagrada profundamente hablar de jornales, ahora acompañarás a Perfecció a su despacho y él te comunicará nuevas condiciones económicas. Podéis retiraros.

Los visitantes del administrador obedecieron y, tras saludar, se retiraron.

Cuando se encontraron en la oficina del capataz, éste observó:

- Qué, ¿no te había dicho que no es mala persona?

- Sí, me lo habías dicho -contestó Mohammed que no lograba olvidar las barbaridades escuchadas en aquella ocasión.

- Bueno, pues a partir de ahora estarás en condiciones de comenzar a ahorrar más en serio. Tu jornal ahora será de -aquí Perfecció mencionó una cantidad un poquito menos miserable que la que venía devengando hasta el momento-, es decir, un treinta por ciento más.

El antiguo habitante de Tinerhir, que no tenía un pelo de tonto, estuvo a punto de decir que un treinta por ciento de una miseria es otra miseria, pero se abstuvo de hacerlo. ¿Para qué?

- ¿Estás satisfecho?

- Sí, claro.

- Vuelvo a repetirte que el señor administrador no es mala persona. Un poquito raro, eso sí, pero es incapaz de hacer daño a una mosca.

- A las moscas no te digo que no. Pero a las personas...

- ¿Estás dolido por lo que te dijo la primera vez que habló contigo? Lo mejor será que lo olvides.

- No es fácil olvidar que alguien te niegue en la cara la categoría de ser humano...

- Sí, reconozco que tiene que ser muy duro escuchar cosas así.

- No lo sabes bien. Estoy cansado, muy cansado de tener que luchar para que me dejen en paz, por conseguir un poco de respeto.

- ¿Qué has dicho de luchar?

- No debería haber dicho nada. Quizás esto ponga las cosas peor. Pese a todo, ya que empecé debo terminar. Después de lo sucedido cuando llegué entre tú y yo, quiero decir, reconozco que te has portado formidablemente, como un amigo, como una buena persona. Sin embargo, aquí hay muy malos bichos que no pierden ocasión de fastidiar. No sé cómo decir esto. Primero creyeron que si me tratabas como lo haces era porque me lo ganaba en tu cama. Después, cuando vieron que yo no era como tú, perdóname, no quiero ni ofenderte ni molestarte; a mí no me importa qué es lo que haces ni con quien, hombre o mujer; cada uno es como es. En fin, yo soy “fantasma” pero como y duermo con los que no lo son. Eso ha sido suficiente para atizar envidias y odios que tengo que combatir a puñetazos. Por si fuese poco, cada dos por tres me llevas y me traes en tu coche...

- Total, que te estoy haciendo más mal que bien. Por supuesto, contra mi voluntad.

- Lo sé.

- ¿Y qué podemos hacer?

- A mí se me había ocurrido volver a poner las cosas como eran al principio. O sea, que vuelva al dormitorio y al comedor en que empecé.

Perfecció permaneció unos instantes en silencio, luego profirió un horrendo taco y afirmó:

- De eso nada. ¿Has pensado cómo te tratarían si creyesen que ya no tienes influencia sobre mí?

Aquella conversación quedó suspendida por falta de argumentos a favor o en contra. La situación continuó siendo la misma con la única salvedad que, a partir del día siguiente, Mohammed comenzó a acudir al lugar de trabajo en la misma camioneta en que se desplazaba Lucrecio y el resto de la cuadrilla.

Así transcurrieron casi once años durante los cuales el marroquí se vio obligado a defenderse con demasiada frecuencia. El proceso, de tan repetido, empezaba a ser aburrido. La práctica le convirtió en un luchador extraordinario que no tardaba en dejar fuera de combate a sus oponentes que únicamente le vencían por la fuerza del número.

Finalmente, los encuentros fueron haciéndose menos habituales y ya sólo se producían coincidiendo con la incorporación de gentes nuevas que aún desconocían la contundencia de los argumentos esgrimidos por el árabe.

Sin embargo, los sentimientos de envidia y odio eran más fuertes que el temor y, en vista de que los procedimientos al uso no daban resultado, alguien pensó que se imponía un cambio de táctica.

Entonces, aquel alguien ideó un procedimiento para quitarse de encima el hueso difícil de roer que representaba la presencia del marroquí en la hacienda.

Varios individuos pertenecientes al grupo de los legales asaltaron una noche el establecimiento más importante del pueblo.

Cuando se marcharon, se llevaron el contenido de la caja -unas doscientas mil pesetas- y destrozaron parte del mobiliario. Inmediatamente, denunciaron a Mohammed como autor del robo. La delación la realizaron por teléfono desde el mismo pueblo y en ella facilitaron a la policía nombre y señas personales del acusado, añadiendo de propina el lugar exacto donde se le podía detener. El denunciante disculpó el hecho de no personarse en comisaría por el temor que le causaba la violencia y agresividad que caracterizaban al autor del robo a quien aseguró conocer muy bien.

Tres cuartos de hora después de formulada la denuncia, un par de coches policiales acudió a la hacienda, los agentes hablaron con Perfecció, el cual se negaba a creer cuanto le decían, y poco después, pese a las protestas del indignado capataz y entre las sonrisas sardónicas de algunos miembros de la brigadilla de trabajo, Mohammed fue esposado y conducido a la comisaría del pueblo.

La detención se produjo minutos antes de que la sirena pusiera en pie a quienes dormían a pierna suelta y ocasionó una tremenda confusión. A ella contribuyeron inte-

resadamente los bulos que los organizadores del atraco y la consiguiente denuncia hicieron correr entre los trabajadores de la hacienda.

Probablemente, quien más sereno se mostraba en medio del general desconcierto era el marroquí; los más indignados eran Perfecció y Lucrecio. Ambos juraban y perjuraban que Mohammed era incapaz de haber hecho nada parecido. Además, era materialmente imposible que hubiera tenido tiempo para desplazarse hasta el lugar de los hechos, cometer el delito y regresar para ser detenido. ¡A nadie se le había ocurrido que el desplazamiento -ida y vuelta unos treinta kilómetros- tenía que haberlo realizado a pie, puesto que no disponía de medio de locomoción!

Junto a estas consideraciones, Lucrecio estaba absolutamente convencido, y podía jurarlo con la mano sobre los Evangelios, de que el detenido ocupaba su litera cuando hacía unas dos horas se había levantado para acudir al servicio a donde le reclamaba su irritada próstata. Esa era la segunda vez. Con anterioridad, otras dos horas antes, la primera llamada a los retretes le había permitido pasar a unos centímetros del lugar donde Mohammed roncaba apaciblemente. Estaba completamente seguro y lo recordaba porque, las dos veces, se había prometido que, por la mañana, le echaría en cara el ruido que hacía al respirar.

Por su parte, el especialista en clavellinas venido de tan lejos, con el fatalismo que le caracterizaba, lo aceptó con calma. Cuando le tomaron declaración, cosa que la policía hizo tan pronto llegaron a comisaría. Se limitó a afirmar que no sólo no había robado aquella caja, sino que nunca, en su vida, había robado nada.

Uno de los policías que le tomaba declaración preguntó que dónde había escondido el dinero, a lo que Mohammed respondió que no sabía de qué dinero le hablaban.

- Bueno -dijo el agente que parecía llevar la voz cantante-. Mañana continuaremos. Pero vete poniéndote en lo peor. Estás en España sin documentación alguna y no contento con eso, te lías la manta a la cabeza y cometes un robo con fractura. Aparte de la pena de cárcel que te encasqueten cuando te juzguen, serás expulsado del país. ¿Quieres decir algo?

- Sólo que yo no he robado nada.

- Te deseo que puedas convencer de eso al juez, pero me parece que lo tienes muy crudo. Ahora pasa ahí, a la celda.

El marroquí hizo como se le ordenaba. Su celda no era un palacio pero, lo mismo que el camastro y los cobertores, estaba inmaculadamente limpia.

Cuando el agente que le acompañaba salió cerrando la puerta tras sí, se acostó diciéndose que mañana sería otro día, y en medio de un silencio absoluto muy distinto al barullo infernal que imperaba en los dormitorios colectivos de la hacienda, se quedó dormido casi de inmediato.

A la mañana siguiente fue despertado por el ruido de la puerta que se abría para dar entrada a uno de los policías que le traía una bandeja con el desayuno.

- ¿Quieres ir al servicio ahora o después de desayunar? -preguntó no sin amabilidad.

- Si es posible ahora.

- Pues acompáñame.

De vuelta, el árabe se bebió el tazón de café con leche y se comió el bollo de pan tierno que venía con él. Luego, se sentó a los pies del camastro a esperar no sabía qué.

Pasó el tiempo lentamente; en silencio. La ausencia de ruido parecía ser la característica principal de aquel lugar. La calma, que el detenido notaba y agradecía, fue rota de pronto por el mismo policía que le había despertado a primera hora.

- Es la una y media. Dentro de un momento te traeré la comida. Ah, estás de suerte en lo que se refiere a la amistad. Han venido a preguntar por ti dos de tus amigos. Se llaman Perfecció y Lucrecio. Querían verte pero no puede ser. Por el momento, estás incomunicado. De todos modos, si necesitas algo dilo y te lo traerán.

- No, nada. Que no se preocupen. Estoy bien. Gracias.

El tiempo transcurrió con una lentitud desesperante. La monotonía era cortada a la misma hora todos los días. Desayuno, comida, cena y a dormir. Así pasaron diez aburridas jornadas que el marroquí fue contando cada vez con mayor impaciencia.

Al fin, cuando se cumplía el día once de su encierro vinieron a buscarlo para

llevarle al juzgado. Le concedieron unos minutos para ponerse más o menos presentable, ducharse y afeitarse antes de meterlo en un coche patrulla que se puso en marcha de inmediato.

En el juzgado le presentaron al abogado que se ocuparía de su defensa. El letrado de oficio, en privado, le aseguró que sólo tendría que hacer frente a la acusación de haber entrado en el país sin visado ni pasaporte. La denuncia de robo con fractura había sido retirada por el propio ministerio fiscal aquella misma mañana, ya que los verdaderos autores del delito habían sido detenidos y estaban a buen recaudo. “Les debes mucho a tus dos amigos Perfecció y Lucrecio que no han parado hasta conseguir que se hiciese una investigación en regla. Por otra parte, los estúpidos que organizaron el robo no han cesado de alardear de haberte quitado de en medio desde que la policía te detuvo”.

- De lo que no hay manera de librarte es de la repatriación -añadió.

Efectivamente, así fue y cuarenta y cinco días después Mohammed embarcaba, bajo custodia, en un barco que zarpaba de Barcelona con destino a Melilla, haciendo escalas en Valencia, Cartagena y Almería. Con él viajaban otros ocho deportados “fantasmas” descubiertos en la hacienda a consecuencia del ruido que hizo el asunto del robo perpetrado por los enemigos del marroquí.

Pero antes de su partida para la capital catalana, Perfecció, Lucrecio y Mohammed pudieron despedirse. El primero tuvo el detalle de entregar al último el saldo de la irregular cuenta abierta a nombre de éste en los clandestinos libros de la hacienda. No se trataba de una fortuna, ni mucho menos, pero para quien no tiene nada, algo es bastante.

- Viendo perderse a lo lejos la estatua de Colón sobre su columna en el puerto catalán, mi padre -dijo Hassan- se prometió firmemente no volver a alejarse de Tinerhir en toda su vida.

HASSAN

Con aquellas palabras Hassan terminaba el relato acerca de las correrías de Mohammed, su padre. Antes, había dedicado una considerable cantidad de tiempo a contarme las aventuras de su abuelo Ibrahim.

- Entonces -me preguntó- ¿sigue usted interesado en conocer mis andanzas en España?

- Claro, ya te he dicho que sí. De manera -añadí- que ahora mismo, si te parece, puedes comenzar la historia.

- De acuerdo -manifestó Hassan haciendo una profunda inspiración y acomodándose en el sillón que había sido su tribuna desde el primer día en que visitó mi casa.

- Los episodios que he vivido desde que me marché de Tinerhir no tienen ningún parecido con las existencias de mi abuelo y mi padre en este país. Los tres teníamos diferentes edades cuando nos decidimos a pasar el Estrecho. El primero que lo hizo, Ibrahim, tenía 23 años. El segundo, Mohammed, 38. Yo, el último por ahora, 28. Ninguno de nosotros salió del mismo lugar ni llegó a idéntico sitio. Yo zarpé de Nador, en Melilla, en cuyo puerto supe de la existencia de un cafetín situado en la Avenida de Hassan II, en el que reinaba como señor absoluto Mohammed El Kadduri, propietario de una flota de pateras.

El segundo de este personaje era quien daba la cara. Se lo conocía por el apodo de El Cónsul y, afirmaba que: “si no queremos que el negocio se nos vaya de las manos, quienes nos dedicamos a él no debemos pasar a nadie por una cantidad inferior a las 65.000 pesetas. Lo ideal sería entre esta cifra y las 100.000”.

A pesar de lo que he dicho acerca de las diferencias entre nuestras circunstancias, hay dos que resultaron calcadas: la primera, el uso de la patera como medio de transporte; la segunda, el general menosprecio y desconfianza con que habíamos de ser

acogidos; eso para no mencionar la franca hostilidad y agresividad con que se nos ha venido tratando, incluyendo malos tratos físicos.

Para no repetir, una vez más, los detalles de la travesía propiamente dicha, me limitaré a decir que todo resultó como era de esperar hasta que, a unos doscientos cincuenta metros de la costa, entre Motril y Almería, frente a un lugar llamado Adra, la patera en que yo viajaba -un lanchón tosco y pesado, con exceso de peso- naufragó.

Supe después que se rescataron tres cadáveres, hubo treinta y seis desaparecidos y otro viajero y yo mismo fuimos detenidos. Yo pude oír con claridad como mi compañero, un muchacho muy joven, rogaba al Guardia Civil que le detuvo y le estaba poniendo las esposas que prefería le pegara un tiro a que le devolviera a África.

Aquel mismo día, cuando las autoridades nos encerraron en un centro de internamiento donde deberíamos aguardar 40 días, aproximadamente, la realización de los trámites para nuestra repatriación, mi compatriota me confesó que aquella sería su segunda expulsión de España. Añadió que, tan pronto como reuniese el dinero suficiente para pagar el pasaje, volvería a intentarlo.

La primera vez, había estado en el país alrededor de un año. Le habían cogido por cometer una imprudencia. Había robado un queso en un puesto del mercado y se dejó sorprender. La culpa la tuvo él mismo, pues no supo soportar el hambre.

Pocas fechas después tuve la oportunidad de sorprender la conversación de dos guardianes del centro. Comentaban que antes de un mes se haría la expulsión. Ésta tendría lugar en Almería, en cuyo puerto embarcarían en un ferry con destino a Melilla a todos los que permanecíamos encerrados en el establecimiento de detención de El Ejido.

Desde el momento que supe cuándo se produciría la expatriación, no cesé de cavilar, aprovechando todas las oportunidades de estudiar el lugar en que me encontraba. La prisión, pues aquello era una prisión con rejas y guardias, consistía en realidad en un viejo caserón medio en ruinas del que, una vez conocida la escasa atención que se concedía a la vigilancia, propiciada ésta por la pasividad y el fatalismo de los detenidos, era bastante fácil fugarse.

Así que aproveché la primera ocasión que se me presentó y, arriesgándome a romperme el cuello, trepé al tejado a través de un agujero mal reparado en el maloliente retrete. Después, saltando como una de las cabras que hacía poco tiempo había pastoreado, fui pasando de edificio en edificio hasta llegar a uno demasiado alejado del próximo para intentar un salto más y allí me detuve para estudiar la situación.

Era de noche pero la luna alumbraba lo suficiente para ver donde ponía los pies. Entonces me confié en exceso y, al tratar de introducirme en una guardilla a través del tragaluz, di un paso en falso y conseguí pegarme un batacazo tremendo. El cuello no me lo fracturé, pero estuve a dos dedos de romperme un tobillo. Sentí un dolor insoportable que me obligaba a pisar desplazando el peso del cuerpo sobre el otro pie. Conservo desde entonces la leve cojera que, sin duda, habrá observado.

En el desván a donde había ido a parar, afortunadamente desierto en aquellos momentos, encontré unos trapos -realmente harapos- con los que improvisé un vendaje. Sólo me detuve unos instantes para apretar fuertemente la venda. Debía abandonar lo antes posible aquel lugar. Si me sorprendían allí, lo más probable sería que se armara un escándalo de resultados del cual yo iría a parar de cabeza al sitio de donde, con tanto esfuerzo y riesgo, había escapado.

Cuando llegué al portal, descendiendo en silencio las escaleras y salí a la calle, por su aspecto una calle de barrio, comenzaba a amanecer. Tenía que ocultarme en algún sitio antes de que mi aspecto y mi ropa arrugada y desastrada despertara las sospechas de algún ciudadano madrugador. Debía alejarme urgentemente de El Ejido.

Ocultarme y alejarme. ¿Por qué no hacer las dos cosas a la vez? La visión de una parada de taxis con un par de vehículos aguardando y sus dos conductores medio adormilados tras sus volantes me recordó las palabras de mi compañero de captura.

- Yo salí de muchos líos haciendo lo menos recomendable; lo más inesperado - me había dicho.

Bien, pues lo menos lógico sería meterme en un taxi y pedir que me llevase a Almería.

No lo pensé mucho tiempo. Si lo hacía, seguramente no me atrevería a dar un

paso tan arriesgado como aquél. Así que encomendándome mentalmente al Profeta, di unos golpecitos en el cristal de la ventanilla del primero de los dos coches y pregunté al sobresaltado chófer cuánto me costaría el viaje hasta Almería. Como la cantidad mencionada estaba dentro de mis posibilidades y no me parecía excesivamente elevada, le hice una señal de conformidad y, aparentando una seguridad en mí mismo que de ningún modo sentía, me introduje en el coche.

Allí atrás, solo tras la espalda del taxista, me dije que ojalá mis pensamientos no pudiesen ser descubiertos por aquél. Si tal cosa fuese posible, el hombre no tardaría mucho rato en advertir el pánico que me embargaba. De momento, parecía considerar a su pasajero como un ser normal. Cierto que cuando me había acercado, me había dirigido una mirada un poco extraña, pero después su comportamiento fue absolutamente natural aunque silencioso.

Al acercarnos a las primeras casas de la ciudad, aflojó la marcha, se volvió hacia mí y preguntó:

- ¿Dónde quieres que te deje?
- En la estación de ferrocarril.

Ya era de día cuando llegamos a mi destino. Allí pagué el precio ajustado, abandoné el taxi y entré en la estación. A pesar de que hasta entonces no había tenido tropiezo alguno, tenía el convencimiento de que no estaría seguro hasta que me viese lejos del Mediterráneo; por aquella razón me resigné a pegar otro mordisco a mi exiguuo capital, la modesta cantidad que mi padre me había dado el día que nos despedimos.

Estaba de suerte. En la pizarra donde se indicaban salidas y llegadas figuraba la anotación de que a las 10:30 salía un tren, sin desviaciones ni transbordos, para Madrid.

Refresqué la memoria en un gran mapa mural que ocupaba casi toda la pared. Aquella ciudad, capital del país, estaba en el centro. Una vez allí, ya estudiaría lo más conveniente. Eran las 9:30. Tenía tiempo para sacar el billete y tomar un café con leche.

Después, pasé a los lavabos donde me aseeé lo mejor que pude. No sabía si el elemental lavoteo o el sencillo desayuno tenían la culpa pero lo cierto era que me encontraba muy animado. Dispuesto a mejorar aún más mi estado adquirí en el bar de la estación un par de bocadillos, un refresco y me dispuse a aguardar el momento de la salida del tren. Para ello, pasé a la sala de espera, un lugar solitario, silencioso y en penumbra al que sólo alcanzaba de vez en cuando el ruido producido por la llegada o la marcha de un tren.

A la hora anunciada el silbato del jefe de estación ordenó la partida del convoy en que me dirigía a un lugar donde esperaba encontrar ocasión de comenzar una nueva vida.

El vagón en que me había introducido iba casi vacío. Enfrente de mí dos mujeres de edad hablaban excitadamente de sus nietos y reían sus ocurrencias y travesuras.

A un lado, dos hombres de rostros curtidos y serios permanecían casi todo el tiempo callados y rompían su silencio sólo para hacer comentarios acerca de la pesca.

El revisor vino una vez, picó nuestros billetes, expidió uno para el viajero que había subido en el último minuto y se fue tras desearnos un feliz viaje. Nada de pedir documentos, afortunadamente.

Tenía razón mi compatriota cuando afirmó que resultaba más seguro hacer las cosas a cara descubierta que andar con tapujos. Hasta entonces estaba en lo cierto. Pero aquella forma de actuar costaba dinero.

Al llegar a Madrid me encontré en un lugar que no me agradaba lo más mínimo. Acostumbrado al silencio del Atlas, habituado a caminar en soledad, el encontronazo violento con las multitudes que llenan las calles amplias e interminables, aquel ir tropezando literalmente con la gente, me desconcertaba y mareaba.

¡Tenía que irme de allí lo antes que pudiera! Sí, pero antes debía ingeniármelas para ganar unas pesetas. Mis reservas no resistirían muchos embates como los de aquel día.

¿Y dónde ganar dinero rápido? Otra vez los consejos del marroquí que había hecho el cruce del Estrecho en mi compañía eran dignos de tener en cuenta. Entre

otras posibilidades me había hablado de los mercados. En ellos, dijo, siempre se encuentra la forma de hacerse con algún dinero. Cargando y descargando camiones de fruta, carne o pescado. Se trata de un trabajo duro que hay que realizar a toda prisa, pero está bastante bien pagado, había añadido con una sonrisa cómplice.

Pero allí, en aquel lugar desconocido, la cosa más sencilla se complicaba. Algo tan simple como desplazarse al mercado general, primero enterarse dónde estaba situado, luego saber qué medio de transporte -metro, autobús- era el más indicado, se convertía en un verdadero acertijo. No quería ni pensar en lo que sería todo aquello si no conociera el idioma.

Por fin, preguntando aquí y allá, recibiendo respuestas bruscas y cortantes e incluso siendo objeto de miradas despectivas y silencios significativos, me enteré de donde estaba lo que buscaba y de la forma más rápida y menos costosa de llegar allí.

Cuando me vi a unos pasos de la enorme construcción sobre cuya entrada campeaba un gran letrero en el que podía leerse “MERCAMADRID” y debajo, en letras más pequeñas, Valverde Bajo - Vallecas, era ya noche cerrada, pese a lo cual la actividad no se detenía un solo instante.

Sin perder un segundo, me dirigí a un hombre que parecía vigilar con atención la descarga de tres grandes camiones y a gritos impartía órdenes alternando censuras y halagos a los individuos que se afanaban en la tarea.

- Busco trabajo -me limité a decirle.

- Un poco tarde, pero ya lo has encontrado -respondió-. Ponte allí y límitate a hacer como los demás. Venga; ya hablaremos luego.

Hice como se me ordenaba y durante varias horas, hasta pasada la media noche, trabajé duramente. Sin embargo, a pesar de poner toda mi atención en lo que estaba haciendo, tuve aún un momento para observar que dos de los que integraban mi reducido equipo eran tan africanos como yo. Luego, cuando nos detuvimos unos momentos para comenzar la misma operación de descarga en otro camión que vino a ocupar el lugar abandonado por el que se iba de vacío, pudimos intercambiar unas palabras que vino a interrumpir el encargado de todo aquello.

- Vamos, vamos -gritó-, al tajo. Duro. No os rajéis ahora. Ya queda poco.

Efectivamente, aquel ritmo de trabajo era el más adecuado para complacer al jefe más exigente y, al mismo tiempo, derrengar al hombre más fuerte. Yo ya estaba cansado aunque hacía poco que me había incorporado a la faena.

- Te falta costumbre, pero está claro que eres un tío duro -me dijo uno de los marroquíes cuando se acabó la labor-. Y ahora -agregó- vamos a lo mejor; a cobrar. Ven con nosotros.

Cerca de allí se había formado una pequeña cola. En ella aguardaban turno los hombres que, hasta entonces, se habían roto la espalda privando de su carga a los vehículos. Bajo la cruda luz proyectada por una alta farola, sentado tras una mesa, acompañado por otras dos personas y protegido por dos vigilantes armados, se encontraba el capataz que había aceptado mi colaboración.

La fila se fue moviendo con rapidez. Los trabajadores que la formaban se limitaban a recoger el dinero que les entregaban y se iban, casi siempre después de preguntar: ¿Mañana, qué?

- Mañana a las ocho -invitó el capataz cuando llegó el turno de Hassan y le entregó unos billetes y un puñado de monedas. Hoy no es mucho, la verdad, pero has trabajado sólo unas horas. Mañana será más.

- Muy bien -aceptó el novato.

- Y ahora, ¿qué vas a hacer? -inquirió uno de los conciudadanos del de Tinerhir.

- La verdad es que no lo sé. A estas horas va a ser difícil que encuentre un tren de cercanías o un autobús de la línea 85. Debe hacer rato que los dos dejaron de funcionar. Lo mejor será que busque por aquí un sitio donde tumbarme un rato hasta las ocho. Además, si encontrara en qué irme hasta Madrid, en cuanto llegara tendría que dar la vuelta para estar a tiempo de empezar cuando los demás.

- No digas barbaridades -intercaló el magrebí que hasta entonces no había abierto la boca-. Mi amigo y yo tenemos dos bicicletas, unas verdaderas birrias, pero que aún ruedan. Uno de los dos te llevará sentado en el manillar. Esta noche, bueno, lo que queda de ella, dormirás en nuestro “palacio” -ofreció con acento burlón-. Mañana, ya

veremos.

- Sí -confirmó el otro-. Vamos a buscar esas dos joyas del ciclismo. Por cierto, yo me llamo Ismail y mi amigo Ahmed.

- Yo soy Hassan -se presentó la nueva adquisición de Mercamadrid-. Llevo poco tiempo en España y estoy aún bastante despistado.

- Estarás todo lo despistado que quieras pero te las apañas formidablemente con el idioma. Te oí hablar con el encargado del descargue. ¿Dónde lo has aprendido?

- Allá en el Atlas, en Tinerhir; de allí es mi familia. Todos hablamos español y un poco de francés.

- El francés no sé de qué te va a servir aquí, pero como el saber no ocupa lugar ... en cambio, el español de va a venir de perilla.

Alguien había apagado el potente foco que había alumbrado los pagos del tiempo trabajado y los jornaleros se habían ido. A la mortecina luz de unas pocas bombillas el trío de marroquíes se había acercado a un enrejado metálico al que estaban sujetas con cadenas las dos bicicletas más decrepitas que Hassan había visto en toda su vida. Sin embargo, tal como afirmaba Ahmed, aún rodaban. Prueba de que lo hacían y a una relativa buena marcha, aproximadamente una hora más tarde, después de atravesar lo que Ismail anunció en todo jocosos como la moderna y hermosa ciudad llamada El Pozo del Tío Raimundo, llegaron a una chabola construida con chapa de zinc y uralita.

- Aquí -dijo Ahmed a beneficio de Hassan- dejar a la intemperie las bicicletas es una clara invitación a que nos las birlen. Esta noche, y las que pases aquí, procura dormir con la boca cerrada; así no te robarán las muelas.

Después de introducir las dos bicis en la barraca el escaso espacio interior aún se hizo más limitado. Antes de extender en el suelo de tierra la lona en la que todavía podía leerse “TRANSPORTES LÓPEZ BILBAO”, Tafalla, Navarra, sobre la que intentarían conciliar el sueño, uno de los anfitriones sacó de un curioso armario que ocupaba en su totalidad una de las paredes, un trozo de queso de generosas proporciones, lo partió en tres, cortó tres gruesas rebanadas del pan extraído del mismo lugar y, de un rincón, al que llamó el refrigerador, tomó una botella de agua.

- Yo ya he comido -se disculpó Hassan que no deseaba hacer el papel de gorrón-. No tengo apetito.

- Pues haz un esfuerzo. Mañana está a la vuelta de la esquina y tendrás que bajar como un mulo.

Así que el de Tinerhir no protestó más y se comió su parte con el apetito que decía no sentir. Luego, apagaron la lámpara de petróleo que había alumbrado el festín y se cubrieron con un sucedáneo de manta confeccionada con sacos.

Aquella era una cama redonda cuya dureza no impediría el sueño a los tres emigrantes clandestinos, porque aunque no se había dicho palabra sobre el asunto, Hassan estaba casi seguro de que sus compañeros de trabajo y lecho estaban allí tan clandestinamente como él. No tuvo tiempo para más. Diciéndose que mañana los conocería mejor, se quedó dormido como un tronco.

Su regreso al mundo de la realidad se produjo de modo violento; pasó del olvido a la conciencia de lo que le aguardaba merced a las inmisericordes sacudidas que sus compatriotas le propinaban.

- ¿Tardas siempre tanto en despertar? -preguntó Ismail-. Lo digo para empezar a sacudirte con tiempo suficiente. Ya creímos que te sucedía algo malo.

- Pues no -respondió el confuso Hassan-. No entiendo cómo me ha pasado esto.

- Es bien sencillo -opinó Ahmed-. Ayer, cuando te dormiste, estabas molido. El viaje, los nervios y el atracón de trabajo te dejaron para el arrastre.

Pocas palabras se cruzaron después de éstas. Sin tiempo para muchas, calentaron en un infiernillo una mezcla de agua y leche condensada a la que añadieron café instantáneo y se zamparon otras rodajas de pan procedente del aparentemente inagotable armario.

El regreso a Mercamadrid se hizo por el mismo procedimiento que la noche anterior. La única diferencia radicaba en que Hassan iba de paquete en la otra bicicleta.

- Aquel viaje -confesó el antiguo pastor de ovejas cuando, tiempo más tarde en Oviedo, relataba sus peripecias- me concedió la oportunidad de contemplar en su salsa El Pozo del Tío Raimundo.

Se trataba de una enorme acumulación de construcciones similares a la que le había servido de cobijo la noche pasada; algunas, era evidente, en mucho peor estado. Aquí y allá, en medio del remedo de calles, los restos de algunos automóviles a los que se había ido despojando de ruedas, asientos y otras partes desmontables, se daban la mano con desvencijados muebles, bañeras desportilladas e inservibles.

Irremediablemente, el marroquí recordaba el estado miserable de algunos pueblos de su propio país. Especialmente, si se fijaba en las bandadas de niños sucios, medio desnudos que correteaban sin cesar.

Por fin, las dos bicis y sus tres ocupantes dejaron atrás aquella visión de pesadilla y llegaron a su destino. Eran las ocho y el hombre que les había aguijoneado ... y pagado el día anterior parecía esperarles, rodeado por un grupo de individuos tan desastrados como ellos mismos.

- Andando -gritó a poco-. Hoy a nuestro equipo le toca “almacenar”.

Aquello de almacenar no tenía ninguna gracia. Al principio parecía más descansado que lo de la noche anterior, pero pronto se vio que, poco más o menos, era igual de fatigoso. En realidad consistía en apilar en las carretillas mecánicas las cajas de productos del campo que otros equipos iban amontonando en el suelo.

Las cajas y cajones parecían surgir de la nada y las carretillas se encargaban de hacerlas desaparecer en el interior del mercado.

Los capataces estaban dotados de una extraña habilidad para excitar la vanidad de sus hombres fomentando la rivalidad entre los distintos equipos.

- ¡A ver quiénes son más rápidos, ellos descargando los camiones o nosotros quitando del medio lo que nos echan!

- Y todos, nosotros y ellos, como niños rompiéndonos la crisma, sin enterarnos -me dije- redoblando mis esfuerzos.

- Son las doce -avisó el jefe-. Una hora para comer. No os retraséis que aún nos queda mucha labor.

Los tres marroquíes, como atraídos por una fuerza superior, nos reunimos rápidamente.

- Y ahora ¿qué? -pregunté a mis compañeros.
- Ya lo oíste; ahora a comer -respondió Ahmed.
- A comer ¿qué? y ¿dónde? -insistí desorientado.
- Síguenos y lo verás -aconsejó Ismail.

Al otro lado de la carretera y tras una valla que impedía su vista a los no iniciados, había un establecimiento en el que, por un precio módico, podía comerse un abundante plato de lentejas con patatas y chorizo seguido de otro de carne asada.

- ¿Chorizo? -inquirí haciendo una mueca de contrariedad al escuchar las explicaciones del aprendiz de camarero que servía las mesas en el amplio comedor.

- Cuando volvamos a casa cumpliremos lo que manda el Corán. Ahora no podemos -se limitó a aclarar uno de los veteranos.

- Sí -aprobó el otro- no vamos a dejarnos morir de hambre.

- Hablando de volver a casa, ¿de dónde sois? Yo ya os he dicho que vengo de Tinerhir, en la cordillera del Atlas.

- Somos de Rabat. Hemos hecho el viaje en la misma patera y estamos aquí desde hace cerca de dos años, pero ya llevamos algo más lejos de casa ...

- Sí -cortó Ismail- por circunstancias largas de contar, estuvimos primero en Fez y luego en otros sitios, viniendo después a parar aquí -resumió apresuradamente al ver que llegaba su comida.

Cuando probé las lentejas me di cuenta de que estaba hambriento. Los otros dos debían experimentar la misma sensación así que, hasta que dimos cuenta de todo lo que nos pusieron delante, no volvimos a pronunciar palabra.

Después salimos a estirar un poco las piernas mientras aguardábamos el momento de iniciar de nuevo el duro trabajo.

- Tengo que pedir os otro favor -dije a los dos marroquíes de Rabat.

- Tú dirás -me contestó uno de ellos.

- Quisiera que me orientarais sobre un par de cuestiones. La primera es acerca del transporte. ¿Sabéis dónde puedo comprar una bicicleta? Me basta con que esté como las vuestras. Es que he pensado que si aquí sigue habiendo trabajo, sería tonto irme

a buscarlo a otro lado y no voy a seguir haciendo de paquete todos los días; y ahora viene la segunda que no sé si debiera ser la primera. Vosotros que lleváis tiempo viviendo en El Pozo del Tío Raimundo, quizás sepáis de alguien que alquile un camastro. Como la bici, tendría que ser algo barato.

- Mira, Hassan -declaró Ahmed-. Esta mañana, antes de lograr despertarte, hemos tenido tiempo para hablar. Y hemos llegado al acuerdo de que si eres lo suficientemente duro para dormir en el suelo como has hecho la noche pasada, no es preciso que busques alojamiento. Ya lo tienes en nuestro chamizo. De momento estaremos un poco justos de espacio. Después, cuando lo ampliemos un poco... nuestro domicilio tiene la ventaja de que resulta fácil de ampliar y reducir; como las paredes son prácticamente de papel, no hay más que retirarlas o acercarlas hasta donde se desea y volver a sujetarlas como estaban antes de moverlas. Así que si quieres, te quedas con nosotros hasta que te canses de vernos la jeta. ¿Qué te parece el plan?

- De perlas, siempre que contribuya a pagar los gastos de comida y alojamiento.

- Muy bien, dalo por hecho. Lo de la bici, tampoco creo que sea algo difícil de arreglar. Aquí, en El Pozo se compra y se vende de todo. Te sorprenderías si te habláramos de los cambalaches que hemos visto.

El tiempo había pasado sin sentir y, terminada la hora de libertad concedida por el tirano que gobernaba en nombre y representación de Mercamadrid, era el momento de volver al tajo.

Los días que habían de venir a continuación de aquellos dos primeros fueron un copia casi exacta de los iniciales.

Al principio, en especial cuando un domingo en que, aprovechando la oportunidad de que en aquella jornada no había trabajo, pusimos manos a la obra para ampliar la barraca, nos vimos obligados a repartir algunos mamporros entre los vecinos empeñados en hacernos objeto de sus burlas despectivas. Casi siempre llevábamos las de ganar y decíamos la última palabra, creo que porque, además de ser fuertes y tener la razón, no temíamos soportar algún sufrimiento para defender nuestros derechos.

Tanto Ahmed como Ismail eran dos excelentes luchadores que no le hacían as-

cos a una buena pelea y sus puños tenían la contundencia de una apisonadora. Los míos, a decir verdad, tampoco estaban mal.

Así que, cuando aquellos perdonavidas comprendieron que sólo consentiríamos las ofensas verbales y que pasar a los hechos podía costarles caro, se limitaron a insultar aunque sin gran variación ni ingenio.

Ya al principio, pocas semanas después de mi llegada y asociación con mis compatriotas, al notar el calibre de aquella fobia, les había dicho:

- ¿ Y qué pasará si estos miserables racistas, aprovechando nuestra ausencia, arrasan la chabola, la queman y se llevan lo poquísimo que hay en ella?

- Yo te lo diré -respondió Ismail el cual no se distinguía precisamente por su elocuencia-. Si se deciden y hacen lo que temes, tendremos que aguantarnos. Ni pensar en una denuncia a la policía. Nos echarían el guante y pronto estaríamos en un barco rumbo a nuestra tierra. Así que recemos para que no se les ocurran semejantes ideas.

O bien las oraciones combinadas de los tres marroquíes fueron escuchadas con agrado, o la imaginación colectiva de los pobladores de El Pozo del Tío Raimundo padecía alguna tara, el caso fue que mis peores temores tardaron meses en hacerse realidad.

Cuando el desastre se produjo, afortunadamente era verano y hacía un calor sofocante pues, caso de que hubiese hecho frío o estuviera cayendo un aguacero, no sé como nos hubiésemos arreglado.

De nuestro refugio no quedaba nada en pie. Parecía haber sido víctima inocente de un tornado. Se veían restos calcinados de algo que debió ser el armario. Y poco más.

Teníamos tres bicicletas que, la verdad, no estaban para demasiados trotes. Cada uno de nosotros llevaba encima cuanto había ido ahorrando trabajosamente en aquellos meses.

Esa noche la pasamos al raso, tumbados en el santo suelo; casi entera se nos fue hablando. Los tres coincidíamos en una apreciación: habíamos tenido bastante Pozo del Tío Raimundo para una vida y éramos partidarios de largarnos de allí.

Entonces mis compañeros de fatiga, casi al alimón, me pidieron perdón por haberme mentido.

Yo estaba más desconcertado que nunca. ¿En qué me habéis engañado? -les pregunté.

- Pues prácticamente en todo -respondió Ismail-. Verás, como es lógico, cuando te conocimos ignorábamos cómo eras; ni siquiera sabíamos si lo que nos decías, tu nombre, de dónde procedías, a qué te dedicabas en Marruecos, era cierto o un infundio. El brazo de la policía de tu tocayo Hassan es muy largo y nosotros, a sus ojos, no somos precisamente unos angelitos. La verdad es que los dos nacimos en Marraquech, en la calle de la Bahía, junto al Museo Dar Si Said, nos conocemos desde niños, estudiamos en la misma escuela y, ya de mayores, decidimos ir a estudiar a Rabat ya que nuestras familias disponían de medios económicos suficientes para que ingresáramos en la universidad. Fuimos juntos y juntos comenzamos a darnos cuenta de que nuestro país no es un modelo de democracia. Después de eso, sólo era cuestión de tiempo que nos comprometiésemos en actividades políticas contrarias a la monarquía. Primero tuvimos que escapar a Fez. Luego, tampoco allí estábamos seguros, así que a lo mejor era poner el Estrecho por el medio. Nuestras familias, una vez más, acudieron en nuestro socorro y pagaron el precio del viaje en patera. Sabemos que tanto en Marraquech como en Rabat y en Fez nos están buscando. De vez en cuando, por medio de asociaciones estudiantiles universitarias ligadas a las de aquí, tenemos noticias de casa.

- ¿Y por qué me decís todo esto ahora? ¿No tenéis miedo a que os juegue una mala pasada? Si me detienen podría irme de la lengua -pregunté.

- Ahora ya te conocemos. Además, sin enterarte, tú mismo nos has confirmado lo que nos has dicho; y más de una vez. Quizás no lo sepas pero hablas en sueños. Varias noches nos has despertado recordando a tu familia, a tu vida en Tinerhir. Ya casi conocemos a tus ovejas favoritas -aseguró Ahmed.

- Podría estar fingiendo -contradije en tono serio.

- Y si yo volase, no sería Ismail, sería un pájaro.

- Bueno, vayamos a lo práctico -propuse-. ¿Qué vamos a hacer mañana?

¿Habéis pensado en algo?

- Siempre hemos sabido que algo parecido a lo que ha sucedido hoy, nos pasaría tarde o temprano -declaró Ahmed-. Por otra parte, ya empezábamos a estar hartos de esto. Normalmente, no solemos estar tanto tiempo en el mismo sitio. Así que, de momento iremos a Madrid; luego veremos. ¿Y tú qué piensas hacer? No te invitamos a continuar en nuestra compañía por varias razones. La primera, que un grupo de tres africanos llama más la atención que uno o dos solos. La segunda, que si los amigos de nuestro rey nos localizan no se van a andar con bromas. Estamos acusados de alta traición. Es mejor para ti que olvides que nos has conocido.

- Bien, puede que tengas razón. Sin embargo, yo también voy a ir a Madrid. Desde allí, viajaré en tren, pagando o como polizón, a una región del norte llamada Galicia. Hace unos días encontré en el comedor un folleto turístico de aquella zona en el que se incluía un mapa. Si lo que figura en aquellos papeles es la mitad de hermoso de lo que parece, debe ser digno de ver de cerca. Además, para mí, que estoy obsesionado con la idea de alejarme lo más posible del sur y del Mediterráneo, tiene la ventaja de estar al norte del norte.

- Entonces, como me figuro que no vamos a ir hasta Madrid pedaleando en nuestras bicis, debemos decidir -propuso Ismail- qué vamos a hacer con ellas.

- Creo -respondió Ahmed- que debemos intentar venderlas por lo que nos den. Si sacamos lo suficiente para pagarnos los billetes de autobús hasta Madrid ...

- De acuerdo; tratemos de dormir hasta el amanecer; creo que no falta demasiado tiempo. Mañana será otro día.

Aquella noche, o mejor aún, lo que quedaba de ella, tardó una eternidad en pasar. El suelo estaba demasiado duro y no había forma de encontrar el sitio adecuado ni la postura conveniente para conciliar el sueño. A punto ya de salir el sol, los tres magrebíes se durmieron. Estaban derrengados.

Tres horas más tarde, en un pequeño ba

fuertemente las manos, Ismail y Ahmed se pusieron en camino rumbo a la Estación de Atocha donde tenían pensado tomar un tren hacia Jaén. “Allí hay olivos”, dijeron obscuramente.

Por mi parte, cubrí a pie la corta distancia que me separaba de la estación de donde aquel mismo día, esperaba, saldría el tren que me llevaría a Galicia.

Cuando entré en el amplio edificio eran las doce y media. Busqué y encontré enseguida las pizarras eléctricas que señalan los horarios de salida y llegada de los diferentes trenes.

Estaba de suerte; a las dos en punto partía un tren que, en poco más de ocho horas me dejaría en La Coruña. Desde allí suponía que no me sería difícil llegar a Burela. Las fotografías que había visto en el folleto, que aún conservaba, así como el nombre que para mí tenía un sonido sugerente, eran como un imán que me atraía poderosamente.

Sin problema alguno obtuve el billete de segunda clase, la más barata, fui a una de las cafeterías a la vista y adquirí media docena de bocadillos de queso, carne y tortilla de patatas; me los pusieron, junto con tres grandes botellas de agua, en un par de bolsas y ya estaba listo para emprender el viaje.

Como había hecho en la estación de Almería, fui a los servicios donde me lavé un poco y, después, busqué el andén de donde saldría mi tren. Claro que antes tuve que informarme. El corazón me dio un vuelco cuando me acerqué a la taquilla en la que había adquirido mi billete, pues, a dos pasos de ella, una pareja de policías uniformados, que no estaba allí momentos antes, se encontraba de vigilancia. Afortunadamente para mí, en medio de la estación se produjo un revuelo precedido de carreras y seguido de varios toques de silbato. Los policías salieron a toda velocidad hacia el lugar del desorden, dejándome dueño de la taquilla y sus alrededores.

Así que me armé de valor y pregunté al individuo de la ventanilla lo que deseaba saber. Respondió que debía dirigirme al andén número dos. Encontrarlo fue sencillísimo pues todos ellos cuentan con letreros perfectamente visibles.

Pocos minutos más tarde había encontrado el lugar en que aguardaba el convoy

número 00151, en cuyos vagones se indicaba: Destino: Coruña”.

Un hombre de uniforme y gorra de plato aunque no de la policía o la Guardia Civil, me pidió el billete cuando estaba a punto de subir los peldaños de acceso.

- No se apesure; todavía faltan cinco minutos -me dijo con una sonrisa amable.

Entonces me di cuenta de que aquél era el primer gesto verdaderamente amistoso de que había sido objeto desde mi llegada a España y, en un acceso de injustificado optimismo, me pregunté si la actitud del empleado de ferrocarril no sería la señal de que las cosas comenzaban a mejorar para mí.

Sin embargo, no tardaría en comprobar lo equivocado de mi suposición.

Yo iba completamente solo en un departamento en el que había sitio para ocho personas sentadas. Poco antes de que el tren se pusiera en marcha, se abrió la puerta corredera y entraron una mujer y un hombre que ocuparon asientos frente a aquél en que yo me sentaba.

El hombre me miró unos instantes con un gesto hostil, como si estudiase un bicho extraño, y dijo sin apartar sus ojos de los míos:

- Aquí huele mal, muy mal. En realidad, apesta ...

- Juan, por Dios; no empieces con tus cosas. Tengamos la fiesta en paz.

- Todo lo que quieras, pero insisto: esto huele peor que una perrera ¿No le parece a usted? -me dijo lentamente.

Aquella pregunta directa era digna de una sola respuesta, aunque también podía ser contestada con el silencio. Ignoro si los nervios que había soportado ante la taquilla de la estación hacía un rato, o los espíritus del mal que me hablaron al oído, fueron los responsables de que, olvidando toda prudencia., le dijera claramente:

- Sí, señor, tiene razón, aunque le aseguro que antes de entrar usted no lo había notado.

El desagradable individuo se puso en pie de un salto y vino hacia mí con los puños cerrados.

Sin embargo, la mujer que le acompañaba no andaba mal de reflejos, le aferró por ambos brazos y le empujó con fuerza hacia su asiento.

- Si dices una sola palabra -le advirtió- me bajo del tren en la primera estación que se detenga; ya estoy harta de que me avergüences ... y usted -me dijo con voz temblona- perdone la inconveniencia.

Yo me limité a hacer con la cabeza una señal afirmativa y luego fui a sentarme en el extremo más lejano.

Las ocho horas pasadas en aquel vagón de ferrocarril fueron de las más largas y desagradables que he vivido hasta la fecha -afirmó Hassan al reanudar el relato suspendido la tarde anterior en el despacho de mi casa en el que la cantidad de cintas grabadas aumentaba sin cesar.

Aquel desagradable individuo no dejó de observarme durante todo el viaje; juraría que no apartó de mí su mirada más que el tiempo necesario para parpadear. Era una situación insostenible a la que venía a unirse el temor de que, al llegar a La Coruña, me denunciara a la policía, si bien confiaba en que su acompañante femenina se lo impidiese.

Puede parecer una tontería pero cuando, no sabiendo que hacer bajo la inspección de que era objeto por parte del hombre malhumorado, saqué del bolsillo el folleto culpable de que me encontrase viajando hacia Galicia, me di cuenta de que desde La Coruña hasta Burela, de acuerdo con el cuadro de distancias que aparecía en el mapa, había por carretera ciento cuarenta y cinco kilómetros. No disponía de medios para enterarme de cual era el medio más rápido, barato y, sobre todo, seguro en mis circunstancias, de trasladarme desde La Coruña a Burela. Bueno, me dije, cuando llegue ya veremos.

Por fin, en el momento en que me creí llegado al límite de mis fuerzas, cuando comprendí lo que debe sentir un microbio bajo la lente del microscopio, entonces el tren se detuvo. Estábamos en La Coruña, A Coruña, como muy pronto había de aprender.

Mis compañeros de viaje se apearon antes que yo, ella con un tímido adiós y él con una ojeada llena de inquina.

En el momento en que los perdí de vista comencé a darme cuenta de la grave-

dad de lo que había hecho. Mi estúpida actitud podía haberme costado muy cara. Si aquel ignorante racista hubiera llamado a la policía ¿a quién detendrían, a quién deportarían a Marruecos?

Ahora, en frío era fácil pensar así pero entonces, al sentirme blanco del desprecio de aquel miserable no pude reaccionar con sentido común. Pensando en lo que me aguardaría en el futuro, me prometí que nunca más me permitiría el lujo de dejarme llevar por impulsos nacidos de las ideas de justicia y arbitrariedad.

Al salir de la estación me fijé en el gran reloj que presidía el tráfico ferroviario; eran casi las diez y media de una noche bastante fresca. Soplabla una brisa que me traía a la mente el recuerdo del mar; olía a yodo. En la calle, un grupo de personas trataba de reclutar clientes para pensiones y hoteluchos de ínfima categoría, a juzgar por sus agentes publicitarios.

Yo, todavía cargando con las dos bolsas de plástico con los restos de mis provisiones, pero sin maletas, no debía ser un candidato digno. Por esa razón, nadie vino a decirme una sola palabra.

Minutos más tarde, los pocos viajeros que habían llegado a la ciudad al mismo tiempo que yo fueron desapareciendo y la calle empezó a quedar vacía. Entonces aproveché la oportunidad y me dirigí al mozo más desastrado del grupo. Se trataba de un chico muy joven, como de unos quince o dieciséis años, con cara pálida y aspecto famélico. Llevaba unos pantalones que no alcanzaban a cubrir las huesudas canillas.

Yo sabía que, en las ciudades costeras como aquella, los restaurantes, cafés, bares y, en general, los establecimientos que ofrecen cama y comida por menos dinero y haciendo el menor número de preguntas se encuentran en las proximidades de los puertos.

Esa información era algo que no había faltado en las conversaciones con mi padre y con mi abuelo. Así que formulé a la persona elegida las preguntas más indicadas en aquellas circunstancias.

- Precisamente yo voy hacia el puerto -me dijo-; no está lejos. Vivo a dos pasos del Muelle de La Palloza, en la Carretera del Puerto.

Aquel individuo con aspecto casi tan derrotado como yo mismo, era observador y no tenía pelo de tonto.

- Supongo que estarás buscando un sitio para dormir esta noche. Un sitio no muy caro donde no te pidan documentación y nadie meta las narices en tus asuntos. ¿Me equivoco?

- No, no te equivocas.

- Bueno, pues acompáñame. Te voy a llevar a un sitio de confianza como el que necesitas. Es mi propia casa. Mi madre, viuda y mal de salud, tiene que ingeniarse para salir adelante. Me llamo Arturo ¿y tú?

Arturo hablaba sin detenerse y caminaba como hablaba, a largos trancos, como escupiendo las palabras en las que no se advertía el menor indicio de desprecio.

- En mi casa observarás cosas que te extrañarán; no lo que sucede, sino que sucedan allí, delante de mis hermanas pequeñas. Resumiendo, mi casa es una casa de putas y de citas en una pieza. A mí tampoco me gusta, pero qué le vamos a hacer; mucho peor es el hambre.

Arturo, a medida que me contaba lo que encontraría en la Carretera del Puerto, apresuraba el paso y las palabras. Parecía dotado de una resistencia poco en consonancia con su aspecto debilucho.

Cuando terminó el capítulo de sus confidencias, Arturo determinó que había llegado el turno de las mías.

- ¿Y qué vas a hacer en A Coruña? -inquirió sin aflojar el paso.

- En La Coruña, nada. Sólo estoy de paso.

- ¿Y a dónde vas a ir? Puede que aquí encuentres trabajo. Mira, sin ir más lejos, en casa está hospedado desde hace tiempo, lo menos año y medio, un senegalés, Kamal, que se las arregla muy bien. Está trabajando en el puerto; carga y descarga barcos. Al principio las pasó moradas; no sabía palabra de español. Encima es negro como el carbón y ya sabes como es la mayoría de la gente... pero no me has contestado a dónde vas a ir.

- A Burela.

- ¿Por qué, conoces a alguien allí?

- No, no conozco a nadie. Quiero ver si es tan hermoso como la fotografía del folleto de la Consellería Gallega que encontré un día en Madrid.

- Pero hombre, Burela está lejos de aquí; a unos ciento cincuenta kilómetros. Hay otros pueblos tan bonitos como Burela que están más cerca.

- Te creo, pero quiero ver Burela. Oye, ¿falta mucho para tu casa? Lo digo porque a este paso me vas a reventar.

- Ya queda poco. Unos cinco minutos.

- Menos mal. Y dime, ¿tú a qué te dedicas? ¿No estarás todo el día a la puerta de la estación, eh?

- No, qué va. Trabajo en una fábrica de cajas para el pescado. Las vendemos en toda Galicia y hasta en Asturias y Portugal. Se envían en camiones. Yo estoy en el taller de carpintería. La fábrica está al final de la misma Carretera del Puerto. Cerca de casa.

- Bueno, empiezo a comprender lo que entiendes por cerca.

Lo cierto era que caminar al lado de Arturo, escuchando su rápida conversación era una experiencia difícilmente olvidable. De todos modos, suspiré aliviado cuando, de pronto, dijo:

- Mira, ya llegamos. Detrás de esos tinglados está el Muelle de la Palloza y mi casa es aquélla.

Señalaba al decirlo un edificio de dos pisos en un estado lamentable que no desentonaba de los que le rodeaban y en los que parecía apoyarse para mantenerse en pie.

La vida en aquella casa sería cualquier cosa menos aburrida. Desde el portal podía escucharse música; tampoco sería triste, pues el eco de las carcajadas de gente joven descendía escalera abajo.

- ¿Te gustan Los Sabandeños? -preguntó Arturo-. A mí, me encantan -agregó sin darme tiempo para responder.

- Suenan bien, pero es la primera vez que los oigo.

- Anda, vamos al primero. Allí estará mi madre.

Efectivamente, la madre de Arturo, una mujer regordeta, morena y todavía joven, sentada tras una mesa camilla, bajo la luz de una lámpara con pantalla verde, estaba haciendo solitarios con una vieja baraja.

- Madre -dijo Arturo acercándose a ella- te traigo un nuevo huésped. Por lo menos, estará esta noche; luego veremos.

- Bien está -respondió la dueña de la casa-. ¿Ya has cenado?

Y, como su hijo, sin permitir una contestación, añadió:

-¿Tienes dinero?

- Depende de lo que usted llame tener dinero.

- Por la cama dos mil pesetas; por la cena: un plato de judías con patatas y chorizo, pan, un plátano y un vaso de vino, seiscientas.

- Entonces, sí. Entonces, tengo dinero. No mucho -añadí por precaución aunque todavía disponía de bastante más.

- Además de lo que te he dicho, aquí encontrarás una total discreción. A todos los efectos, eres transparente. Nunca has estado aquí. No te hemos visto, no te hemos oído. No me interesa ni tu nombre ni tu procedencia. A cambio, sólo te pedimos que actúes lo mismo. Si, lo que no quiera Dios, te ves en un lío y te detienen, no digas que has estado en esta casa. ¿Comprendido?

- Me parece que sí. Estoy de acuerdo en todo.

- Pues entonces vete con Arturo a la otra habitación. Allí cenareis los dos. Pero antes, como somos hijos de la muerte y no sabemos lo que nos reserva el día de mañana, dame dos mil seiscientas pesetas.

Hassan hizo lo que se le pedía y siguiendo a su compañero se encontró en una enorme cocina en cuya mesa ya habían empezado a servir la cena convenida. El guiso estaba sabrosísimo.

Mientras lo consumían, Arturo, inquieto y emprendedor, observó:

- He estado pensando que a lo mejor puedo arreglar las cosas para que viajes a Burela sin correr el riesgo de que te eche mano la poli.

- Eso sería formidable. Lo de meterme en un tren o en un autobús está muy bien y resulta comodísimo, aunque caro, pero sobre todo es peligroso. Que yo haya ido en tren desde Almería a Madrid y desde allí hasta aquí en otro, sin problemas, es la mejor prueba de que aún hay milagros. Pero no debo seguir tentando al diablo. ¿Y cómo podrías solucionar la cosa?

- Pues verás. Dentro de tres días, no, pasado mañana, sale un camión de la fábrica para Foz. Lleva un cargamento de cajas para el pescado, ya te he dicho que las hacemos nosotros. Si pasara por Burela... Todo consiste en convencer al chófer del camión para que te lleve. Eso no es difícil. Lo malo es que no querrá hacerlo por amor al arte. Bueno, mañana hablaré con el del camión y ya te diré. Y ahora, vamos a la cama. Mi madre no te dijo que seremos compañeros de habitación; espero que no te importe.

- Ésa es tu cama y ésta es la mía -informó Arturo cuando entraron en la alcoba inmediata a la cocina en la que reinaba un fuerte olor a verdura hervida.

- Muy bien -aprobé dirigiéndome a la que me había sido asignada.

- Ah, me olvidaba -añadió Arturo desde el lecho en el que se había introducido rápidamente-. Si esta noche te despiertan las voces de los del piso de arriba, procura volver a dormirte. Tú tranquilo; es normal. Las putas de esta casa son muy ruidosas. Cuando te hayas acostado, apaga la luz. La pera está sobre la mesilla de noche, en tu lado.

Antes de que, agotado por el cansancio y las emociones del día, me durmiera casi de inmediato, todavía pude escuchar la voz de Arturo llegando aparentemente del fin del mundo, que me decía:

- Yo, si fuese tú, no me alejaba demasiado de esta casa; por lo menos hasta saber que dice el hombre del camión. Nos veremos mañana a la hora de comer. Hacia las tres. Claro que antes, a las diez, te darán el desayuno. No te preocupes por el precio. Es regalo de la casa.

Al día siguiente, conocí al senegalés. Aquél día era su jornada de descanso. Desayunamos juntos. Mi compañero de cuarto ya se había marchado al trabajo, así que

estuvimos mucho rato cambiando impresiones. Creo que haber coincidido en la casa de Arturo con aquel hombre fue una de las mejores cosas que pudieron pasarme. A partir de entonces yo no tendría fuerza moral para quejarme de lo que la vida me tuviese reservado.

El senegalés había sufrido más humillaciones de las que una persona normal puede soportar sin tirar la toalla y meterse en un rincón para dejarse morir. Y todas a causa de su color negro azabache. En los últimos tiempos, debido a una serie de circunstancias favorables, las cosas habían comenzado a cambiar para bien. Después de un incontable número de intentos fallidos, consiguió la naturalización junto con la documentación correspondiente. “Aún así”, me decía, “muchas veces tengo que hacerme el sordo y el ciego para no oír ni ver los insultos y desaires de quienes se consideran superiores por tener la piel blanca. Eso me duele aún más que cobrar jornales más bajos, ser siempre el último para todo y el que se lleva la tarea más dura, sucia y peligrosa”.

A medida que hablaba, Kamal daba la impresión de estar librándose de un peso que lo aplastaba. Cuando se detuvo, llevaba más de tres horas y media contándome sus penas y yo comenzaba a comprender que mi odisea particular no había hecho más que empezar.

Después, quizás dándose cuenta de que aquello no me llevaría más que a saber por adelantado lo que me aguardaba pero no me enseñaba como protegerme, inició una tanda de consejos coincidentes con los que me habían facilitado mi padre y mi abuelo.

Hacia las dos y media, cuando la madre de Arturo me había cobrado el importe de la comida de aquel día, así como el de la cama, llegó aquél.

- Buenas y malas noticias -me dijo tan pronto me vio-. Las buenas son que el camión sale mañana, de madrugada y que pasa por Burela. La mala es que no te lleva por menos de diez mil pesetas. Desde luego, te saldría más barato ir a Ferrol y desde allí coger el ferrocarril de vía estrecha que va por toda la costa hasta Oviedo, pasando también por Burela; es más barato pero más peligroso. Así que la cosa está en tus ma-

nos. Piénsalo.

- Ya está pensado y decidido. Me voy en el camión, aunque quedo prácticamente arruinado. ¿Y cómo le decimos que sí?

- No hay que decirle nada. He quedado con el chófer en que si vas, lo esperas en el portal de esta casa a las cinco de la mañana. Yo estaré contigo para que sepas quien es.

- Y yo, si necesitas algo de dinero -ofreció Kamal- puedo dejarte hasta otras diez mil. Cuando puedas, me lo mandas por correo postal.

- ¿Cómo sabes que te lo devolveré? -pregunté extrañado de aquella generosidad.

- No lo sé, pero si me quedo sin los cuartos será una lección barata. Nunca más prestaría dinero a nadie.

- Pues te lo agradezco mucho, pero puedo arreglármelas. De verdad, un millón de gracias.

Hassan, que no salía de su asombro ante tanto desinterés, todavía tuvo la oportunidad de ser testigo de otro rasgo de esplendidez. La madre de Arturo le dijo aquella noche que, sobre la mesa de la cocina, le dejaría un paquete con artículos alimenticios por si no podía apearse del camión y tenía hambre. Además, tuvo el detalle, y de éste se enteró cuando ya era demasiado tarde para mostrar la gratitud que experimentaba, de no incluir en su obsequio ningún bocadillo de jamón o chorizo.

Arturo despertó a Hassan cuando éste creía que acababa de acostarse. Aún era de noche y ni siquiera el tazón de café con leche, casi negro, contribuyó a despejar la nube de sueño que rodeaba la cabeza del marroquí.

Pocos minutos después de que los dos inquilinos de aquella casa en la que se daban cita el delito y la virtud ocupasen sus puestos de espera, apareció el camión. Era un vehículo enorme que se detuvo entre un concierto de chirridos. Un hombre rechoncho y patizambo descendió ágilmente de la cabina, saludó efusivo a Arturo y preguntó en gallego:

- ¿Dónde está el negrito?

- Aquí no hay más negrito que tú -respondió rápidamente el interrogado.

- Vale, vale; es que para mí todo el que no sea del todo blanco, es negro y mi pasajero es marroquí...

“Bien empezamos “, se dijo Hassan, saliendo a la acera.

- ¿Y dónde están los cuartos?

- Tome usted; cuéntelos.

- Bien; ahora voy a hacerte algunas recomendaciones -declaró tan pronto como comprobó que los billetes totalizaban la cifra convenida-. Viajarás en la parte de atrás del camión, entre las cajas. Allí ya te he preparado un espacio lo suficientemente amplio para que puedas moverte a gusto o sentarte en el suelo si te cansas. La carga está perfectamente estibada y no hay peligro de que se derrumbe encima de ti. Aquí tan lejos del sur, tampoco corres el riesgo de que la poli te atrape. En esta zona no se ven más negros que los legales o los que pasan por tales. De todas maneras, como no quiero meterme en líos, no saldrás de la caja del camión más que cuando yo te lo diga. A pesar de todo, si te pusieras enfermo, das unos golpes con el mazo que encontrarás en tu refugio. Los golpes los das contra el suelo, no en las paredes. Como ves, no soy tan mala persona como te puedo parecer, que una cosa es que no me gusten los morenos y otra que quiera verlos sufrir. La distancia que vamos a rodar es de unos ciento cincuenta kilómetros, algo más por culpa de los pequeños rodeos que siempre, quieras o no, se dan. Bueno, eso tú, porque yo iré más lejos. Cuando tú te quedes en Burela, yo tengo que seguir a Foz. Haremos una parada en Viveiro. Tú, cuando notes que el camión se detiene, no te muevas ni hagas ruido. No vaya a ser que alguien sospeche que hay gato encerrado, o moro encerrado...

- A este paso, no llegas el mes que viene -interrumpió Arturo.

- Sólo me queda una cosa más. Cuando me detenga en Viveiro, no te preocupes pensando que alguien te va a descubrir ahí metido. Las cajas que hay que dejar allí, en la Cofradía de Pescadores Virgen de la Bocana, las descargaré yo y nadie más que yo. Venga, vámonos ya, que bastante tiempo hemos perdido. Y no tengas miedo a morir asfixiado. Hay ventilación más que suficiente.

Hassan apenas tuvo tiempo de estrechar la mano de Arturo. Subió al camión y escuchó el estruendo de la puerta que se cerraba a su espalda y el de los pasadores al ser corridos. Momentos después, el camión arrancó y, tras unas palmadas de aviso, el conductor lo puso en movimiento.

El enemigo de los negros que llevaba el volante me concedió escasamente el tiempo necesario para instalarme en el refugio que me había mostrado hacía un rato; en él iba bastante cómodo. El chófer no lo había dicho, pero en el suelo había un montón de lonas y mantas y, a la luz difusa que penetraba a través de la pequeña mirilla situada en el lugar donde se unían el techo y una de las paredes verticales de la caja, podía contemplar la estrechez de mi tumba rodante.

El vehículo rodaba a buena velocidad y, aunque me había sentado sobre mantas y lonas, sentía en los huesos las desigualdades de la carretera.

A mi lado, sobre el mullido asiento reposaba el paquete de bocadillos obsequio de la madre de Arturo, junto con las dos botellas de agua mineral. Se trataba de botellas de plástico por lo cual no había peligro de rotura.

De pronto, el camión redujo velocidad y continuó haciéndolo hasta detenerse por completo. Las puertas traseras se abrieron y el conductor asomó la cabeza por encima de las cajas que me rodeaban.

- No pasa nada -me dijo-. He parado para llenar el depósito. Quédate tranquilo y no hagas ruido. Salvo pinchazo o accidente, no habrá más detenciones hasta Viveiro. ¿Cómo vas?

- Muy bien, gracias -respondí extrañado ante aquel gesto de buena voluntad.

- Entonces, a por el gasoil y andando -informó saliendo de la parte trasera del camión, regresando a su puesto y arrancando de nuevo.

Hasta pasadas más de dos horas, el vehículo no volvió a detenerse. Debíamos haber llegado a Viveiro porque, poco después de que el motor dejara de hacer ruido y desapareciera el bamboleo que acompañaba el desplazamiento del vehículo, volvieron a abrirse las puertas y el chófer entró al tiempo que le decía a alguien que le acompañaba:

- No, no; tú quédate abajo. Yo te pasaré las cajas. Si las sacas tú eres capaz de poner la carga patas arriba y hacerme ir hasta Foz con todo bailando la conga. Toma, vete cogiendo.

Un rato después las puertas volvieron a cerrarse y el camión se lanzó a la carretera.

Cuando el motor cesó de rugir y mis huesos dejaron de protestar, estábamos en Burela. Durante todo el viaje, desde Madrid a La Coruña y desde esta ciudad al pueblo donde me encontraba en aquel momento, no había pasado un solo minuto sin que me preguntara cuál era el motivo real de mi capricho por trasladarme tan lejos.

Sin embargo, he de confesar que no soy consciente de que exista una razón concreta, porque admitir que la contemplación de una fotografía pueda tener tanta fuerza como para obligarme a ponerme en camino, sería absurdo.

El camión había aparcado en el muelle, delante de unas construcciones bajas en las que las redes y boyas colocadas ordenadamente confirmaban el letrero indicativo de que aquello pertenecía a la Cofradía de Pescadores de Burela.

Naturalmente, esto pude verlo cuando el conductor del vehículo, en un momento en que no circulaba nadie por las cercanías, abrió las puertas diciéndome que podría salir.

- ¿Quieres ganarte mil pesetas? -inquirió a modo de saludo.

- ¿Haciendo qué? -respondí preguntando como era la costumbre general que yo aún ignoraba.

- Ayudando a descargar las cajas.

- De acuerdo si, de propina, me dice dónde puedo encontrar trabajo.

- Pues mira, en todos los pueblos de la costa gallega se están construyendo casas a millares. Burela no debe ser una excepción, así que si no se te caen los anillos y no te asusta el trabajo pesado, seguro que encuentras algo en una obra o en una tejera. No hay más que dar un paseo por ahí y donde veas una casa en construcción, preguntar.

- Muy bien, gracias. ¿Y para comer y dormir en un sitio que no sea caro?

- Estás de suerte, negriño. Ahí mismo, enfrente de aquel comercio de calzado, hay un bar donde por cuatro perras puedes llenar la barriga y por otras cuatro te darán cama en el piso de encima. Y basta de charla que yo tengo que seguir hasta Foz y volver a Coruña. Vamos a sacar las cajas que se quedan aquí; anda, échame una mano y vete amontonando las que yo te pase.

La tarea se terminó pronto y el conductor del camión trepó a la cabina, arrancó y a través de la ventanilla abierta gritó:

- ¿Quieres algo para tu amigo Arturo?

- Sí, haga el favor de decirle que le doy las gracias por su amabilidad.

- De acuerdo, negriño; adiós.

Aquellas mil pesetas ganadas en un breve espacio de tiempo me vinieron muy bien. Llegaban a reforzar mi maltrecha economía, en la que la más pequeña cantidad tenía una importancia capital.

A falta de mejor cosa que hacer, me dediqué a fisgonear por el puerto. Observé con extrañeza el escaso número de barcos amarrados en el muelle, en especial si se tenía en cuenta que en el folleto editado por la Consellería de Pesca de la Xunta de Galicia figuraba una foto en la que se veían numerosas embarcaciones.

Más tarde, me enteré de que la mayor parte de la flota pesquera con base en Burela se encontraba en la mar dedicada a la costera del bonito. Eso, los barcos de mayor tamaño. Los más pequeños, pescando más cerca de la costa, aún no habían regresado.

Cuando me cansé de deambular de acá para allá, luego de fisgar la bomba de gasóleo y la fábrica de hielo con su instalación para servir directamente a las bodegas de los barcos, me dirigí lentamente al bar de que me había hablado el chófer del camión.

Entré con aprensión, temiendo lo peor. Sin embargo, no tenía por qué sentirme acobardado. La persona que, tras el mostrador, atendía al único parroquiano presente, era tan negro como Kamal, el senegalés generoso dispuesto a prestarme diez mil pesetas sin conocerme de nada.

- Hola -me dijo- ¿qué quieres tomar?

- Pues no sé. Depende de la hora. No tengo reloj y no estoy muy seguro de si es la hora de comer, merendar o cenar.

- Estás equivocado; tienes un reloj que no falla nunca. Se llama estómago. Por el otro reloj, de cuerda o pila, son las cinco y media de la tarde.

El solitario parroquiano debía conocer bien al camarero porque aquella extraña conversación no le sacó de su apatía.

- Así que -prosiguió el africano- tú dirás lo que desees.

- Primero dime cuánto te debo yo -intervino el único testigo del diálogo levantándose del taburete que ocupaba ante la barra.

- Son ciento diez pesetas.

- Ahí tienes; quédate con la vuelta -dijo, entregándole una moneda de cien y dos de cinco.

- Muchísimas gracias -respondió el encargado de la barra con perfecta seriedad-. Y ahora vamos con lo tuyo ¿Qué desees? -insistió cuando nos quedamos solos.

- Lo primero de todo, información. Te agradecería que me dijeras donde puedo encontrar trabajo, una cama y comida decentes. Estoy de dormir en el suelo y comer, casi siempre porquerías, hasta la coronilla. Ah, la cama y la comida tendrían que ser baratas; se me están agotando las reservas.

- Lo del trabajo es bastante fácil, si te resignas a trabajar duro, por ejemplo en una obra o a embarcar..., si te conformas con hacer las tareas más cansadas y con cobrar algo menos que los demás. Si estás dispuesto a eso, yo mismo puedo encontrarte faena...

- Estoy dispuesto a lo que sea, pero quiero advertirte que no tengo documentación.

- ¿Y cómo crees que está la mayoría de los que andan por aquí? Yo mismo empecé como tú, aunque ahora, después de cinco años intentándolo, conseguí legalizar mi situación. Lo que tienes que hacer es aguantar y no desmoralizarte. Así que, si de verdad, quieres trabajar, esta noche hablaré con el encargado de una obra que tiene su tertulia aquí en el bar. Al final de esta misma calle están construyendo dos casas y en

otra cercana van a hacer una más. Así que, por falta de tajo no va a quedar. Burela está creciendo a pasos agigantados. Según dice un empleado del ayuntamiento que lleva lo de las licencias, en el plazo de un par de años se van a levantar más de doscientas cincuenta viviendas. Parece ser que todo el mundo quiere tener un apartamento aquí; sobre todo la gente de Madrid.

- Muy bien, pero ¿qué me dices de la policía?

- ¿Qué quieres que te diga?

- Si pide mucho la documentación o no.

- Normalmente no. Este es un sitio muy tranquilo en el que no suele haber líos.

Hombre, si tienes la mala pata de verte metido en una pelea y alguien hace una denuncia, entonces, lo más probable es que termines en comisaría y luego camino de tú país. Por cierto, ¿cómo te llamas? ¿de dónde eres? Creo que ya me lo has dicho, pero lo olvidé. Vamos, sígueme.

- En cambio a mí me parece que no te lo he dicho.

Entonces, mientras me acompañaba al comedor propiamente dicho, tan desierto como el bar, le di cuenta de mis circunstancias personales. Terminé el relato al tiempo que rebañaba el fondo del plato en el que, esta vez sin consultarme nada, me había servido un sabroso cocido de garbanzos precedido de la correspondiente sopa de fideos.

- ¿Es que aquí no se atiende a los clientes? -gritó alguien desde la puerta.

- Ahora mismo voy -respondió mi informador-. ¿Qué va a ser? -inquirió seguidamente, pasando a situarse tras la barra.

- Hombre, Juan, no me había fijado que eras tú. Precisamente hace un rato estuve acordándome de ti. Oye, tienes que hacerme un favor. Porque para algo tienen que servir los amigos.

- ¿Otro favor? Eres incansable. ¿De qué se trata esta vez?

- Como la última. Quería que le dieras trabajo a un marroquí que cayó por aquí. Parece una buena persona y, según dice, no le asusta el trabajo, cualquier trabajo ... en un andamio o en una lancha ...

- Como si lo viera, otro indocumentado.

- Sí, otro indocumentado como fui yo hasta hace poco tiempo. ¿Es que soy mejor persona ahora que dispongo de papeles que cuando no los tenía?

- Tienes razón, pero algún día tendrá que terminar esto de andar contra corriente. En cuanto a lo del trabajo, yo no se lo voy a dar a tu amigo, pero si es verdad lo que dices y quiere doblar la espalda, ahora tiene la oportunidad de demostrarlo. Xelo el Queixo anda buscando un hombre que quiera embarcar con él. Ahora está fuera, al bonito, pero creo que recalca dentro de unos días para volver a salir cuarenta y ocho horas más tarde. Me había encargado que buscara y como supongo que en la mar no lo habrá encontrado, casi me atrevo a comprometer la plaza en nombre de Xelo. ¿Qué te parece la rapidez de mi agencia de colocación?

- Pues me parece formidable; no esperaba menos de ti. Ahora vamos a ver qué dice Hassan.

- ¡Hombre, un tocayo del rey de Marruecos!

- Pues sí; y de allí es. Voy a decirle que venga. Tú mismo vas a darle la buena noticia.

El encargado del bar regresó un instante después seguido de Hassan.

- Mira, Juan, este es el hombre del que te hablé. Cuéntale lo que hay.

Después de escuchar lo que Juan tenía que decir, respondí:

- No tengo ni idea sobre la pesca ni el mar. Mi primer contacto con el agua salada fue cuando crucé el Estrecho a bordo de una patera, aunque estoy convencido de que puedo aprender cualquier cosa. Si ese señor Xelo me admite procuraré agradecersele trabajando de verdad.

- Supongo -dijo Juan- que para empezar te pondrán a hacer tareas sencillas como macizar con cebo vivo (en realidad consiste en tirar por la borda el pescado que va en los viveros) y utilizar el mazo para acabar con los bonitos cuando son izados a cubierta, etc.

- Yo estoy dispuesto a hacer lo que sea para ganarme el pan. No sé si ya sabe que no tengo documentos. No quiero engañarlo.

- Sí, ya lo sé. Andando por el medio éste, lo extraño sería que tuvieses D.N.I. No te preocupes. Tú límitate a trabajar duro y todo se arreglará. Ah, y cuando estés en el barco, no te metas en líos. Otra cosa. Creo que Xelo no llegará hasta dentro de dos días y luego no saldrá a la mar antes de cuarenta y ocho horas, por lo menos. Así que si andas mal de cuartos y quieres ganar algo, mañana mismo, a las ocho, vas a la obra, preguntas por el listero, le dices que vas de mi parte, Juan Moines, y que te ponga a hacer algo. Yo iré por allí hacia las diez. Hasta mañana. Me voy, que tengo varias cosas pendientes y es tardísimo.

Cuando me quedé solo con el encargado del bar, el comedor y, como vería enseguida, la pensión, traté de agradecerle todo lo que había hecho por mí. No me permitió continuar cuando comencé a darle las gracias.

- Ni siquiera sé cual es su nombre -le dije.

- Me llamo Jusuf -respondió-. En cuanto a lo otro, es lo natural. Sé muy bien lo que es eso: hoy por ti y mañana por mí. Y haz el favor de tratarme de tú. Ahora hablemos de otra cosa; si te parece, vas a quedarte aquí; arriba tenemos varias camas y alguna hay libre. Si no andas demasiado bien de fondos, no te preocupes; haremos cuentas cuando empieces a ganar dinero.

¡Aquel Jusuf era providencial!

Por la noche, acostado en un dormitorio individual en el que, cosa extraña, reinaba un agradable silencio sólo roto por ocasionales ladridos caninos, me prometí que, cuando las cosas se empezaran a poner feas, como invariablemente habría de suceder, pensaría en la humanidad de Jusuf, la de Kamal y la de Arturo. Tampoco parecía mala persona el constructor.

A las ocho en punto de la mañana siguiente, me encontraba en la obra de que me había hablado Juan. El listero, un individuo canoso, alto y flaco, me escuchó con un gesto de contrariedad que desapareció tan pronto supo que el trabajo que debía adjudicarme probablemente no se extendería más allá de tres o cuatro días.

Después, señalando con su único brazo, le faltaba el derecho, me dijo:

- Vete subiendo los ladrillos de aquella pila. Hazlo con la polea que está usando

aquel del sombrero de paja y dile a él que venga a verme.

El montón que señalaba era enorme, pese a lo cual, cuando llegó Juan hacia las diez de la mañana, su tamaño había experimentado una sensible disminución.

Más tarde, una vez descargado un camión de sacos de cemento, la carga y descarga de vehículos se estaba convirtiendo en una desagradable costumbre, el listero dio la orden de hacer alto para comer. A la vuelta, comencé a “aprender la técnica de la mezcla del cemento y la arena y el no menos complicado método para subir a los pisos el producto resultante”.

El listero era un individuo amargado y gruñón para quien nada estaba bastante bien hecho. Yo comprendía que la falta de un miembro debía pesar mucho en el carácter y la forma de ser de cualquiera. No obstante, me resultaba difícil entender por qué aquel rigor crecía cuando me juzgaba a mí o al trabajo que yo hacía.

Durante la jornada del segundo día se puso en claro el motivo de aquella preferencia negativa.

- Los moros me caéis fatal - me dijo sin andarse con rodeos-; no os soporto más que cuando os rompéis el alma trabajando. Menos mal que no vas a estar aquí mucho tiempo...

¿Qué podía contestar yo a una manifestación tan sincera como aquella? Se imponía la política del junco que se inclina sin oponer resistencia cuando arrecia el viento.

Así hice yo aquel día, como había hecho en múltiples ocasiones anteriores y haría en el futuro.

El barco de Xelo el Queixo tardó dos días más de lo que Juan había calculado. Pero lo malo fue que cuando llegó y yo casi daba por hecho que el puesto de trabajo sería para mí, resultó que el propio Xelo lo había ofrecido a un marinero de San Ciprián.

No sé para quien fue mayor la desilusión, para el listero de la obra o para mí. No conocí a Xelo, pero éste aseguró a Juan que el primer puesto vacante sería para mí, si la labor a realizar entraba en mis posibilidades.

Cuando Xelo se hizo a la mar, casi setenta y dos horas después de su llegada a Burela, supe que no volvería a puerto hasta veinte/ veintidós días más tarde. Entonces Juan, el cual me comunicó la noticia, añadió que no me faltaría trabajo; si no era en la obra en la que estaba en aquel momento, en otra próxima cuyo aparejador era amigo suyo. Además, si estaba interesado en hacerme con algún dinero extra, él hablaría con la persona adecuada y conseguiría para mí el puesto de ayudante de sepulturero. No era un trabajo para hacerse millonario, porque en Burela moría poca gente, pero nunca viene mal un billete de vez en cuando. Para preparar una sepultura no se precisan conocimientos especiales. Basta con un par de brazos robustos, un azadón y que alguien diga desde dónde hasta dónde hay que cavar.

Dije a todo que sí y, dispuesto a resistir lo que fuese necesario, me sumergí en la rutina diaria de las malas caras y los insultos -velados o clarísimos- del listero, y las palabras de ánimo, nunca escatimadas, de Jusuf.

Durante cerca de un año trabajé, casi siempre en la construcción, para Juan. Ocasionalmente lo hice en una tejera situada en las afueras del pueblo. Allí, realizando un trabajo sucio y agotador, tuve ocasión de conocer toda clase de personas. La mayoría no concedía importancia a la mayor oscuridad de mi piel, lo rizado de mi pelo y lo ganchudo de mi nariz, al menos esa era la impresión que causaba la naturalidad con que nos trataban a los “morenos”.

Empleo intencionadamente la palabra “nos” porque Jusuf y yo no éramos los únicos “no del todo blancos” que residíamos en el pueblo. Consultado el encargado del bar - casa de comidas - pensión, éste me informó de que allí hacía años que habitaban gentes de color. Incluso se habían celebrado varios matrimonios mixtos que funcionaban con no más dificultades que los llamados “normales”.

- Puede que -añadía Jusuf- ésa sea la solución del problema; que nos mezclemos todos.

- ¿Y cómo lo llevan los hijos?

- Creo que como los mayores no le dan importancia, tampoco ellos, los hijos mulatos, se preocupan demasiado.

A pesar del satisfactorio estado general del asunto, había individuos para quienes el simple hecho de estar en la misma habitación que un miembro de una raza distinta a la suya, era poco menos que insultante. Cuando se producían circunstancias de este tipo, la tensión subía y convenía prestar la máxima atención para no decir ni hacer algo que encendiera la mecha que podía hacer estallar el polvorín. Explosiones de esa clase se sabe como empiezan pero se ignora como acaban.

Así iban las cosas cuando una tarde, después de haber finalizado la jornada laboral ordinaria y la extraordinaria -preparación de dos fosas destinadas a las víctimas del mismo accidente de circulación-, Jusuf, que estaba atendiendo en la barra del bar, pasó al comedor en el que otras tres personas y yo acabábamos de cenar y me dijo:

- Acaba de llegar Juan; quiere hablar contigo. Está en el bar.

- Creo -me dijo tan pronto llegué a su lado- que por fin vas a poder embarcarte. Hace un rato se recibió en la emisora de radio de la Cofradía una llamada del “Rías Gallegas”. Parece que el marinero que ocupó la plaza tuya, bueno, digo tuya ya sabes el motivo, se cayó en cubierta, se abrió la cabeza y debió romper un brazo ¡lo tiene hinchado como un globo de feria y le duele una barbaridad! Xelo el Queixo pidió que se le buscase un hombre para sustituir al lesionado y dijo que vienen a toda máquina. Pasado mañana el barco estará en Burela; si no hay novedad. Ah, se ha contestado que ya tiene un sustituto esperando.

- Muchas gracias. No sé como agradecer...

- Espera a hacerlo cuando termine tu primera costera.

- ¿Y qué tengo que hacer? ¿La policía no se me echará encima?

- No pienses en la policía y pide a Alá que siga como hasta ahora, sin acordarse de ti.

- Muy bien, por mí no va a quedar, pero tenía entendido que cuando un hombre embarca hay que cumplir ciertas formalidades, rellenar algunos impresos...

- Y no te equivocas -afirmó Juan-. Deja eso en nuestras manos. Siempre hay recursos para, sin cometer delitos, hacer las cosas de modo que todo el mundo acabe satisfecho.

Con estas palabras, el constructor se fue dejándome feliz y preocupado a la vez. Feliz porque, por fin, iba a navegar, aunque fuese como el marinero más humilde del barco; preocupado por temor a no dar la talla, por reducida que fuese la vara de medir.

La víspera del día en que se suponía que iba a atracar el “Rías Gallegas” estuve inquieto, sin poder hacer nada a derechas, ganándome las justificadas broncas del listero manco.

Luego, el gran momento llegó y yo pasé prácticamente toda la jornada en el muelle. Primero, viendo cómo se acercaba, un punto casi invisible en la lejanía, que poco a poco aumentaba de tamaño hasta convertirse en un pesquero como los que yo había visto en otros puertos. Sin embargo el “Rías Gallegas” no era como los demás. Tenía algo que lo hacía distinto. Era el barco en que yo embarcaría; era el que llevaría a Hassan como tripulante...

Cuando quedó perfectamente asegurado, amarrado al malecón, yo no podía estar quieto. No tenía ni la menor idea de cómo me iba a arreglar para dominar la impaciencia. En aquel momento comprendí que, aunque hasta entonces no lo había tenido completamente claro, hacía tiempo que yo, un hijo de Tinerhir, en plena cordillera del Atlas, en África, había sentido la llamada del mar, la había escuchado y la había obedecido.

Quizás se me podría argumentar que para esto no necesitaba haber venido hasta España. En mi país, en muchos de sus puertos, había barcos como el que tenía ante mis ojos. Y era cierto, aunque allá no hubiera sido lo mismo. En África faltaba el elemento aventura, la incertidumbre y el riesgo. Puede que todo hubiera comenzado con la incansable contemplación de aquellos libros de estampas marineras que, siendo niño, descubrí casualmente en un arcón que decían había pertenecido a mi bisabuelo.

Lo que vi luego vino a sacarme de aquella meditación que no me conducía a ninguna parte. Con la sirena gimiendo, una ambulancia se detuvo al costado del pesquero del que, no sin esfuerzo, salió el lesionado que facilitaba mi enrolamiento. Venía por su propio pie, aunque caminaba con dificultad, como si se encontrase mareado, entre otros dos pescadores. Llevaba la cabeza vendada.

En aquel momento, Juan me puso una mano en el hombro.

- Bueno, ahí tienes tu barco y al desgraciado que se rompió la crisma para permitirte embarcar.

- Espero que no haya sido así. No me gustaría nada. Fíjese como está; da pena verlo.

- Hombre, es un decir. Anda, ven conmigo al bar. Dentro de un rato pasará por allí Xelo el Queixo. Hablarás con él y quedareis en algo fijo. Creo que dentro de cuarenta y ocho horas, si no es antes, volverá a la mar. Me figuro que, ya que está en puerto, aprovechará para descargar, aunque si no hubiera sido por el accidente todavía no hubiera atracado.

Jusuf, quien parecía estar dotado de antenas, ya sabía que el “Rías Gallegas” había amarrado.

- Bueno -me dijo- todo llega; pronto sabrás como las gastan los bonitos y el trabajo que cuesta subirlos a bordo. Claro que como dicen: sarna con gusto no pica.

Antes de que hubiesen podido terminar los cafés que Jusuf les sirvió, llegó Xelo. Venía muy apurado de tiempo.

- Tengo un montón de cosas entre manos y debo despacharlas a toda velocidad. Así que, a ver, quién es el hombre que va a sustituir al herido -dijo el Queixo de una tirada y casi sin tomar aliento.

- Mira -informó Juan señalándome con ademán-. Aquí lo tienes; se llama Hassan ...

- Pero, ¿cómo? ¿otro marroquí? No me habías dicho nada de esto.

- ¿Y qué? Es un hombre con dos manos, dos brazos y dos piernas. Ah, y una cabeza.

- Ya, ¿y también tiene una documentación?

es que un día nos vamos a meter en un follón muy gordo.

- Yo no quisiera que por mi culpa vayan ustedes a arriesgarse...

- ¿Y a ti quién te dio vela en este entierro? -cortó bruscamente Xelo.

- Anda, tú tranquilo -me aconsejó Juan.

- En fin, dejémonos de puñeterías. ¿Cuánto tiempo hace que navegas? -me preguntó el patrón del “Rías Gallegas”

- Pues verá usted. No quiero engañarle. Ésta será la primera vez que me embarco. Pero estoy seguro de que, si me admite en su barco, no se arrepentirá. Estoy dispuesto a hacer lo que mande, siempre que no sea robar o matar.

- ¿Y por qué tanto capricho?

- Lo cierto es que no lo sé. De verdad, no tengo ni idea. Lo único que puedo decir es que parece como si el mar tirase de mí. Ya sé que esto suena ridículo, pero es tan verdad como que su barco está ahí amarrado.

- Verás, Hassan; te llamas así, ¿no? Lo primero que tienes que aprender es que a estas embarcaciones, como la mía, no las llamamos barcos, sino lanchas. Y ahora pasemos a otra cosa, que tengo una prisa tremenda. Vamos a ver, ¿cuánto querrías cobrar?

- Lo que usted crea que merezco...

- Alabado sea Dios -exclamó Xelo-. Pareces una persona razonable y si en todo piensas tan cuerdo, nos llevaremos formidablemente. Entonces, vamos a dejar para más adelante lo de tu sueldo, aunque tendrás que fiarte de mí porque es imposible que firmemos un contrato.

- Sí, lo sé. Es algo que no me importa.

- Muy bien. Entonces no te alejes mucho de aquí. Es probable que pasado mañana nos vayamos con la marea. Y ahora, me largo. Ya nos veremos.

- Un segundo más, Xelo. ¿Tiene que comprar ropa de agua, calzado...? -inquirió Juan que estaba en todo.

- Ropa impermeable hay de sobra en el barco, pero debería hacerse con un par de jerseys gruesos y unas botas; con eso le bastará, de momento. Ah, claro; la ropa

interior, calcetines y un par de toallas. ¡Adeus!

- Entendido y muchas gracias -dijo el constructor, aunque Xelo el Queixo ya no estaba allí para escucharlo.

El tiempo que faltaba para zarpar lo pasé prácticamente en el puerto. Recorrí un centenar de veces la distancia que separaba los puntos extremos de proa y popa, caminando por el muelle; al barco, o la lancha, no me atrevía a subir.

Las palabras proa y popa, como tantas otras, forman parte del vocabulario que fui adquiriendo con el correr de los días ya que entonces no tenía la menor noción de lo relativo al mar y a los barcos o las lanchas.

El propio Xelo me fue enseñando la mayor parte de lo que necesitaba saber para moverme con relativa seguridad en aquel mundo desconocido existente bajo y sobre cubierta. Por el patrón del “Rías Gallegas” supe, entre otras cosas, que su lancha había sido construida en 1.970 en Bermeo, que medía dieciocho metros y medio de eslora y cuatro de manga. El casco era de madera y desalojaba algo menos de noventa toneladas.

Lentamente, fui aprendiendo un montón de cosas imprescindibles que me fueron poniendo en pie de igualdad con el resto de los tripulantes aunque, como es natural, el conocimiento que da la experiencia llegaría más adelante.

En el “Rías Gallegas” convivíamos normalmente dieciocho hombres, aunque en algunos viajes llegamos a ser veinte los que, en calidad de una cosa u otra, formábamos la tripulación.

El “patrón de navegación”, Xelo el Queixo, era quien calculaba y ordenaba el rumbo a seguir; su palabra no admitía contradicción alguna. Cuando la lancha no llevaba un patrón de pesca, es decir, alguien encargado de establecer las operaciones de pesca propiamente dichas, el mismo Queixo tomaba en sus manos aquella responsabilidad.

Una persona tenía a su cargo el perfecto funcionamiento de la maquinaria de la lancha. Era el llamado “maquinista”, cuya obligación principal consistía en mantener los motores en condiciones de responder de inmediato y en todo momento a las exi-

gencias que se les formularan.

Otro personaje importante entre los que componían la dotación de la lancha era el marmitón o cocinero. Como el trabajo exige un esfuerzo tremendo, la alimentación de quienes lo realizan tiene una importancia capital. Yo he tenido la suerte de embarcar con un patrón que concedía un gran valor a cuanto se relaciona con el estómago. Así que mientras navegué con Xelo no he encontrado motivos de queja en ese capítulo.

Después venían los marineros o, mejor dicho, los pescadores encargados de capturar la carnada, mantenerla viva, encarnar los anzuelos con el cebo, lanzar al mar los aparejos, luchar con los bonitos que han mordido los señuelos y la tarea más dura de todas, izar a cubierta peces que llegan a pesar más de diez kilos y se resisten a ser sacados del agua, luchando como condenados hasta el último momento.

Y, finalmente, el tripulante de menos categoría que tiene a su cargo el baldeo de cubierta, el pelado de patatas, el macizado -con el cebo conservado vivo en los tanques- cuando se pesca al tanqueo, el que echa una mano si cualquier tripulante lo necesita y, en general, ayuda en la preparación del pescado para su introducción en las cámaras frigoríficas y lo más desagradable de todo: acabar con la vida de los bonitos propinándoles golpes en la cabeza con el mazo. Esas y más cosas que no recuerdo eran mi especialidad, las labores encomendadas al último mono de la tripulación.

Sin embargo, no podía lamentarme. Estaba haciendo algo que me gustaba y, por el momento, me colocaba lejos de la policía y la Guardia Civil.

En aquella vida había algo que me encantaba. Se producía al anochecer, después de cenar, cuando se suspendían las tareas hasta la jornada siguiente, cuando el único ruido era el del motor que sobresalía por encima del rumor de las conversaciones de los tres o cuatro pescadores que fumaban los últimos cigarrillos del día. Entonces, yo también me acodaba en la borda y, hasta que la fatiga me hacía descender las escalerillas en busca de la litera donde dormía, contemplaba el mar iluminado por el sol que se ocultaba tras el horizonte.

En aquellos momentos recordaba a mi familia, tan lejana y, a pesar de todo, tan

cercana. Ahora, transcurrido mucho tiempo, aún tengo muy frescos en la mente los primeros momentos a bordo del “Rías Gallegas”. La alegría sentida cuando, con un saco de lona al hombro y todas mis posesiones a cuestras, crucé el espacio que me separaba de la cubierta de la lancha y noté por primera vez bajo los pies el ligero estremecimiento que la agitaba.

Al llegar a este punto del relato de Hassan, le hice una seña para que se detuviese.

Tenía que cambiar la cinta y podíamos aprovechar la oportunidad para tomar un bocadillo y beber algo. Yo no me explicaba cómo podía disponer de tanta resistencia al cansancio y a la sed. Debía estar completamente seco. Cuando se lo dije, admitió que, efectivamente, tenía sed. Aquella tarde había llegado a casa más temprano que de costumbre y llevaba hablando sin cesar más de cinco horas; era un abuso vergonzoso.

Entonces me levanté y le rogué que me acompañase a la cocina. Allí preparé para los dos algo rápido: un par de huevos con patatas fritas y salsa de tomate, para cada uno, queso y pan. Como Hassan no bebía vino, los dos nos conformamos con agua y leche.

Cuando terminamos de cenar eran más de las once de la noche. En vista de ello, como el marroquí pernoctaba en el barrio de La Carisa, cerca de La Monxina, y trasladarse allá a aquellas horas era, por lo menos problemático y con un poco de mala suerte podía ser detenido por la policía, le invité a quedarse hasta la mañana siguiente. No aceptó y, tras agradecerme efusivamente la cena y el ofrecimiento, se fue diciendo que todo estaba en manos de Alá.

Al otro día, a la hora acostumbrada, Hassan, de nuevo ante la grabadora, reanudaba el relato de su aventura marinera.

El sentimiento de libertad que experimenté tan pronto el “Rías Gallegas” abandonó el puerto y se hizo a la mar, lamento confesarlo -dijo Hassan- pronto cambió por otro en el que se mezclaban el temor y una sensación de desamparo.

El mismo Xelo, que al principio, durante tres o cuatro días, me había tratado con aparente estima, comenzó después a hablarme de forma despectiva y grosera, sin

escatimar los insultos. Ignoro si los cuchicheos que sorprendí varias veces entre el maquinista y otros dos pescadores a quienes luego vi mantener conciliábulo con el patrón en la caseta del puente, tenían algo que ver con el brusco cambio de actitud hacia mí. El caso era que, a partir del momento en que me di cuenta de aquella animosidad, comencé a sentirme amenazado, sin que, en realidad, nadie me hubiese dicho nada concreto.

Sin embargo, yo notaba que algo flotaba en el ambiente. El espacio en que debíamos movernos dieciocho o veinte personas, era demasiado reducido para no sufrir algún tropezón ocasional; y cuando éstos se producían, las malas maneras y las maldiciones, aunque sin serme dirigidas directamente, se multiplicaban y agriaban.

Así que nada tenía de extraordinario que anduviese día y noche sobresaltado y temeroso. “En cualquier momento, algún bárbaro de éstos”, pensaba en los momentos más pesimistas, “me cogerá, me tapaná la boca y me arrojará al agua con un contrapeso atado a los pies. Y si lo hacen ¿quién va a preocuparse por “un jodido moro”?” como oí que se refería a mí el maquinista.

De otro que no me fiaba era de Juan Carlos, uno de los pescadores que no me quitaba ojo cuando me dedicaba a manejar el mazo con menos entusiasmo del que debía, o cuando, codo con codo y cuchillos en las manos troceábamos pescado para cebar los anzuelos. Apostaría algo a que aquel hombre de mirada rencorosa y turbia hubiera preferido hacerme pedazos a mí.

Lo peor de aquella situación era el conocimiento de que no había nada que yo pudiera hacer para resolverla. Estábamos en el mar, a un montón de millas de la costa más cercana y ninguna de mis inconcebibles quejas ante el patrón de la lancha encontraría apoyo, en primer lugar porque él era uno de los que debían ser objeto de mis acusaciones.

Así que tenía que recurrir al amplio refranero del país en que me encontraba. En él figuraba el que aconseja aquello de “a mal tiempo, buena cara”. Debía vivir sobre aviso, aunque sin aparentar que lo estaba. De esta manera quizás los que pretendieran emprender algo contra mí, si se decidían, lo hicieran más descuidadamente que si me

creyeran en guardia.

Llevábamos ya doce días en la mar, las capturas habían sido abundantes y se suponía que dentro de unos diez días, si las cosas seguían igual, pondríamos rumbo a Burela.

“Bueno”, me dije, “podría ser peor; sólo diez días y si la situación persiste no tengo la obligación de continuar a las órdenes de Xelo. Entre éste y el listero manco de la obra de Juan Moines hay diferencia. Al menos, allí en tierra sólo corro el peligro de ser arrojado de un andamio”.

De pronto comencé a notar que en el comportamiento y en el trato de Xelo el Queixo hacia mí se producía un cambio favorable; al principio fue algo difícil de advertir pero a medida que transcurrían los días se hizo más patente.

La transformación, evidente para toda la tripulación, resultó especialmente molesta para Juan Carlos, el cual llegó a ser objeto de un rapapolvo por amenazarme con una paliza caso de que no hiciese las cosas tal como él me ordenase.

Bronca, amenaza y riña fueron escuchadas por toda la dotación y, por el momento, no supe si la trifulca mejoraría o empeoraría el estado de cosas.

Fuese como fuese, la pesca continuó dándose excepcionalmente bien y aquello podía influir en la mejoría del ambiente que se respiraba a bordo.

Precisamente el día en que pusimos rumbo a puerto me enteré de la razón que había iniciado el cambio en el comportamiento de Xelo hacia el más modesto de sus tripulantes.

Dieciocho metros y pico por cuatro no es un espacio tan amplio como para que puedan ser guardadas en secreto palabras pronunciadas en voz alta. Me dirigía al cuchitril que con grandilocuencia llamábamos “cocina” y, poco antes de llegar, me detuve para dejar paso al patrón que subía al puente. El Queixo introdujo la cabeza por el hueco que hacía las veces de puerta de los dominios del marmitón y pude escuchar como aquél le decía a éste último:

- Menos mal que no has podido conmigo. Gracias al cielo o al infierno se me han quitado los dolores de estómago. A ver cuando te decides y nos pones una buena

caldeirada.

“O sea”, pensé, “que todo se debía a la mala salud del patrón y no a su inquina. De todas maneras”, seguí reflexionando, “si continúo embarcado, vendré provisto de un paquete de bicarbonato”.

No sé si la bronca del patrón o la mayor proximidad de Burela influyó positivamente en el humor de la tripulación pero el caso fue que hasta la torva mirada de Juan Carlos pareció humanizarse.

El maquinista, por su parte, también abandonó el lenguaje ofensivo que solía usar para referirse a mí o para hablarme. De forma especial a partir del día en que, aprovechando uno de mis escasos momentos de descanso, se me ocurrió pasar por la sala de máquinas en cuya entrada me detuve, pedí permiso para entrar y pasé después de obtenerlo.

- ¿Qué quieres? -inquirió con un bufido-. ¿Se te rompió alguna tripa? Si es así, vete a que te la arregle el patrón... ya que hacéis tan buenas migas.

- Si es mal momento, ya volveré en otro. Sólo quería que me explicara como funciona toda esta maquinaria.

- Ah, ¿te gustan los motores?

- Mucho, pero no entiendo ni palabra. y si ahora no tiene gana de hablar, me voy.

- Espera. No te dije que fueses inoportuno. Quédate. ¿Qué te gustaría saber?

- Todo.

- ¡Coño! No te pide nada el cuerpo. Eso no se aprende en dos días.

- Bueno; no tengo prisa.

- Está bien. Te llamas Hassan ¿no? Pues te confieso que llevo años navegando en lanchas y en barcos mayores, ésta es la primera vez que algún tripulante se interesa por mis máquinas y tenías que ser tú; precisamente tú. Quiero que queden las cosas claras entre nosotros. Es muy posible que me hayas oído llamarte “jodido moro” y te aseguro que todo se debe a que soy un auténtico bocazas que no entiende más que de motores; cuando dije eso ni te conocía ni quería molestarte. Así que olvídale.

- Por mí, que no quede. Ya está olvidado.

- En ese caso, tú lo has querido; allá va.

El maquinista inició una conferencia en la que se mezclaron numerosas palabras cuyo significado desconocía por completo. De vez en cuando le pedía aclaraciones que se apresuraba a facilitarme. Se veía que el maestro disfrutaba enseñando y yo, el alumno, sentía verdadera curiosidad por aprender algo de todo aquello.

Entre otras cosas Policarpo, el maquinista, me dijo que la lancha disponía de dos motores auxiliares de 380 caballos cada uno, los generadores de luz y energía para las cámaras de frío. De este tema pasó a hablar de la fuerza necesaria para que la lancha navegara a una velocidad de diez a once nudos.

Se veía que aquel mundo ruidoso y lleno de pringue era lo único que le interesaba. Hablaba y hablaba sin detenerse y sin darse cuenta de que la mayor parte de las cosas que decía me resultaban completamente ininteligibles.

Del monólogo de Policarpo saqué muchísimo provecho en cuanto se refiere al aumento de mis conocimientos de mecánica aplicada y, he de reconocer que, en adelante, tuve en el mecánico un excelente aliado. Nos hicimos buenos amigos y él fue en gran medida responsable de mis sucesivas campañas a bordo del “Rías Gallegas”.

Mi trabajo era duro pero nada complicado. Por ejemplo, cuando comenzaba la campaña al tanqueo debíamos capturar echando las redes no muy lejos de la costa, chicharros, parrochas o bocartes -por otros nombres jureles, sardinas pequeñas y crías de sardina- que irían a parar a los viveros o tanques instalados en cubierta a la espera de que yo mismo, armado de un cazo, empezase a “macizar”, o lo que es lo mismo, arrojar al agua los peces vivos que servirían de cebo para los bancos de bonito, localizados por medio del sonar, y sobre los que nos deteníamos parando el motor. Antes de hacerlo, se ponía en marcha lo que llamábamos “la riega”, que no es otra cosa que la expulsión desde el costado del barco, del agua a presión que forma una nube de burbujas y oculta la presencia de la lancha haciendo creer a los bonitos en la cercanía de un banco de sardinas.

En ese momento, cuando se tiene la absoluta seguridad de que el barco está si-

tuado encima de un banco de bonitos, comienza la verdadera pesca. Los aparejos fijados a las cañas flexibles, sin carretes, con los anzuelos debidamente cebados, son lanzados al mar. Cada caña, son seis o siete las que se utilizan, es manejada por un hombre, con la asistencia de otro encargado del gancho con el que se iza el pez a bordo.

El bonito es un pez luchador y fuerte con el que hay que acabar golpeándolo en la cabeza con un mazo de madera, antes de que él mismo dañe su carne al golpearse en uno de los violentos saltos que inicia tan pronto está fuera del agua.

Una de las tareas que me había sido adjudicada y que menos placer me producía era el baldeo. Consistía en echar al mar un cubo atado con una cuerda, dejar que se llenara y derramar el agua sobre las tablas de cubierta frotándolas enérgicamente con ayuda de un cepillo con mango. Aquello me parecía una estúpida pérdida de tiempo, en especial los días en que el mar barría la lancha en toda su longitud.

En aquella primera expedición, creo que hice de todo, con las lógicas excepciones de llevar el timón y hacerme cargo de una caña. Poco a poco iba aprendiendo y, al mismo tiempo, notaba cómo la hostilidad que sentía hacia mí la mayor parte de la tripulación cuando me uní a ella, disminuía transformándose en indiferencia cuando no en franca simpatía.

De todos modos cuando atracamos en el muelle de Burela y pisé tierra, sentí una gran satisfacción y, tan pronto como terminamos la tarea de bajar la carga que traíamos a bordo, me encaminé al bar de Jusuf.

Deseaba saludarlo, sentarme en un lugar que no oscilara y, de manera especial, quería alejarme por un tiempo del estruendo producido por los motores de la lancha que, a mis oídos desentrenados, sonaba exactamente como algo que se producía en el interior de mi cabeza.

Jusuf me recibió con la misma simpatía y serenidad que constituían los rasgos distintivos de su carácter. Después de escucharme un rato, él ante un café y yo con un refresco a mano, me preguntó:

- ¿Y de racismo qué? ¿Cómo se han portado los hombres de “Rías Gallegas”?
- Ha habido de todo -le respondí-; al principio, bien, luego mal y los últimos

días, otra vez bien. Oye Jusuf, antes de que lo olvide, ¿está disponible la habitación...?

- Sí, no te preocupes -me dijo sin permitirme terminar la frase-. Está libre y a tu disposición. ¿Cuándo volvéis a la mar?

- Exactamente no lo sé. Xelo dijo que ya nos avisaría, pero casi seguro que nos iremos pasado mañana.

- Bueno, ahora cuéntame. ¿Qué es lo que menos te agrada de tu vida en la lancha? ¿Y lo que más te gusta?

- Lo peor es el ruido de los motores; hay momentos en que el estruendo parece venir de todas partes. Es como si navegáramos a bordo del ruido. Ahora comprendo la causa de que no haya otro remedio que dejar pasar cuarenta y ocho horas desde la captura del pescado vivo para el tanqueo, antes de macizar con él. Me figuro que primero estaría demasiado atemorizado para moverse atrayendo así a los bonitos.

- ¿Y lo mejor? -insistió Jusuf.

- Lo mejor son las últimas horas del día, antes de retirarme a dormir. A esas horas todo el mundo está cansado. Se habla poco y posiblemente se piensa mucho; en la casa y la familia ... son momentos muy buenos. Hasta el ruido parece disminuir de volumen.

- Y ¿qué me dices de la paga? ¿Cómo se ha portado Xelo?

- No tengo motivos para quejarme. Creo que me ha pagado bien. El patrón está satisfecho porque las capturas fueron excelentes; eso ha dicho. En cuanto a mi comportamiento parece que no hubo queja. Y a propósito, hablando de dinero. Como sabes, yo no puedo abrir cuenta en un banco. Parece que oficialmente ni existo. Entonces ¿te importaría hacerte cargo de lo que tengo y ponerlo en tu cuenta?; ya hablaremos más adelante de todo ello. Luego, te daré un papel con el nombre y dirección de mis padres; si me pasara algo, cuando puedas les mandas lo que vaya ahorrando. ¿Harías eso por mí?

- Claro. Pero ¿qué puede pasarte?

- Ya sé que sólo sucede lo que Alá quiere, pero la mar es tan profunda, las olas tan altas y la lancha tan pequeña...

- Está bien; como quieras; pero has de aceptar una condición.

- La que tú digas.

- Tienes que admitir que te entregue un recibo por las cantidades que me vayas dando.

- No necesito tus recibos.

- Pero yo necesito dártelos.

- De acuerdo; no se hable más de dinero ni de recibos.

Hassan suspendió durante unos minutos su relato, momento que yo aproveché para comprobar cómo iba la cinta que estábamos utilizando. Aún era pronto para cambiarla por otra. Mientras el marroquí rebuscaba en sus recuerdos y recuperaba el aliento, fui a la cocina y volví con un par de refrescos. Una bebida helada con cola era lo que aquel narrador infatigable prefería.

A primeros de noviembre, continuó Hassan, íbamos a salir una vez más por la costera de aquel año. Sería la última hasta junio siguiente. Yo llevaba veintidós meses en la lancha de Xelo el Queixo. Sabía que, como en viajes anteriores, navegaríamos hacia las Azores y luego, a través del Golfo de Vizcaya, proa a las costas irlandesas.

En algún lugar, no señalado en los mapas, cortaríamos el camino que tradicionalmente seguía el bonito que siempre se desplaza hacia el Este.

Todo se realizó como había proyectado el patrón del “Rías Gallegas”. La pesca se nos estaba dando como pocas veces. Habíamos capturado cientos de kilos de bonito y las bodegas ya estaban a rebosar. Deberíamos pensar en regresar a Burela.

Dos días después de iniciada la vuelta, los partes meteorológicos comenzaron a alertar sobre la gran tormenta que se había puesto en marcha sobre el Océano Atlántico y se dirigía hacia el Golfo de Vizcaya.

Soplaban vientos racheados de más de cien kilómetros por hora y las olas alcanzaban alturas de unos cinco metros. Aquello era lo que Xelo llamaba “temporal muy duro”.

Las emisoras de radio aconsejaban la inmediata retirada a los puertos más cercanos y los pronósticos no auguraban mejoría en un futuro próximo.

Nuestra lancha, que ya llevaba buena marcha, intentó sacar el máximo partido de los motores a cargo de Policarpo. Enseguida se notó a bordo, en el aumento del nivel de ruido, que el maquinista echaba el resto.

Sin embargo, las condiciones del mar empeoraban de minuto en minuto y la bruma, una espesa niebla que había comenzado siendo una simple calima algodonosa, impedía la visibilidad más allá de los trescientos metros. Cuando las violentas rachas de viento la disipaban por unos instantes, podíamos ver el cielo plomizo y amenazador así como el agua negra con hirvientes copetes de espuma blanca.

Toneladas de agua se desplomaban sobre cubierta con el fragor de una casa que se derrumba. Cada segunda ola levantaba la popa muy fuera del agua mientras ante la proa se abrían abismos como si la mar se hubiese vaciado.

La lancha, un diminuto corcho zarandeado sin piedad por fuerzas colosales, temblaba y luego parecía sacudirse como un perro que trata de eliminar el agua que lo empapa y, al mismo tiempo, se preparaba para la próxima acometida de la marejada. A veces daba la impresión de que no lograría recuperar la horizontalidad amenazada desde distintos ángulos pues aunque el temporal procedía del oeste, aquellas montañas de agua venían de todas partes a la vez.

“Estoy convencido”, afirmó Hassan, “de que a no ser por la pericia de Xelo, aquél hubiera sido el último viaje para toda la tripulación del “Rías Gallegas”. La experiencia de nuestro patrón fue la que, al escuchar los últimos boletines meteorológicos, le aconsejó olvidarse por el momento de Galicia y poner proa a las costas de Asturias.

Así fue como, con suerte, corriendo como una liebre asustada, escapando de la tormenta que no daba señales de amainar, fuimos a parar al puerto de Gijón. Las últimas millas las hicimos sin ayuda de la radio. Prácticamente, navegamos sin medios técnicos pues la galerna despojó a nuestra lancha de todas sus antenas exteriores.

En Gijón, es decir, en su rula, vendimos todo el pescado que traíamos, a decir verdad a no muy buen precio, pues el “Rías Gallegas” no fue el único pesquero que se vio obligado a recalar en aquel puerto, por lo cual el bonito abundaba demasiado. Allí

permanecimos casi una semana, hasta que la lancha fue puesta de nuevo en condiciones de navegar.

- Me gustó Gijón -manifestó Hassan lentamente-. Y su gente, por lo que he podido advertir en tan corto espacio de tiempo -añadió- me pareció acogedora y sin prejuicios.

En fin, cuando llegamos a Burela, terminada la costera del bonito por el procedimiento de tanqueo, yo empecé a notar que sólo con pensar en volver a embarcar y a exponerme al pánico del viaje último, se me ponían los pelos de punto y las tripas protestaban. Así que decidí que para un ignorante pastor de ovejas del Atlas ya estaba bien de correr aventuras al estilo de Simbad.

Así pues, hablé con todos los que allí, en Burela, me habían tratado como a una persona: Jusuf, Juan, Xelo y Policarpo. A todos ellos conté lo que pensaba.

- ¿Y qué proyectos tienes? -me preguntaron, después de intentar convencerme de que siguiera con lo que estaba haciendo.

- Seguro que parece una locura, pero quiero buscar a dos compatriotas, de Marraquech, que conocí en Madrid. Desde allí se fueron a Andalucía, a Jaén. Cuando me lo dijeron, no los entendí; se limitaron a mencionar los olivos. Ahora ya me enteré de lo que querían. Fueron a trabajar en la cosecha de la aceituna. Son unos tíos formidables y espero encontrarlos allí. Por lo menos voy a intentarlo.

- Pero bueno. ¿Tú te das cuenta de lo que pretendes? -preguntó Juan con acento burlón-. Andalucía es la región más extensa de España.

- ¿Ah, sí? Pero ellos hablaron de Jaén. No será tan difícil dar con ellos ... si no los cogió la policía.

- ¿Crees que Jaén es como Burela?

- No, supongo que será mucho mayor.

- Sí, y además tendrás que buscarlos en todos los cortijos y haciendas donde se coseche la aceituna; eso si, como tú mismo dices, no los expulsó ya la policía.

- Sé que tienen ustedes razón, pero no puedo evitarlo. Tengo que buscarlos. De todos modos, hasta que me vaya -que aún no sé cómo será- necesito que me den traba-

jo, en la obra, en el cementerio o donde sea. Tengo algún dinero que procuro no gastar a lo tonto, pero no me vendrá mal algo más.

Juan, que mientras yo estuve en la mar había comenzado la construcción de otras dos casas, me prometió sobre la marcha que, en una de ellas, encontraría algo para mí. Xelo intentó, sin éxito, enrolarme de nuevo para la pesca. Acepté la oferta del constructor y rechacé la de el Queixo.

No obstante, Alá tendría la última palabra pues el día anterior a aquel en que debería comenzar de nuevo mi pelea con los ladrillos y el cemento, me di de bruces con alguien a quien creía conocer. Fue en el Bar Jusuf. Yo acababa de bajar de mi habitación y al entrar en el comedor para desayunar, vi a una persona cuyo rostro me resultaba vagamente familiar.

Al pasar junto a la mesa donde el hombre tomaba un café con churros, me dijo:

- Qué, ¿ya no te acuerdas de mí?

- Sí, claro que le recuerdo, aunque no estoy seguro de qué.

- Hace algún tiempo hemos viajado juntos desde La Coruña hasta aquí.

- Ah, es cierto. ¿Cómo está? ¿Sabe algo del chaval de la pensión?

- Yo bien y tu amigo lo mismo. ¿Y a ti cómo te van las cosas?

- Pues no puedo quejarme. Trabajo no me falta. Y usted, ¿va o viene?

- Ni una cosa ni otra. En esta ocasión mi viaje es mucho más largo. La fábrica está ampliando el negocio; ahora vende sus productos en casi todos los puertos de la costa del norte, el sur y el este de España. Y, por supuesto, también en Portugal. Esta vez me toca dar un paseo hasta las provincias de Málaga, Granada y Almería. Claro que ahora llevo un camión tan grande como una casa, que anda como un turismo o más. ¿No te interesaría venir conmigo?

- Hombre, si pasara por Jaén...

- Podría arreglarse. Ya te he dicho que tengo que llevar material a varios puertos de Andalucía. Claro que, si te decides, tendrías que pagar billete y la distancia es larga. Te prepararía un escondrijo como el de la otra vez. Naturalmente, el precio sería bastante más elevado.

- ¿Cuánto me costaría?

- Déjame hacer unos cálculos.

El conductor pareció sumirse en un estado letárgico que no duró mucho tiempo y luego dijo con voz firme.

- Treinta mil, incluidas comidas hasta destino. Te hago un precio especial como cliente antiguo.

- Caray. Eso son palabras mayores. Es caro.

- Ten en cuenta la seguridad y la comodidad. Sobre todo la seguridad. Piensa que si algo no sale bien, tú irás a Marruecos, pero yo de cabeza a la cárcel.

- Si acepto ¿cuándo nos iríamos?

- Dentro de una hora y media. Tienes el tiempo justo para hacer el petate. Ah, se me olvidaba. En tu “camarote” rodante tendrás otros dos pasajeros. Ya están ahí dentro. No te molestarán; se trata de buena gente. Ellos van hasta Almería.

- Está bien. De acuerdo, con la condición de que me lleve hasta las afueras de Jaén.

- Pues ya sabes; los pagos, por adelantado.

- ¿Puede esperar un rato? Tengo que buscar el dinero. No lo llevo encima.

- Hora y media; no puedo esperar más; se me hace tarde.

Cuando Jusuf oyó que me marchaba inmediatamente, primero intentó convencerme para que no cometiera aquella locura. Luego, al darse cuenta de que no había modo de que cambiase mi decisión, salió corriendo hacia el banco donde tenía depositado mi dinero. Como era de esperar, él tampoco lo tenía en la cartera.

Pronto regresó trayendo todo mi capital. Hasta el último minuto trató de que abandonase el proyecto de irme. Al final enmudeció después de recordarme que, si las cosas no me iban bien, siempre me quedaría la posibilidad de regresar a Burela.

Muy pronto me despedí de aquel amigo que me había tratado como a un hermano y, minutos después, me encontraba escondido entre cajas que aún olían a madera recién cortada. Los dos compañeros de viaje que me saludaron con timidez me recordaron, por su color negro subido, a Kamal, el senegalés.

Había encargado a Jusuf que me despidiera de Juan, Xelo y Policarpo a quienes no tenía tiempo para ver en persona. No me agradaba demasiado aquella manera precipitada de abandonar Burela, pero el deseo de volver a reunirme con Ismail y Ahmed me obligaba a aprovechar la oportunidad que se me presentaba. El viaje era bastante caro pero el conductor del enorme camión tenía razón; si no había accidentes y el viaje transcurría con normalidad, merecía la pena.

No hubo ningún problema y al cabo de unas doce horas me encontraba en La Mora, un lugar cercano a Porcuna, a su vez próximo a Jaén. Allí, en La Mora, comencé la búsqueda de mis amigos, diciéndome que si habían mencionado las aceitunas debió ser porque pensaban trabajar en su recogida.

Durante dos días completos recorrí la mayor parte de las fincas donde se hacía la campaña de la aceituna, la cual terminaba en el mes de enero. Di más vueltas que un molino y la boca se me secó preguntando por mis amigos. La tarea era muy complicada pues a quienes hablaba, les hacía falta muy poco para olvidar cualquier cosa que supieran. En circunstancias como aquéllas, es poco prudente hacer o decir algo que pueda ser tomado como una intromisión en la intimidad propia. A esto venía a añadirse el hecho de que quizás Ismail y Ahmed, buscando mayor seguridad, circularan con otros nombres.

La recogida de la aceituna estaba en pleno apogeo y con la pretensión de encontrar trabajo en ella acudían numerosos africanos. Los caminos vecinales que, desde los pueblos de la comarca, conducían hasta los lugares de trabajo estaban llenos, sobre todo de magrebíes; aguardando pacientemente a que un tractor o una cosechadora se detuviese y se llevase a unos cuantos después de haberles ofrecido trabajo.

El temor de que apareciese la policía y empezase a pedir documentaciones era general. Cuando un propietario concedía la oportunidad de que alguien trabajase para él, a la miseria que pagaba por hacerlo venía a añadirse el hecho de que recogía a sus temporeros por la mañana y los abandonaba, en general, por la noche en plena carretera. No existían contratos ni un techo para cobijarse.

Yo he tenido más suerte que la mayoría de los compatriotas que me precedieron

y seguramente que los llegados después. A mí me permitieron pernoctar en un edificio destartado, el más deteriorado del cortijo al que fui a parar. Era una construcción alargada, de paredes de adobe y techumbre de cañizos, en la que brillaban por su ausencia retretes y lavabos.

Allí, tendidos sobre colchonetas de hoja de maíz colocadas en el suelo, los hombres, mujeres y niños -a veces familias enteras- intentaban olvidar las penalidades del día y recuperar fuerzas para la jornada siguiente.

Inevitablemente, la forzosa convivencia en un sitio tan reducido -yo mismo he formado parte de un grupo de más de cincuenta individuos- originaba discusiones y peleas en las que, siempre, llevaban la peor parte los de color oscuro. A pesar de todo esto, he de reconocer que me encontraba entre los privilegiados.

El trabajo era menos sencillo de lo que parecía a primera vista. Consistía en golpear las ramas de los olivos utilizando largas y flexibles varas de madera para hacer caer las aceitunas. Los golpes debían ser lo suficientemente enérgicos para que los frutos se desprendieran de los árboles, pero no tanto como para dañar éstos. Es decir, que el manejo de las varas tenía que ser muy cuidadoso. Después, las aceitunas eran retiradas de las lonas que, previamente, se habían extendido en el suelo alrededor de los olivos y llevadas a la almazara o molino.

Yo, además de trabajar, aprovechaba todas las oportunidades que las continuas llegadas de nuevos trabajadores me ofrecían para preguntar por mis dos compatriotas, aunque siempre sin éxito.

Sin embargo, encontré a un marroquí que había cruzado el Estrecho hacía mucho tiempo y que, de milagro, había ido eludiendo la deportación. Se llamaba Alí. Era un hombrecillo muy servicial, esmirriado y tuerto cuya edad parecía imposible determinar. Su aspecto no era ni de joven ni de viejo y él mismo ignoraba cuantos años tenía. Había nacido en Xauen. Alí me enseñó a fabricar pulseras, pendientes y collares de alambre de latón y cobre que, andando el tiempo, podrían ayudarme a ahuyentar el fantasma del hambre.

Alí era persona dotada de una paciencia enorme, aparentemente sin límites. Sin

embargo, sí los tenía. Esto último se puso de manifiesto cuando, tras soportar sin decir palabra, insultos, empujones y varios golpes que le hicieron caer al suelo, se levantó y, todavía sin despegar los labios, sacó una navaja del bolsillo y la clavó profundamente en el vientre de su atormentador. No transcurrieron muchas horas sin que la policía se llevara a Alí.

- Debajo del colchón -me dijo poco antes de ser detenido- está mi caja de herramientas. Te la regalo. Me parece que ya no voy a tener ocasión de usarla.

Acepté el obsequio del magrebí al que no volví a ver nunca más y sus trebejos me lo recordaban cuando, más adelante, los utilicé para elaborar los adornos que eran su especialidad.

Del mismo modo que la existencia de Alí producía la impresión de estar consagrada a la ayuda a los demás y sólo en una ocasión lo vi perder la sangre fría y la paciencia, cuando apuñaló al individuo que le hacía la vida imposible, he conocido a otros, demasiados para mi gusto, que disfrutaban molestando.

En el cortijo donde inicié mis primeros pasos en la recogida de la aceituna tuve la mala fortuna de coincidir con un sujeto grandote, enorme, que disfrutaba abusando de los más débiles; lo hacía no sólo de palabra sino también de obra, propinando con saña verdaderas palizas a quienes tenían la desgracia de despertar su antipatía. Era una mezcla insoportable de sádico y maniático a quien la vista de una piel más oscura que la propia sacaba de sus casillas. Como en el cortijo abundábamos los de pellejo atezado, el tío estaba permanentemente a punto de estallar. Cuando lo hacía se convertía en un salvaje que no respetaba a nadie.

Dos días después de mi llegada al cortijo fui testigo de la soberana tunda con que obsequió a dos desgraciados jornaleros. Ramón, así se llamaba el energúmeno, sostenía que “aquellos gusanos le habían mirado mal”. Por supuesto, los agredidos eran de piel morena.

De nada valieron las negativas de los castigados. El muy bestia se había empeñado en que aquel día tenía que hacer ejercicio y lo hizo golpeando despiadadamente a sus “utensilios” de entrenamiento.

Ramón era un individuo muy fuerte, alto, de piel blanquísima en la que las venas destacaban con claridad.

Decididamente, el lugar no me agradaba en absoluto y, como sólo era cuestión de tiempo que se produjese otra tragedia en la que -lo había visto más de una vez- el matón llevaría la peor parte acabando con un cuchillo en las entrañas, y el hecho acarrearía la inmediata presencia de la policía con la consiguiente identificación de todos los presentes, decidí volverme por donde había venido.

Si en Galicia, en Burela concretamente, me encontraba como pez en el agua, ¿por qué estar tan lejos de allí?

Así pues, cuando advertí los primeros síntomas de que el trabajo no tardaría mucho en acabarse, cobré lo que el patrón me debía y me fui.

Aquella vez no contaba con el transporte, caro pero seguro, del camionero de La Coruña. No tendría otro remedio que arriesgarme. De fondos ya había estado bastante peor, así que podía arreglármelas para coger un tren desde Jaén a Madrid y otro desde allí a La Coruña para, después, viajar a Burela en autobús o como pudiera.

La propia experiencia y la acumulada por personas que, como yo, estábamos en España ilegalmente, me enseñaron que la vigilancia policial, salvo cuando se producían riñas, robos o alteraciones de orden público, era más relajada en el centro del país que en sus fronteras y en las costas del sur y del levante.

Pronto me encontré a bordo de un tren que, en poco más de cuatro horas me dejaría en la estación de Atocha. Desde ésta tuve que ir a la ya conocida de Chamartín donde tomaría otro convoy que me llevaría a Coruña.

Todo salió como había proyectado; sin el menor tropiezo; como si me encontrase en manos de una agencia de viajes.

Llegué a Coruña a la misma hora que la primera vez y allí, junto a la puerta de la estación, formando parte del grupo de empleados de hoteles y pensiones que intentaban conseguir clientes, se encontraba Arturo, el hijo de la dueña de la pensión - casa de putas.

- Pero Hassan, ¿qué demonios haces aquí? Además vienes de Madrid y el tío

del camión me dijo que te había llevado a Jaén.

- Es cierto, pero el mundo no para de dar vueltas ... y yo con él. Estuve en Jaén y luego tuve que ir a Madrid para venir a parar aquí; de momento, porque a donde quiero ir, de verdad, es a Burela. Bueno, ahora mismo a donde quiero ir es a la cama. Estoy cansado. ¿Habrá sitio en tu casa?

- Si te conformas, como la otra vez, con dormir en mi habitación, no creo que haya problemas. Veremos qué dice mi madre.

- Y las putas, qué. ¿Siguen tan ruidosas como antes?

- Qué va. Ahora están más chifladas. ¿A qué esperamos? Vámonos.

Dos días después de aquel encuentro, Arturo me acompañó a la calle Caballeros. En ella estaba la estación de autobuses de donde salía el que había de dejarme en Burela. Previamente, mi guía se encargó de sacar el billete con lo cual me evitó el mal rato que pasaba cada vez que estaba obligado a colocarme ante una ventanilla.

Cuando me alejé de Coruña camino de Burela, después de despedirme de Arturo, a quien tanto debía, me hice el propósito, el firme propósito de olvidar mi tendencia a andar de acá para allá. Tanto desplazamiento acabaría por acarrear me la deportación. Tenía que imitar a Jusuf. Afincarme en aquel pueblo en el que buena parte de sus habitantes concedían tanta importancia al color de la piel como al de los ojos.

El viaje en dirección al puerto que echaba de menos se estaba realizando de acuerdo con el itinerario que figuraba al dorso del billete facilitado por mi joven amigo de Coruña. El autobús rodaba a buena velocidad y habíamos dejado atrás Betanzos, Pazo de Irixoa, O Pedreiro y Oourol.

A muy pocos kilómetros de Viveiro, ya cerca de mi punto de destino, el motor del vehículo, hasta entonces un modelo de afinación, comenzó a hacer ruidos extraños y a dar señales de que en su interior algo no funcionaba demasiado bien. Finalmente a la salida del pueblo, ante una gasolinera, el autobús se detuvo.

- Esto no me gusta nada -comentó enfadado el conductor-. Puede que tengamos para rato. Lo mejor será que se apeen y vayan a la cafetería. Yo les avisaré allí de lo que haya.

Los viajeros, con cara de circunstancias y no de muy buen grado, fueron dejando el vehículo. No eran muchos. Algunos que iniciaron el desplazamiento en La Coruña, como yo, habían abandonado sus asientos a lo largo del trayecto. En aquel momento quedaban quince. Efectivamente eran pocos pero, entre ellos, me encontraba protegido en el anonimato. Así que, cuando me encontré solo, de pronto parecí sentirme desnudo y al descubierto. La desagradable impresión empeoró cuando vi que el chófer era abordado por una pareja de la Guardia Civil.

Entonces, esperé un momento propicio y, tan pronto como los guardias volvieron la espalda al lugar en que me encontraba, bajé de la red la pequeña mochila en la que guardaba mis escasas posesiones, saqué de debajo del asiento la caja de herramientas heredada de Alí y, procurando pasar desapercibido, me apeé. Luego, fingiendo una despreocupación que estaba muy lejos de sentir, empecé a andar en dirección desconocida.

Como caminar por la carretera, sin rumbo fijo y con un par de bultos en las manos, podía despertar sospechas, me dirigí hacia las casas que habíamos pasado momentos antes. Pronto me detuve. A muy pocos metros pude ver una estación de ferrocarril sobre cuya entrada un letrero indicaba que pertenecía al FEVE.

Casi sin pensar crucé la puerta y, después de estudiar la pizarra en la que me llamó la atención el nombre de Burela, me acerqué a la taquilla de despacho de billetes. En aquel momento, en la habitación que se podía ver a través de la ventanilla, no había nadie. Esperé. Al principio tranquilo. Después, a partir del momento en que vi cómo una nueva pareja de la Guardia Civil penetraba en la estación, a punto de sufrir un ataque cardíaco.

Estaba tan asustado que el empleado de la estación tuvo que preguntarme dos veces qué era lo que deseaba.

- ¿A dónde? -inquirió con lentitud.

- A Burela -respondí con voz casi inaudible.

Me dio el billete y el cambio del que yo le había entregado y me dijo mirándome a los ojos:

- Dentro de cinco minutos estará el tren aquí. La estación de Burela es la octava a partir de la próxima.

Todavía hoy, transcurrido ya mucho tiempo, me pregunto qué habría querido indicarme el hombre de la taquilla. Nunca lo sabré, pero apostaría que había comprendido el apuro en que estaba metido. Desde luego, no había mentido, pues la estación que me interesaba era la octava empezando a contar desde la siguiente a Viveiro.

Todo aquello estaba muy bien, aunque no me sirvió de gran cosa ya que, debido a una desagradable coincidencia, no pude descender en la estación que deseaba. Los dos Guardias Civiles, armados con los fusiles o mosquetones reglamentarios entraron en el vagón en que yo me había introducido segundos antes y, tras saludar educadamente a los tres únicos viajeros presentes, se sentaron al lado de la puerta. Desde su sitio, pude comprobarlo con disimulo, echaban frecuentes ojeadas a los dos ocupantes del asiento doble a la derecha del mío y tres filas por delante. Yo parecía encolado al lugar en que me encontraba y, de pronto, me sentí incapaz de moverme y dar los pocos pasos que había hasta la puerta si tenía que hacerlo ante los ojos de los guardias. Así que allí me quedé inmóvil y asustado.

Después de mucho rato, cuando Burela debía encontrarse a kilómetros de distancia, vino el revisor y se limitó a picar el billete que le presenté, afortunadamente sin enterarse de que mi punto de destino había sido dejado atrás.

Así, en aquella situación tan molesta, temiendo que los agentes de la autoridad cambiaran la dirección de sus miradas para vigilarme a mí, pasé en aquel vagón, prácticamente sin moverme ni cambiar de postura, las cuatro horas y pico más largas de mi vida.

Y de pronto, cuando ya había perdido toda noción de lo que me convenía hacer, a punto de orinarme y con calambres en las piernas a causa de lo forzado de la postura, hartado de ver desfilar ante las ventanillas letreros con nombres de estaciones sin ningún significado para mí, el tren con una serie de agudos pitidos, se detuvo en un lugar cuyo nombre me resultaba familiar: Gijón, decía un gran indicador.

Claro, Gijón era el puerto donde habíamos recalado obligados por el temporal

cuando navegaba en el “Rías Gallegas”.

Aquello parecía cosa de magia. Había tenido una suerte increíble, viajando a dos pasos de una pareja de la Guardia Civil que no me prestó la menor atención, sin duda porque tendrían cosas más importantes de qué ocuparse. Además, el revisor había vuelto a pasar otras dos veces a mi lado sin fijarse en mí.

El caso era que me encontraba en un puerto de mar más o menos conocido, donde, casi seguro, sería fácil encontrar trabajo, en último extremo en un barco.

En Gijón estuve unos dos meses. Durante aquel tiempo me dediqué a un montón de tareas diferentes y allí comencé a elaborar los brazaletes, collares y pendientes como había visto hacer a mi compatriota Alí.

Claro que cuando descendí del tren había cosas más urgentes. Una era encontrar un sitio donde me permitieran dormir sin pedirme la documentación que no tenía. “Debo acercarme al puerto, al mar”, me dije. “¿Cómo se llama el barrio aquel donde estuve varias veces con Policarpo el maquinista?”. De pronto lo recordé. Barrio de Cimadevilla. Allí no sería difícil encontrar cama y comida; incluso pudiera ser que me tropezase con algún africano que me echase un cable y me orientase en aquella ciudad.

Pronto me encontré en lugares conocidos y había solucionado el problema del alojamiento. Fue en un modesto cafetín que me recordaba al de Jusuf. Yo ya había estado allí y había visto algunos magrebíes tomando té a la menta. Preguntaría a la mujer que atendía la barra si mis compatriotas seguían viniendo por el establecimiento y si sabía de algún sitio cercano donde pudiera alquilar una habitación.

- Si no tienes prisa, espéralos. Suelen venir todas las tardes, a última hora. Sobre todo dos de ellos -me contestó. Luego añadió- ¡Qué bárbaro, hablas muy bien mi idioma! ¿Dónde lo aprendiste?

- En mi casa, en Marruecos.

- Bueno, pues lo de la habitación ya está arreglado; aquí mismo la hay, un poco cara pero limpia y cómoda. Seré sincera contigo. En caso de que tengas los papeles en regla, podré hacerte un descuento. Pero no te preocupes, de eso ya hablaremos después.

La mujer, alta, flaca, con el pelo teñido y recogido en la parte superior de la cabeza en un moño absurdo, tenía un tic en el ojo izquierdo que guiñaba sin cesar, algo que me resultaba muy violento contemplar. Naturalmente, si aquella camarera, o lo que fuese, se limitaba a dar guiñadas y se olvidaba de exigirme la documentación, yo no podía estar más conforme.

Cuando le pregunté si podía servirme algo para cenar, apartó con un brazo extendido la cortina de cuentas de colores que separaba el bar y la habitación próxima, pasó a ésta y, tras una breve ausencia, regresó con un plato colmado de un guiso de patatas con carne del que se elevaba un excelente aroma. Lo colocó ante mí sobre la mesa que había ocupado al entrar y, todavía sin contestar a mi pregunta, volvió a ocupar su puesto detrás de la barra. Desde allí, con la cabeza entre las manos y acodada en el mostrador, me contempló fijamente con el ojo normal, mientras con el otro me dedicaba alocados guiños.

La ridícula situación se prolongó durante varios minutos. Yo comía y la mujer guiñaba el ojo con determinación. De pronto, la puerta se abrió dando paso a un hombre de inconfundible origen africano.

- Ahí tienes a uno -me dijo la camarera sin dejar de guiñar el ojo. Luego añadió, dirigiéndose al recién venido:

- Éste te está esperando.

- Pues ya me tiene aquí. ¿Qué quieres? -me preguntó.

- En realidad no te esperaba precisamente a ti. Quería hablar con algún magrebí que conociera esto bien.

- Pues diste con la persona indicada. Llevo en Gijón mucho tiempo; tanto que, por fin, ya tengo lo papeles en regla. ¿Y tú, en realidad, qué pretendes? ¿Eres legal o estás de tapadillo? ¿De dónde vienes?

Respondiendo a las preguntas de Mustafá -así dijo llamarse- le conté una versión abreviada de mi vida en Tinerhir y de mis andanzas en España y terminé rogándole me informara dónde podía encontrar trabajo.

Mustafá era hombre prudente y, pese a lo legal de su estancia en el país, co-

menzó a hablar en árabe casi tan pronto como entró en el bar. No quería que alguien interpretara erróneamente sus palabras. Poco a poco fue sacándome el resto de mi historia y, con la misma discreción, me dio un montón de valiosos consejos.

- ¿Tienes donde dormir esta noche? -inquirió después de un rato de conversación.

- Sí, aquí mismo; en el piso de arriba.

- Esto está bien si no tienes otro remedio. Ahora ya es tarde para que renuncies. Mañana será mejor que te vayas a otro sitio. Yo te diré a donde. Con esta tía loca hay que andar con cuidado. ¿Te gusta?

- No, en absoluto. ¿Cómo me va a gustar?

- Entonces, lo mejor es que te vayas cuando no se pueda sentir ofendida. Es que actúa de una forma rara. Esta noche te tratará con normalidad, pero mañana se te meterá en la cama. Así que si no te gusta, más vale que te largues cuanto antes. Todo el mundo sabe que es un mal bicho.

- Y en lo de buscar trabajo, ¿puedes hacer algo por mí?

- ¿Qué sabes hacer? -se interesó.

- Aparte de entender de ovejas y cabras, cosa que no servirá de mucho en un puerto de mar, he trabajado en la construcción, he navegado en un barco, una lancha, me corregí apresuradamente, he cargado y descargado camiones, sé hacer brazaletes, collares, pendientes y pulseras de latón y cobre... ah, y he cavado agujeros para sepulturas.

- Buena mezcla de oficios -opinó sonriendo Mustafá-. Entonces, no tendrás inconveniente en conocer uno nuevo. Mañana, si quieres, nos ayudarás - a mí y a un amigo que hoy no puede venir- en algo que traemos entre manos últimamente. Nos dedicamos a la venta de alfombras y esteras a domicilio. Es duro pero a veces rentable. El género lo traemos de León. Compramos directamente a un mayorista que nos hace un precio bastante arreglado. Lo malo es que hay que pagar en el acto, contra entrega. Tú puedes trabajar con nosotros a comisión. Es más, se me acaba de ocurrir que si tuvieses algo de dinero podrías entrar a formar parte de nuestra asociación; de esta ma-

nera ganarías más. ¿Qué te parece? Pero espera. No es necesario que contestes ahora. Piénsalo y mañana ya hablaremos. Vendré a buscarte hacia las ocho o las ocho y media. No le digas nada de todo esto a ese semáforo con moño; sería capaz de envenenarte.

Mustafá se echó al colete el té que aún quedaba en el fondo de su vaso, se levantó del asiento que había ocupado junto a mí y se fue, no sin saludar cordialmente a la mujer que no había cesado de guiñar su incansable ojo siniestro.

- ¿Qué diablos te decía ese chimpancé? -me preguntó tan pronto como quedamos solos.

- Me contaba de dónde es, cómo se llama y a qué se dedica; vamos, cosas así. Hablábamos en nuestro idioma porque acabaremos olvidándolo por falta de práctica.

La mujer no pareció aceptar de buen grado mis explicaciones pero, como no le ofrecí otras, terminó dándolas por buenas.

Poco rato después, en vista de que no entraban nuevos clientes, la encargada del bar fue a la puerta, colgó el letrero de “cerrado”, visible a través del cristal, cerró con llave y echó varios pasadores diciéndome al propio tiempo:

- Vamos a hacer cuentas ... ya sabes que en estos sitios es costumbre pagar por adelantado. Así que: serán mil ochocientas por la cena que ya consumiste -y por cierto no me dijiste cómo la encontraste-, y ...

- Estaba riquísima -informé con rapidez.

- ... y tres mil quinientas por la cama. En total cinco mil trescientas, incluido desayuno, IVA y servicio. ¿Está bien?

- Muy bien -contesté recordando lo comentado por Mustafá acerca del modo de ser de la señora.

- Entonces, paga; que el que paga descansa... y el que cobra, más. Y luego podemos ir a acostarnos; cada uno a su cama, claro.

Pagué lo que me había pedido, sacando el dinero de un bolsillo del pantalón en el que llevaba unos pocos billetes para evitar tentaciones ajenas.

Diez minutos más tarde ya estaba en la cama en la que me había metido tan

pronto la mujer me dejó solo. Se llamaba Raquel, según me informó antes de irse dando un portazo. La habitación, grande y destartalada, con muebles apolillados y un lavabo en una esquina, estaba presidida por el enorme lecho con un colchón cuya principal característica era la sima central en la que caí varias veces durante la noche.

A la mañana siguiente, la mujer vino a llamarme.

- Vamos; arriba, perezoso. Son las siete y cuarto. Te traigo una toalla. Abajo ya tienes el desayuno preparado.

Puntualmente llegó Mustafá y, aprovechando la ausencia de Raquel, me dijo que subiese al dormitorio y bajara mi impedimenta. Así lo hice.

Cuando terminé de desayunar me despedí de la dueña de aquel tugurio, la cual a aquella hora, sin duda descansada tras una noche de sueño reparador, lanzaba guiñada tras guiñada sin detenerse un instante.

- De manera que esta noche no duermes en mi casa -dijo con tono acusador, al ver que me llevaba lo que había traído.

- Pues no lo sé -respondí sin faltar a la verdad-. Ya veremos. Por si acaso, gracias por su amabilidad -añadí recordando que era un mal bicho.

Acompañando a mi nuevo amigo anduve por lo que me pareció un laberinto de callejuelas empinadas que cada vez nos alejaban más del puerto.

- Ahí es -dijo de pronto mi guía deteniendo el paso ante un edificio con aspecto bastante deteriorado-. Aquí tengo, tenemos, Abdalá y yo, un par de habitaciones alquiladas. Hay sitio para ti. Hombre, no es un palacio ni mucho menos, pero estamos en nuestra casa. ¿Has pensado en lo que te dije anoche?

- ¿Cuánto tendría que poner y cuánto me costaría quedarme con vosotros? Ah, y tu amigo Abdalá ¿está conforme con ampliar vuestra asociación?

- Por Abdalá no te preocupes. Él no pone pegas nunca.

- Entonces, si la cantidad que tengo que poner no es demasiado elevada, porque lo cierto es que no tengo mucho dinero, estoy de acuerdo.

Mientras hablábamos, subíamos la estrecha escalera que nos condujo hasta el tercer piso. Allí, Mustafá se detuvo ante el apartamento señalado con la letra D, sacó

del bolsillo una llave de aspecto anticuado, la hizo girar y la puerta se abrió con una serie de chirridos de protesta y me hizo pasar.

En aquella vivienda pasé algunas de las semanas más agradables del período de tiempo que estuve en España. Abdalá, el cual hizo acto de presencia a poco de nuestra llegada, era un hombre de edad avanzada aunque fuerte y dotado de excelente humor. Él, como su compañero, era del Magreb y estaba legalmente en el país. Cuando supo que habíamos llegado a un acuerdo que me convertía en el socio de aquella original corporación, mostró su alegría.

- Necesitábamos sangre nueva -me dijo estrechándome la mano-. Mustafá es más joven que yo pero siempre fue viejo; desde que nació. A ver si ahora levantamos cabeza.

- Aunque lo que voy a decir no tiene nada que ver con lo que estamos hablando, tengo ...

- ¿Qué te pasa? -interrumpió Abdalá.

- No me pasa nada, pero desde que entré aquí estoy preguntándome a qué huele.

- Ah, eso. Ya te acostumbrarás. Es el olor que desprenden las esteras y las alfombras. Cuando llesves unos días en el piso, ni lo notarás.

La cifra mencionada por Abdalá y refrendada luego por su compañero estaba al alcance de mis recursos así que liquidé la cantidad correspondiente a un mes completo, alojamiento y alimentación más el importe de una tercera parte de las existencias almacenadas, y me sentí como si me hubiese convertido en uno de los principales accionistas de una importante sociedad anónima.

Después de haber hecho cuentas comenté con mis compañeros que si no hubiese gastado con mesura, casi con avaricia, no me hubiera sido posible disponer de fondos para estar con ellos en pie de igualdad. Y de otra manera no me gustaría.

- Está bien, entonces ahora viene lo peor de nuestra actividad, pero antes de ponerla en práctica mejor será que te demos algunos consejos. Ya sabes que todo consiste en vender los géneros. Es difícil aunque no tanto como pasarse el día con unos cuantos kilos al hombro.

- Tampoco es una fiesta andar de acá para allá sin pararse más que de tarde en tarde -añadió Abdalá.

- También es difícil saber cuándo ha llegado el momento de aceptar que un posible comprador está deseando que le dejemos en paz. Por supuesto debemos insistir pero no tanto como para obligar a un cliente duro de pelar a que llame un guardia.

- ¿Y qué me tenéis que decir sobre los timbres?

- ¿Sobre qué timbres? -inquirió Mustafá.

- Tú mismo me habías dicho que las ventas se hacían a domicilio, y como he notado que casi todos los portales están cerrados...

- La verdad es que vendemos donde podemos, en la calle, en la playa, en los parques y, desde luego, en las casas. Si el portal está abierto y no hay portero o portera -éstas son peores- lo intentamos subiendo; siempre por la escalera. Los ascensores son únicamente para los inquilinos y si, por casualidad coincides con uno de ellos subiendo, no intentes venderle nada, especialmente si le metiste una estera por las narices en un sitio tan pequeño como un descansillo. Si el portal está cerrado procura no ponerte pesado. En fin, esto es lo principal. Ya irán saliendo más cosas. Ah, como tienes la pega de la falta de papeles debes andar siempre ojo avizor por si se presenta la poli. Si ves que se acerca alguno, márchate. Procura alejarte sin dar la sensación de que tienes prisa.

- Creo que hoy, por ser tu primer día de vendedor, deberías acompañarme -propuso Abdalá-. Es verdad que no resulta recomendable andar en parejas. Sin embargo, también es cierto que conviene nos veas en acción. ¿Qué te parece, Mustafá?

- Me parece de perlas. Así que no perdamos más tiempo. Yo voy a intentar la parte interior, así que vosotros iréis hacia el muro, ¿no?

- Sí, muy bien. Vamos allá.

Siguiendo a mis dos maestros, entré en el cuarto que hacía de almacén. Allí, pese a la ventana abierta día y noche, reinaba un olor penetrante que parecía proceder no sólo de las esteras y alfombras colocadas cuidadosamente sobre el piso, sino también de las paredes y el suelo. Olía a esparto.

No obstante, no tuve mucho tiempo para disfrutar del lugar pues Mustafá, tras una breve indecisión, seleccionó varias alfombras y esteras, las colocó convenientemente sobre mis hombros y me propinó una palmada en el cogote. Hizo lo mismo por Abdalá y, rápidamente, preparó el material que trataría de vender, se lo echó al hombro y nos dispusimos a abandonar la casa cuya puerta cerramos con el mayor cuidado.

Cuando descendíamos escaleras abajo se me ocurrió que no habíamos hablado nada de precios.

- ¿Y cuánto tengo que pedir por cada una? -pregunté deteniéndome.

- No te hemos dicho nada porque aprenderás sobre la marcha, viendo como lo hace tu compañero de expedición -dijo Mustafá.

Aún no habíamos llegado a la calle y yo comenzaba a darme cuenta de que aquel trabajo era más difícil de lo que parecía a simple vista. Mi fardo se hacía más pesado a cada paso que daba. El olor, con la carga tan cerca de la cara, se había convertido en algo sofocante, casi material y palpable. Claro que, como no deseaba que mis compañeros me tomaran por un blandengue, me abstuve de comentar mis impresiones. Por otra parte, si Abdalá, un hombre con más edad que yo, llevaba sus alfombras sin dar señales de cansancio, mis quejas serían vergonzosas.

- Hasta la hora del almuerzo -dijo el más joven de mis compatriotas cuando llegamos al punto en que nuestros caminos se separaban y yo había de quedarme a solas con el más viejo.

- Hoy almorzaremos en casa. No la has visto, pero en la cocina ya tenemos la comida preparada. Comeremos un poco tarde porque debemos aprovechar el tiempo. Y, a propósito, ¿entiendes algo de cocina?

- Un poco, no mucho. Cuatro cosas que aprendí del cocinero del barco en que navegué cuando estuve en Burela, en Galicia.

- Ah, pues un día tendrás que hacernos algo.

- No hay inconveniente. Cuando queráis. Y ahora dime. ¿Cómo debo acercarme a la gente? ¿Qué se espera que diga?

- Tranquilo; al principio déjame a mí. Tú límitate a oír ver y callar.

- Muy bien. ¿Y qué hago si viene la Guardia Civil?

- Aquí, en la ciudad, no hay Guardia Civil. Bueno, sí la hay, pero no se mete en cosas como las nuestras. De intervenir alguna autoridad serían los Guardias Municipales, aunque suelen estar muy ocupados con la circulación, poniendo multas a los automovilistas que dejan sus coches mal aparcados. Generalmente, pasan de nosotros, hacen la vista gorda. Y en última instancia, no sucede más que lo que Alá quiere.

Con estos y parecidos comentarios habíamos ido acercándonos a la playa de San Lorenzo y a lo que la gente, para abreviar, llama el Muro que no es otra cosa que un hermoso paseo marítimo sobre la playa. Hacía sol pero soplaba una brisa del nordeste que no animaba al público presente a tenderse sobre la arena o a lanzarse al agua. En el arenal se celebraban simultáneamente varios partidos de fútbol que los paseantes contemplaban apoyados sobre la balaustrada metálica pintada de blanco.

- Bueno -declaró mi maestro cuando alcanzamos el centro de la avenida desde donde se divisaba una amplísima superficie de mar- éste es el momento de iniciar la venta. Deséame suerte y no digas ni hagas nada, a menos que yo te lo pida.

Abdalá pareció disminuir de tamaño y su paso se hizo más lento. Arrastraba un poco los pies al caminar. Sin embargo, no se dirigió a ninguno de los transeúntes; por el momento se limitaba a observar a quienes se cruzaban con nosotros.

De pronto se decidió a intervenir. Había elegido una pareja de edad madura que, con lentitud, deambulaba disfrutando del sol y la brisa marina. En su mejor español, idioma que manejaba con soltura, procurando ocultar toda traza del acento marroquí que habitualmente le delataba, los saludó, pidió disculpas por detenerlos y, a renglón seguido, les ofreció alguno de los artículos que llevaba. Se dirigía preferentemente a la mujer aunque sin excluir al acompañante de ésta.

- Vuélvete a África, moro de mierda, y tú con él -interrumpió el hombre sin dejarlo concluir; luego, sin pizca de originalidad ni lógica, añadió- lo que debíais hacer es trabajar y dejar de dar la lata.

Abdalá debía estar habituado a escenas como aquella pues, sin inmutarse, sonrió a la señora, que trataba de arrastrar por un brazo a su pareja, y reanudó la marcha.

El segundo intento fue mucho más afortunado. Las dos mujeres a quienes mi compañero y maestro pretendió vender algo, después de revolver todo lo que llevábamos, optaron por quedarse con dos esteras -las dos más pequeñas y baratas que llevábamos-. Antes se dieron el gustazo de pasar un buen rato haciendo ofertas y contraofertas.

- A éstos -pude oír cómo una de ellas le decía a la otra- les gusta como el caramelo regatear. Si no hay regateo, la cosa no tiene gracia.

Cuando nuestras dos primeras compradoras se alejaron, Abdalá me dijo que mi presencia le había traído buena suerte. Al parecer, otros días las ventas se hacían más de rogar. Pero no fue aquél el único éxito de la jornada. Antes de llegar al extremo del Muro, el más cercano al Sanatorio Marítimo, ya habíamos logrado despachar otra estera y dos alfombras.

- Estamos de suerte -declaró mi colega con una expresiva sonrisa-. Ojalá todos los días fueran como hoy.

Por mi parte, no sólo era todo oídos para asimilar cada matiz empleado en las ventas emprendidas por Abdalá; también abría los ojos cuanto podía para adivinar por dónde vendría el peligro de la aparición de la policía.

Dimos la vuelta lentamente, en dirección al Club de Regatas, situado en el extremo opuesto.

- No sé lo que pensaría de esto Mustafá, pero como no está aquí, yo decidiré por él y por mí. Ahora vamos a cambiar los papeles. Tú hablarás y yo callaré. ¿Te atreves?

- Si crees que no nos van a tirar al agua a los dos ...

- Nadie nos va a poner a remojo. Así que cuando veas a alguien con cara de comprador, adelante.

Anduvimos más de doscientos metros sin que ninguna de las personas con las que nos cruzábamos me parecieran dignas de ser abordadas. De pronto, ante nosotros, surgió una mujer que empujaba lentamente un cochecito de niño. Estuve indeciso unos instantes y luego, como el que se lanza a la piscina, la saludé y ofrecí nuestros artículos. Ella se detuvo, miró los que le presentaba y preguntó precios. La informé con de-

talle.

- Me gusta esa alfombra -dijo señalando una- pero es carísima.

- Podemos hablar de dinero, ¿cuánto daría usted?

La señora del cochecito infantil mencionó una cantidad; la mitad de la que yo había pedido. Tras unos momentos de tira y afloja, coloqué en el parte inferior del carricoche, debidamente doblada, la alfombra en cuestión. Había hecho mi primera venta. Mi camarada no lograba ocultar su júbilo.

- Tienes un don natural para estas cosas. Y, además, dispones de baraka. La cosa se te da. Verás qué alegrón se va a llevar Mustafá cuando lo sepa. Y hablando de Mustafá, creo que es la hora de volver a casa. ¿No te has fijado en que hay menos gente? Por aquel reloj y por mi estómago es la hora de comer. ¿Tú no tienes hambre?

- Ahora que lo dices, sí. Me encuentro vacío. Con la emoción de la venta no me había dado cuenta pero sí, estoy hambriento.

No mucho tiempo después los tres marroquíes, sentados en torno a la mesa de la cocina, despachaban un abundante almuerzo. Eran más de las cuatro de la tarde, así que pospusieron los comentarios hasta terminada la comida.

Luego, con calma, pasaron revista a los acontecimientos de aquella primera jornada. Mustafá comenzó entregando a su más reciente socio una llave del piso.

- Toma -le dijo-. Habrá días en que no lleguemos juntos a casa y no vas a estar esperando en la escalera. Y ahora vamos a hacer recuento de lo que hemos sacado. Personalmente, recuerdo épocas más fructíferas, pero también las he tenido peores. He vendido dos esteras y una alfombra pequeña. ¿Y vosotros?

Abdalá tomó la palabra y contó con pelos y señales los sucesos de la mañana. Terminó relatando mi estreno como vendedor y afirmando que yo había nacido para aquel trabajo.

Mustafá escuchó con atención y cuando todo estuvo dicho, también sostuvo la opinión acerca de mi pretendida baraka.

- A mí no me parece tener la suerte que me endosáis. Aquello de “volveos a África moros de mierda”, no fue ningún piropo -contradije a mis amigos.

- Tranquilo, Hassan -observó Abdalá sonriendo-. Ten en cuenta que las palabras no hacen sangrar.

- Pero molestan y ofenden -respondí todavía irritado por el insulto-. No sé cuantas veces me habrán dicho la misma frase.

- Vamos a ver si aclaramos esto de una vez por todas -intervino de nuevo Abdalá-. Te sientes insultado porque nos ha llamado moros. Probablemente, aquel bocazas no sepa que la palabra “moro” viene de “Mauritania”. Somos moros. Eso no tiene vuelta de hoja. Supongo que él no se sentiría insultado si yo le llamara “español”.

- ¿Y si lo llamaras “español de mierda”?

Mustafá que, hasta aquel momento, había opinado poco, dijo:

- En eso tienes razón. Sin embargo, creo que lo mejor es no hacer caso de cuestiones como esa. Mejor será que pensemos cómo vamos a actuar mañana.

- Si no os parece mal que hable antes que vosotros, creo que, a pesar de mi éxito de hoy, debería esperar dos o tres días antes de intentar actuar por mi cuenta, quiero decir sin vuestra compañía. Me encuentro muy verde aún.

- Puede que tengas razón -afirmó Abdalá-. En realidad, cuanto más preparado estés, más y mejores ventas conseguirás cuando empieces en serio. ¿No te parece, Mustafá?

- Sí, estoy de acuerdo en todo.

No fueron únicamente dos o tres días los que se retrasó mi inauguración como vendedor en solitario. Durante ocho días acompañé a mis socios, una jornada a uno y a la siguiente al otro, al cabo de los cuales mi inseguridad había disminuido.

Lo que continuaba presente a todas horas era mi temor a ser detenido en plena calle, con aquel montón de alfombras que me hacía caminar inclinado como los borriquillos de mi Tinerhir natal, cuando bajo el peso de una enorme carga de leña avanzan vacilantes causando a quien los observa la impresión de que se van a ir al suelo de un momento a otro.

Alguna razón debían tener mis colegas al afirmar que no me faltaban condiciones para llegar a dominar la difícil técnica de la venta callejera, puesto que era rara la

jornada en que no conseguía deshacerme de, por lo menos, un par de ejemplares de nuestro pequeño almacén.

Todo iba sobre ruedas, incluso demasiado bien para mi desconfiado carácter, que me impedía relajarme del todo y disfrutar plenamente del bienestar de aquellos días y de la amistad de mis compatriotas.

“Esto no puede durar”, me decía con frecuencia. La rutina cotidiana iba poco a poco minando mi recelo pero siempre quedaba un poso de reserva que, al final, me impidió caer en manos de la policía, pocas fechas tras mi primera actuación en solitario.

Si lo que sucedió entonces hubiera pasado en la zona de la playa en vez de en la calle Juan Carlos I, seguramente no hubiese podido escapar. Afortunadamente, estaba a dos pasos de la estación del ferrocarril y aquello me permitió poner pies en polvorosa, recorrer como un loco los pocos metros que la separaban de la casa que había estado a punto de convertirse en ratonera para mí.

En el portal cerrado a cal y canto, yo había tocado el timbre de un piso, un tercero, creo recordar. Una voz femenina me preguntó por el telefonillo qué deseaba. Le dije que tenía, a muy buen precio, esteras y alfombras. Después de un breve conciliábulo con alguien que hablaba en susurros, la mujer autorizó mi subida y me franqueó la entrada.

Ascendí los tres pisos y, cuando llegué arriba, la puerta se abrió y me encontré ante un grueso policía municipal de uniforme que me pidió la documentación con muy malos modos.

Reaccioné como un rayo. Fingiendo buscar en el bolsillo de la cazadora lo que me exigía, le arrojé encima el pesado fardo de alfombras. Con un estrépito que no auguraba nada bueno para mí, el agente de la autoridad se fue al suelo. No esperé para ver el resultado de la caída.

Mientras descendía la escalera, saltando los peldaños de tres en tres, podía escuchar los ahogados gritos del guardia que se acordaba de todos mis antepasados vivos y muertos. Ya en la calle, apreté el paso y sin correr, para no llamar la atención, pene-

tré en la estación de ferrocarril.

“Estoy condenado a viajar”, me dije subiendo de un salto al tren que se movía lentamente. Cuando pude acomodarme entre montones de jaulas para el transporte de gallinas que, incluso vacías como estaban, despedían un desagradable olor a excrementos, a mi cerebro acudieron pensamientos tan molestos como el hedor reinante en el vagón: ¿a dónde me conduciría aquel convoy? ¿cómo podría decir a mis compañeros lo que había sucedido conmigo y con las alfombras?

Aquellos interrogantes no tenían respuesta, al menos, por el momento; el peligro de ser detenido había desaparecido, también por el momento; procuré encontrar el lugar más cómodo y alejado del ofensivo olor que aquel lugar pudiera ofrecerme. Afortunadamente, la puerta corredera estaba abierta de par en par, lo que me había permitido introducirme en el vagón, y ahora impedía mi inmediata asfixia. Encontré un rincón en el que podía respirar con relativa facilidad.

Allí, sentado en el suelo, comencé a pensar en la manera de resarcir a Mustafá y Abdalá del valor de las alfombras perdidas. Claro que para conseguirlo tenía que regresar a Gijón.

Sólo pensar en volver a encontrarme ante el guardia gordinflón y autoritario culpable de mi situación me ponía los pelos de punta. Y, sin embargo, debía volver. Pero, para ello, tenía que llegar a mi desconocido destino.

El tren rodaba con una lentitud desesperante; tanta, que tuve la tentación de apearme y retroceder andando hacia Gijón. Aunque ¿cómo caminar a plena luz del día por terreno desconocido? Ese sistema sería el más adecuado para ser detenido rápidamente.

Como una hora después de mi inesperada salida de Gijón, cuando los músculos de la espalda iniciaban una protesta a causa de la forzada inmovilidad, el tren redujo aún más la velocidad de marcha; luego, tras una serie de encontronazos, se detuvo por completo.

Cuando me acerqué a la puerta y asomé la cabeza con precaución, procurando no ser visto desde el exterior, comprobé que nos encontrábamos a unos doscientos me-

tros de otra estación. La de Oviedo, según pude leer en varios carteles.

Como aquel sitio era tan bueno o tan malo como otro cualquiera para abandonar el tren, lo hice saltando al solitario andén. Recorrí éste sin que la poca gente que pudo verme prestara atención a mi presencia.

En los servicios públicos me lavé las manos y procuré asearme un poco, pidiendo a Alá el compasivo que me librara del pestilente olor que parecía haberse pegado a mi ropa; luego, salí de la estación. Llevaba bajo el brazo dos libros sujetos por una ancha goma. Los había encontrado sobre la tapa del retrete utilizado en los servicios. En un primer momento pensé en entregarlos a cualquier empleado del ferrocarril. No obstante, rechacé aquella idea que podía acarrearle problemas. Después, recordé haber oído decir a Mustafá que en Oviedo había Universidad. A renglón seguido acudió a mi mente el comentario de que, en lugares así, no resulta extraña la presencia de estudiantes extranjeros.

Así pues decidí conservar en mi poder aquellos libros que podían servirme de pasaporte ocasional y comencé a caminar por la amplia y larga calle con que me tropecé tan pronto abandoné la estación.

Como no deseaba encontrarme con el auténtico estudiante propietario de los libros, doblé hacia la izquierda en la primera bocacalle a la vista y, pensando en la cercanía de la estación gijonesa y la casa del guardia causante del desaguisado en que me veía metido, supuse que lo más acertado sería intentar el regreso en un medio de locomoción distinto al utilizado para marcharme de allí.

La primera persona a la que pregunté si había otro transporte que no fuera la Renfe para trasladarse a Gijón, un chico de unos quince o dieciséis años, respondió que no tenía más que continuar descendiendo por aquella calle; al final vería una plaza y en ella una casa parecida a una colmena. En los bajos de aquel edificio estaba la Estación del Alsa, de la cual salían autobuses con destino a Gijón; cada pocos minutos, añadió.

Di las gracias al muchacho y a mi suerte, y con el corazón ligero reanudé el camino hacia la estación.

Media hora más tarde viajaba en un confortable autobús rumbo a la casa de mis amigos. Había sacado el billete sin el menor tropiezo. Para extraer del bolsillo el dinero, puse los libros sobre el mostrador, bien a la vista del hombre de la ventanilla quien no se fijó en ellos ni en mí.

El viaje duró unos veinte minutos. Un breve espacio de tiempo que, sin embargo, fue suficiente para tomar una decisión que, sin duda, nacía del pánico pasado aquella mañana ante el agente de la autoridad.

Estaba firmemente decidido. Me iría de Gijón. Por supuesto, después de satisfacer a mis dos compatriotas la cantidad que les debía por darme el gustazo de intentar enterrar bajo un montón de esteras al condenado guardia de la “porra”, como hacía poco me había enterado que se les llamaba.

Irme de Gijón, sí. ¿Pero a dónde? Estaba más claro que el agua. ¿Hacia dónde iba a ser? A Oviedo. ¿A dónde había ido a parar cuando no estaba capacitado siquiera para pensar? A Oviedo me llevó el destino.

Sabía que tanto Abdalá como Mustafá intentarían por todos los medios que renunciase a irme. Lo sabía, pero mi determinación estaba tomada y no habría nada que me hiciera cambiarla.

Poco después de las tres y cuarto de la tarde llegaba al piso de mis antiguos compañeros -empezaba ya a verlos con cierto distanciamiento- y tuve que aguardar un buen rato hasta que, hambrientos y fatigados, hicieron acto de presencia.

Aquel también había sido un buen día para las ventas, me dijeron.

- ¿Y tú qué tal? -me preguntaron.

Al principio, cuando les conté lo sucedido y supieron que me iba, no creyeron mis palabras. Por primera vez estuvimos a punto de enredarnos en una discusión. Insistían sin cesar tratando de convencerme de que iba a cometer una barbaridad. Finalmente, al darse cuenta de la seriedad de mi cambio de planes, aceptaron mi decisión, pero no dejaron de llamarme loco, sobre todo cuando al preguntarme qué pensaba hacer en Oviedo respondí que no tenía ni idea.

- Aparte de vender collares, pulseras y anillos hechos por mí mismo, no se me

ocurre nada. Pero no os preocupéis; algo saldrá. ¿No decís que todo está en manos de Alá? Entonces no nos preocupemos y hagamos cuentas. Mañana me voy y quiero hacerlo sin deberos dinero. Otras cosas sí os debo pero no hay en el mundo bastantes billetes para pagarlas.

Tras muchos intentos se llegó a un acuerdo y pasamos a cosas más serias, como les dije tratando de introducir una nota de buen humor en aquel debate económico sin fin.

Al día siguiente, devolví la llave que ya no me sería necesaria. Mustafá y Abdalá, cargados como mulos se fueron por un lado y yo por otro. Viéndolos alejarse, diciéndome que quizás estaba cometiendo una terrible equivocación, les deseé mentalmente toda la suerte que su excelente corazón les hacía merecer. No volví a verles a pesar de que la distancia que nos separaba no llegaba a los treinta kilómetros.

Lo primero que hice cuando me encontré en Oviedo, ciudad totalmente desconocida para mí, fue buscar una ferretería. Quería adquirir los materiales necesarios para la elaboración de los artículos que, vendidos más tarde, me permitirían comer. Pronto tenía en mi poder lo que necesitaba.

Después, lo más urgente era encontrar una estación de gasolina que dispusiera de servicio de lavado de vehículos. Yo sabía que, aunque aquella tarea se hace de un modo automático en muchos lugares, hay otros en que la faena todavía se encomienda a manos humanas; y lo que era mejor, no abundan los candidatos a ponerse hechos una sopa.

Normalmente, las estaciones como la que buscaba se encontraban en el extrarradio, y como allí sería también más fácil dar con una pensión, o al menos una cama para pasar la noche, comencé a preguntar lo que me interesaba saber.

Recibí respuestas para todos los gustos, desde encogimientos de hombros y un silencio absoluto hasta insultos del estilo del ya conocidísimo “moro de mierda, lárgate de mi vista”.

Sin embargo, tampoco faltó algún alma caritativa que me fue orientando hacia un barrio llamado de San Lázaro donde encontré lo que buscaba.

- Precisamente muy pronto voy a quedarme sin ayuda -me dijo el dueño de aquello- El chico que trabaja aquí se marcha a la mili. Así que, si la quieres, la plaza es tuya -agregó-. Claro que no puedo hacerte contrato, ni seguro, aunque eso ya lo supondrás, ¿no?

Respondí que sí, que ya lo sabía. ¿Qué otra cosa podía hacer?

- Además -añadió- en estos sitios el sueldo no es gran cosa y el trabajo, algunos días, muy duro. Claro que aquí encontrarás una compensación digna de tener en cuenta. No necesitarás buscar alojamiento; con ello evitarás que alguien meta las narices en tus asuntos; puedes dormir en un catre ahí mismo -explicó señalando un pequeño local junto al lavadero-. Hay servicios y lavabos. ¿Qué te parece? Ah, cobrarás según el número de coches que hayas lavado. ¿De acuerdo?

- Sí, de acuerdo -respondí.

Hassan cortó abruptamente el hilo de sus recuerdos. Necesitaba descansar un poco. Comenzaba a notar que su memoria era más completa y clara cuando se refería a hechos ocurridos tiempo atrás. Había oído decir que aquello era algo que sucedía con frecuencia a personas de cierta edad, pero él era joven todavía. ¿O ya no lo era?

Cuando Hassan hizo aquella reflexión no supe qué decirle. Para mí, que probablemente me equivocaba, la vejez, dejando aparte la física, es el resultado de la acumulación de experiencias. Si mi opinión no se apartaba demasiado de la realidad, mi amigo marroquí hacía tiempo que había entrado en la ancianidad. En su no excesivamente larga existencia había vivido ya un montón de vidas. Así que dejé pasar la pregunta y le ofrecí algo que calmara su sed.

Al día siguiente, todavía bajo la desagradable influencia de lo que me había relatado la jornada anterior, Hassan parecía haber perdido, al menos, parte de aquella serenidad que tanto me había admirado a raíz de nuestro primer encuentro en el Parque de San Francisco. Daba la sensación de estar sumido en un profundo estado de amargura. Ésta rezumaba en sus palabras y, sobre todo, se notaba en la manera de pronunciarlas.

Al referirse al propietario de la estación de servicio no se recataba en aplicarle

calificativos que nunca le había oído emplear. Lo tachaba de ladrón e hipócrita, cosas ambas en las que yo estaba plenamente de acuerdo.

Al recordar sus primeros días en Oviedo, recién llegado de Gijón, donde había dejado a dos buenos amigos y una casa en la que se sentía plenamente aceptado, no podía ocultar su gran tristeza. He pensado mucho en todo esto y he llegado a la conclusión de que Hassan no subía al primer autobús con destino a la villa gijonesa porque le daba vergüenza. Creo que, en el fondo, por un orgullo mal entendido.

“Allí, en aquel cuartucho húmedo y mal ventilado”, siguió contando el melancólico magrebí, “inicié en serio la fabricación de los adornos que Alí conseguía fácilmente y sin concederles la menor importancia. En cambio, para mis manos inexpertas el manejo del alicate y el martillito constituía un verdadero tormento”.

Pese a todo, conseguí reunir una pequeña reserva de pulseras y pendientes que vendería cuando llegase el momento. Primero tenía que hacerme con una mesa - exhibidor, como la que mi padre había visto durante su estancia en Cataluña a las órdenes de Perfecció.

Por la noche, antes de meterme en el incómodo camastro donde dormía, hacía planes para más adelante pero, cosa extraña, los hacía como si se tratase de algo que habría de realizar otra persona y no yo.

Pronto me cansé de aquella vida monótona y sin alicientes. Sobre todo, la displicencia insultante con que el dueño de la estación de servicio me trataba, hacía mella en mí. Así que una mañana me despedí, por supuesto tras cobrar lo que era mío. Él trató de poner inconvenientes a mi marcha, pero debió haber visto en mis ojos que había alcanzado el punto límite de aguante, y no dijo palabra.

Yo había conocido en la estación de servicio a un camionero asociado con uno de sus hermanos en la propiedad de un taller de reparación de motores a gasoil. Cuando se enteró de que yo había navegado en una lancha y más o menos tenía idea de cómo funcionaban aquellas máquinas, se ofreció para intentar conseguirme trabajo en su negocio.

- Pero hombre -le había contestado-. No soy, ni mucho menos, un especialista.

Es verdad que entiendo bastante, por lo menos en teoría, pero de eso a trabajar en motores hay un abismo.

- Tú no te preocupes, Hassan -me dijo-. Cuando quieras pásate por allí; está ahí cerca. Es el taller Hermanos Gonzaga -me animó el camionero.

Así que cuando me despedí del tío de la estación de servicio, recordé el ofrecimiento del camionero y fui a ver a su hermano. Aquel, efectivamente, le había hablado de mí. Por lo menos, de momento, no parecía haber problema. Me admitió sobre la marcha, tras hacerme unas cuantas preguntas sobre la materia.

Antonio, igual que Rafael, daba la impresión de no conceder la menor importancia a cuestiones tan superficiales como raza, color y nacionalidad. Según fui sabiendo con el paso del tiempo, los dos hermanos creían que siempre que uno actuase con tolerancia, respeto y generosidad hacia los demás, la conciencia no tendría motivos para reprocharles nada y, sin pagar ni una peseta, se habrían contratado un buen seguro de tranquilidad.

Algo debía de haber de cierto en aquellas palabras pues, durante el tiempo en que estuve en contacto con los Gonzaga, no los vi nunca de mal humor. Por el contrario, producían la sensación de rebosar felicidad y serenidad.

El taller de Antonio reunía otras condiciones que lo hacían muy adecuado para quienes, como yo, no estaban especialmente ansiosos de entrar en contacto con las autoridades. Estaba situado lo bastante apartado del centro de la ciudad para ser visitado sólo por quienes necesitaran los servicios de un buen conocedor de motores de gasoil. Allí llegaban en sus vehículos conductores preocupados únicamente por problemas surgidos en los camiones, por pegas que podían ser causa del alejamiento más o menos prolongado de la carretera, con la consiguiente reducción de las ganancias.

Así que allí existían pocas probabilidades de que alguien me exigiese la documentación. Además en un lugar tan lleno de suciedad como aquel, bajo los buzos grasientos y las viseras que nos convertían en seres anónimos, era muy difícil señalar al único marroquí entre los siete empleados fijos del taller.

Mi entrada en la plantilla de los Hermanos Gonzaga tuvo la culpa de que hubie-

se de cambiar la hora de las confidencias. Empecé a acudir a casa de mi amigo, para entonces podía considerarlo un verdadero amigo, pasadas las siete de la tarde, algunas veces después de las ocho, pues ciertos días en que el trabajo se había acumulado más de lo normal, no me parecía correcto marcharme del taller antes que los demás.

- Me encuentro bien con los hermanos Gonzaga -afirmó Hassan mientras yo introducía una nueva cinta en la casete y unía la que acabábamos de grabar al respetable montón que aguardaba sobre la mesa el momento de su transcripción.

- Mañana la estrenaremos. Hoy ya ha estado bien. ¿No te vendría al pelo comer alguna cosilla antes de irte? Son las once y media de la noche y llevas un buen rato hablando.

- Muchas gracias, pero no voy a tomar nada. Sólo beberé un vaso de agua, por favor. Mañana será otro día. ¿No es así como dicen ustedes?

Diez minutos más tarde, Hassan abandonaba mi casa tras estrecharme la mano con la misma ceremonia de todas las noches. Cuando se fue, me asomé al balcón que abría sobre la calle que tendría que recorrer para tomar el autobús hacia el barrio de San Lázaro. Un momento más tarde pasó bajo una farola cuya luz me permitió vislumbrar la leve cojera que le distinguiría entre un montón de africanos altos y delgados como él.

En aquel momento no sabía que era la última vez que lo veía. Hassan, aquel monumento a la puntualidad y a la formalidad, no acudió a mi casa ni al día siguiente ni al otro, ni al otro. No volvió nunca más. Y cosa curiosa, aquella noche no había dicho lo que solía decir: “Hasta mañana, Insha Alá”.

Los primeros días de su ausencia, ignoro cual fue la razón, no toqué las cintas grabadas. Quizás la superstición me invitara a pensar que, dejándolo todo como estaba, Hassan regresaría y volvería a reanudar el hilo de su relato precisamente en el punto en que lo había abandonado. Después, pasadas ya tres semanas, estuve a punto de visitar el taller de los Hermanos Gonzaga. A lo mejor, allí conocían el motivo de la desaparición de Hassan. Luego, por temor a comprometerlos a todos ellos, no hice nada.

Sin embargo, poco después comencé a escuchar y transcribir la extensa narra-

ción del marroquí a quien verdaderamente echaba de menos. En algunos párrafos, cuando el cambio no altera el sentido de la narración, he utilizado giros, vocablos y términos de mi cosecha, pues he creído que, aunque Hassan posee un dominio extraordinario del idioma, en ciertos momentos le arrastra su condición de extranjero. El relato, en su forma actual, resulta más asequible para nuestra mentalidad.

Me gustaría que Hassan hubiera podido llegar a poner el punto final a sus propias palabras diciendo, por ejemplo:

- ... y un día de éstos me entregarán los documentos que me permitirán andar por la calle sin sentir deseos de ocultarme cuando veo un policía.

No ha podido ser, así que lo único factible desde mi confortable refugio en esta parte del “primer mundo” es desear a Hassan y a todos los que, como él, sufren el injusto desdén y el desprecio inicuo de tantos autosatisfechos, que allá donde se encuentren, piensen que no todos somos igualmente crueles, que algunos comprendemos su tragedia y que los consideramos nuestros hermanos.

¡Flaco consuelo el que les ofrezco!

EPÍLOGO

Más de seis meses después de la repentina desaparición de Hassan encontré en el buzón de casa un sobre franqueado con sellos marroquíes. Naturalmente, antes de subir a mi piso supe que la carta procedía de mi amigo. Impaciente por saber de él, no aguardé el ascensor que, en casos como aquél, era proclive a retrasarse más de la cuenta y ascendí las escaleras a toda velocidad.

Allí, en la habitación entre cuyas paredes se había procedido a la grabación de la vida y milagros de los Ben Aomar, tomé asiento y rasgué el sobre. En su interior, una extensa carta firmada por Hassan daba cuenta de los sucesos que, finalmente, lo habían devuelto a su lejano hogar en Tinerhir.

No voy a pormenorizar todo lo que me contaba. Lo que había comenzado pretendiendo ser una breve narración había ido creciendo paulatinamente para convertirse en algo excesivamente largo. Así pues, me limitaré a recoger lo más importante, y esto de manera resumida.

La última noche que había estado en mi casa, Hassan llegó a la parada del autobús con tiempo suficiente. Era el único viajero que aguardaba. Se sentó en el banco de madera, bajo la marquesina. Antes de que el autobús apareciese lo hizo una pareja de guardias que le detuvieron y le llevaron a comisaría donde le hicieron multitud de preguntas del orden de: ¿cuándo llegaste a España? ¿Dónde vives? ¿Dónde trabajas?, etc., que se negó a responder para no comprometer a los Hermanos Gonzaga.

De allí salió esposado hacia la estación de ferrocarril y, en el expreso, lo llevaron a Madrid; a la estación de Chamartín que ya conocía muy bien.

De la estación, en un furgón policial y acompañado por un grupo de detenidos “de color”, le condujeron al aeropuerto de Barajas. Los otros presos, así se referían a los detenidos, decían ser guineanos y llevaban pasaportes de esa nación, pero debían ser nigerianos. Se trataba de quince personas que hacían mucho ruido y no cesaban de dar golpes contra las puertas y las paredes.

Todos estaban con las esposas puestas. Le interrogaron varias veces y sólo dijo

que era marroquí aunque no le creyeron. Hassan recordaba que hacía calor; todos se quejaban de sed y no habían podido comer gran cosa, pues el arroz que les habían servido en platos de papel, estaba demasiado salado.

Por fin, a media tarde, les dieron botellas de agua que apuraron en unos minutos. Luego pidieron más; pronto les entregaron nuevas botellas que no duraron mucho. El agua tenía un sabor un poquito extraño pero no desagradable.

Luego, los introdujeron nuevamente en el furgón y éste los trasladó a un avión que esperaba. En aquellos momentos, los detenidos estaban tranquilos y no se escuchaban protestas ni se producían peleas.

El avión despegó enseguida. Cuando Hassan despertó, con un sabor indecente en la boca, estaban en Lagos, Nigeria.

Como el relato de las andanzas de Hassan a partir del momento en que se encontró libre en aquel país desconocido, resultaría larguísimo, añadiré nada más que dos meses después de su llegada a Lagos, se las arregló para viajar a Marruecos y a su casa en Tinerhir.

Pocos días más tarde, su madre le presentó a la que pronto sería su esposa. El casamiento se celebraría enseguida. De nada valdrían sus protestas. La boda ponía punto final a su afán de aventuras.

Deseaba fervientemente que sus hijos no naciesen con la misma vena aventurera que llevó a su padre, a su abuelo y a él mismo a meterse en tantos embrollos.

Por su parte él, Hassan, se declaraba hartó, desengañado de todo. Atrás había quedado la estúpida idea de que el Mediterráneo señalaba las dos orillas de un sueño que invitaba a los africanos, desde siempre, a fijar sus ojos en Europa. Un continente tan cercano como inalcanzable.

Sí, para él, como para su familia, España había sido la amante esquiva y cruel que ponía de manifiesto sus encantos y se negaba a dejarse poseer.

Mi país, me reprochaba Hassan sin asomo de acritud, no estaba dispuesto a hacer favores.

La carta finalizaba con un breve párrafo en el cual el desdichado magrebí agra-

decía el buen trato que, según él, le había dispensado.

Circunstancias adversas le alejaron de Oviedo sin llegar a comprender que, de nosotros dos, yo era quien se encontraba en deuda.